

2  
26

P  
3593

B.P. de Soria



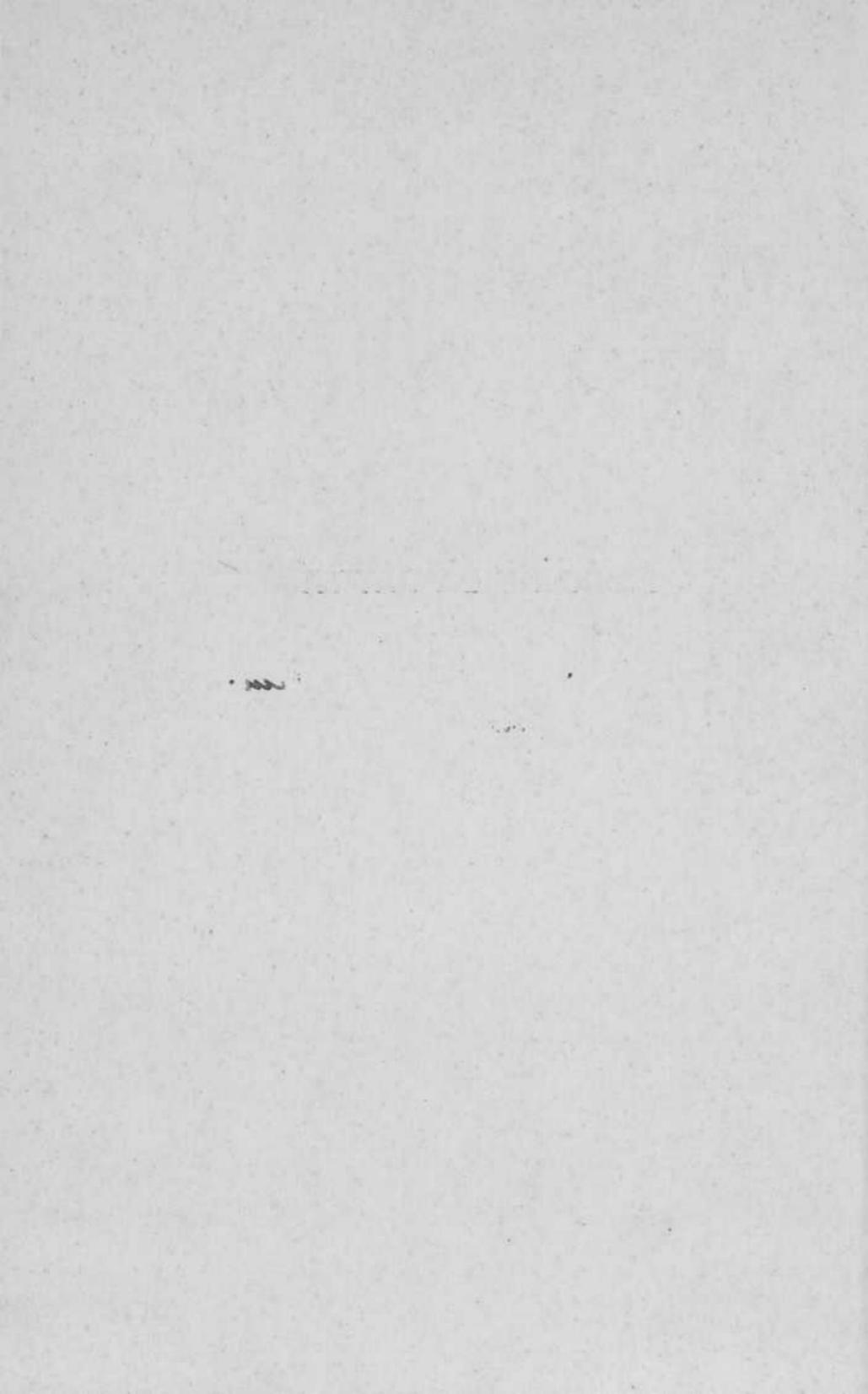
61098781  
D-2 18626



LIBRO DE LA PATRIA

98781

D-2  
18626



R. 12.067  
J. PIN Y SOLER



# LIBRO DE LA PATRIA

COLOQUIOS SOBRE COSAS  
Y TIERRAS DE ESPAÑA

EDITORIAL CERVANTES

Rambla de Cataluña 72  
BARCELONA

1 9 2 3

LIBRO DE  
LA PATRIA

ES PROPIEDAD

APODERADO GENERAL  
EN SUD-AMÉRICA  
**JOSÉ BLAYA**  
CALLE FORMOSA, 463  
BUENOS AIRES

---

NÚÑEZ Y C.ª, S. EN C. - S. RAMÓN, 6. BARCELONA

## PREFACIO

*Un verano, hallándonos de vacaciones en Bruselas, llegaron de Inglaterra el amigo Morris y su mujer, que había sido compañera de colegio de la mía, para pasar unos días con nosotros. Comíamos juntos en casa de mi suegra, y después de breves diálogos y directos, eran de oír las arduas conversaciones en que mi amigo Morris y yo nos enzarzábamos.*

*Lo de arduas decíalo él; pues, protestante y profesor de Historia en la Universidad de C., le interesaba en gran manera hablar de cosas españolas con un católico de nacimiento y por convicción, lo cual no podía hacer allá en su tierra.*

*Así, por ejemplo, un anochecer, tomando café, fumando la pipa familiar o el distinguido habano en el saloncito inmediato al comedor, hablando de la época en que los Países Bajos eran dominios españoles, vinimos a tratar de si nuestros soberanos habían sido o no hábiles, magnánimos, paternales o injustos respecto de sus súbditos de aquellas tierras, y, como era forzoso que ocurriera, él o yo, o quizá*

un cuñado mío, que también tomaba parte en la conversación, nombramos al duque de Alba.

—¡El gran duque de Alba!—gritó el inglés, que era muy vehemente.

—¿Grande, grande?—replicó en tono de chanza mi cuñado.

—Grande, sí—repitió el amigo Morris.—Desde que todavía imberbe luchaba por su rey y por su patria en Pavía, en Argel, en Hungría, contra Solimán II; desde que, ya general, defendía Perpiñán contra los franceses, y que bajo su dirección Carlos V ganaba la batalla de Mulberg, siempre don Fernando Alvarez de Toledo se condujo como un hombre superior, como un gran militar, como un prudente político, no metiéndose jamás en intrigas ni falsedades. En España jamás se ocultó de ser anticesarista, de compartir las ideas de los Comuneros, por cuyo motivo el Emperador y su hijo Felipe no le tuvieron nunca gran cariño, considerándole lo que hoy diríamos demasiado liberal, demasiado amigo de las libertades regionales y urbanas.

—Sí, en efecto, la situación del duque de Alba en Flandes no fué favorecida por su rey. Don Felipe no quería quedar mal con los flamencos—añadí yo...

—Y el pobre gran Duque, viendo, apenas llegado a Bruselas—proseguía mi amigo,—que el principal instigador de los flamencos contra el rey de España era aquel Guillermo de Orange a quien el emperador había amado como a un hijo, a quien había tenido a su lado en calidad de paje, y a quien, al abdicar, dejó a su hijo Felipe como puntal y ayuda, hubiera querido extremar su rigor con aquel príncipe; mas el rey no lo consentía...

*Aquella tarde più non passammo avante, por las incursiones de nuestras respectivas mujeres, que entraban en el fumoir preguntándonos si queríamos ir al concierto del Parque, bajo los árboles, o bajar al jardín a tomar el fresco. Otro atardecer, nuestra conversación recayó sobre el punto concreto de la indulgencia, de la mansedumbre, de la tolerancia, y decía el inglés:*

*—La indulgencia en las relaciones sociales, la mansedumbre en el trato, son cosas indispensables, pero la tolerancia a la cual aludimos usted y yo, la Tolerancia con mayúscula, la tolerancia en materias esenciales, de parte de los españoles, al comenzar el siglo XVI... ¡hubiese sido Felonía!*

*No era la primera vez que yo oía formular afirmación tan categórica, con la particularidad de que siempre la había oído de labios no españoles que imparcialmente exponían la gran máxima de que jamás debe sacrificarse lo esencial por atender a pequeñas consideraciones, casi siempre dictadas a los hombres de Gobierno españoles por su ingé-nito candor o por desidia, esperando que todo se arregle.*

*Y tantas veces como el inglés y yo volvíamos a enzarzarnos en el tema aquel de la Tolerancia, yo, quizá para animar la conversación, tal vez para oírle decir cosas que en boca de un protestante me eran gratas, le sostenía que la Intolerancia había causado a España contumelias, graves perjuicios..., a lo cual mi amigo Morris, ardiendo como una pajuela, exclamaba, como si disertase ante un gran auditorio:*

*—Hubiera sido de ver que los españoles de los primeros años del siglo XVI, cuando hacía cuatro*

días habían tomado Granada, después de una guerra de siete centurias, cuando salían de los puertos de la Península naves cargadas de soldados y frailes que iban a América a propagar aquella fe que les había hecho vencedores del Moro, hubiera sido de ver que aquellas huestes de cristianos viejos dijeran: «Esperemos, pues se habla de unos eruditos que a fuerza de estrujar las Sagradas Escrituras, de coquejarlas con documentos coptos, siriacos y armenios, de traducirlas del hebreo al griego, del griego al latín, del latín a las lenguas vulgares, de comparar las traducciones y de tratarse unos a otros de ineptos o de temerarios, han descubierto, como dice el Nebrijense, que los Tres Reyes Magos ni eran tres, ni eran reyes, ni eran magos... Esperemos, no desperdiciemos la simiente católica, pues de entre los frailes Agustinos acaba de salir uno que ve personalmente al diablo, que se pelea con él y le arroja su tintero entre los cuernos; un fraile que trata de idolatría nuestra candorosa devoción a las imágenes de la Virgen y de los Santos...»

Confiese usted que hubiese sido antinatural que los españoles de entonces escucharan a Martín Lutero desoyendo las voces que salían de las tumbas todavía no bien cerradas de los padres, hermanos suyos, abuelos, bisabuelos, tatarabuelos que habían sellado con su sangre el triunfo de la Religión Católica sobre la de los ismaelitas; que luchando sin tregua, habían conseguido la victoria de la ¡Cruz sobre la Media Luna! preservando a Europa del yugo mahometano.

—Naturalmente—insinuaba yo,—España no po-

día virar en redondo, como una nave, pero sea como fuese...

—Ya sé lo que va usted a decirme—replicaba mi amigo, interrumpiéndome, yendo y viniendo de un extremo a otro de la habitación, abriendo la ventana para que entrase el aire fresco, asomándose a la puerta para ver si bajaban nuestras mujeres,—ya sé lo que va usted a decirme. Me citará a su Santo Juan Luis Vives, a su Divino fray Luis de León, a su Venerado arzobispo Carranza (cuya causa duró diez y siete años), me citará al Nebrijense y a Juan de Vergara, y al padre Mariana y al famoso Brocense..., todos ellos víctimas en mayor o menor grado del rigor inquisitorial.

Parece imposible, proseguía, que se avergüencen ustedes de los malos ratos que sin duda pasaron fray Luis de León y el arzobispo Carranza y el amado Juan Vives y el insigne Francisco Sánchez de las Brozas, molestados en España, sin que se acuerden ustedes de los tormentos morales y físicos que en aquellos mismos días padecieron en mi patria, en la propia ciudad de Londres, el venerable obispo Fischer, casi centenario, decapitado por mano del verdugo, y el santo varón Tomás Moro, igualmente decapitado..., como lo había sido Cranmer y lo fué su compañero Latimer y su amigo Riddel..., como lo habían sido tantas y tantas víctimas oscuras, entre las cuales es imposible olvidar a la pobrecilla Isabel Barton, la Maid of Kent, ahorcada en Londres... ¡Víctimas cuyo número llegó a cien mil!

Cien mil existencias sacrificadas a la soberbia de un monarca-teólogo que pretendía le tuviesen por el Cabeza visible sobre la tierra de lo que él llamaba



la Iglesia Anglicana; cien mil ingleses muertos por un sér libidinoso y sin entrañas que no sólo hacía cortar la cabeza de los hombres que le desplazaban, sino las de seres inofensivos: la pobre Ana Bolena, la gentil Catalina Howard, que después de haber dormido en su real lecho dejaban de serle gratas.

Si todas aquellas matanzas de hombres y de mujeres, de jóvenes y de ancianos, ordenadas por Enrique VIII, en mi tierra, se hubiesen verificado en España, por orden de Felipe II, ¡lo que hubiese dicho Europa, lo que todavía diría!

A mí me extraña en gran manera, y hasta a veces me indigna—continuaba, exaltándose cada vez más,—que todas esas cosas, ustedes, los españoles, al ser tratados de intolerantes, no las metan por las narices de los que no saben lo que dicen repitiendo dictados y sentencias de historiadores parciales o cortos de vista..., dictados que, desgraciadamente para ustedes, repiten ciertos regeneradores que de la Historia sólo muestran a los ojos de la muchedumbre las pinturas de color subido, lo deprimente, lo calumnioso, lo falsamente deducido por escritores ineptos.

Y tras este parlamento, sacudiendo su pipa en el cenicero, cargándola otra vez y encendiéndola, proseguía:

—Los españoles deberían ustedes constituir una sociedad, como por aquí hay tantas para cosas a veces hueras, con un capital de varios millones de libras para alquilar un sabio extranjero, judío o protestante, que les escribiera una «Historia de España» sin celtas ni fenicios, sin colonias griegas ni

*proezas romanas, sin Wambas ni Chindasvintos, sin visigodos ni arrianos, una Historia en la que se alabase de una manera hiperbólica a todas las regiones españolas y en la que, sobre todo, se combatiesen las inocentadas de aquel P. Las Casas que tanto daño les han causado, las burradas, las calumnias salidas de las plumas de muchos escritores españoles y, principalmente, de la del infame Juan Antonio Llorente con sus escritos sobre la Inquisición...*

*Una Historia que empezara hacia el 1500, ocho años después de rendida Granada y descubierta América y en la cual fueran exaltadas la virtud y heroicas proezas de los debeladores de los moros, en la Península, y después las de los conquistadores de tierras americanas, hablando de sus méritos personales y hasta citando frases de unos y otros, habladas o escritas, que prueban el buen humor, el humanismo con que todos combatían, pasando por alto ciertas crudezas. Una Historia en la cual se demostrara hasta la evidencia la superioridad de los conquistadores españoles, citando como modelo de todos ellos al gran Cortés, que no por afán de oro y de riquezas, como dice un estúpido escritor, sino por amor a su patria, a la cual quiso dignificar, ayudado por algunos compatriotas emprendedores como él, seguidos por unos religiosos de profesión que positivamente no iban a América para hacer fortuna, sino para ganar almas al cielo, elevó a la categoría de católico a un pueblo como el de Méjico, donde al llegar había hallado sacerdotes antropófagos, grandes señores sodomitas y unas multitudes a las cuales en pocos años hizo pasar de muerte a vida, pues conviene no olvidar que la ocupación de la ca-*

pital mejicana es del 13 de agosto de 1526, día de San Hipólito..., día de fiesta desde entonces en Méjico..., y todo ello sin subvenciones monetarias como las han recibido los exploradores de ahora; antes al contrario, combatido por el envidioso Diego de Velázquez, representante del rey de España, que desde la Habana envía, para llevarlo preso y atado a su presencia, a aquel desgraciado Pánfilo Narváez, quien a su primer choque con los soldados de Cortés recibe un golpe de pica en la cara que le salta un ojo, quedando él prisionero... y tuerto!

Hernán Cortés, un hombre amigo de las letras, que había estudiado en Salamanca; un hombre que, sin que se haya todavía explicado claramente cómo hizo aquel milagro, deja en la capital de Méjico una Universidad donde se enseñaba Derecho, donde se estudiaban Letras, con una imprenta anexa que todavía dura y de la cual en vida del conquistador salen, entre otros, un libro hasta hoy no estampado en la Metrópoli; una edición de Dialogística en latín y castellano que lleva por título:

«Franciscus Cervantes Salazar Toletani ad Ludovicum Vives, Valentini. Exercitationem aliquot Dialogui.»

Y termina con un colofón, que dice:

«Finis huic operi anno ab asserto libertatem gener humano. Millessimo, quingentessimo, quinquagesimo quarto. Die vero sexto mensis novembris—Mexici anni mensi et dia ut supra.»

¡ Un libro estampado en Méjico en 1554!

Confiese usted, modestísimo hijo de la gloriosa España, que es una cosa maravillosa... Que nos muestren hoy—continuaba con aires triunfales el

amigo Morris,—que nos muestren hoy las obras estampadas por modernos exploradores.

Yo le felicitaba por su prodigiosa memoria que le permitía recitar de coro títulos y colofones de libros.

—Sí—proseguía el amigo Morris,—los españoles deberían hacer una Historia en la que el historiador contratado, es decir, generosamente retribuido, no dijera más que cosas gratas y ciertas, en que las aberraciones fuesen hábilmente disculpadas, como hacemos nosotros, como hacen los franceses, como hace todo el mundo menos ustedes; una Historia que una vez terminada se estampara pulcramente y se regalara a soldados de mar y tierra, a sacerdotes y a frailes, a maestros de escuela, a patronas de casas de huéspedes y a fondistas, enviando cajas y más cajas de Historias al extranjero, pagando anuncios que la alabasen..., en una palabra, haciendo para extender el buen nombre de España, lo que hacen las grandes compañías de navegación para acreditar sus vapores, lo que hacen los fabricantes para acrecentar la fama de sus productos.

—Es una idea estupenda—decía yo sonriendo.

—¡Oh! no es cosa de risa—contestaba él, con semblante muy serio.—Es cosa que deben ustedes hacer. Si no la hacen, la harán otros que, perdido el miedo al poderío español, se muestran cada día más imparciales; pero esos otros no harán esa Historia como podrían ustedes desearla. Ya empiezan a salir libros de donde habían de salir, de América, en los que se lee que sus conquistadores eran unos seres excepcionales, unos hombres jamás superados en virtudes cívicas y militares, unos modelos

de virilidad y buen seso, de los cuales se ha perdido la casta...; pero insisto en que repasen el manuscrito de su autor subvencionado, insistiendo también en que éste sea extranjero, protestante o judío, para que sus sentencias parezcan más imparciales. Hallarán ustedes cuantos quieran; es cuestión de pagar generosamente.

—¡Ah!—añadía aún,—también debieran de encargarse a ese sabio que no perdiese jamás de vista el hecho innegable de que el hombre, la molécula social, en ninguna parte del mundo vive en mayor plenitud que en España, y que si los sencillos, los humildes, los pobres, que en todas partes son los más, no pasan allí tan frecuentemente por las inclemencias del tiempo atmosférico, como los pobres de otras naciones; si tampoco allí los pobres son tan rigurosamente esclavos de los trabajos manuales, ni tan sometidos a las miserias periódicas causadas por invasiones o hechos de guerra, resulta de ello, y hasta me exaspera que no lo vean ustedes tan claro como lo veo yo, que si los pobres de España no son tan desgraciados como los pobres de otras tierras y si los que no son pobres lo pasan en España tan bien como los extranjeros ricos, el conjunto da para los naturales de España una suma de bienestar superior a la de los naturales de tierras no españolas.

—Pues, lo que son las cosas—le decía yo, dándole golpecitos en la espalda en señal de aprobación... —En España hay quien dice que estamos perdidos, que hemos de regenerarnos.

—Lo dice la gente vulgar—replicaba el entusiasta españolista,—lo dicen los pedantes, los pseudo-

sociólogos; lo ha dicho el león de Graus, que me hace el efecto de un león enfermo; lo dicen los que quieren pasar por avanzados, tomando por adelante, no la mayor fuerza moral, la resignación, la pureza de costumbres, la castidad, la abstemia, el buen humor o la alegre franqueza; sino la rebeldía, desde el punto de vista moral, y la posesión de gran número de palitroques mecánicos desde el punto de vista social... Como si la felicidad consistiera en hablar siempre por teléfono, en poseer muchas bicicletas o un gran número de máquinas de coser.

Y nuestra conversación era interrumpida por nuestras mujeres que nos presentaban nuestros respectivos sombreros forzándonos, o poco menos, a salir de casa para ir a escuchar la Musique des Guides bajo los frondosos árboles del Parque.



PRIMERA PARTE

BRITISH MUSE

## DEDICATORIA

Este libro va dedicado a las niñas y niños del más hermoso país del mundo:

La gloriosa España.

Queridos míos: Sin conoceros uno a uno, cosa imposible, os quiero a todos como quiero a mis nietos, pues me imagino que, como ellos, sois buenos, alegres y juiciosos.

A los rebeldes, huraños y necios no les hablo.  
¡Allá ellos!

A los que sois como digo, me propongo explicaros una asignatura que no se halla en el programa de vuestras escuelas y que consiste en el estudio de cómo es nuestra tierra, de su situación en el mundo, de sus bellezas naturales y de las cosas bellas que sobre su suelo los españoles han labrado; una asignatura en la que se explican las gracias con que Nuestro Señor ha dotado a los habitantes de la madre España.

Y, naturalmente, para explicar cómo es nuestra tierra, cómo son las gentes que la habitan, entra-

ré en descripciones que no serán precisamente las que leéis en vuestras *Geografías* e *Historias*; serán unas narraciones de cosas verdaderas, presentadas de una manera que trataré sea amena y pintoresca, diciendo cómo debía ser nuestro país en los tiempos anteriores a la Historia, o sea en los épocas *prehistóricas*; cómo las sociedades que fueron formándose en ella, en días remotísimos y que luego han sido las nacionalidades que por fin han constituido la Nacionalidad Española.

Entro en materia; leed atentos.

## CAPITULO PRIMERO

### SITUACIÓN GEOGRÁFICA

Las tierras que llamamos España, junto con Portugal, son la gran extensión de campos labrados o incultos, de montes con sus bosques, con sus ríos más o menos caudalosos que desde los Pirineos y Cabo Finisterre van hasta el Estrecho de Gibraltar.

Supongo, mis queridos niños, que sabéis de memoria los grados de longitud y de latitud en que España se halla situada, como asimismo el número de miles de kilómetros cuadrados de su superficie y el número de sus habitantes.

Considero inútil repetir estos datos, pues no me propongo enseñaros geografía, sino haceros notar que de todas las aglomeraciones de pueblos que constituyen la parte del mundo llamada Europa, la aglomeración formada por nosotros es la mejor situada.

España no está ni muy al Norte ni muy al Sur ; de consiguiente, sus habitantes se hallan exentos de

los excesivos rigores atmosféricos a que están sometidas las gentes que viven en regiones glaciales o demasiado cálidas.

Tenemos, además, los españoles la gran ventaja de vivir casi aislados (en una península), sin vecinos incómodos, sin pueblos extranjeros, a las puertas de nuestra casa, como casi todas las naciones europeas y especialmente las del centro en donde no saben nunca quién *vive enfrente*.

Por el Norte nos sépara perfectamente de Francia la gran masa pirenaica, y por el Oeste nos hallamos separados de nuestros hermanos portugueses (unos hermanos mayores de edad que se emanciparon, pero a los que queremos como verdaderos compatriotas) por una frontera que es el reborde de la meseta central, el límite de la zona navegable de los grandes ríos.

Al extremo Sur tenemos por vecinos a los ingleses, que ocupan Gibraltar, pero que no lo ocuparán siempre; dejarán de ocuparlo cuando Inglaterra, después de haber llegado a la gran altura de los tiempos victorianos, vaya descendiendo, como ya descende, siendo antinatural que nada ni nadie se eternice en un punto de la parábola o del círculo que describe.

Por delante de nuestras costas del Sur tenemos aquel surtido de piedras preciosas que son las Baleares, más allá del Estrecho las incomparablemente hermosas Islas Canarias y, más hacia el Sur, Fernando Póo, que es la perla del Océano, Annobón y Corisco. Lo demás que teníamos, ya no lo poseemos.

La grande España dotó de tal vitalidad a sus hijas de allende los mares, que todas ellas se han

emancipado, todas ellas han querido vivir su propia vida... con algunas excepciones: las Filipinas y Puerto Rico, que, sin razón ni motivo, han sido ocupadas por unos señores que, fomentando rebeliones, se habían metido a redentores de gente que ya estaba redimida.

Séales próspera la fortuna hasta que otros hagan con ellos lo que ellos han hecho con los españoles, y recordamos respecto a lo que fueron tierras nuestras en América que, cuando empezaron a quererse emancipar, ninguna se separó de su madre al grito de ¡Muera España!, ni siquiera de ¡Abajo Fernando VII!, al contrario, la mayor parte de lo que son hoy Repúblicas Americanas de lengua española empezaron a rebelarse cuando, invadida España por las huestes de Napoleón, ausentes de España los Reyes y la Nación personificada en sus Juntas, en sus Cortes de Cádiz, los hombres más distinguidos de la América Española se sintieron sin vínculo que les aguantara en el lugar que ocupaban, cuando la aristocracia americana, las órdenes religiosas de allá, los hombres de más valía sintieron que se les venía encima la gran catástrofe del Gobierno en manos de los Jacobinos, de los Masones.

Todas las rebeliones americanas de principios del siglo XIX son de origen clerical o aristocrático, y si no aristocrático en el sentido personal, en el sentido social o financiero, como lo fué especialmente la rebelión de la Argentina promovida por el alto comercio, por personas ricas que querían conservar, en el buen sentido de la palabra, lo mucho y bueno que habían aprendido de sus padres, de sus

abuelos ; todos patriotas, todos españolistas acérrimos, de manera que lo que luego han dicho y propagado los envidiosos del poderío español de que sus Estados de América se proclamaron independientes por la expansión de los principios de la Revolución francesa, son paparruchas, son lo contrario de la verdad.

Como fronteras tenemos también frente a nuestras costas del Sur una frontera que no por estar al otro lado del mar es menos real que si la viéramos desde las azoteas de nuestras casas peninsulares, la frontera africana, que guardan Ceuta y Melilla con las pequeñas *posesiones de Africa*.

En esta privilegiada nación de clima templado, en donde se produce cuanto el hombre puede apetecer para su sustento, con todos los productos de los climas ni muy fríos ni muy cálidos ; en esta región, cobijada por un cielo sin nieblas, casi siempre azul y esplendente, con mares siempre navegables por donde sus habitantes pueden ir adonde les plazca o les convenga, vive, hace un número de siglos que nadie ha podido decir cuántos son, la gente mejor dotada de todo el globo terráqueo.

Allá en los tiempos prehistóricos los habitantes de las tierras que ahora llamamos España y Portugal vivirían cultivando sus campos, pescando en sus ríos y sus playas, cazando en sus bosques o en sus llanos, sirviéndose de animales cuyos *retratos* nos han dejado esculpidos o pintados en las bóvedas y muros de las cuevas que eran sus guaridas y que, como se ve por las pinturas rupestres de las Cuevas de Altamira, en la provincia de Santander, que es

en donde con mayor perfección y en mayor número se hallan, no eran alimañas peligrosas.

Aquellos hombres no tenían cerca horribles serpientes, ni leones, ni tigres; las pinturas que más abundan en las tales cuevas son las de caballos, toros, renos... de suerte que ya en aquellas fabulosamente remotas épocas la benignidad del suelo sustentaba seres benéficos.

Pasaron años, siglos, decenas, centenares de ellos, que para la Madre Tierra son un soplo, y los habitantes de nuestras regiones fueron modificando sus maneras de vivir. Los hombres de las cavernas, los hombres de las poblaciones lacustres, poco a poco, por inspiración propia o por noticias que traían los llegados de otras tierras, empezaron a construir chozas en que albergarse y, por fin, casas.

Nadie ha podido ni podrá jamás fijar cómo, cuándo y dónde fué el paso de la vida en despoblado a la vivienda bajo techado; es tan imposible como lo sería fijar cómo, dónde y cuándo arraigó la primera encina. Son misterios esos, los del principio de todas las cosas, cuya solución no está al alcance del hombre.

Por el afán de solucionarla, las más antiguas escrituras, los Libros Sagrados, dicen que Dios creó al hombre y la mujer y que de Adán y Eva venimos todos, que creó el sol y las estrellas, la tierra y los mares con todos los seres que los habitan.

Ya el hombre al abrigo de la intemperie, era natural que empezara a ornar su vivienda con troncos, con piedras que le parecían de bonita forma y le servían de poyo para sentarse o de lo que podríamos llamar sillas y mesas, colgando en sitios vis-



tosos trofeos de caza, pieles de bestias, ramas de árbol.

Respecto a los primitivos habitantes de nuestras regiones, saber quiénes eran, de dónde venían, qué lengua hablaban, si tenían una religión o varias y esas cuáles fuesen, repito que es tan difícil saberlo como lo de la primera encina.

Se ha escrito, se escribirá todavía mucho más para averiguarlo, pero en realidad nada sabemos ni sabremos.

Es de suponer que los primitivos habitantes de España en edades ya relativamente estudiables, fuesen individuos de una gran familia venida de Oriente, que por lo que hoy son Turquía, Grecia, Austria, Alemania, Francia, Italia..., se extendió hasta la Península de Kola en el Océano Glacial Artico, al Norte, y la Península que hoy se llama España, al Sur...

Todo son hipótesis, suposiciones que jamás serán verdades definitivas, pues no quedan de los primitivos tiempos más testimonios que los *estudiables*, o sean pinturas, objetos de indumentaria que, por lo mismo que son estudiables, ya no son absolutamente primitivos.

Lo primitivo, lo *primero*, es lo que nadie sabe ni puede saber. Sólo creyendo lo que dicen los Libros Sagrados es posible explicarse la creación de la Humanidad.

Adán y Eva, salidos de las manos de Dios, viniendo de ellos innúmeras familias que se extienden por la tierra, todo formado por Dios: luz, agua, plantas y bestias.

Esto es lo sólido, lo que debemos creer.

Ciertos espíritus inquietos que no admiten la creación del hombre cual la explican los Sagrados Libros, llegan a formular teorías, que sobre no ser sólidas, complican más el problema hablando de la *formación evolutiva* en un número inimaginable de siglos y de edades. Complicaciones, entretenimientos de sabios, que a nada conducen.

De manera que lo mejor es atenernos a lo que dicen las Sagradas Escrituras.

*«Deus creavit caelum et terram intra sex dies. Primo die fecit lucem. Secundum fecit firmamentum quod vocavit caelum. Tertio die coegit aquas in unum locum, et eduxit e terra plantas et arbores. Quarto die fecit solem et lunam et stellas. Quinto die aves quae volitant in aere et pisces qui natant in aquis. Sexto die fecit omni animalia, postremo hominem et quievit die septimo.»*



## CAPITULO II

### COSTAS DEL NORTE

Mis queridos niños: siendo evidente que para amar una cosa o a una persona, es preciso conocerla, voy a describiros, a grandes rasgos, cómo es nuestra España, las hermosuras naturales que tiene sin debérselas a nadie más que a la Divina Providencia.

Os la voy a *enseñar* cual lo permiten las descripciones de cómo son las cosas sin tenerlas a la vista, deseando llegue para vosotros el día, que no debéis retrasar, de que toda nuestra España os sea conocida como la población en que habéis nacido, a cuyo efecto, leído el presente libro, no dudo pediréis a vuestros padres o abuelos, a vuestros hermanos mayores o a vuestros parientes y amigos, aficionados a viajar, que os lleven consigo, advirtiéndooos que recorrer España es cosa facilísima y no muy dispendiosa si quien la recorre es modesto, si no se embarca en grandes vapores de lujo, si no se aloja en grandes hoteles, si no pierde el tiempo en visitas

ociosas y no hace adquisiciones de cosas innecesarias.

Yo, a mis nietos, desde la edad de siete años les he llevado muy a menudo conmigo sin habernos cansado ni arruinado, pues la fatiga física por tierras y campos fué siempre moderada y lo mismo el gasto.

Hemos de hablar de muchas cosas ; me propongo daros, en resumen, la materia de numerosos libros y de repetidas observaciones ; tendré, pues, que ser breve.

Empecemos :

Tomad el mapa y situaos en las amenas márgenes del río Miño que separa nuestra tierra de la tierra portuguesa.

Ya estamos en la Ría de Vigo, de allí iremos al Norte, doblaremos Cabo Ortegal, seguiremos la costa del Cantábrico, los Pirineos hasta Cabo Creus y, de cabo en cabo, de playa en playa, llegaremos a Punta Europa en el Estrecho, tocando a Cádiz, Huelva, Isla Cristina, dando fondo en Ayamonte, ya en la frontera Sur de Portugal.

Volvamos al Miño y desde sus márgenes, después de una excursión a la Guardia y a Bayona, vayamos a Vigo.

Ya estamos en Vigo, ciudad relativamente moderna que ha heredado de la antiquísima Bayona los bríos y la pujanza que Bayona tuvo cuando allá, en tiempos remotísimos, albergó héroes lusitanos, Césares de Roma... Bayona, que hoy mustia y callada es con Betanzos, Tuy, Noya, Pontevedra, una ciudad que fué *lacustre*, es decir, fundada por unas gentes que con perchas, troncos y ramas de

árbol se construían *unas casas* como jaulas aéreas sobre las orillas del mar, cabe las ramblas, estanques y pantanos formados por los cursos de agua dulce.

La loma sobre la cual se extiende Vigo está cubierta de hermosos campos, y al pie de la ciudad las aguas del mar le brindan sus servicios y le prestan sus hermosuras.

Su Ría, de unos 30 kilómetros de penetración, es un encanto. Se halla defendida de todos los vientos, lo cual la hace un fondeadero ideal, y las islas Cíes que tiene fuera, de Norte a Sur, son su rompeolas.

Sobre ser Vigo y su Ría una cosa admirable por su configuración y benigno clima, el genio emprendedor de sus habitantes está haciendo de aquella ciudad la Barcelona del Atlántico.

La comarca de Vigo es bellísima y alrededor de la ciudad campean numerosas *villas*, gran número de casas de recreo con jardines frondosos y vistas a la Ría, que parece un lago apacible y sereno.

De Bayona-Vigo seguiremos nuestra excursión hacia Pontevedra, otra maravilla, con campos, con una vegetación y unos sitios superiores en belleza a los más alabados sitios de Suiza, sólo superiores a los de nuestras regiones en reclamo, en costar más dinero para ser visitados por gente de países pobres, por habitantes de tierras monótonas y sin carácter, por turistas que no han tenido la suerte de nacer en España.

Cerca de Pontevedra hay que ver Marín, con las isletas Grove, Padrón y Cortegada, y luego hay que ir a Muros, la simpática, y ya en el golfo de la *Lobeira grande* trepar al Cabo Finisterre,

En realidad, *finis terrae*, el extremo de la tierra, nombre que lleva también en Francia su extremo NO., es toda aquella parte de España bañada por el Cantábrico, al Norte, y el Atlántico al SO.; pero como debéis haber leído en vuestra Geografía y debéis haber visto en vuestro mapa, hay en nuestras costas un punto geográfico preciso que lleva este nombre: *El Cabo Finisterre*. Para daros una ligera idea de cómo es, os explicaré lo que en él vimos al visitarlo yo y mis nietos.

Habíamos embarcado en el puerto de Corcubión en un bote a la vela y algo de gasolina, un barcucho que parecía un cisne y se llamaba *La Paloma*.

Abordamos Finisterre, y siguiendo trozos de playa, trepando por sus peñas llegamos a San Eugenio, a la punta S. del Cabo, y desde allí fuimos al Faro, cuyos torreros nos recibieron amablemente, como reciben siempre los gallegos.

No llevábamos, ni mis nietos ni yo, uniformes ni distintivos de ninguna clase y, sin embargo, después de haberles ofrecido unos cigarros a los torreros, de haberles citado por sus nombres y sus apodos a los torreros de Alborán y a los de Formentera y a los de la Isla del Aire y de haberles hablado de faros notables no españoles, Planier, delante de Marsella, Porquerolles, delante de las islas de Hyères, Land End, que es el primer faro inglés visible, al acercarnos a las costas de Inglaterra, yendo desde España, sospeché que me tomaban... así, por un señor que debía ser algo de los que mandan, si bien, lo repito, no llevábamos ni gorritas con galones, ni chaleco con botones dorados y de

que cubrían nuestras cabezas unos apabullados sombreros de lona.

Pasadas unas horas con aquella buena gente, dos hombres, dos mujeres y media docena de arrapiezos que si, al hablar, se nos apagaban las pipas o los cigarros ya estaban ellos allí con un tizoncito que cogían en el fogón de la madre; que iban por agua, que nos llevaban y traían cosas a bordo... nos despedimos cariñosamente y embarcamos nuevamente para contemplar una serie de promontorios, de senos, de golfos, que parecen lagos; bordeando por entre unas piedras marítimas que no llegan a islotes, hasta Cabo Toriñana, más al Norte, en donde también visitamos el faro y también hablamos a los torreros y les dimos noticias de sus compañeros de Cabo Finisterre, y de la Basilia, que había tenido una niña, y de su marido Tomás, que cada día se iba quedando más sordo.

Todavía más al Norte pasamos la Punta del Buitre y la de Mugía, y más al Norte recalamos al pie de Cabo Villano, tocando la punta Nariga y las Lizargas, unas isletas que son verdaderas piedras preciosas. Al día siguiente emprendimos la vía de Coruña y Ferrol. Vistas aquellas hermosas tierras en donde las dos ciudades se asientan, fuimos luego desde Cabo Prior con rumbo a C. Tosto, C. Vea y la Ría de Lage, y bordeando más al Norte, hasta Cabo Ortegal, ya en el mar Cantábrico.

Todo ello de sin par belleza, todo ello superior como hermosura a los tan decantados *fiords* de Noruega que se ha hecho de moda ir a visitar y que hemos visitado yendo a bordo de un gran vapor de *turismo*, con camareros uniformados, con una cha-



ranga a bordo que tocaba al embarcar y desembarcar, que tocaba mientras el pasaje comía ; un viaje que hicimos embarcando en Hamburgo en compañía de más de trescientos turistas, la mayor parte señoras y la mayor parte de ellas feas, con anteojos, *codaks* colgados al cuello y libretos debajo del brazo, con unos velos alrededor de la cabeza y unos sombreritos cubiertos de vegetaciones de papel estampado imitando hiedra, imitando flores, que para mí resultaron lo más divertido de la excursión, por ser ellas lo grotescas que eran y por sus exclamaciones guturales, si eran alemanas, o sibilantes, si eran inglesas, cada vez que se ofrecía a nuestras miradas algo imprevisto, por las idas y venidas de aquel mujerío, cada vez que hacíamos escala y saltábamos en tierra... Parecían insectos enloquecidos.

Unos *fiords*, los de Noruega, que son unos tajos por entre montes, navegables durante kilómetros, sin más hermosuras a babor y estribor de la nave que altos muros rocosos, y por la proa la línea de agua que conduce a espacios más anchos.

Todo ello monótono, tan monótono a veces como largas zanjas de ferrocarril, con la agravante de que no es visitable más que contados días del año y que en pleno estío se siente en ellos mucho calor y de que al saltar a tierra para tomar el fresco y *ver cosas* se topa uno con los naturales del país, los habitantes de aquellas soledades, que huelen todos a sebo rancio, a pescado podrido.

De tal excursión a los *fiords*, lo más interesante no son los *fiords*, son las poblaciones noruegas que se visitan de paso : Odda, con sus bonitos hoteles para veraneantes ; Molde, también muy concurrido

en verano, y sobre todo Trondiem, una ciudad importante en cuya Catedral son coronados desde tiempos antiguos los reyes de Noruega.

Pero dejémosnos de noruegos y volvamos a nuestro Cantábrico.

Ya en aguas de Asturias, y entre sus costas quebradas y cubiertas de exuberantes vegetaciones, nos adentramos curiosamente por la Ría de Rivedeo, donde en su margen oriental se asienta la gallarda villa de Castropol, sostenida por su industria pesquera y los abundantes pastos que la circundan y permiten criar toda clase de ganado. A la salida de la ría nos cruzábamos constantemente con las valientes *vaporas* que regresan de su cotidiana y ruda labor.

Seguimos navegando a lo largo de la costa, y rebasando Cabo Vidrio, recalamos en la ría de Pravia, engrosada por el río Nalón. Franqueada su peligrosa barra de arenas movibles, nos encantó descubrir, en una pequeña ensenada, el puerto carbonero de San Esteban de Pravia, abrigado refugio, de tonos brillantes, de graciosas viviendas salpicadas entre el verde intenso de sus copudos castaños.

Al desembocar la barra bordeamos la punta del Cogollo, y como escondida al redorso de Cabo Peñas reconocimos la pequeña península de Nieva, que forma, paralela a la costa, el estrecho y peligroso canal de entrada del puerto de Avilés.

¡Dichoso Avilés!, por poco nos rompemos los huesos, los nuestros y los de nuestra embarcación, al intentar abordarlo... Era al anochecer, veíamos unas bolas en la torre del vigía que significa-



ban *libre entrada*, y luego, sin saber por qué, cambiaron las bolas por otras que nos decían : ¡ *alto* ! Hicimos lo que pudimos para no avanzar, pero lo cierto es que, por milagro, no fuimos echados a pique por un vaporazo que salía.

Pasamos todo el día siguiente en Avilés, y emprendiendo nuevamente nuestro derrotero remontamos el Cabo de Peñas, quedando a sotavento del temido Noroeste, apareciendo multicolor y sonriente Gijón con su puerto de refugio, Musel, conjunto abigarrado de mástiles y chimeneas que dan favorable idea de su tráfico. Navegamos al Este y no pudimos pasar sin detenernos a contemplar el puerto de San Vicente de la Barquera, cuya barra, cegada hoy por las arenas fué, en otro tiempo, inmejorable refugio de buques de gran porte. Su ría está formada por dos brazos entre los que emerge un promontorio por donde trepa el pintoresco caserío, en su mayor parte de pescadores, y desde el templo de Santa María de los Angeles, que la domina, se abarca el soberbio conjunto del paisaje bordeado al Sur por una cadena de elevados montes.

Al Norte la brava poesía de la costa, siempre erizada de blancos penachos de espuma que se hacen jirones entre las peñas. Sugestiona la idea de esperar la baja mar para correr entre las rocas de la playa a medida que el mar se retira dejando al descubierto bellezas, mundos de maravillas, contemplados en plena palpitación de vida.

Allí, en pequeñas pozas como en un *acuarium* se ven a través del agua cristalina y al alcance de la mano una inmensa variedad de moluscos, de zoófitos, de plantas parasitarias que hacen soñar al poe-

ta, pensar al filósofo y constituyen el alborozo y muchas veces el alimento de las bandadas de rapaces aves que invaden la playa en baja mar.

Más a Levante de San Vicente nos encantó Comillas con sus arboledas, sus aguas terrestres y marítimas, y luego, los poéticos rinconcitos de Sivances, y luego Santander y luego Castro Urdiales y Portugalete y Plencia, pasando por aquellas *cosas naturales* portentosas, navegando o saltando de una roca a otra, siguiendo trozos de playa, llegando al Cabo Machichaco, de tan triste recuerdo por la catástrofe del vapor del mismo nombre volado en el muelle de Maliaño, en Santander.

Y admirada la Ría de Bilbao y el río Nervión, siguiendo avante, una vez doblado el Cabo Machichaco nos detuvimos en Bermeo, edificado en una de las vertientes del cerro de la Atalaya, una de las más antiguas colonias vascas, unas primitivas agrupaciones de pescadores, ya citadas por Plinio con el nombre de Colonia Flaviobriga, en donde los robustos pescadores de la villa son notables por su gran resistencia en la boga.

Durante la época de la *costera* no es extraño hallarles a grandes distancias de tierra, en sus frágiles *boniteras* sin más motor que el remo... que no abandonan en muchas horas. Vimos al E. de Bermeo la airosa villa de Mundaca, pequeño puerto natural para embarcaciones menores y el lugar de Vizcaya que ha dado a España, en proporción, mayor contingente de marinos mercantes.

Luego vimos Lequeitio y Deva, y navegando siempre al E. pasamos por el aristocrático San Sebastián, con su incomparable playa de la Concha,

con sus aguas transparentes y su ambiente señorial, más pintoresco, más alegre, y sobre todo de aguas más limpias que las renombradas playas de Trouville, Ostende, Skeveninghe y otras del N. de Europa, en donde el movimiento de las corrientes producidas por las frecuentes e intensas mareas enturbia constantemente las aguas.

Aun nos duraba el encanto de San Sebastián cuando nos emocionó la entrada del puerto de Pasajes, entre altas rocas que aguardan firmes las acometidas de las mares gruesas del Noroeste.

Sólo nos quedaba Fuenterrabía y a ella fuimos para recalar sobre el Cabo Higuer, último pedazo del suelo patrio.

## CAPITULO III

## PIRINEOS ESPAÑOLES

*Sus bellezas... con un gran paréntesis culinario-patriótico!*

Visto Cabo Higuer y todo aquel rincón de costa que es un encanto, fuimos a casa de unos amigos y con ellos quedaron mis nietos.

No estaban cansados, al contrario, muy decididos y bien dispuestos a seguirme peñas arriba; pero me pareció conveniente que tomaran una tanda de baños de mar, y mientras ellos se remojaban fui en busca de un señor cura muy andariego y muy amigo mío para proponerle que nos acompañara hasta Portvendres o Perpiñán. El reverendo aceptó mi oferta pidiéndome un par de días para prepararse. Le concedí ocho, quedándome en su agradable compañía, y aproveché mi estancia en su casa para poner en orden estas notas que ahora me es grato ofrecerlos a vosotros, mis amiguitos desconocidos, para que tengáis siquiera una ligera idea de todo lo que deseo sea visitado por el mayor número posible de los que me leáis, convencido de que

la vista de las bellezas naturales de nuestra Patria ha de acrecentar vuestro amor hacia ella, convenido, además, de que más elocuentes que los discursos son los hechos, de que las explicaciones nunca son tan claras como las cosas vistas a la luz del sol.

Ya reposados del todo, emprendimos el señor cura, mis nietos y yo nuestro viaje de aventuras, a pie, a caballo, en ferrocarril, en carro de mulas, recorriendo la hermosa tierra guipuzcoana que no tiene la celebridad que se merece por la excesiva modestia de sus propios habitantes, los primeros en no alabar cual debieran las bellezas de sus montes y ciudades, la calma de que se goza en sus valles, la riqueza de vegetación que por todos lados tapiza aquellos prados, así como la bondad de sus producciones, en aves, en verduras, en ganado y en frutas, porque habéis de saber, amiguitos míos, y lo digo, así, de paso, pero con toda convicción, que en ninguna parte del mundo se comen y beben cosas tan exquisitas como en España; ni tan exquisitas ni tan variadas, pues cada una de nuestras regiones tiene sus riquezas y sus originalidades propias para aderezarlas, no sabiendo uno al gustarlas si son más sabrosos y regalados los frutos de sartén de Andalucía, aquellas exquisiteces de que nos habla el gran español don Juan Valera, o los productos porcinos extremeños; si el chorizo y la morcilla de Candelaria son o no preferibles al salchichón de Vich o la butifarra de La Garriga en Cataluña; no sabiendo uno si hay jamones superiores a los de Trevélez, a los de Avilés, a los serranos, en general; ni si hay miel más rica que la de Alcarria, ni mejor manteca que la de Soria, ni nada más subli-

me que el turrón de Jijona cuyo inventor debe estar en la gloria, ni si en ninguna parte hay nada tan fino, tan refinado como las peladillas de Alcalá y de Alcoy, las pasas de Málaga, los higos de Fraga, ni tan serio, en calidad de dulzaina, como el mazapán de Toledo o de Cádiz, o los borregos de Cardedeu, ni más refinadas golosinas que los almíbares monjiles de Granada, las yemas de San Leandro de Sevilla, los bizcochos borrachos de Guadalajara, las cascas valencianas, ni nada mejor como aperitivo que las aceitunas de Sevilla, las anchoas de la costa catalana, los mariscos tan variados y sabrosos del Norte, ni nada tan pintoresco, tan subido de color como los pimientos de Calahorra... Variedad de riquezas comestibles que, regadas por sendas copas de buen vino, bien combinado lo sólido con lo líquido, dan por resultado comidas opíparas a base de *Pote gallego*, *Bacalao a la vizcaína*, *Lacón asturiano* y *la Fabada*, *Angulas de Bilbao*, *Ajo arriero de Navarra*, *Cochifrito extremeño*, *Pisto manchego*, *Tortetas de Aragón*, *Arroz a la marinera*, *Calamares en su tinta*, *Callos a la andaluza*, *Paella valenciana*, *Rumesco de Tarragona*, *Merluza riojana*, *Habas a la catalana*, *Sopa de rape*, *Sopa de albóndigas*, *Lomo con judías*, *Zarzuela de marisco*, *Pollo en chanfaina*, *Escudella de Barcelona* y ¡*Cocido madrileño*!, noble descendiente de la fastuosa y señorial olla podrida (poderosa, succulenta) del siglo de oro, que era comida obligada de gente rica, de magnates, prelados y reyes.

Por supuesto que todo ello no puede servirse seguido, sería cosa de reventar, sino escalonado, armonizando los perfumes y sabores y atendiendo a la

capacidad gastronómica de los convidados, acompañando lo recio con lo suave, presentando como entremés o como postres bocadillos de queso manchego, de Villalón, de Burgos, del Roncal, o mahonés, servido entre hermosas cestillas de fruta; fresas de Aranjuez y de Valencia, melones de Guadamar, peros de Ronda, naranjas de Murcia, de Valencia, de Mallorca, de Sevilla; uvas de toda España, almendras, avellanas del campo de Tarragona, dátiles de Elche, melocotones de Aragón, ciruelas claudias de Logroño, membrillos y batatas de Vélez Málaga, plátanos de Canarias...

Y, naturalmente, también, que tomando cualquiera de las ricas cosas que acabo de enumerar... el *Cocido madrileño*, por ejemplo, sobre una mesa coja, en un local ahumado, sin mantel, en platos groseros, bebiendo el vino en jarros como se bebe entre labriegos castellanos, siendo el tal cocido un conjunto de piltrafas, resulta todo ello una porquería.

Ocurre con esto del comer, en España, lo que en muchas otras cosas, que no tenemos bastante patriotismo.

Somos poseedores de las mejores cosas de comer y beber del mundo y, por pura majadería, hay español que las desdeña adoptando guisotes y bebidas que a menudo *ni le gustan ni son buenos*, pero que le han servido yendo de viaje, o le han ofrecido con nombres extraños en nuestro propio país, vulgares marmitones venidos de fuera, que él toma por unos magos, no cuidando esos españoles necios de hacerse servir la clásica y excelente cocina de la región en donde viven, perfeccionán-

dola si es posible, no ya en bondad intrínseca, sino en la manera de presentarla, sobre albos manteles, en loza fina y con todos los refinamientos propios de personas bien criadas.

Observen lo que pasa precisamente estos días referente a cosas de comer en el vecino país de Francia. Unos admiradores de Brillat-Savarin, un señor muy distinguido, jurisconsulto, magistrado, músico de mérito, y sobre todo *grand gourmet*, muy amigo de la buena cocina, publicó en 1826 en París, un libro titulado *Fisiología del gusto*, y sus admiradores, entre los cuales me cuento, están removiendo en París cielos y tierras para que el tal autor de la *Physiologie du goût* tenga una estatua en la dichosa ciudad de Belley s/Ain que fué su cuna.

Parece una humorada de unos cuantos tragones, de unos señores a quienes agrada comer bien, pero no hay tal; es una cosa muy seria, es una prueba del patriotismo francés, una manifestación de la idea *muy patriótica* de que nadie les pasa delante en cuestión de saber comer, y aferrados al libro de Brillat-Savarin no quieren recordar para nada el *Libro de los yantares* de nuestro Alfonso el Sabio, ni el *Libro de cocina* de nuestro Roberto Nola, cocinero que fué de Alfonso V el Magnánimo, para quien lo escribió en Nápoles y publicó en su lengua, el año 1510 ó 1520 en Barcelona, en la imprenta y librería de Carlos Amorós. Libro que muy pronto fué traducido y publicado en castellano, en Toledo en 1525; en Logroño en 1529 y hasta 1578, en casi todas las imprentas importantes de España.

No habiéndose fijado los franceses, y muy poco

los españoles, en que la *buena cocina* es tradicional en nuestra tierra y en que no sólo se ha comido siempre bien en los conventos, en las casas acomodadas y en las de labriegos y mareantes, sino hasta en los cuarteles, siendo de ello elocuente ejemplo el folleto del señor coronel don José Madrid, titulado *Comidas de la tropa*, en el que se dan variadas listas de cosas comestibles para los soldados. Atención patriótica y altamente humanitaria la del hoy general señor Madrid que ya ha sido imitada por varios jefes de tropas, nacionales y extranjeras, empezándose a desterrar el tan monótono *rancho* a que estaban condenados los soldados de mar y tierra.

Y en cuanto al beber, nadie tampoco en el mundo puede procurarse el recreo de humedecer sus fauces con tal variedad de líquidos como nosotros los españoles. Además del agua para beber, que tenemos riquísima en muchas partes y de que carecen muchas capitales de Europa, nuestras viñas nos ofrecen una gama de vinos *naturales* que van desde el casi jarabe hasta el casi fuego en botellas.

Vinos andaluces, manchegos, castellanos, riojanos, extremeños, gallegos... ¡aquel vino del Miño! Vinos fuertes o dulces aragoneses, mallorquines, catalanes, valencianos, canarios... o bien sidra que los asturianos fabrican mejor que nadie, o bien chacolí que muchos prefieren al buen vino de uva y, como remate de buenas comidas, ahí están los anisados, de Ojén, Cazalla y Badalona; las garnachas, las malvasías, ¡los vinos y licores de todas partes!

Y, sin embargo, se da el caso, que nunca hemos podido presenciar sin una cólera sorda, de que ciertos españoles *modernistas* pidan para beber sin sed,

mientras se charla, cervezas sofisticadas, aperitivos que son química pura (o impura), birhs, vermouths, ajenjos, coxtails a base de ginebra; wiskys, a base de cereales o de patatas; y hasta unas ciertas bebidas de color de caramelo que aspiran con pajuelas.

Yo, cuando viajando por el extranjero han querido obsequiarme con aquellos productos farmacéuticos, he llevado el vaso a los labios por cortesía, y disimuladamente he escupido.

Sólo mis queridos andaluces conservan la patriótica costumbre de hacerse servir para beber, sin sed, unas cañitas.

Y metido en exquisiteces comestibles, ¿qué decir que no sea soso sobre la bondad y variedad de nuestras ensaladas? la de pepinos, la de lechuga, de apio, de achicoria y dulceta... con mariscos, o sencillamente con aceite y vinagre entre cuyas exquisiteces se esconde un percebe, unas escupiñas, unos camarones, mojama en hilachas, boquerones, cangrejos marítimos o del Jalón, trocitos de pulpo frito.

Hierbas tiernas que crecen en nuestros huertos, animalillos que el mar y los ríos nos ofrecen para nuestro regalo.

¿Y qué decir del, o de los gazpachos? Cada uno de ellos es un idilio. Son, a la vez, sopa y ensalada, merienda y refresco.

Y si de lo salado y picante pasamos a lo monjil y almibarado, ¿dónde comer mejores arropes que los nuestros, ni confituras como las preparadas por las benditas mujeres españolas que todo saben confitarlo, desde el melón y la sandía hasta el tomate?

Y si de lo jugoso pasamos a lo seco, a lo aéreo, ¿en dónde encontrar nada más poético ni vaporoso que nuestros azucarillos, nuestros merengues?

¿Y qué decir de los *tortells* y *ensaimadas* de Mallorca, las encasadas, las cocas con chicharrones de Barcelona, las mantecadas de Astorga, las roscas de Reinosa, las glorias de Valencia, los mazapanes de Cádiz y de Toledo, ni qué decir del chocolate a la piedra de Zaragoza, ni de tales o cuales requisitos de todas partes? pues no hay en España ciudad ni pueblo que no tenga lo que los alemanes llaman *delicatessen*, que, dicho sea de paso, son en su tierra copias de lo nuestro, como lo son muchas de las *friandises* francesas, a menudo cosillas delicadas, pero de más apariencia que bondad.

Quizá, mis queridos niños, estas cosas de que os hablo y que os habrán hecho venir la saliva a la boca, parezcan nimiedades a ciertos gruñones que tenemos todos en nuestras familias; decidles respetuosamente que estas cosas nimias, junto a otras de mayor enjundia, hacen agradable el país que las produce y que el agrado es inicio del amor.

Quien haya aspirado el aroma humeante de una cazuelita de angulas en Bilbao, de un buen cocido en Madrid, de una buena paella en Valencia, de un buen lacón en Asturias; quien se haya chupado los dedos (cosa que no debe hacerse, pero que a veces es involuntaria) después de haber rebañado un plato de rumesco en Tarragona, como no sea un estómago desagradecido, siente por fuerza simpatía por los lugares en donde le sirvieron cosas tan ricas.

Recuerde alguien si alguna vez le han regalado en Francia una cajita de turrón de Montelimar o un

cucurucho de *caliçons* de Aix, si lo de Montelimar es turrón y lo de Aix mazapán. Son ambas cosas un amasijo de materias heterogéneas, con mucho papel dorado por fuera y muchas cintitas y litografías, que no llegan de cien leguas al turrón ni al mazapán de nuestros modestos confiteros.

¿Y qué os parece el tan alabado *Puding* de los ingleses? ¿Lo habéis probado? Es el gran caballo de batalla de las damas de aquel país, un obsequio que os ofrecen después del obligado *roast-beef* de caníbales y las *patatoes* hervidas, que son el pan nuestro de cada día de casi todas las mesas inglesas. Cuando tienen un convidado, las tales señoras sienten gran zozobra por si el dichoso *Puding* será demasiado duro o muy tierno, demasiado dulce o *very dry*, lo cual ocurre de diez veces, ocho.

Si el *Puding* ha *salido bien*, se deja comer, pero no es más que un adoquín de harina amasada con manteca, tachonado de pasas de Corinto, que nada tiene de particular.

Lo repito, amiguitas y amiguitos míos, las cosas buenas *serias* sólo las comeréis en España, y las cosas de broma, los dulces, las golosinas... en España, algo en Portugal, un poquito en Turquía, en donde tienen el *Raat Klum* y ciertas confituras al anís que son deliciosas, y en Italia, la tierra clásica *del saberlo todo*, la que ha enseñado a Europa Artes, Letras, Medicina, Arquitectura, Astronomía, Música y especialmente el arte de hacer sorbetes y granizados, golosinas frías y cálidas; donde desde hace siglos es de ritual regalar a los niños durante las fiestas de la Epifanía *torroni e confeti de la Vera Befana*.

Los demás pueblos han imitado, pero no han creado. Sólo nosotros y los italianos hemos sabido inventar composiciones gastronómicas que son una gracia, un destello de buen humor, una sonrisa de nuestra dulce Patria.



Pero basta ya de golosinas. Volvamos a lo de que no hay tierra como la nuestra y de que ciertas regiones, provincias, ciudades o villas de España no tienen la fama que se merecen por desidia de sus habitantes; por creer muchos que el buen paño en el arca se vende; una gran falsedad, pues no se vende paño bueno ni malo si la gente ignora que el tal paño existe; y que, de consiguiente, guipuzcoanos, alaveses y navarros, no teniendo Escoriales ni Alhambbras ni Generalifes, deben hacer saber a quien lo ignora, lo mucho que su tierra vale, por medio de libros, de estampas, de anuncios pomposos y repetidos...

Con nuestro amigo el padre cura, que de apellido se llamaba Navarro y era navarro de buena cepa, emprendimos una serie de excursiones a cual más interesante... y como ya no volveremos a pasar por estas tierras voy a contaros las cosas hermosas que en ellas vimos y deseo vayáis a ver.

Por de pronto y para situarnos fuimos a Pamplona, y ya en la ciudad más importante de la *Basconia* y *Nabarra* (probablemente de *Naba-Erri*, tierra llana rodeada de montes) recordamos a nuestros nietos que aquel país en lo antiguo no era de lo que más tarde se llamó Francia ni de lo que se ha lla-

mado España, sino sencillamente *Basconia*, una tierra habitada por gente muy viril y juiciosa que tomó por caudillos hombres del país y luego por soberanos aquellos Borgoñones fundadores de dinastías, y después Condes-Duques de Evreux, españolizándose algo (1425-1447) con doña Blanca I y don Juan de Aragón, volviendo a afrancesarse con los Foix, con Catalina y Juan de Albret (1479-1483) hasta que en 1512 *Basconia* vino a ser, políticamente, lo que era lógico que fuese, parte integrante de la Casa Catalano-Aragonesa, y Castellana, por el enlace de Fernando e Isabel, no habiendo dejado desde entonces los vascos de ser tan españoles como los que más, tomando parte muy principal en todo lo fausto e infausto acaecido en España desde el siglo XVI hasta hoy, dando a la Patria varones ilustres en virtud, en armas, ciencias, letras y artes... San Ignacio, San Francisco de Javier... Legazpi, el gran navegante, y en un género opuesto aquel heroico y alocado Tiburcio de Redín y Cruzat, cuyas proezas por mar y tierra, cuyos lances amatorios acabaron en un Convento de Capuchinos, del cual, a pesar de su prestigio, no quiso nunca ser más que hermano lego...; dando Navarra a España un Padre Ripalda, un P. Morote (don Joseph de Morote y Mendi), que todo la sabía, y un P. Maceda, y un Javier de Idiaquez (1711), hijo de los duques de Granada de Ega, y ya casi en nuestros días un conde de Ezpeleta, y un Manso de Zúñiga y un Pascual Madoz y un Espoz y Mina y un Iturralde, de quien hay que aprender cuanto se refiere a *Basconia*, y en nuestros tiempos un Sarasate, un Arrie-



ta, un Gayarre... los Zubiaurre, los Zuloaga y otros dioses menores.

Hablando con el P. Navarro le decía yo que su país, por la índole de sus habitantes, formales, poco dados a exteriorizarse, ha vivido y vive una vida colectiva modesta, quizá demasiado, hasta el punto de que, no alabándose ellos y no buscando quien los alabe, son la gente menos visitada de España.

¿Quién, no teniendo precisión de ir, va a Pamplona? ¿quién va a Tafalla? ¿quién va a Olite? ¿quién va a Estella, a Zumárraga, a Vitoria, a Tudela? ¿quién va a pasar unos días a Roncesvalles?

• En cambio, no hay recién casados que no pasen semanas de su luna de miel por esas Córdoba y Granadas y Sevilla, ni extranjero que, deseoso de *estudiarnos*, no cruce nuestro país de Norte a Sur, sin pensar en detenerse en Navarra, que es de lo más hermoso de España bajo todos sus aspectos, que por tener de todo hasta tiene idioma propio.

En Pamplona vimos calles y paseos, todo de muy buen aspecto, y, como de razón, nuestra primera visita de respeto fué a la Catedral. Un templo en su conjunto exterior, modesto; pero rico en hermosos detalles, con la Puerta de la Virgen del Amparo, y la del Arcediano, y un Claustro... que se merecían otra fachada principal, que no está mal como frontis de un templo romano, de Roma; pero que no liga con lo antiguo de Pamplona, con aquella verja portentosa del altar mayor, con la sillería del Coro, ni con lo que por dentro de la Catedral se halla custodiado... aquel relicario del *Lignum Crucis*! y el de la Santa Espina y aquel busto de plata

que representa la flor de pureza que fué la virgen-cita Ursula, y el busto relicario de San Francisco Javier y aquella joya sin par: La Virgen María con el Niño, y el sinnúmero de cosas hermosas que el templo ostenta, entre las cuales sus piedras tumbales; y entre las tumbas de *cuerpo entero*, la más moderna y la más navarra de todas, la menos cargada de parifollos, la tumba de Espoz y Mina, cuya inscripción, sin latines terminados en *issimus*, dice sencillamente:

«Navarra a su esclarecido hijo  
don Francisco Espoz y Mina.»

¡Don Francisco Espoz y Mina! ¡ni más ni menos! Como en el sobre de una carta.

Una inscripción que revela el carácter serio de aquellos navarros nacidos en un ambiente de sinceridad, de libertades locales, de usos y costumbres dignas, leales, codificadas ya de tiempos antiguos por gente venerable.

Hay que ver en Pamplona, además de la Catedral, el Palacio de la Diputación, severo, de buen gusto, con una galería cuajada de soberbias antiguallas, y el Salón del Trono, de un gran carácter, y la Casa del Ayuntamiento en cuya fachada los pamploneses no estuvieron muy felices. Quisieron, lo quiso uno u otro, que fuese *Clásica*, es decir, no navarra, y les resultó un *pisto* de dórico, corintio, jónico y... barroco! Con unas *cosas* en lo alto, y unas señoras al lado de la Puerta principal, que, según parece, representan la Prudencia, o la Agricultura o el Comercio, o la Fortaleza, ¡o lo que se quiera!,

pero que no *pegan* con lo serio de Pamplona, ni en general con nada de toda *Basconia*, en donde el arte es tan personal, en donde los estilos se han fundido en cosas razonadas y bellas, en donde son muy raras las zarandajas, las borlitas y randas, los maderos y alamares.

Hay que ver en Pamplona su Hospital Civil, con una hermosa Puerta, en una apacible plaza; y el Hospital de soldados, con su hermosa galería, donde los convalecientes toman el sol o el fresco...; hay que ver el *Vínculo* y la Alameda...

Hay que ver sus Teatros y Círculos, sus *Sociedades* literarias y científicas. Es ciudad que tiene de todo y todo muy discreto; muy *señor*.

Nosotros, naturalmente, yendo y viniendo de una parte a otra de la ciudad, pasando el puente que lleva a su suburbio, veíamos a amigos del Padre Navarro, nos enterábamos de dónde se hallaban unos y otros, enviábamos postales y hasta telegramas preparando las correrías que *debíamos* emprender, ¡y el tercer día de estar en Pamplona salíamos *al Campo*!

Recorrimos, sin orden de ruta, yendo al azar de las conveniencias o de las invitaciones, los valles de Anné, de Araquil, de Olo, de Imoz, Salazar y Cinco Villas, lindantes con el Bidasoa; seguimos el Baztán y el Roncal, fuimos a Ronvesvalles, y en todas partes vimos bellezas naturales y primores de la mano humana.

Así, por ejemplo, empezando por Alsasua, admiramos allí (no por su belleza plástica, es una tosca construcción) la ermita de San Pedro, donde fué proclamado el primer Rey de Navarra, y luego

fuimos a ver por su belleza natural y eterna el valle de Araquil, con Irurzun, al pie de unos montes, un pueblecito que parece haber sido construído y puesto allí por el solo placer de los ojos, admirando otro día en el Baztán la belleza de sus cursos de agua y luego los paisajes de Amezti y aquellas hermosuras de pueblos que se llaman Elizondo, Ciga, Lecaraz.

Sucedía que a veces pasábamos por sitios que no nos detenían, parándonos, en cambio, en otros que no estaban en nuestro programa, disfrutando horas deliciosas cerca del río Arga, tocando al balneario de Belascoain, parándonos al pasar el puente de Legasa, yendo a Oyeregui, que es un encanto, deleitándonos a la vista de Betelu, de Erasu, cruzando el puente antiguo de Echalar, deteniéndonos todo un día en Ezcabarte, pernoctando en Soarauren, adonde fuimos para admirar una cruz de la cual nuestro P. Navarro nos hacía grandes elogios, y que es, en efecto, una verdadera joya ; y en Leyre donde hay que ver la cripta del Monasterio de San Salvador, ¡ una cosa única !

Otro día fuimos a Gulina, en donde el Padre tenía un pariente, que nos llevó a ver la Santísima Trinidad. Una cosa original y bella. El Padre Eterno, con corona real, sentado sobre un poyo, con su Hijo clavado en cruz entre las rodillas, y algo en la mano que debe ser el Espíritu Santo.

Animado por el éxito que tenían las cosas que nos enseñaba, el Padre Navarro nos llevó a Larumbe, en donde hay una iglesia que parece imposible haya sido fabricada con tal majestad para tan poca gente como debe visitarla ; una iglesia que en la

parte interior de su atrio tiene una puerta *igual* a la puerta de la sala capitular del célebre monasterio de Poblet, en Cataluña... ¡y unos capiteles con unas carazas! ¡y unos follajes! ¡y unos personajes! que son de lo más típico, más original, más *navarro* de toda la *Basconia*. Fuimos, casi siempre a pie, hasta Cendea de Iza para ver la *Peña* y el pueblo, yendo otro día a Lecumberri, a Leiza, con una iglesia parroquial que parece una fortaleza; a Lesaca, que es una hermosa población con grandes caserones señoriales y una «Plaza de la Villa» que para sí quisieran muchas capitales de provincia.

Dando vueltas llegamos una tarde a Muruzabal, en donde residía otro *pariente* del P. Navarro, y con él fuimos a ver la imagen de Nuestra Señora de Eunat y el hermoso templo que la cobija, admirando en Cendea (otro Cendea, el de Olza) la cruz de Arazuri, que fué causa de discusiones, pues el *pariente*, menos entusiasta que el P. Navarro, no la encontraba tan admirable como nuestro amigo pretendía.

En Cendea de Olza, que fué nuestra posada aquella noche, mis nietos al amanecer fueron a bogar en un barquichuelo por el lago artificial de Ibero... y visto todo aquel conjunto de cosas bellas, nos despedimos del *pariente* y fuimos a Puente la Reina, en donde, entre muchas cosas notables, hay una iglesia dedicada al Apóstol Santiago, con un Pórtico... que no tiene igual en parte alguna.

Fuimos también a Sumbilla, una población con *dejos* de Suiza, pero de una hermosura superior a todo lo helvético, un pueblo que es hermoso sin

arrumacos, ni *bois de sapins*, ni hoteles de *Bellevue*, ni guías uniformados, ni mamarrachos que tocan la trompa y que en Suiza deleitan a los borregos que la visitan por no saber adónde ir, huyendo de sus tristes países.

Aquello, y en general todo lo de Navarra, es, ha sido y será siempre bello sin necesidad de charlatanismo. Es la *bella natura* ornada por gente que la siente y no la desvirtúa.

Fuimos también a Zizur, que tiene en Gazolar una iglesia antiquísima, quizá del año 1000, una construcción como no la hay más interesante en España, y en el mismo Zizur (el menor, hay dos) es de ver la iglesia del convento viejo con una portada que conmueve por su sencillez y perfección.

Volvimos a Pamplona y dos días después emprendimos una gran trotada llegando casi a la raya de Francia para ver Zugarramurdi, que interesaba mucho a mis nietos por su nombre. —¡Zugarramurdi!, le decían al P. Navarro, ¿qué será ello?, y nuestro amigo les traducía aquellos nombres vascos que a veces parecen querer significar cosas del otro mundo y significan sencillamente: blanco, negro, alto, bajo, casa, río, árbol, puente... Prolongamos nuestra excursión y nos dejamos caer sobre Adajorra, viendo los soberbios muros que la circundaban y que son hoy su mejor ornato. Unas murallas con una torre por el estilo de la Torre del Arzobispo en Tarragona. Vimos también las torres almenadas de Sangüesa y luego fuimos a Tafalla, que merecería capítulo aparte por su castillo, por su templo de Santa María y su retablo famoso, y al castillo de Zizur, al pie de un cerro, y al castillo de Olite,



¡ un portento !... y andando de una parte a otra, ya de vuelta otra vez a Pamplona, pasamos por delante de la capilla que conmemora el lugar en donde fué herido el guipuzcuano San Ignacio, cuya casa solariega, convertida en soberbia iglesia y convento, habíamos visto yendo a Azcoitia; San Ignacio, que siendo soldado resistía con su tropa en aquel punto a las huestes de Enrique de Labrit, enviadas para apoderarse de Pamplona.

En otra excursión, no de paso, queriendo ir, llegamos a Vitoria, en Alava, en donde enseñamos a nuestros chicos el célebre *machete*, una espada a cuyos filos juraban desear ser degollados los que no defendieran lealmente las libertades del país (los fueros), y como de razón, el Padre Navarro nos llevó a San Miguel para admirar su célebre altar mayor. Fuimos también a Zumárraga, patria del gran navegante Miguel López de Legazpi, el conquistador en Asia del Archipiélago Filipino, el fundador de Manila, un grande hombre de verdad: humano, emprendedor, valiente, razonable y de carácter alegre; buen cristiano de veras, muy devoto... tanto, que sus contemporáneos decían de él que más conquistaba con la cruz que con las armas.

Y otro día fuimos al Castillo de Xavier, hoy sabia y discretamente restaurado, libro abierto cuyas páginas dicen lo que fueron *los nabarros* antiguos. Un castillo que fué de Reyes, que Teobaldo I donó a la casa de Soda, que de los Soda pasó a los Azpilcueta, y luego a un don Juan de Jaso, señor de Xavier; padre del Apóstol de las Indias, nacido en el castillo de Xavier el 7 de abril de 1506, cuya madre se llamaba María de Azpilcueta.

En Mues vimos la iglesia de San Gregorio, una orgía de cosas complicadas, antinavarras, un derroche de cosas labradas por algún *modernista* (modernista del siglo XVII, siempre los hubo).

Y a todo esto íbamos cruzando campos, pasando ríos, faltándonos tiempo para ver todo lo que nuestro amigo alababa, llevándonos, casi por fuerza, a los bosques de Iraluce, de donde decía él han salido casi todos los mástiles de casi todas las naves españolas que van por esos mares, y a los encinares de Igurquiza, a los robledales de Batzarlecu y de Biurranco y a la floresta de Lazamir y a las Cochuelas, en la carretera del Roncal, y al Roncal mismo, haciéndonos admirar la tumba de Gayarre, que nada tiene de navarro, al contrario, pura hojarasca.

Vimos también, volviendo otro día a Pamplona, la ermita del Pilar, en la Peña de Osquia, una cosita de nada, como monumento, pero una joya por su situación.

Fuimos al Santuario de San Miguel, en la Sierra de Araluz, y vimos monte Alimendi entre Navarra y Guipúzcoa.

Atravesamos el río Salazar pasando la Foz de Arbayón, y el Arequil en Osquia y el Uredua en Zudaira.

Vimos aquellas rarezas geológicas de la Foz de Lumbier y el templo de los Templarios y pueblecitos idílicos o románticos como Betelu y la Peña de los Castillos. Nos quedaba todavía mucho que ver, y apenas habíamos visto nada, como decía mi entusiasta P. Navarro, pero los días pasaban, teníamos que ir al Mediterráneo, a las Baleares, ¡ llegar hasta

Huelva! y las vacaciones de mis nietos se iban acortando.

Dije, pues, un anocheecer al P. Navarro: ¡Basta de Basconia! Sintiéndolo mucho, por usted, que no podrá lucirse mañana, nos vamos... Y al amanecer del día siguiente salíamos de Pamplona hacia Aragón y Cataluña, comentando lo visto, elogiándolo, dando la satisfacción al P. Navarro de decirle, y lo decíamos muy sinceramente, que Navarra es de lo mejor de España, que su naturaleza es majestuosa y variada, y su arte, en general, de lo más serio labrado por manos de hombre, conviniendo él y yo en que la Arquitectura, que es el *Ars Magna*; la que lo cobija y dignifica todo: pinturas, esculturas, bordados, orfebrerías; la que todo lo realza, música y libros, miniaturas y campanas, en ninguna parte es más sincera que en Navarra, queriendo probarme él que en el arte de construir monumentos no ha habido nunca más arquitectura verdadera que la de los egipcios, peruanos y mejicanos en tiempos remotísimos, la griega en tiempos más cercanos, la romano-helénica más acá, y la *románico-navarra en tiempos poteriores*. Añadiendo el Padre, por puro romanicismo sin duda, que rosetones vidriados, pináculos y cresterías, bizantinismos, arabescos... cosas mozárabes o mudéjares... son charlatanismos, ganas de hablar. Objetándole yo, pero muy amistosamente:

—Sin embargo, Padre, hay ciertas cosas por Oriente y en nuestras tierras ciertas Alhambras ¡y ciertas catedrales góticas! ¡y ciertas cosas *moras*! ¡y otras *platerescas*!...

—Admirables; también las admiro yo, pero no

tanto como los templos y castillos románicos de Navarra.

De Pamplona por Aoiz, fuimos a parar a Castillo de Ansó, en Aragón, de allí a Jaca y de Jaca subimos hasta las fuentes del río Gállego, yendo luego por el Valle de Arazas a Boltaina, en donde pasamos un par de días. De Boltaina, que es muy interesante, llegamos al pie de la Maladeta, el monte más alto de los Pirineos, admirando por doquier aquella rica naturaleza del Alto Aragón, sus bosques, sus valles; entrando por Viella, en el valle de Arán, en tierra catalana; pasando por Andorra, una República ideal, que por lo exigua y lo *diplomáticos* que siempre han sido los andorranos, ha sabido substraerse a la dominación española y a la francesa.

Están siempre en buenas relaciones con unos y otros, y si alguna vez Francia les veja, se quejan a su príncipe el obispo de la Seo de Urgel; si quieren obtener algo de España, lo solicitan recomendados por el gobierno francés. Ellos, en realidad, son catalanes, hablan todos catalán y tienen iguales usos y costumbres que los catalanes vecinos suyos. Fuimos a la Seo de Urgel (de cuya ciudad también hablaremos) y de allí a Puigcerdá, tocando a Francia, tanto, que paseando se pasa a *Bourg Madame*, ya villa francesa.

Cerca de Puigcerdá vimos Llivia, una población española, única por su situación. Está en España y todas sus calles, Norte, Sur, Este y Oeste, salen a Francia; todas sus casas son *frontera* y para ir a ella hay que pasar por una especie de istmo, una carretera internacional que es Francia por ambos

lados. ¡ Un descuido geográfico, una de las muchas anomalías de nuestro Tratado de los Pirineos !

Visto Puigcerdá, amenísima población en donde veranea mucha gente rica de Barcelona, visto Llivia, fuimos por caminos de carro hasta el pie del Puigmal, subiendo hasta el Santuario de Nuria, un valle amenísimo en una gran altura, con una Capilla dedicada a la Virgen y una hospedería provista de buenas camas y de toda suerte de yantares. Pernoctamos allí, pasamos la mañana siguiente oyendo silencios y viendo lejanías, y después de comer bajamos a Ribas.

De Ribas fuimos a Ripoll, ¡ soberbio !, a San Juan de las Abadesas, ¡ más soberbio todavía !, y a Olot, un oasis de frescura, que fué nuestra etapa de reposo.

De Olot a Figueras y de Figueras, en tren de lujo, para resarcirnos de nuestras peregrinaciones en carreta, a Port-Bou, última estación española.

Eran las cuatro de la tarde de un asfixiante día de verano, y antes de ponerse el sol, el Padre Navarro, mis nietos y yo, tomábamos un delicioso baño de mar en nuestro azul Mediterráneo.

Luego, después de haber comido en la estación, pasó un tren que en un abrir y cerrar los ojos nos llevó a Francia.

## CAPITULO IV

## MEDITERRÁNEO

Ya estamos otra vez tocando aguas saladas. El señor padre cura nos ha dejado en Portvendres. Quiere volverse a su casa pasando por Lourdes. ¡Que la Santa Virgen le acompañe!

Vamos, pues, a emprender, mis nietos y yo, nuestras correrías pensando en los innumerables muchachos que al leer las descripciones que ahora seguirán, desearían ver por sus propios ojos las bellezas de la costa española desde Cabo Creus hasta Ayamonte.

Cerca del Cabo, que es, desde el punto de vista de la belleza, como otros tantos, se halla Cadaqués, una verdadera hermosura de puertecito, habitado hace siglos por gente que vive de faenas marítimas y adoptado ahora por unos señores de luegas melenas, cuyo oficio no es navegar, sino hacer venir ganas de hacerlo a la gente de tierra adentro.

Cadaqués, con la vecina Mallorca, es el cuartel de invierno de numerosos pintores que en sus cua-

dros nos dan trasuntos más o menos fieles de las bellezas naturales que sus ojos ven y sus manos pintan sobre blancas telas.

A la parte Sur del Cabo está el Golfo de Rosas, un lugar que los navegantes helénicos bautizaron dándole el nombre de una de sus más hermosas islas: Rhodas (rosas), significando, pues, y lo digo, así, de paso, rodo-dendron, un arbusto que sin duda tenéis en vuestro jardín o habréis visto en jardines ajenos: árbol florido, rosal.

El golfo de Rosas, que es una espléndida bahía, será, con el tiempo, un gran puerto-arsenal por el estilo de la Spezzia en Italia, pero mientras llega este día, no sirve más que de vivienda a los pescadores que lo surcan y de refugio a las embarcaciones que yendo o viniendo por el Golfo de León se ven acosados por el impetuoso Mistral (un NO.), cuyo empuje se siente desde Aviñón y Arlés, en donde *nace*, hasta el Cabo Creus, al Oeste, y el Cabo Sicié, al Este de Marsella, con ímpetu tal, que muchas embarcaciones le huyen, corriendo, según sea su situación, hasta las Baleares, hasta Córcega y Cerdeña, o bien hasta el golfo de Rosas si navegaban por aquellos parajes.

Después de Rosas, hay que ver, a cuatro pasos, Ampurias (Emporion), una pequeña ciudad ibero-helénico-romana que las inundaciones y las arenas del mar habían cubierto y que ha vuelto a la luz del sol por el patriotismo de unos catalanes entusiastas de sus cosas, que la han limpiado de arenas y de escorias. Una ciudad tan interesante como Pompeya y con la cual tiene muchos puntos de comparación. Ambas se hallan en el seno de un golfo,

sobre una pequeña eminencia y con un riachuelo que lame sus muros. Pompeya, habitada primitivamente por oscos, luego ciudad romana con una gran colonia de comerciantes y de marinos griegos, desaparece de entre las ciudades vivas por un cataclismo cósmico. Ampurias se hunde poco a poco en la obscuridad cuando, despoblada por quiebras comerciales o disturbios bélicos, es lentamente sumergida por los aluviones de su río, por el movimiento de las vecinas dunas que un día tras otro la cubren con sus arenas. Arenas que, con el transcurso de los siglos, se vuelven campos, se convierten en viñas, en medio de las cuales, como *aviso*, quedó siempre cierto trozo de mosaico y cerca del mar un recio muro que han sido los jalones de los modernos descubrimientos: ánforas, estatuas, puertas de la ciudad, calles, templos, teatros... todo ello no tan abundante como en Pompeya, pero de gran importancia histórica y de una riqueza positiva.

Al salir de Ampurias hay que ver La Escala, un puertecito donde se arman los barcos coraleros, la gente que va a pescar el coral por las islas de Levante..., y vienen luego Palamós y luego San Felú de Guífols, en cuya playa se inició la conquista de las Baleares en tiempos de Berenguer III, empresa que fué entonces abandonada por creerla, sin duda, superior al esfuerzo que exigía.

San Felú es, desde hace muchos años, la metrópoli del corcho. Un producto de nuestras encinas que tampoco tiene nadie en tal cantidad ni mejor que España.

Los catalanes llaman el trozo de costa que va desde Cabo Creus y Cabo San Sebastián hasta Bla-

nes, *la costa brava*. Es un conjunto de hermosuras naturales marítimo-terrestres, sólo comparables a las del Norte, pero con la ventaja, en favor de las costas catalanas, de que por su situación climatológica, y por no sentirse en ellas las mareas, su vegetación es más rica, exuberante y variada. Por las hendeduras de aquella costa brava se ven unos pinos que materialmente bañan sus ramas en el mar.

Tosa, Bagur, Llanfranc, con las isletas Medas delante, son parajes únicos. Tan hermosos como lo más hermoso de Provenza, de Italia o de Grecia.

Después de la costa brava siguen, ya en la arena, San Pol, Canet, Arenys, Caldetas, Mataró, Premiá, lindas poblaciones, aseadas, pintorescas, con sus trocitos de roca como adornos, al lado o en el fondo de la perspectiva, y más a Poniente, surge el Mongat, con el castillo rocoso de los Moncada, y luego Montjuich, con su fortaleza bélica que abriga por la parte SO. el gran puerto de Barcelona (de que hablaremos más tarde), y rebasado Montjuich está el delta del Llobregat, cuajado de campos, de villas, de canales, y a la otra parte de las bocas del río yerguen su abrupta osamenta las costas de Garraf con la bonita villa de Sitges en su regazo SO.

Desde Sitges hacia Poniente la costa es baja y sin más accidentes notables que Tamarit, con su castillo señorial en ruina, y más a Poniente todavía la cumbre rocosa, sobre la cual se levanta la antigua capital de la España Tarraconense, la Magna Tarraco.

A Poniente de Tarragona avanza el Cabo Salou, con su antiquísimo puerto, del cual salió el primer miércoles del mes de septiembre de 1229 el joven

monarca Don Jaime, llamado después *el Conquistador*, con sus naves, y en ellas sus hombres de armas para realizar la conquista de Mallorca, que esta vez se realizó, desembarcando el Rey y sus huestes en Santa Ponsa y tomando la capital de la isla el 31 de diciembre de 1229, después de más de tres meses de incesantes combates.

Más al Sur de Salou, por unas playas de gran carácter, se llega a las bocas del Ebro, con Alfaques y San Carlos en su delta y con unos grandes estanques, unas albuferas riquísimas en caza y pesca, y todavía más al Sur, se ve Peñíscola en una punta saliente. Peñíscola, que fué sede de un Papa y de su sacro colegio (no muy numeroso): el Papa Luna-Benedicto XIII.

Vienen luego Benicarló y Vinaroz, hermosos pueblos, llegando de una cala a otra a Cabo San Martín y Cabo la Nao, que es el extremo Sur del golfo de San Jorge, uno de los costados del canal cuya parte opuesta son las Baleares, que van de Ibiza con su isleta Formentera a Poniente hasta Menorca con su isleta del Aire a Levante.

Y estando delante de las Baleares, es imposible no hablaros de sus bellezas.

Vamos a ello.





## CAPITULO V

# LAS BALEARES

Con unos paréntesis elogiosos  
de cierta gente española.

Tomando pasaje en un vapor de la «Isleña», todos muy marineros, muy aseados y muy bien servidos, se sale de Barcelona al anochecer y se llega a Mallorca al clarear el día.

Mis nietos y yo entramos en la Balear mayor por el puerto de Sóller a bordo del *Pimpollo* (1) que tomamos en Barcelona.

Un lindísimo yate con aparejo de balandro y un motorcito de 6 HP. que le daba una marcha de unas 5 millas y era utilísimo en tiempo de calma, sobre todo para las entradas y salidas de puerto.

La travesía de Barcelona a Sóller, que es de unas cien millas, la hicimos en veinte horas, y llegados a la boca del puerto admiramos por la proa un azulado estanque marino rodeado de colinas

---

(1) Ved un libro de mi hijo Armando, titulado «*Diari d'una excursió a Mallorca y Cabrera, a bordo del Mariucha*»—Imp. Casamajó—B. 1913

adornadas de jardines floridos con huertos naranjeros y, tocando al mar, un pino de singular belleza.

Un pino del cual los sollerinos dicen ser descendientes todos los pinos de la isla.

Contemplemos el pino. Para verle puede hacerse el viaje.

Es alto, derecho, copudo, riquísimo, de finas agujas. No hay otro que le iguale en toda la ribera Mediterránea. Así lo aseguran los de Sóller.

Ciertos catalanes pretenden que si en Cataluña el Pino de Santa Cristina, cerca de *Lloret de Mar*, es tanto o más alto; pero aquellos insulares, que han ido a todas partes, afirman que ni el pino de Santa Cristina, ni el de Virgilio en Nápoles, ni el tan alabado pino de Corfú en el Cabo Aspro, son tan hermosos.

Envidia, envidia pura. No hay otro pino como el de Sóller. Un tiempo, según cuentan, no vivía solo, tenía dos compañeros. Uno desapareció convertido en tizones por la imprudencia del pastor que bajo su sombra quiso calentar su menestra; el segundo murió también abrasado, pero de muerte más sublime: tronchado por el rayo un día de gran tormenta, quedando hoy solamente el pino de que hablamos, que parece todavía más grande y más hermoso en su soledad magnífica!

Y estando en Sóller y hablando de bellezas naturales, no quiero dejar de hablar de una belleza natural española que no es un tronco, ni una roca, ni un mar azulado; diré la belleza moral de aquellos sollerinos que de hijos a padres, abuelos y bisabuelos, no han sido reprendidos jamás por la Justicia, ni en su tierra ni en tierras ajenas.

Me refiero a los marchantes de naranjas, *lei marchands d'arangi*, como los llaman los provenzales, o sencillamente *les majorquins*, como son llamados los hombres de Sóller por toda tierra de lengua francesa.

De niños, llevados por el padre, el hermano mayor, un pariente o un vecino, desembarcan en Portvendres, en Cette, o en Marsella, para vender naranjas en puestos fijos que les conceden los Ayuntamientos y que ellos se transmiten, se subarriendan, venden o regalan, sin que nadie se meta en sus negocios, y allí, una vez ya instalados, el muchacho y su *superior* esperan sentados al comprador. Y del comprador viven, modestamente, sobriamente, comiendo sopas de ajo, *sobressada* y naranjas, vistiendo siempre la misma ropa que trajeron de Sóller... ahorrando, ahorrando algo.

No es probable que vendan todos los días muchos millares de naranjas, pero es lo cierto que al volver cada año a Sóller, todos llevan más dinero del que tenían y que a fuerza de ir y venir de Sóller a Cette, a Marsella, a Lyón, a París, a Bruselas, a Lieja, aquel dinero llega a traducirse en un naranjal allá en el pueblo.

Al escribir la palabra Lieja, recuerdo y recordaréis, sin duda, los que ya leéis periódicos, que las primeras semanas de la terrible gran guerra pasada, los alemanes fusilaron, sin razón ni motivo, precisamente en Lieja, a unos españoles modestos e inofensivos. Eran unos sollerinos, unos humildes *marchands d'oranges*. Barbaridad que fué tan afeada a los soldados del káiser, que éste se vió moral-

mente obligado a pagar una fuerte indemnización a las familias de los pobres fusilados.

Y entrado ya en la vena de los españoles honrados, vendedores de naranjas, quiero hablaros, también, de otra categoría de gente honrada, los murcianos de la tenza.

Quizá no sepáis, mis queridos amiguitos, lo que es tenza, o tanza, o sedal... Es un hilo muy tenue, muy resistente que sirve para pescar con anzuelo y que ciertos españoles de Murcia son los únicos en el mundo que saben preparar, sacándolo de los gusanos de seda.

Es una mercancía de un uso reducido, pero cuyos compradores, siempre fieles a los murcianos que la venden, les esperan por las playas del Mediterráneo latino, adriático y jónico, por los golfos del mar de Mármara y el mar Negro.

Llevan los tales murcianos su mercancía de poco volumen y mucho valor, atada por briznas en unos manojos de cien a doscientos hilos, y todos los manojos encerrados en un baúl ropero.

Con aquel baúl lleno de tenza llegan a Marsella, se presentan al Consulado de España para que les obtengan de la Aduana un *passé-debout*, una especie de permiso de circulación, y al tener el permiso les veréis por las tabernas del *port Saint Jean* haciendo negocio con patrones de barca que vieron el año pasado y el anterior y otros muchos anteriores y a quienes vendieron ellos o sus padres manojos de tenza, cambiando, poco más o menos, las mismas palabras, una mezcla de provenzal, de catalán, de ligurés, de *moro*, que se llama *lingua franca* y

que es entendida por todos los costeños del Mediterráneo.

De Marsella van a Tolón, a la Ciotat, a Hiyyeres, a Niza, a Génova, a Liorna, a Nápoles, a Sicilia y, desde allí, pasando el mar, van a vender tenza a los pescadores argelinos, a los de Túnez, de Grecia, de Turquía.

En los Consulados españoles de aquellas apartadas regiones, los murcianos de la tenza son siempre bien acogidos, pues nunca jamás han causado un disgusto a nadie.

Venden en cada una de sus campañas por valor de unas doce mil o quince mil pesetas, de pelo de pescar, y de vuelta a Marsella se embarcan para España a fabricar o a comprar ya fabricada otra partida de tenza que venderán el año siguiente ellos o sus hijos a la misma gente o a gente más joven.

Al par de los que venden personalmente y de uno en uno aquellos hilos tan tenues, quiero también hablaros de otros españoles también muy honrados, también muy discretos.

Quiero hablaros de los que van por esos mundos vendiendo azafrán.

¡El azafrán! Una cosita que parece sin importancia, como la naranja, como la tenza, pero que nadie tiene en tanta cantidad ni de tal mérito como la tenemos nosotros.

Cuando yo era joven, todos los vendedores de azafrán que corrían por Europa, eran, o decían ser, de Rocafort, un pueblecito de la provincia de Tarragona que había sido el mercado mundial de aquellas hebras ya en tiempos remotísimos y que, poco a poco, ha dejado de serlo por la competen-

cia triunfante que les han hecho Albacete y Valencia.

Los de Rocafort recuerdan, y tienen documentos que lo prueban, que ya hace siglos sus antecesores iban a Oriente, y especialmente a Constantinopla, a vender azafrán.

Lo llevaban, los de mi tiempo, en saquitos de tela o en potes de hoja de lata y uno a uno los iban entregando al comprador, recibiendo de él la moneda convenida.

Era y es la manera de comerciar de aquella gente una manera primitiva, que tenía, sin embargo, sus ventajas. Hoy, desgraciadamente, y en perjuicio nuestro, se ha ido modernizando la manera, pues los productores de azafrán, o más bien los comerciantes de Albacete y Valencia, que *dominan el artículo*, se han dejado seducir por comerciantes extranjeros más listos que ellos a quienes venden en grandes cantidades la tan preciada hebra que es de primera necesidad para ciertas industrias tintoriales y, muy particularmente, para el cocinero oriental, que con el azafrán sazona su *pilau*, o para el de Provenza, que sin azafrán no podría condimentar su *bouillabaisse*.

Pero dejémonos ya de naranjas, de tenza y de azafrán. Volvamos a las bellezas naturales baleáricas.

## MALLORCA

... día vendrá en que estos prodigios del arte y de la naturaleza atraigan de nuevo allí (Mallorca) la admiración de los pueblos.

JOVELLANOS.

Los huertos de Sóller que rodean el puerto son modelos de buena horticultura. Cada sollerino tiene el suyo y todos se creen obligados a que el propio luzca más que el de al lado.

La variedad de sus producciones es grande, son huertos, y son jardines, dominando en todos el naranjal, sin que falten, entre naranjo y naranjo, el copudo algarrobo, el retorcido y secular olivo, o la patriarcal higuera.

De un árbol a otro tienden sus verdes pámpanos numerosas parras de azucarada uva, y por el suelo, en hileras, se ven humildes coles, rizadas lechugas, brillantes pimientos, lucientes tomates... con tal cual tiesto de dalias, con rosales por los senderos, claveles y albahacas.

El mar, fuera del puerto, estaba algo picado y el viento NNE. fresquito nos llevó a Cabo Gordo. Izaamos la mayor, y en popa, íbamos haciendo camino.

El *Pimpolo*, ya con todo su velamen, se deslizaba rápido sobre las olas y mis nietos y yo íbamos contemplando la abrupta costa de la isla, sus empinados y casi verticales muros rocosos bañándose en la blanca espuma, coronados de verde follaje, adornados con matas de arbustos, con pinos arraigados en quebraduras de la piedra, en hendeduras a las cuales no llega el pie del hombre.

Dejando por la popa Llucalcari y Deyá, el portezuelo más hermoso de la isla, íbamos acompañados por numerosas barcas de pesca. Era ya casi mediodía y empezaron los preparativos de la comida: aceitunas, unas rajadas de merluza frita, fría, que llevábamos de repuesto, jamón, sobreasada, queso, fruta, dulces secos y una tacita de café *caliente*.

A eso de las dos cayó el viento, arriamos la mayor y pusimos el toldo a cuya sombra echamos una siestecita. A las tres pasábamos el Morro de la Rajada y momentos después el faro de la Dragonera. El sol que caía y lo altísima que nos pareció la cima de la Ginovera, en cuya cúspide se levanta el faro, nos hizo renunciar a nuestro proyecto de escalarla para merendar en ella, decidiendo ir directamente a Andraitx para pasar allí la noche.

A las cuatro embocábamos aquel puerto dando fondo al abrigo de su muelle exterior.

El caserío de Andraitx, por el estilo del de Sóller, está tierra adentro, al extremo occidental de la cala, y con el calor que hacía ni siquiera intentamos explorarlo.

Al día siguiente, que era un sábado, iríamos a Palma. Almorzamos temprano y con la mediana y trinquete y con el motorcito en marcha, salimos de Andraitx pasando a tocar la Mola, la punta más occidental de Mallorca, una peña cortada a pico y a cuyo pie, tocándola con la mano, pueden pasar grandes buques.

El viento era fresquito SSE., tiramos una bordada para fuera, y más tarde, izada la mayor, parado el motor, hicimos dos bordadas más que nos pusieron a la altura de Cabo Andraitxol, que cierra por

el NO. la famosa cala de Santa Ponsa, en donde puso pie a tierra el gran rey Don Jaime al empezar la conquista de Mallorca.

A la bordada siguiente remontamos el islote de Toro, rascándolo, y a las doce el Cabo Figuera con su faro, y casi en popa hicimos rumbo a Palma, costeano toda la parte occidental de aquella pintoresca bahía, viendo pasar ante nuestros ojos en incomparable cinta de colores, la isleta de la Porrassa, las de Sala y Bendinat, el castillo y las baterías de San Carlos, y luego, la cala de Portopí con su histórico faro, la punta del *Terreno*, cuajado de blancas casitas por sobre las cuales yergue su mole el Castillo de Bellver con Son Alegre y la barriada de Santa Catalina al lado, con sus clásicos molinos de viento, y a la una embocábamos el magnífico puerto de Palma.

Comimos en tierra, en el confortable Gran Hotel, y después de comer, tomando un carruaje, fuimos a ver de cerca el Castillo de Bellver.

Llegamos a su puerta dispuestos a descansar una horita en la que fué real mansión del rey Don Jaime II, saliendo a recibirnos la mujer del guarda, que, como buena palmesana, se llamaba Catalina; ella llamó a su marido, y guiándonos él, atravesamos un gran patio en el que vimos una cisterna cuya agua nos refrescó, mezclando en el vaso con que la bebimos unas gotas de anisado mallorquín., Y bebiendo, recordamos las palabras de aquel gran granadino llamado Angel Ganivet: «sólo los españoles sabemos catar el agua. Todo lo denigran los españoles, menos el agua que beben».

En el hermoso patio circular del Castillo hacía

un fresco delicioso, encontrando también frescos los aposentos y corredores por los cuales nos metimos.

Nos sentamos mis nietos y yo cerca de aquella ventana que fué la miranda del buen Jovellanos durante los años de su detención... y seguimos gran rato contemplando allá a lo lejos la blanca ciudad de Palma, más al fondo los molinos de viento de Levante, los pueblecitos de la parte occidental de la bahía, todavía más lejos la agreste costa de Cabo Enderrocat, de Cabo Blanco y las colinas de la isla de Cabrera.

Nos levantamos, por fin, embelesados ante tanta belleza, y para terminar nuestra visita a Bellver subimos a la azotea de la Torre del Homenaje para abrazar con la vista el conjunto de aquel maravilloso panorama.

Al día siguiente, fuimos a misa a la Catedral, que es una de las más hermosas de España, y luego visitamos casas señoriales, señoriales de verdad, pues son todas ellas de descendientes directos o indirectos de los grandes señores que acompañaron al rey Don Jaime en su conquista... y no quiero describiros las bellezas de la Catedral ni las de aquellas casas, porque no escribo una *Guía*; quiero solamente señalaros las cosas bellas de nuestro país para encender en vosotros el fuego del entusiasmo por todo lo nuestro. Os diré solamente que hice visitar a mis nietos, después de la Catedral, el palacio de la Almudaina y la Lonja, una hermosura de edificio civil por el estilo de la Lonja de Valencia y la de Perpiñan, labradas las tres por el mismo pueblo. Vimos también la Casa municipal, con un alero,

único entre los aleros célebres ; vimos la iglesia en donde está la tumba del gran Raimundo Lulio ; fuimos al Círculo de Señores, que es un verdadero palacio y en donde, entre paréntesis, se come muy bien ; dimos unas vueltas por el Borne y ya algo fatigados nos retiramos a descansar a nuestra fonda. Y ahora, antes de daros las buenas noches se me ocurre que quizá no sepáis, mis queridos desconocidos amiguitos y amiguitas, quien fué Lulio, ni Jovellanos, ni otro señor llamado Lacy (un general), que también estuvo preso y murió en el Castillo de Bellver.

Vuestro hermano mayor o vuestro papá os lo dirán, como yo se lo he dicho a mis nietos, a pesar de que no me gusta contar tragedias.

### *DE PALMA A CABRERA*

«Sobre todos aquellos sitios mallorquines vuelan las sombras de lo pasado y de la tradición que anima los peñascos solitarios y puebla también los rotos castillos.

»Allí (en las Baleares, dice Parcerisa) el celta sencillo y desnudo amontonó sus túmulos ciclópeos, y el latino plantó sus águilas.

»Allí, el árabe vive aún en los nombres que dió a los pueblos, y las hazañas de los conquistadores cristianos son recordados por castillos y fortalezas que un día resonaron con el fragor del combate.

»Allí viven todavía los nobles mallorquines cuya hospitalidad templó la rudeza de los tiempos bé-

licos, y en las casas de los señores actuales que durante los dos últimos siglos fueron asilo de las bellas artes, reciben aún favorable acogida cuantos recorren la España para admirar sus bellezas.»

Allá podréis ir convencidos de que recibiréis buena acogida de nobles y plebeyos, de labriegos y mareantes, de sabios y de indoctos, pues no hay gente más cortés que la gente balearica.

Salimos de Palma al amanecer de un martes y nuestro *Pimpollo* tomó la vía de Cabrera.

El mar es siempre hermoso : tranquilo o embravecido, tiene siempre sus encantos ; pero naturalmente, para surcarlo, es preferible hacerlo cuando está de buenas.

En aquella suave mañanita de un día del mes de julio presentaba un especial encanto. El agua nos obsequiaba con sus murmullos y sus más finas randas que acariciaban los costados de nuestro barquichuelo, y mis nietos, con sus pies y pantorri-llas desnudos colgando por la borda, se recreaban mojándose. El vientecillo fué cayendo hasta que, al ser del todo día, volvió a soplar empujándonos hacia la isleta de la que ya casi veíamos el Castillo.

Fuimos dejando por babor la Conejera y rumbo a la cueva del Obispo pasábamos pronto tocando la punta de la Creueta que, con el Cabo Lebache a poniente, forman la boca del magnífico puerto de Cabrera.

Si todo hasta entonces había encantado a mis nietos, mayor fué su alborozo al penetrar en aquellas aguas. De todas nuestras excursiones marítimas, el recuerdo de la entrada en Cabrera es lo que más alaban.

La austeridad de sus colonos que vimos luego, las cosas que yo les dije referentes a soldados franceses vencidos, todo ha quedado en su memoria con exactitud pasmosa.

El sol ya en alto, el cielo sin una nube, parado el motor del *Pimpollo*, no se oía el más leve rumor. Todos callábamos como queriendo oír algo. Hasta los tres marineros que llevábamos parecían haber perdido el uso de la palabra.

Sólo oíamos el tenue murmurar de las olas y el suave vientecillo que, resbalando por las colinas, nos traía perfumadas esencias de romero, de tomillo y de espliego.

Todos callábamos no queriendo interrumpir con la estridencia de nuestras voces aquel eterno y admirable cuchicheo del viento y del mar.

Al pié del peñasco sobre el cual se asienta el Castillo, por la parte de dentro de la cala, se alarga una restinga cubierta de piedras labradas que forman muelle, con cuatro peldaños para desembarcar.

Allí dimos un cabo quedando amarrados y listos para saltar *en* tierra, como dicen los marinos.

Todas las casas de la cala, no muy numerosas, ¡son cuatro!, están en fila a lo largo del muellecito y en ellas viven la docena de hombres y mujeres que en busca de la abundante langosta pescan en aquellas aguas. También viven en una de aquellas casitas el cabo de mar, su mujer y sus dos hijas. Arriba, en el Castillo, ocho soldados, un sargento y un oficial, que resulta ser el ¡*Capitán general* de la isla!

En el fondo del puerto hay dos cortijos con ocho o diez habitantes en cada uno de ellos, y más apartado, el torrero con su familia. Total unas cincuenta

personas por una tierra de 7 por 5 kilómetros, lo cual da a Cabrera el aspecto de una isla casi desierta.

El cabo de mar vino a bordo. Era un alicantino alegre y difuso a quien la soledad de Cabrera debía ser poco grata. Iba muy aseado, vestido de blanco de pies a cabeza y con su gorra de uniforme.

Como genuino español no tardó diez minutos en decirnos que el sueldo era muy mezquino, que en este país hay que tener buenas agarraderas, que si el Gobierno eso y lo otro... una sarta de majaderías. También nos dijo que dentro de una horita llegaría el *Ciudad de Palma* que hace a Cabrera dos viajes semanales.

Aquel puerto de Cabrera es el mejor de las Baleares, después del de Mahón. Abrigado de todos los vientos, menos del N. y NE., ofrece refugio seguro a la más numerosa escuadra. En su bocana, ancha de unos 300 metros, hay fondo de más de 100, y dentro, está limpio de escollos y piedras, con fondos de 8 brazas tocando a la costa.

Fuimos andando hasta una casita aislada que es la *Casa de la posesión de Cabrera*, con un corral al lado; y algo apartada, una era de trillar y un gran grupo de chumberas. Escalamos la colinita que teníamos delante y, por un camino muy bien cuidado, llegamos al *monumento de los franceses*, que ya habíamos visto de lejos, a media altura del collado.

Es un obelisco de piedra de Santany, de unos 8 metros de alto, en cuya base se lee:

A LA MÉMOIRE  
DES FRANÇAIS MORTS  
A CABRERA.  
L'ESCADRE D'ÉVOLUTIONS  
DE 1847  
COMMANDÉE PAR  
S. A. R.  
LE PRINCE DE JOINVILLE

Al pie tiene un osario... todo ello rodeado de una verja no muy entera.

Sentados a la sombra del fúnebre monumento reposamos un buen rato mis nietos y yo, y aunque como ya he dicho no me guste hablarles de cosas tristes, hube casi por fuerza de referirles lo que aquella especie de cementerio recordaba.

Recordaba las vicisitudes de unos guerreros desgraciados que pasaron años en Cabrera y de los cuales, si bien el mayor número volvió a su tierra, muchos murieron en aquel destierro durmiendo el eterno sueño bajo aquellas piedras que nuestros pies hollaban.

Les dije lo que ahora os diré a vosotros para que, si alguna vez os encontráis con algún tonto que os eche en cara la crueldad española, podáis contestarle que nuestra conducta con aquella pobre gente fué humanitaria y ejemplar.

Procedían la mayor parte de la para ellos desastrosa capitulación de Bailén. Habían entrado en España llenos de ilusiones, habían corrido la Península de Norte a Sur, paseando las hasta entonces invictas águilas de Napoleón, y cuando ya debían considerar la campaña acabada y próximo el día de

volver a sus casas, cuando el rey José se sentaba en el trono de España, caían vencidos en los campos de Bailén, en los últimos días de julio de 1808.

La capitulación de los 22,000 soldados que mandaba el general francés Dupont, fué firmada y los primeros prisioneros fueron dirigidos a Cádiz en donde se reunieron a otros 5,000 marineros, ya presos, y todos ellos distribuídos entre la isla de León, cerca de Cádiz, y los Pontones.

Los pontones eran unos barcos viejos de guerra, a bordo de las cuales metieron unos 2,000 hombres... y, naturalmente, la aglomeración, la tristeza y el aburrimiento, produjeron enfermedades.

Aquellos desgraciados estuvieron allí cuatro meses, hasta que, habiendo entrado personalmente Napoleón en España, la Junta de Sevilla decidió trasladar aquella gente a Mallorca.

Se hicieron gestiones para obtener un canje de prisioneros, y hacemos notar, como a buenos españoles, que fué Napoleón quién se negó a tratar en favor de sus soldados vencidos. No quería transigir con la capitulación de Bailén, que al serle notificada en Burdeos, le hizo exclamar: «quisiera lavar esta deshonra a costa de toda mi sangre.»

Conste, pues, que si muchos soldados de Napoleón permanecieron cinco años en Cabrera, no fué por voluntad de los españoles, sino por la arrogancia del Emperador, que nunca quiso canjearlos, diciendo de ellos que eran *des cochons* (unos cochinos).

Visto lo infructuoso de las gestiones, 27 barcos escoltados por dos fragatas embarcaron aquellos soldados y los llevaron a Palma,

Allí, la Junta de Mallorca se negó a permitirles desembarcar, temiendo por la salud pública, y después de largas deliberaciones, los mandó a Cabrera, en donde desembarcaron el 5 de mayo de 1809, no echados sobre el *rocher desert de Cabrera*, como dicen los franceses, sino asistidos y tan bien mantenidos como lo permitieron los recursos de la Junta que les mandaba víveres y medicinas por medio de pequeñas embarcaciones que no hacían más que ir y venir de Palma a Cabrera.

Lo positivo es que los prisioneros no creyeron nunca que su destierro debía ser largo y la mayoría de ellos se negó a trabajar, no queriendo contruirse casas, ni labrar la tierra, dedicándose únicamente a cazar cabras o conejos y a pescar. Sólo al cabo de un año empezaron a ingeniarse y, como dice el *abbé Turquet* en persona, los industriosos y activos jamás carecieron de nada.

También he de hacer notar que no es exacto que muriesen en Cabrera los 10,000 prisioneros de que hablan ciertos autores.

Según *cifras oficiales*, los prisioneros llegados a las Baleares fueron, en números redondos, 9,000, de los cuales 900 fueron devueltos a Cádiz, y los que se fugaron o fueron libertados, por una gracia u otra, unos 600 (el *Abbé Turquet* confiesa 500), y los que estando en Cabrera recobraron la libertad al terminar la guerra 3,800 (*Turquet* dice 3,600), y de Palma, de Mahón, de Ibiza, más de 900, o sean unos 6,200, teniendo que suponer como muertos, no sólo en Cabrera, sino en los otros lugares adonde fueron enviados, los 2,800 que faltan.

La mortalidad de aquellos infelices fué de todas

maneras excesiva, pero hay que tener en cuenta que muchos desembarcaron con fiebres, con disentería y que, desgraciadamente, fueron acometidos de una terrible epidemia de escorbuto, como lo prueban los 50 limones, que, según consta, les enviaba diariamente la Junta de Mallorca.

\* \* \*

Sentado con mis nietos entre aquellos bojes, respondiendo a sus preguntas, recordaba nombres de listas de prisioneros... un Schavenburg, un Vanderberg, un Biderman, de origen probablemente suizo, un Regusky, un Luciny, un Stanosky, un Suresky, un Lasensky, polacos a las órdenes de Napoleón, y nos imaginábamos lo que debían sufrir aquellos desventurados, nacidos en tierras de niebla, nieves y lluvia, bajo aquel sol implacable y aquel cielo tan límpido.

Nos imaginábamos el puerto de Cabrera el día en que se fugaron buen número de prisioneros: el falucho que les traía el pan y otro también con provisiones, venían custodiados por un barcucho de guerra que, menos veloz, seguía retrasado. Aprovechando aquella circunstancia, unos marineros franceses subieron al falucho del pan mientras los españoles descargaban el otro, izaron velas ¡y se escaparon, llevándose el muchacho de a bordo! Llegaron a Barcelona, entonces en poder de los franceses, y armaron en corso el falucho.

Recordando a franceses recordé también aquel mallorquín que se llamaba don Damián Estelrich, el padre Estelrich, que, con abnegación sin igual,

pasó largas temporadas en Cabrera haciendo de limosnero de toda aquella tropa, que consolaba, que animaba dando a todos instrucciones para cultivar sus huertecitos, reclamando y obteniendo para ellos plantíos y simientes; hasta haciéndoles cultivar el algodón, que llegaron a hilar y tejer, obteniendo tejidos que, si bien toscos, sirvieron para camisas; obteniendo la construcción de un hospital en Cabrera y más tarde el traslado a Palma de los enfermos de cuidado.

Decíamos a nuestros nietos que un hombre como el padre Estelrich, a quien el francés Turquet trata de santo, si hubiese sido un limosnero francés, ¡no habría quien no lo alabase!

\* \* \*

Con algo de buena voluntad y un mucho de perseverancia, la isla de Cabrera podría tener frondosa vegetación empezando por quitar de allí las cabras

Son unas humildes bestezuelas, pero lo devastan todo. No hay vástago, retoño, brote que sus dientes respeten; pequeño arbusto, por escondido que esté, que no perezca si ellas se le acercan.

Deberían ser reemplazadas por ovejas o cerdos.

\* \* \*

Era ya casi mediodía y fuimos a bordo para comer... de lo nuestro. Después de comer y sestear un rato, acompañados por el cabo de mar y su familia fuimos al Castillo, a cual puerta, que estaba

abierta, llegamos sin ver a nadie. Dimos un fuerte aldabonazo, gritamos, y, por fin, salió a recibirnos la guarnición, compuesta de un único soldado, que estaba... ¡de guardia! por arriba.

¿Qué guardaba? ¿El Castillo? ¿Contra quién? Amablemente nos franqueó la entrada del fuerte sin *santo* ni *seña* y nos acompañó para visitarlo. ¡Es aquél un castillo muy particular! Parece, desde lejos, una construcción importante, algo cuyos muros deben encerrar habitaciones, salas, patios... pues no, señor, no encierra nada, es casi todo macizo; es una gran roca revestida de paredes. Se sube a lo alto por una escalera de caracol y en un rellano hay un pequeño calabozo labrado en la roca viva, sobre la cual uno de mis nietos, a cuya vista no hay pequeñez que escape, me hizo leer nombres de soldados franceses.

Fleuri, prisionero en 1808-1810.

Grapain, 1808.

¿Qué habrían hecho aquél Fleuri y aquél Grapain para ser encerrados en aquella mazmorra?

Arriba de todo, visitamos la Capilla, el Cuerpo de guardia y las baterías, compuestas de tres cañones de hierro que yacen por el suelo, abandonados.

Es evidente que *aquello* no ha querido ser nunca una fortaleza; es una sencilla garita de observación, una atalaya para guardarse de corsarios moros que a menudo pasaban para ver si podían echarle mano a algo; que pasaron, desembarcaron y se llevaron 22 pescadores con sus barcas el 3 de febrero de 1509...; que volvieron a pasar en tiempos más recientes, a pesar de Lepanto; que pasaron hasta principios del siglo XIX.

*De Cabrera a Porto-Colom, con escala en Porto-Petro.*

Cuando ayudados por el motor hubimos remontado la punta de la Creueta, llamada así por una crucecita que hay en ella recordando la muerte de un soldado francés que se mató persiguiendo unas cabras, izamos todo el velamen, y aprovechando el viento fresco del Este, amurados sobre estribor, tomamos el rumbo de Cabo Salinas que en horizonte divisábamos.

Pasamos a tocar la Conejera, más lejos isla Plana, después la Pobre y, por último, la Foradada en donde hay el proyecto de construir un faro, que buena falta hace.

No tardamos en hallarnos en la mitad del canal. Fué una de las travesías más agradables, pues a pesar del sol que picaba fuerte, su calor era mitigado por la fresca brisa.

Ya era media tarde y decidimos pernoctar en Porto-Colom, adonde llegamos ya entrada la noche. Al día siguiente pasamos por delante Felanitx, el pueblo de las mujeres guapas, saltamos en tierra y pasamos la noche en una posadita muy limpia, durmiendo mis nietos y yo como unos santos.

*De Porto-Colom a Manacor.*—A eso de las 9 de la mañana salimos del puerto impulsados por nuestra maquinilla. Pasamos muy cerca de tierra por delante de las calas de Magraner, de la Barqueta y de Mandia, entrando a las doce en la cala de Manacor.

La entrada fué molesta, es poco ancha y el viento fuerte de afuera producía corrientes y olas que rompían sobre las escarpadas rocas. Nos amarra-

mos, por fin, y fuimos al pueblo, en donde mis nietos y yo pasamos la noche alojados en un *hostal* muy majo y en donde nos sirvieron una cena opípara. Al día siguiente fuimos a visitar las famosas *Coves del Drach* (las cuevas del Dragón) que, por su belleza, atraen gran número de forasteros.

Volvimos a bordo para ir a Alcudia (una travesía de 34 millas).

*De Manacor a Alcudia y Pollensa.*—A las cuatro y media de la madrugada nos hacíamos a la mar, y amurados sobre babor íbamos siguiendo la costa en demanda del Cabo Pera.

Pasamos distinguiendo confusamente la punta Amer y, al otro lado de la punta, la bahía de Artá, cerrada al Norte por el Cabo Pinar. Nació el día, y en la costa, que se distinguía con bastante limpieza, vimos Cabo Vermey (bermejo), que justifica su nombre.

Al pasar por delante del Cabo Pera se apagaron las luces rojas de su potente faro, que, con los de Formentor y Dartuch, marcan el freo de Mahón.

Pasamos como una saeta amurados sobre estribor ante el islote del Farelló de Aubarca, y casi sin notarlo nos hallamos bajo el Cabo Farruch que reconocimos por la atalaya de Son Morey en lo alto del altísimo acantilado.

Estábamos, pues, dentro de la bahía de Alcudia, una cosa por el estilo de la bahía de Rosas, teniendo ambas las tierras del interior muy bajas. Las 9 millas que nos separaban del fondeadero de Alcudia las salvamos en menos de una hora, tal era la fuerza del viento que nos empujaba.

Dentro de la bahía, al abrigo del castillo y del

faro, ya guarecidos del viento, el mar estaba casi en calma.

Vinimos a tierra y tomando el ligero coche local, un *carretó*, subimos de Alcudia-puerto a Alcudia-ciudad.

El efecto que produce Alcudia al acercarse a ella es sorprendente. Se ven todavía intactos los muros y bastiones que la cerraban en tiempos de los reyes de Mallorca... unos reyes que eran tan reyes como los de la parte de acá y que perdieron su corona, por nada, sencillamente porque eran menos fuertes que sus vecinos continentales (1).

Alcudia es una villa medioeval con reminiscencias romanas, perfectamente conservada, con sus fosos, puentes y portales, calles estrechas y caserío antiguo en gran parte construido con sillares aparentes. Se ven en ella albergues de relativa importancia histórica: el que fué palacio de los reyes mallorquines, la modesta mansión en donde se alojó Carlos V cuando su expedición a Túnez y, cerca de la plaza mayor, una casita en donde vivió don Agustín de Argüelles, desterrado a Alcudia en tiempos del amable rey Fernando VII. En la plaza mayor, que es el *Forum* alcudiense, se celebran ferias y fiestas, y en un soportal, cerca de la Casa del Ayuntamiento, se conserva, preciosamente colgada a cierta altura, la costilla de una ballena que naufragó en aquellos mares. Cuando nosotros pasábamos por el tal *Forum* se estaba llenando de gentío. Preguntamos el porqué y nos dijeron que pronto saldrían de cierta posada *los torerós* que iban a dar una fun-

---

(1) De mi libro en catalán *Varia*, tomo II, Barcelona, Imp. de Fidel Giró, 1905.

ción... y, naturalmente, por no ser menos, nos juntamos a la multitud y fuimos a los toros, que no fueron toros, ¡fué una vaca!

Llegados a la Plaza subimos gradas arriba, y después de un par de *sinfonías*, tocadas por una briosa charanga, salió la buena madre de becerros, que sin hacerse rogar, acometió al primer espada, que en vez de traje de luces llevaba puesta por encima de sus calzones una holgada camisa de mujer, *yaciendo* en medio de la arena sobre un catre rodeado de otros mamarrachos armados de jeringas, de orinales, tiznados ellos y tiznado el artista que fingía estar enfermo.

Con la acometida de la vaca el catre fué por los aires y cuando hubieron ellos perseguido a la pobre bestia y cuando hubo ella pateado a buen número de sus perseguidores, terminó la parte cómica de la función.

Entonces, otro poco de charanga, gritos por doquier de ¡helados!, ¡gaseosas!, ¡agua fresca! Comentarios en voz alta sobre lo gracioso de la mojiganga y vuelta a sentarse cada cual en su sitio.

Un airoso paso doble, y volvieron a salir los toreros, no ya grotescos y sucios, sino mudados de ropa, con la raya bien partida y un clavel detrás de la oreja.

Venía la parte seria de la función, una especie de simulacro de corrida efectuado por aquellos infelices del catre, que limpios de cara y manos, con calzón blanco y faja azul, iban y venían de un extremo a otro de la arena persiguiendo a la pobre vaca para plantarle unas moñas, lo que no consiguieron, pues

la vaca, cansada de tanta gresca, se había tumbado a la sombra y de allí no la sacaba nadie.

Fueron de oír los gritos y protestas del respetable público, las perrerías con que increpaban a los toreros. Ni ellos ni la vaca se movían. Fué preciso echarse todos sobre aquella víctima, y por la cola, por los cuernos, la llevaron arrastrando hacia su tranquilo establo.

¡Ultimo número! Gran baile nacional. Volvieron a salir los artistas, ahora emparejados con unas manolas que daban lástima. Se plantaron ellos delante de ellas y siguiendo el ritmo de unas sevillanas agitaban todos sus *salados* cuerpos haciendo resonar castañuelas y panderetas.

La *Plaza...* digamos *de toros*, de Alcurdia, es vasta y sólida; toda ella de tierra y losas arrancadas a la muralla vecina y a ruinas que parecen romanas; de suerte, que por más que el público patee no cederá. No hay miedo de que se hunda ni de que arda. Es toda ella tierra amontonada y losas. Así como la villa es una reducción de plaza fuerte, una ciudadela de sobremesa, su *arena* es un *Circus* romano de escala reducida.

A nosotros, más que el circo, nos gustó aquella tarde el gentío que alegremente chillaba. Unos hermosos tipos de marineros, en mangas de camisa y fajas de color subido; unos labriegos de ancho calzón bombacho y sombrero decorativo... acompañados unos y otros por esposas, hijas, hermanas o novias, todas bonitas, y la mayor parte tocadas con aquel rebocillo que les da un aire candoroso, ornados cuellos y pechos, que llevan algo descubiertos, como Madonas primitivas.

Caía un sol de Ecuador y los organizadores de la gran función, queriendo que en la Plaza hubiese sombra para ricos y pobres, habían extendido, colgándolas de altas antenas, velas de barca latina, que, como sabéis, son triangulares, y aunque fuesen muchas, no coincidían, dejando entrar por encima de la arena y del público, grandes triángulos de sol que parecían llamas ardientes.

La Plaza, abarrotada de gente, aquella luz generosa, el cielo azul, la brisa dulcísima, el volar de los gallardetes que batían al aire izados por encima de la multitud, aquella exuberancia de color, de movimiento, de vida, nos produjeron un efecto maravilloso.

Mis nietos no querían moverse. Fuimos de los últimos en salir de la Plaza.

Al amanecer del día siguiente el viento soplaba todavía con fuerza y para variar nuestra manera de viajar dije a mis marineros que fuesen ellos a Pollensa, cuya bahía se ve desde Alcudia *de dalt* (de arriba), y nos esperasen fondeados, que nosotros iríamos por la carretera. Tomamos alquiladas unas bicicletas a un amable joven de talentos variados: es barbero, fotógrafo, pinta marinas al óleo en el interior de unos enormes moluscos, que son allí muy abundantes, vende bencina, y, además, como digo, alquila bicicletas.

Si vais por aquellas tierras, os recomiendo esta manera de viajar, muy cómoda, si se va por carreteras anchas y bien cuidadas como son las de Mallorca.

En un par de horas, parándonos dos o tres veces, nos plantamos en Pollensa, pasando, para dejar

nuestras máquinas de andar, por casa de otro, barbero, socio del de Alcudia, cuya dirección nos había dado el alcudiano muy bien explicada.

Hicimos *un brin de toilette* en la barbería pollentina, y limpios como unos soles salimos a pasear, no sin habernos antes fuertemente desayunado, recomendando a la hostelera que nos guardara preciosamente cierto saquito de mano en que llevábamos cuatro chismes.

Las calles de Pollensa son casi paralelas o perpendiculares a la vecina playa, y para la gente del país deben ser más o menos convenientes para ir a un sitio u otro; para el forastero que no lleve prisa, lo mismo da una que otra; puede seguir las, confiado en que le llevarán al pie de un montecito sobre el cual se levanta un Calvario, o al pie del monte, ya más importante, que a la parte opuesta de la población ostenta en su *Pico* el Santuario de la Virgen más popular de Mallorca.

El Calvario es de fácil acceso. Rampas suaves, sombreadas por chopos y olmos, conducen al rellano superior en cuyo centro se eleva una linda capilla que es el término obligado de todo paseo burgués pollentino.

A nosotros, como a excursión, nos supo a poco. Decidimos, pues, bajar del Calvario, atravesar la población de Este a Oeste y encaramarnos peñas arriba hacia el Santuario del *Puig* (pico), rodeado de negruzcos paredones que desde abajo nos parecían castillo roquero.

Acompañados por un zagalito de unos doce años que nos llevaba nuestro maletín, con trastos de limpieza y algo de ropa para pasar la noche en aque-

lla altura, emprendimos la caminata antes de ponerse el sol, pensando llegar arriba al anochecer, dormir allí y, a la mañana siguiente, bien reposados, visitar el Santuario, las construcciones adyacentes y las preciosidades naturales o artísticas que sin duda nos enseñarían.

Sudados, jadeantes y con la respiración afanosa, llegamos, ya del todo obscuro, al último rellano de la montaña.

¡Cuánto me pesó no haberle hecho caso al muchachito que nos acompañaba y que me había aconsejado que tomáramos, al menos, un borriquito!

Con la punta de mi cayado buscaba sitio a propósito para sentarme cuando me pareció entrever la sombra de un hombre que saltando de peña en peña venía hacia nosotros.

Era el donado del Santuario que nos había visto subir y se adelantaba a nuestro encuentro.

Hablando con aquella especie de cabra montés, para quien saltar por aquellas peñas parecía un juego, casi me avergoncé de demostrarle mi cansancio por una cosa que él hacía, según me dijo, dos veces diarias.

Ibamos siguiéndole paso a paso y hasta a veces nos cogíamos de su mano, para no tropezar en las abruptas losas que a manera de titánica escalinata ayudan a ganar la cima de las alturas, o sea el recinto amurallado.

—Dios guarde a ustedes. Muy buenas noches, decía en la obscuridad una voz melosa.

Era la donada, la esposa del donado que salía a recibirnos en el portal del recinto y que, sin más cumplidos, nos conducía a una celda. Abrimos en

ella el maletín que llevaba el zagal, sacamos algo de ropa, nos *secamos* y, ya sentados, volvió a entrar aquella amable mujer con unos vasos de agua fresca y unas copitas de anís.

Bebimos, yo encendí luego mi pipa y al cabo de un rato ya ni sentíamos cansancio ni nos dolía haber subido.

Por fuera todo era obscuridad, y allá, en lo profundo, brillaban las luces domésticas de Pollensa; inútil, pues, extasiarse viendo visiones; era preferible esperar la cena hablando con aquella simpática pareja que separada del trajín mundano debía vivir una vida idílica.

Tenían delante un gran espacio para corretear, y como morada, un gran palacio abacial; por vecinos, árboles murmuriosos y ruinas poéticas; para entretener sus ocios, el que había sido convento de monjas y el Santuario; por doquier flores, hermosas vistas y siempre al lado el can doméstico que aleja a los malhechores... Gallos para cantar las horas, palomitas y tórtolas para aprender a ser amables, y por encima de todo, el cielo con sus estrellas; al pie, el mar con sus cambiantes aspectos... ¿Qué más podían apetecer? Jóvenes ambos, hermosos ella y él... decididamente, aquellos dos seres debían ser dichosos.

Yo les felicitaba, les felicitaba muy sinceramente... y, ¡oh dolor! a los diez minutos me habían contado que tenían una pena muy grande. Hubiesen querido no ser donados... Por tener un hijo hubiesen abandonado todas aquellas hermosuras que yo tanto alababa.

Es de tradición, rigurosamente observada por

los pabordes del Santuario, que la Virgen de Pollensa sea servida por una esposa sin hijos, de manera, que decirle en Pollensa a una mujer que sirve para donada, es decirle una tristeza.

A la luz de un cabo de cirio ya nos habían enseñado todo lo que podía verse de noche, el corredor que llegaba al pie de la escalerita del camarín, las celdas que nos destinaban, y sin ganas de ver nada más fuimos al refectorio esperando que la cena nos fuese servida.

Y mientras, para pasar el rato, mis nietos hojéaban un álbum que como reliquia nos presentó la donada, por si queríamos escribir en él nuestras impresiones... como lo hacían todos los romeros que saben *de letra*, añadió sonriente.

Entre sentencias graves, en prosa y en verso, entre saludos a la Virgen, a veces graciosos, mis chicos encontraban cosas que les hacían reír y que también a mí me divertían.

Con muy buena caligrafía, decía un romero:

«Hoy hemos subido a comernos...» ¡qué bárbaro! Afortunadamente, volviendo la hoja, se leía... «un cordero» firmado:

«El Juez de primera instancia de este partido y los que se han dignado acompañarle,

*Cristino Piñeiro.»*

La cena en compañía de aquella buena gente fué agradable, y cenando, entre preguntas de ellos a nosotros y cosas que marido y mujer nos referían, íbamos recogiendo migajas de historias repetidas de una generación a otra en tierras pollentinas; hechos

ocurridos a la familia del donado, a parientes de su esposa.

...; En tiempo de otra donada que era muy anciana y *hablaba* con la Virgen, había ocurrido una cosa... increíble! Una noche de gran tempestad la Virgen había huído de su camarín, había bajado a la playa.

—¿Había huído?

—Sí, señor, sí. Una noche de hace muchos años la donada de entonces, durante el día entraba cien veces en el camarín de la Virgen hablándole en alta voz como a persona viva; diciéndole: Ahora tiraré la cortinilla para que entre el sol. Ahora abriré la puerta grande para que os dé el fresco, Madrecita mía. Ahora regaré el suelo para no levantar polvo al barrer. Ahora voy a dar salvado a mis gallinas...

Y cuando entraba para mudar de vestido a la Señora o encenderle un par de cirios, nunca se acercaba a ella sin darle los buenos días y besarle la mano.

Pues sí, una noche de hace muchos años... según se desprendía del hecho que aquella buena gente nos contaba; el día que precedió a aquella noche tan lejana en que se verificó la maravillosa huída de la Virgen, desde lo alto de su santuario se había oído bramar las olas que de lejos venían persiguiendo a las pocas naves vistas durante la débil luz diurna, poseídas todas al parecer de un furor diabólico, según lo incierto y desordenado de sus rumbos, desapareciendo entre nubarrones, volviendo a aparecer empujadas por la gran tormenta... y según refería aquella donada tan anciana, ella estaba con

una huerfanita que le hacía compañía cerca del hogar comiendo unas sopas, cuando de repente oyeron por arriba un gran ruido de cosas rotas.

—¿Qué debe ser?, dijo la anciana, dejando el pucherico de las sopas y tomando el farolillo que a veces le servía para ir de noche a recibir a un romero.—¿Qué debe haber pasado? ¿Has oído, Catalina? Ha sido dentro del camarín de la Señora.

La huérfana, helada la sangre, se asía a las faldas de la anciana.

—¡Barrum! ¡Barram!

Otro ruido todavía más fuerte, y la donada, volvió a tomar el farolillo, saliendo de la cocina, subiendo al camarín, agitando la luz con sus manos temblorosas.

Al cabo de un rato, bajó, afligida, llorosa, con el farolillo apagado y su ropa mojada, diciendo entre lágrimas y suspiros que la Santísima Virgen había huído de su capilla, que debía haberse escapado por el ventanal, que ella tenía la certeza de haber cerrado al anochecer, y que ahora estaba abierto, con su postigo que batía furioso contra la pared, como si quisiera seguir a la Señora.

—Estará enfadada conmigo porque hace días no la he mudado. ¿Para qué queráis el manto rameado y las arracadas de topacios, si no sube nadie, Señora? ¡Ay pobre de mí, ha huído por el ventanal!

Por fuera parecía como si el mundo agonizara: todo era fragor y lamentos; los árboles crujían y de tanto crujir se quebraban; las olas allá en la playa roncaban y de tan hinchadas reventaban esparciendo por las rocas trozos de maderamen de barcos, vestigios de trágicos naufragios,

Se oyó otro ruido más fuerte y la viejecita encendió nuevamente su farolillo y nuevamente subió al camarín, dejando a la huérfana cerca del hogar con su delantal por encima de la cabeza para no ver ánimas.

Después de larga ausencia, la donada volvió a bajar, pero esta vez con el farolillo encendido, y contó a la huérfana las extrañas cosas que la Señora fugitiva, ya vuelta a su peana, le había dicho.

—¿ Está en su sitio ?

—¡ Sí, hija, sí... pero si la vieses ! ¡ con el manto empapado en agua salobre... la he tentado ! ¡ con sus zapaticos cubiertos de fango... de arena... los he tocado... !

—¿ No será, dijo ingenuamente la huerfanita, que se habrá mojado con la lluvia que ha entrado por el ventanal ?

—Viendo que la Señora me sonreía, prosiguió la anciana sin atender a la interrupción de la huérfana, me he arrodillado a sus pies, y le he dicho :

—Buenas noches, Señora... pues... ¿ por qué habéis huído ? ¿ de dónde venís, Señora ? ¿ quizá encontraréis que no os sirvo bien ?...

La Virgen, con voz dulcísima, me ha contestado :

«—En medio de la gran tormenta se han levantado ayes de agonía, voces clamantes, y he bajado al mar para salvar a unos pobres navegantes que me invocaban...»

Y cuando al ser de día la donada vieja y la huerfanita salieron al portal del recinto amurallado, vieron avanzar, rampas arriba, chorreando agua, con los cabellos pegados a las sienes, los pies descalzos,

llevando antenas rotas, trozos de velamen, a unos pobres marineros que en aquella tan triste noche habían elevado sus gritos de agonía... invocando a la Madre de Dios del Puig de Pollensa.

\* \* \*

Quizás ni esta *historia*, mis queridos niños, ni la de los *toreros* de Alcudia sean de gran eficacia para lo que me propongo en este libro : acrecentar vuestro amor a la Patria ; pero tampoco son contrarias a mi propósito. Las he puesto, porque mis nietos, que *me ven* escribir este libro y que son parte interesada en su buen éxito, me aseguran que ambos relatos gustarán a los muchachos de su edad. Ellos se enternecen contándole a su madre lo de la Virgencita que bajó a la playa, y ríen como unos bobos refiriendo a sus amigos los divertidos lances de la corrida de toros de Alcudia... Y ahora basta de hacer el señorito elegante por estos lugares ; fuera cuellos y puños y a ayudar a nuestros marineros que a bordo nos esperan y en cuya compañía veremos las hermosuras que nos quedan por ver yendo a Sóller.

*De Pollensa a Sóller.*—Salimos de Pollensa al amanecer, con calma chicha y algo de niebla, lo cual nos forzó a gastar bencina, demostrando yo a uno de mis nietos, gran enemigo de la maquinaria, lo útil que en aquella ocasión y otras varias de nuestras excursiones por el Norte de España, y ahora en Mallorca, nos había sido aquella *chocolatera apestosa* (palabras de mi nieto) que llevábamos a bordo,

Ibamos muy lentamente y al hallarnos delante del Cabo Formentor, nos encontramos con unos pescadores de Pollensa que nos animaron diciéndonos que más afuera soplabá un buen viento al Este que nos llevaría en popa hasta Sóller. Así fué, en efecto, y a unas 20 millas de Pollensa pudimos apagar la *chocolatera* y hacer ruta por las solas fuerzas naturales.

Pasando junto al altivo Formentor les hablé a mis nietos de que también por aquellas alturas había un pino famoso, un pino que ha sido cantado por uno de los mejores poetas modernos de España en una oda que es una maravilla. Un buen señor residente en Pollensa, que no metía ruido, que no escribía versos de amor mundano (era sacerdote), que no hacía representar comedias y que, de consiguiente, era menos conocido que el autor de una cualquiera de las astracanadas que sobre las tablas hacen reir o llorar a la gente... ha muerto hace poco, se llamaba Mossen Costa Llobera, su oda, que todos los niños de lenga catalana saben de memoria, empieza por una protesta de amor a un árbol, a su admirado pino :

*Mon cor estima un arbre! Més vell que l'olivera,  
més poderós que'l roure, més verd que'l taronger,  
conserva de ses fulles l'eterna primavera  
y lluyta ab les ventades qu'assalten la ribera  
com un gegant guerrer.*

*No guayta per ses fulles la flor enamorada,  
no va la fontanella ses ombres a besar;  
mes Deu ungi d'aroma sa testa consagrada  
y li doná per trone l'esquerpa serralada,  
per font l'immensa mar.*

*Quan lluny, damunt les ones, renaix la llum divina,  
no canta per ses branques l'aucell qu'encativam;  
lo crit sublim escolta de l'aguila marina,  
o del voltor que passa sent l'ala gegantina  
remoure son fullam...*

Y... etcétera, etcétera; no vamos a entretenernos recitando versos; recomiendo, pero, a los niños que no entiendan bien el catalán, que dediquen algunas horas a su estudio: no será tiempo perdido, es utilísimo entender todos los hablars de nuestra España, que en el fondo, exceptuando el vascuence, son la misma lengua.

¿Quién no entiende aquello que cantan por Asturias?

*O leito de Rosalinda  
leito de espumas parece,  
rodiado está de rosas  
de rosas color da neve.*

¿Quién no se ha entusiasmado leyendo las sublimidades escritas en gallego por Rosalía de Castro? escritas en extremeño por Galán, por Luis Chamizo, el más moderno de los grandes poetas españoles en lengua no del todo castellana...

Pero, basta de poesías, sigamos nuestra ruta:

Nos entró un fuerte vientecito de Levante y a todo andar llegamos a Sóller. Saludamos otra vez aquel pino que allí se está tranquilo, haciendo años, en su estuche perfumado, sin aguantar las tormentas, ni sentir su cabellera mesada por los huracanes como su pariente de Formentor, y nos fuimos a la fonda.

Con nuestra vuelta a Sóller, llegando por el Este, cerrábamos la gigantesca faja que con la quilla de

nuestro *Pimpollo* habíamos puesto a la soberbia «Isla dorada.»

Hice llevar nuestros bártulos a la estación del ferrocarril y dí licencia a la gente que con nosotros venía para descansar un par de días, si querían, encargándoles que fuesen luego a devolver el barco a su dueño, un gran amigo mío de Barcelona, para quien les entregué una carta.

Y con grandes muestras de amistad, después de una buena merienda en la misma fonda en que nosotros estábamos, se fueron ellos a bordo, quedando mis nietos y yo correteando un rato, hasta que llegada la hora fuimos a aquella monada de ferrocarril que nos llevaría a Palma.

### DE SOLLER A PALMA

Tomamos asiento en nuestro coche y nos sentamos al lado de pueblerinos y de labriegos por si pescábamos algo interesante sobre su país, siendo los ferrocarriles, en sus clases modestas, los sitios en donde más fácilmente pueden saberse cosas sobre el *español puro*, en donde puede uno mejor enterarse de lo que el español no adulterado piensa, desea o cree, ama o detesta.

Apenas arranca el tren de cualquier estación del interior de España, empieza uno u otro a contarle al vecino adónde va, de dónde viene, hablando de un don Zutano que conoce en tal parte, de un don Mengano en casa de quien está de sirvienta una de

sus chicas... y si el trayecto es largo, salen a relucir meriendas y botas de vino que circulan de mano en mano, enfadándose algunos indígenas, sobre todo aragoneses y navarros, si les hacéis el desaire de no echar un trago con ellos.

De aquellos mallorquines no obtuvimos nada o casi nada, por lo suspicaces que son, porque no *se entregan*. Ya habíamos observado otras veces lo difícil que es obtener de ellos respuestas concretas; hasta sobre cosas de ninguna importancia: la hora que es, por dónde se va mejor a tal parte; contestan casi siempre con evasivas. Acostumbrados a la vida *de isla*, sienten instintiva desconfianza, no comprenden el porqué de las preguntas, ni hasta el porqué de la presencia de gente extranjera en *Sa Roqueta* (su roqueta, es el nombre amistoso que dan a Mallorca).

Preguntando a uno que tenía a mi lado si la cosecha de la almendra producía mucho, si la naranja sería abundante, si la gente de los molinos de viento vivían en ellos... me miró, le dijo algo en voz baja al compañero que tenía enfrente, y por fin me contestó que no lo sabía, pensando sin duda, él y su compañero, que yo sería uno de esos que vienen para hacerles pagar contribuciones.

No insistí con el de mi derecha y pregunté al de mi izquierda si los campos de almendros eran caros, si costaban más o menos dinero que las viñas... que si... No quise acabar mi pregunta por que observé que ni siquiera me escuchaba.

Charlando con mis nietos llegamos al túnel. Momento solemne para toda aquella gente, y pasado el túnel vimos la ciudad a la cual llegamos felizmente.

Fuimos al Gran Hotel, nos aseamos y pasamos a dejar tarjeta en casa de un señor para quien tenía recomendación de un amigo mío; dimos una vuelta y volvimos a la fonda, cenando como unos reyes y durmiendo luego en verdaderas camas.

Los chicos, sin embargo, echaron de menos las colchonetas del *Pimpollo*.

Al nacer el día estaban despiertos hablando de las cosas que yo les había prometido enseñarles, y antes de salir a la calle se presentó en la fonda el señor de la tarjeta. Estuvo muy amable y nos dijo que no nos fuéramos sin ver tal y cual, yendo siempre en carruaje propio y a la manera mallorquina, es decir, con calma.

El mismo día emprendimos nuestra primera excursión por el interior de la isla, fuimos a Raixa... una casa de campo, jardín, palacio, museo que fundó el cardenal mallorquín S. E. don Antonio Despujol, inspirado sin duda por ciertas villas que había visto en Italia.

De Raixa llegamos a Valdemosa, una *finca* que fué de un moro muy rico llamado Musa (el Moromuzza probablemente, dijeron riendo mis nietos), y en la cual es de ver la Cartuja. Un convento que en tiempo de su destierro, habitado todavía por sus monjes, procuró paz y sosiego a Jovellanos, a quien, según consta, pidieron consejo los Cartujos sobre modificaciones arquitectónicas y pinturas.

La Cartuja de Valdemosa es hoy habitación de particulares que han adquirido *parcelas* de lo que fué convento.

Desde sus jardines se goza de unas vistas admira-



bles y sólo por pasar en Valdemosa y su término un par de días puede hacerse el viaje a Mallorca.

Visto lo que fué convento, hay que subir a la ermita. Está tan alta, tan alta, y el mar se ve tan hondo, ¡tan hondo!, ¡tan lejos!, ¡tan ancho!, que cree uno hallarse en las nubes. No lejos de la ermita hay que ver las ruinas de una antigua iglesia y colegio de lenguas orientales que en 1276 fundó el gran Lulio, proponiéndose nada menos que cristianizar a los mahometanos por medio de los misioneros que, educados por él, irían a predicarles la fe de Jesucristo.

Allí, en aquella casa, situada sobre la altura que los naturales ya llamaban *Miramar*, fué instalada la primera imprenta mallorquina.

Después de muchas vicisitudes *Miramar* vino a ser propiedad de un buen señor rural que en 1870 y tantos se lo vendió al Archiduque de Austria don Luis Salvador, un joven que iba viajando por el mundo y se detuvo allí entusiasmado, diciendo que no había visto nada tan hermoso en ninguna parte. La casa-habitación de *Miramar*, cuando el Archiduque adquirió la finca, era la modesta casa de labranza que todavía existe, en lo esencial, pero restaurada por S. A. I., amueblada con artísticos muebles mallorquines antiguos, convertida en museo, y como el Archiduque era rico y hombre de muy buen gusto, desde que *Miramar* fué suyo no quiso que nadie cortara leña ni menos árboles en todo aquello que cultivaba directamente; trazó caminos, mandó construir mirandas, glorietas de mármol y rampas suaves para ir de su casa hasta

lo más alto del monte, que se cubrió en pocos años de la riqueza arbórea que ahora ostenta.

De Miramar se ve, y puede bajarse a tocarla, «La Foradada», una enorme roca desprendida de la gran masa, y siguiendo en dirección opuesta a la que habéis llevado al ir a verla, llegaréis a Deyá, un pueblecito agrícola marítimo que es un encanto.

Yendo y viniendo por aquellos andurriales llegaréis casi a Sóller y contemplaréis el *Gorch blau*, un tajo entre dos altas rocas, con un arroyo en el fondo, que iluminado por sombras, parece azul, y además del *Gorch blau* hay que ver otra maravilla natural, el *Torrente de Pareys*, otra cortadura de montañas que parece hecha por furias; y la *Vall den March*, y mezclando lo natural con lo divino no hay que irse de Mallorca sin visitar el *Santuario de Nuestra Señora de Lluch*, no menos famoso que el de Pollensa, pero no tan soberbiamente colocado, y si os da por ser amigos de correr la pólvora, los estanques a derecha e izquierda de la Albufera de Alcudia, os brindan sus nubes de pintados ánades, de zancudas aves acuáticas.

*Suprema belleza.*—Alabando las cosas vistas saturadas de bellezas, al despedirnos del amigo de mi amigo y desde entonces amigo mío, nos dijo éste: «Si vuelven ustedes, procuren llegar los primeros meses del año, cuando los almendros están en flor. Entonces Mallorca es un inmenso cesto florido, entonces presenta todas sus galas a los ojos admirados, y cuando, ya entrada la primavera, se llenan de flores nuestros jardines, los colores y perfumes son tantos que hasta a nosotros, ya acostumbrados a ello, a veces nos parece que es demasiado.

¡ Vengan ustedes antes del verano, entonces es cuando Mallorca alcanza su suprema belleza !»

## MENORCA

Se acabaron los peñales pintorescos, las abruptas rocas, los tajos acantilados, los valles amenos... las viñas, los campos de almendros, los algarrobos, los olivares. Ya no se ven naranjales ni huertos floridos ; en Menorca los campos son áridos, los árboles escasos y todos inclinados hacia Poniente, como pidiendo clemencia al terrible Mistral que desde el delta del Ródano, allá en el fondo del golfo de León, hace sentir hasta allí su fuerza.

La belleza principal de Menorca son sus puertos, especialmente el de Mahón, una cosa bella y una cosa útil. Aquello es la proa de la nave España y la bandera nacional que ondea en el Castillo de la Mola, a la entrada del puerto, es la primera que recibe los besos de la aurora, es la más oriental. Hay que ver, pues, aquel puerto ; una gran extensión de agua de mar entre dos colinas, en cuya conjunción, sobre un promontorio, se halla la ciudad, que también es muy interesante.

Mahón no tiene como Palma un Castillo de Bellver, ni una Catedral, ni una Lonja, ni una Almudaina, ni una Casa Municipal soberbia, ni palacios señoriales ; pero no es una población vulgar, al contrario, un conjunto de casas y sobre todo de hombres, en extremo distinguidos.

Los mahoneses hablan la misma lengua que sus vecinos, el catalán, profesan la misma religión, son paisanos y, sin embargo, no están *fundidos*.

Los menorquines no se parecen en nada a los mallorquines de la balear mayor, tienen una personalidad marcadísima; domina en ellos el exotismo; viven allí, con sus cuerpos, pero la mayor parte, en espíritu, están muy lejos.

Ahora, no tanto, pero no hace muchos años, no había familia menorquina en que alguno de sus miembros no fuese graduado de una Universidad extranjera. Recuérdese sino aquella familia Ramis, cuyos miembros, entre todos, lo sabían todo. El mayor de los hijos, Juan, era doctor graduado en Aviñón, fué colaborador del P. Villanueva, gran latinista, gran helenista, autor de escritos importantes en casi todas las lenguas europeas. Su hermano Pedro sabía todavía más lenguas que él, escribía y hablaba perfectamente latín, griego, hebreo, inglés, francés, alemán, italiano; también era doctor *in utroque* por la misma Universidad. Bartolomé, otro hermano, era doctor en medicina de la *Faculté de Montpellier*. José, doctor en zoología, beneficiado de la parroquia de Mahón, autor de un notable tratado de agricultura. Antonio, el menor y el más sabio, era políglota, no hay que decirlo, arqueólogo, historiador, numismata, doctor en Derecho civil y canónico; escribió: *Fortificaciones antiguas y modernas de Menorca, Ilustraciones a una inscripción romana descubierta en Ibiza... Descripciones relativas a Menorca y noticia de varios monumentos descubiertos en ella*.

Y además de los Ramis, que fueron una herman-

dad prodigiosa, hay que recordar a los Oleó, de Ciutadella... Francisco (1772), Miguel su hijo, y Rafael (1806), una dinastía de médicos ilustres, autores unos y otros de libros notables sobre higiene, botánica, ciencias médicas en general... y a don Juan Andrés de Balenchana, nacido en Mahón, doctor en medicina por la Universidad de París, autor de un libro, entre otros, que en su tiempo fué muy leído y alabado: *Réflexions sur l'instinct et sur la perversité dans quelques maladies* (París-Didot, 1820)... y entre los menorquines sabios hemos de citar a los Orfila, cuyo Mateo Orfila, el más ilustre de todos, fué médico de cámara del rey de Francia Luis XVIII y fundador, en París, del Museo Dupuytren y del que lleva su nombre, piedra angular de la ciencia médica moderna; autoridad él indiscutible en materia toxicológica. Su *Traité des poisons* es un monumento, y cabe no olvidar tampoco a don Antonio Llambias, jurisconsulto, matemático, y químico, nacido en Mahón en 1793, autor de un tratado escrito en francés... ¡sobre electricidad! *Mémoire sur l'aimantation par l'électricité ordinaire, avec deux conducteurs a branches*, y de un trabajo, en español, *Sobre el modo de administrar y emplear el cemento romano* (Imprenta Serra, Mahón, 1838)... ni a don Miguel Caimaris, a don Felipe, y al más moderno de todos don Augusto Caimaris (1835). Y pasando de los viejos a los que no lo son tanto, llegamos al ilustre Quadrado (José María), nacido en Ciutadella, en 1819, y al no menos notable doctor Guardia, natural de Alayor (1830), profesor del *Collège de France* en París.

En general, antes, sin haber ido a Salamanca,

y ahora por sus propios medios, los nacidos en Menorca han sido siempre gente muy apta para toda clase de disciplinas.

Consecuencia probable de los aires que respiran, todos los menorquines son muy tolerantes, y en la ciudad de Mahón puede verse, no *de cal y canto*, sino de tierra y paredes, la mayor prueba de tolerancia conocida en todo el mundo civilizado.

Es de rigor, y en todas partes se observa, que los hombres *vivos* vivan juntos, y que al morir, los supervivientes les separen depositando sus despojos en campos distintos, si distintas fueron sus creencias mientras vivieron.

En Mahón no. El Municipio mahonés, o sea todo el pueblo, fué de parecer que creyentes y ateos, *moros* y cristianos, podían reposar en el mismo recinto y, al efecto, labraron un gran cementerio, que no está muy lejos de la ciudad, poniendo en el centro de la fachada una Capilla Cristiana, pues el mayor número de los que debían ser enterrados habían sido cristianos, con una inscripción sobre la puerta que dice sencillamente :

*«El Municipio ampara por igual  
a todos los ciudadanos  
y les concede sepultura honrosa.»*

Además de ser muy tolerantes, los menorquines son muy *limpios* y el aseo personal, doméstico, es allí riguroso. Todo en Menorca es pulcritud, y las mujeres, encargadas de que todo brille, en su afán de fregar, ¡friegan hasta las tejas de las casas !... y no digo *las tejas* por decir, sino porque lo he visto.

En general todas las poblaciones de la isla no

son ricas en agua potable, y por necesidad se bebe en ellas agua de cisternas que están en el suelo o en el subsuelo. Pues bien, las mahonesas, al hacer la diaria limpieza de la casa, suben por arriba a las azoteas, en donde tienen pequeños aljibes, y tentadas sin duda por la vista del agua, toman uno o varios cubos de ella y con largas escobas, o con estropajos, lavan las tejas que tienen a su alcance, dejándolas limpias para que, al correr por ellas el agua pluvial, llegue más pura a la gran cisterna subterránea.

Son también los menorquines, consecuencia de su cosmopolitismo secular y de que todos navegan o han navegado, casi todos políglotas. Es muy raro el hombre de aquella tierra que a más de su lengua no hable el castellano, el inglés, el italiano o el francés.

También son los menorquines excelentes músicos, y la Capilla de la Colegiata de Mahón, en donde hay quizá el mejor órgano de iglesia de España, es famosa. No hay en la isla población grande ni chica en donde no prospere un Orfeón, una sociedad filarmónica... En cambio, no son pintores.

Como cosas indígenas antiguas hay que ver en Menorca los *talayots*, *tudons* y *navetas*, no porque sean cosas bellas en sí; por los siglos de vida en común que representan.

De Mahón, por una hermosa carretera que atraviesa Menorca, hay que ir a Ciutadella, ver su magnífico puerto y la ciudad, con su Catedral antiquísima, su palacio episcopal, su Seminario, sus casas de nobles; unos palacios que, siguiendo la tendencia espiritual de quienes los han erigido, no

son edificios más o menos *góticos* o *platerescos*, como en el interior de España, sino sencillamente construcciones versallescas o italianas. Son típicas las de casa Vigo, de Martorell, del conde de Torresauro.

Y visto Alayor, con su parroquial gótica y su convento de menores; vista la pulquerrima Mercadal, visitado el santuario de Toro, por demás grandioso, en la parte más elevada de la isla, con el mar allá lejos y al pie predios y cortijos, campos limitados por montones de piedras que parecen trozos de la *Crau* de Provenza, ya no hay más que ver sino las calas y playas de la costa... volviendo a Mahón para descansar y ver las cosas minuciosamente, sumando las buenas impresiones recibidas, en una admiración total por todo aquello que es una belleza positiva de nuestra Patria.

## IBIZA

La nave avanza pausadamente a causa de los islotes que presentan por babor y estribor las puntas de sus rocas, virando para doblar la isleta sobre la cual se levanta el pequeño faro de Botafoch, fondeando luego delante de la calle de Mar, el *Rabat*, que decían los moros, el arrabal, que hemos dicho los cristianos.

Ibiza, y desde Carlos III, que fué su gran bienhechor, la *Real fuerza y ciudad de Ibiza*, es medioeval con reminiscencias romanas en su parte alta,

del 1600 en lo que tiene de militar, y moderna en las construcciones de cerca el mar.

Moderna, no porque el arrabal marítimo haya sido construído después de la villa, sino porque la mayor parte de las construcciones *de ahora* no son tan viejas como las de por arriba, pues allí, y en todas las cercanías del mar, lo primero han sido las habitaciones de los que desembarcaban y luego los edificios elevados y costosos, que constituían la *urbs*, la ciudad, el *castrum*.

De encima de la cubierta del barco, cuanto veíamos nos parecía digno de ser visitado, tanto, que a pesar de las denigraciones oídas a bordo (de labios mallorquines) y las seguridades, mientras amarrábamos, de que no valía la pena de pasar allí más que el par de horas que el vapor emplea en dejar y tomar correspondencia, visto lo que veíamos, un encanto, decidimos desembarcar dejando que el vapor siguiese sin nosotros su viaje a Alicante.

Eran las tres de la tarde cuando vinimos a tierra, y habiendo tomado posesión de nuestros cuartos en la única fonda de Ibiza, nos faltó tiempo para recorrer el arrabal marítimo subiendo luego cuesta arriba, llegando al *Puente de las tablas*, un puente levadizo (ya 1 o los hay y gustó mucho a mis nietos) que cubre el foso y puede cerrar (nunca se cierra) la entrada de la ciudad alta, penetrando en ella por debajo de un portal con un gran escudazo encima, tan ancho y alto como la puerta, que lleva esculpidas las *grandes* armas de Felipe II, con un par de estatuas romanas antiguas en el muro, que halladas por aquellos andurriales al construir la fuer-

za dan al conjunto un aire de señorío, de alejamiento en la historia, por demás característico.

Aquella *Real fuerza de Ibiza* es por fuera una cosa soberbia, lo mejor que hizo Gianbatista Calvi, ingeniero italiano al servicio del rey de España. La inscripción que hay bajo el gran escudazo dice: *Philippo rege catholico et invictissimo*, etc., etc., siendo gobernador de la fuerza *nobili Don Ferdinando Çanoguera Anno 1585*, y el lienzo interior de la puerta lleva por remate las cuatro barras catalanas, con una cruz de piedra en lo más alto.

Recorriendo la ciudad hay que ver en la calle del «Esvahidor» una casa señorial que nadie sospecharía pudiese hallarse por aquellos barrios. Parece un palacio de la antigua Verona, una construcción toda de piedra con un ventanal y una puerta que sorprenden.

Vimos, yendo y viniendo, en una calle... ¡una fuente! ¡una fuente pública en las Baleares! ¡una fuente! cosa rarísima, quizá única... y al salir al campo, sin ir muy lejos, vimos molinos de viento y palmeras, aislados unos, otros y otras en grupo... Vimos, tocando a la población, huertos con norias, muchas norias, lo cual prueba que, si no por encima, por debajo corre agua. ¡Viva el agua! Dichosa Ibiza que la tiene en abundancia.

Vimos, junto al castillo, la Catedral, una catedral sin cátedra, no tiene obispo, pero lo ha tenido y volverá a tenerlo cuando el de Sión (1) quiera ser obispo de su tierra, y fuera de la Catedral, admiramos su torre, una mole cuadrada, muy alta, perforada por series de tres aberturas. Un campanario

(1) Muerto hace poco. En paz descanse.

por el estilo de los de la Cataluña vieja, de los del Ampurdán y del Rosellón (hoy francés), con su reloj de sol en lo alto y otro de máquina más cerca del suelo.

Subimos a su azotea y lo que desde allí se contempla es admirable: al pie, la ciudad, la isla, y alrededor un rebaño de vistosas isletas e islotes de todas formas, una multitud de rocas que el mar salpica de blanca espuma, un enjambre de velas triangulares blancas que van y vienen por aquellos freos, que parecen acercarse y se alejan, que parecen alejarse y se acercan, que sin movimientos bruscos resbalan inclinadas como si fueran a besar las olas, pero que de pronto se yerguen y vuelan como flechas.

Recorrida la ciudad, tomamos un bote—, mis chicos querían bogar—, y de una roca a otra recorrimos un buen trozo de la costa de Poniente. De las isletas Plana, Grossa y Botafoch, con su faro, llegamos a la punta dels Andreus y a Tago-mago, Conilleras y Vedrá, y de allí a Cala-llonga y Cala-blanca, hallándonos ya en Santa Eulalia, no precisamente un *pueblo* como los del continente, una parroquia, con su iglesia, su casa rectoral y cortijos diseminados.

Fuimos otro día a Xarracá y Xarracó, tocamos la isleta del Esparto, la del Bosque, las cinco Bledas y Redondas, y llegamos a la bahía de San Antonio, con su iglesia y su puerto. *Porto magno* que le llamaron los romanos. Portmany que le llaman los ibicenses... Un puerto, una bahía en la cual desemboca un *río*... Un río que, naturalmente, no es un Volga, pero que lleva agua y nutre peces, que riega numerosas huertas; un río que tiene, sobre

todo, el mérito de ser el *Unico rio* de las Baleares, en donde los cursos de agua no pasan de la categoría de arroyos, de torrentes más o menos caudalosos.

San Antonio de Portmany tiene una iglesia que parece un fuerte, y lo es. El moro, el dichoso moro fué causa de todo aquello tan recio, tan fortificado, de aquellos gruesos muros, de aquellos baluartes, de aquella gran torre cuadrada que es defensa y atalaya. Por dentro, la iglesia es por demás interesante, tiene lindas pinturas y esculturas.

De San Antonio fuimos hasta la Conilleira grande, con su bonito puerto, y a Rocas-malas, y a Cala-Vedella; navegando otro día, a la vela y con marineros de verdad, hasta dar con nuestras personas en la isla Formentera.

\* \* \*

*Formentera*.—Por su nombre debería ser tierra de trigo; tiene campos que lo llevan, y de calidad superior, pero hoy día Formentera es, sobre todo, tierra de *sal*. En su parte llana, separados por istmos, se hallan sus estanques famosos del *Pez* y de los *Flamencos* que son sus *Salinas*. Un tesoro de más de 300 hectáreas de superficie, cuidado, explotado por el personal que constituye la Parroquia de San Francisco Xavier, la primitiva, con San Fernando en la playa de levante y Nuestra Señora del Pilar en el istmo de la Mola.

Formentera, que parece hoy la región del silencio, fué azotada, durante siglos, por frecuentes asaltos de ladrones africanos y de bandidos norteeuro-

peos. Allí, bereberes, argelinos, tunecinos, vándalos, suevos y normandos, hicieron de las suyas, hasta el punto de quedar la isla casi inhabitada... o habitada únicamente por asnos y cerdos que, naturalmente, de domésticos se volvieron salvajes, siendo fácil presa de los innumerables bandidos del mar que a menudo visitaban aquellas rocas...

Llegaron los tiempos modernos y, a mediados del siglo XVIII, una buena alma levantó en el centro de la isla la iglesia dedicada a San Francisco, que pronto tuvo sufragáneas para asistir a los cristianos que acudían a ganarse la vida cultivando las salinas, entre Punta Sahona y Punta Gavina.

Todos los productos de Formentera, su trigo, sus ganados, sus lanas, sus quesos, su cera, su miel... los frutos de sus árboles, regados por buenas aguas, bajo un clima benigno, son de calidad excelente... ¡hasta el vino! el vino de Formentera es un vino perfecto: de graduación, y de buen gusto... Inútil decir que para el cazador, el aficionado a correr la pólvora persiguiendo conejos o aves marítimas, aquello es un país ideal.

En resumen: que si las Islas Baleares fuesen objetos de arte, joyas raras que estuviesen en venta, de todas ellas nos quedaríamos con la Cenicienta, la modesta y poco apreciada Ibiza. Es la que preferimos, porque, en reducidas proporciones, tiene de todo: bellezas naturales, artísticas, antigüedades *antiguas*, o sea de tiempos prehistóricos, con gran multitud de vasos, de cerámicas, de enterramientos fenicios, *tirios* y *troyanos*, con antigüedades de nuestros tiempos; porque a cada paso se encuentra en ella lo que tanto gustaba al arzobis-

po Agustín en Tarragona, cuando escribiendo a su amigo don Jerónimo Zurita, le decía : «aquí de letreros y antiguallas hay asaz», y que allí, en Ibiza, y por todo su archipiélago, sobre ser todo muy hermoso, las producciones de sus campos, las cosas de comer y beber son de calidad superior... porque la gente del país es gente bien criada, sobria, algo corta de palabra, pero agradable, limpia, como todos los mallorquines, y de una honradez *pecuniaria* a toda prueba...

Dicen si la gente joven se pelea con frecuencia por cuestiones de faldas, si más a menudo de lo que convendría llegan a las manos y se perjudican... Son cosas suyas que no causan al forastero ninguna molestia.

Y si por ser Ibiza joya de subidísimo precio no pudiéramos quedarnos con ella, si nos dieran a escoger entre las islas chicas, a pesar de lo mucho que nos gustó Cabrera, por su situación, por su calma, por la hermosura de su puerto, nos quedaríamos con Formentera «porque es a propósito para ganados, es señora de la sal, tiene bastante miel, oculta minas de plata, cría pinares, produce trigo y vino suficientes, suministra a nuestros marineros pez y alquitrán; y es la única que se ameniza con flores de alcaparras», como dicen las crónicas.

Y, ¡adiós Formentera!, nos vamos a Ibiza y de allí a Alicante.



## CAPITULO VI

### SIGUE LA COSTA HASTA LA RAYA DE PORTUGAL

Llegando de Ibiza, la primera hermosura que se ve en la costa de España es Cabo La Nao con Denia a sus pies por Levante... y luego Punta Ifach, Punta Bombarda, la Escaleta y Villajoyosa, o sea *La Villa*, en seco, como dicen los nacidos en ella, dando a entender que no hay otra en el mundo. Exageran, exageran algo, pero es positivo que Villajoyosa es una bonita villa y que sus habitantes son muy intrépidos marinos.

Más al Sur sale el Cabo Huertas, y en el fondo de su seno se ve Alicante.

De Alicante hay que admirar la feliz disposición de su puerto y de sus playas, por Levante y Poniente, y sin meternos en detalles de cosas urbanas, de las cuales hablaremos luego, contemplar, tocando el agua, aquel muelle o Paseo de los Mártires con sus soberbias palmeras y a cuatro pasos su pintoresco



mercado, y levantando la vista, el Castillo de Santa Bárbara, protector de la ciudad y del puerto.

Estando en Alicante hay que ir a Santa Pola, cuestión de un par de horas, y a la antigua Illicia, en donde se ha encontrado, no hace muchos años, un busto de mujer, cuya copia habréis visto en las ilustraciones. Representa una jovencita con un tocado muy original y unos a manera de zarcillos, grandes como panderetas. (La vió un francés que pasaba y la adquirió para el Museo del Louvre, de cuyas salas es el ornamento.) Aquellas rodajas sobre las sienes de la mujer de Elche han dado mucho que hablar a sabios y no sabios. ¿Es una reina? ¿una divinidad o sencillamente el retrato de una guapa moza que vivió y anduvo por aquellos campos?... *Chi lo sa?*

En Elche hay que admirar, además de las cosas viejas, sus bosques de palmeras en grupos de centenares, de millares... Supongo que alguien sabrá cuántas hay, mil más o menos; para el que pasa y absorto las contempla, por un campo de tantas, y otro de cuantas, y las que andan en guerrilla, sale la cuenta de que debe haber más de cien mil.

De ellas vienen los azucarados dátiles que tanto os gustan, de ellas vinieron las hermosas palmas que habréis llevado a bendecir el Domingo de Ramos. Son una de las bellezas de España.

Volviendo a la costa, no muy distante de Santa Pola, está la isleta de Tabarca, en extremo interesante, no tanto por sus bellezas naturales (desde lejos parece un ataúd, y en el país la llaman Isla plana), sino por la gente que la habita: los descendientes de unos seiscientos genoveses que en tiem-

pos de Carlos III fueron llevados allí, *redimidos*, de la isla de Tabarka, la verdadera, delante de Túnez, que había sido de España y que Carlos V, en 1540, *regaló* a un señor Lomellini, genovés, que la conservó y conservaron sus descendientes hasta 1742.

Todos los tabarquinos actuales, que se han mezclado poco con los naturales de tierra firme, conservan su fisonomía y su hablar ligurés. Entienden y hablan el catalán, que hasta allí se extiende, pero cuando discuten entre ellos y hasta cuando hablan castellano, mezclan en el diálogo un sin fin de *altro*, de *ancora*, de *va bene*... Las mujeres tienen unos ojos hermosísimos y ellos ¡unas melenas!

Son todos pescadores, y algo contrabandistas, pero sin malicia, a la buena de Dios, por cuenta de *terrestres* más listos que ellos, que sin riesgo personal hacen su negocio.

Yendo hacia Poniente, después de un largo trozo de costa, sin gran carácter, se llega a Salinas, ya en la provincia de Murcia, con Torre Encañizada y Mar Menor, un verdadero lago marítimo en el cual se penetra por Torre del Estacio, con Punta Grossa por fuera y las Islas Hormigas delante de Cabo Palos, cuya mole cobija Mar Menor, Escombreras y más al Sur Cartagena.

Ya estamos en la nueva Cartago, fundada por cartagineses auténticos, los de Africa, por aquellos señores Amílcar y su yerno Asdrúbal, que tanto bregaron con los Escipiones de Roma.

Hay que detenerse en Cartagena y admirar su puerto militar, el primero de España en el Mediterráneo, hay que admirarlo por su belleza natural y por lo que allí han hecho los hombres... Hay que

subir a sus castillos de San Julián y de Las Gale-  
ras, que protegen el puerto, con las baterías de San-  
ta Ana, de Punta Trinca y la Podadera, tocando al  
mar; hay que verlo todo, considerando que *lo la-  
brado* es relativamente moderno, que lo fundamen-  
tal, el suelo con lo que hubiese encima, fué de los  
moros durante siglos; que el rey Don Fernando lo  
ocupó en 1243; que tuvo que abandonarlo y que  
aquello no fué definitivamente cristiano-español has-  
ta que el rey Don Jaime *el Conquistador* puso  
todo su esfuerzo en conquistarlo, en redimirlo, re-  
galándolo a sus parientes, los reyes de Castilla.

Se sale de Cartagena, y doblando Cabo Tiñoso,  
viene Mazarrón, y luego Cala Bardina, y en el fon-  
do Aguilas, Los Terreros, con un islote y un trozo  
de costa de poco interés, hasta Punta de la Mesa de  
Roldán y Cabo de Gata, que está al extremo Este del  
golfo de Almería, terminado a Poniente por Punta  
de las Sentinas.

La ciudad está en el centro del arco con el Bo-  
bar a Levante y Santelmo a Poniente, dos sitios en  
extremo interesantes.

Vienen luego, corriendo siempre al Sur, los Lla-  
nos de Almería, al pie de la Sierra de Gador, con  
Calahonda, Motril, algo apartado del mar, y luego  
Torrox, Vélez, y tocando las olas, la soberbia ciudad  
de Málaga... y luego Marbella, una hermosura de  
pueblo, Estepona y, por fin, Gibraltar, del que no  
quiero decir una palabra, porque no es nuestro.  
Cuando vuelva a serlo, cantaremos sus bellezas si  
todavía somos de este mundo.

A la parte Sur del Peñón está la soberbia bahía  
de Algeciras, una especie de colosal herradura cu-

yos extremos son Punta Europa y Punta del Carnero, una extensión de agua con la ciudad de Algeciras, casi a la entrada, y San Roque, tierra adentro, en el fondo, una bahía de gran belleza por lo grandiosa y variada. Viene después Tarifa, que debería dar nombre al Estrecho, pues su punta es lo más cercano a las rocas africanas.

Y ya en el Atlántico, se presentan Cabo Trafalgar, Cabo Roche, Santi Pietri, isla de León y Cádiz, al arrimo de Cabo San Sebastián, con Matagorda y San Fernando delante, al otro lado de la bahía, con Puerto de Santa María en la costa, Rota, Chipiona, tocando las bocas del Guadalquivir, con Sanlúcar de Barrameda y Bonanza, ya en el río.

Viene luego la Punta del Malandar, Arenas Gordas y Huelva con su isleta de Levante, playa del Verigón, isla Cristina, y Ayamonte, en la raya de Portugal.

Todo ello de una belleza incomparable, siéndolo, sobre todo, la perla de aquel golfo, la «Tacita de plata» como le llaman sus naturales.

Cádiz, visto desde la cubierta de un barco, es cosa única y bella. Sus habitantes dicen que su ciudad es una tacita de plata; lo dicen sonriendo, como pidiendo indulgencia al forastero por si el dictado le parece demasiado elogioso; lo dicen, sobre todo, queriendo dar a entender que allí todo es pulcro y luminoso, no haciéndose cargo los gaditanos de hoy día de que el *dictado* es muy antiguo y se refiere, sin duda, a la forma externa de la población que cinturada por murallas de mar y tierra, con los ángulos vivos de sus edificios y aquella cúpula de su Catedral en el centro, le dan de lejos el perfil de



una taza de refulgente metal puesta sobre una bandeja de plata, que son las olas.

Las casas de Cádiz quisieran todas tener vista al mar, y como las de Génova; parecen ponerse de puntillas, las unas detrás de las otras, para ver mejor lo que pasa, no consiguiéndolo muchas sino a fuerza de azoteas, desde donde puede contemplarse la escuadra que fondea, la que se hace a la vela... Unas azoteas, unos belvederes, desde donde es fácil seguir con la vista la embarcación mandada por un hermano, por un hijo, por un amigo; unas construcciones aéreas desde las cuales el espíritu puede extasiarse siguiendo las evoluciones de las barcas pescadoras, cuyas blancas velas, al hallarse allá, lejos, semejan plumas que la brisa envía al cielo... unas mirandas desde las cuales es gustoso comentar con un vecino las curvas trazadas sobre el mar por aquellas naves de toda bandera, que tan pronto parecen grandes aves que toman el vuelo como pajarros heridos que pliegan las alas para reposar; altos observatorios, desde los cuales es grato deleitarse viendo aquella cosa maravillosa, como es el ir y venir diversas naves en dirección contraria, maniobrando para que un viento *único* empuje sus velas y las haga avanzar cual cisnes colosales en direcciones encontradas.

Y todo aquello, visto *gratis*, cada vez que corre la noticia de que hay o habrá por encima de las olas gran espectáculo náutico... una de aquellas representaciones marítimas que nada iguala, que son sublimes, inimitables, que tienen por escenario el mar, por decoraciones nubecillas matizadas, por foro el cielo azul.

Dentro de la ciudad, cuyas calles, en general, no son muy anchas y que tienen todas cierto carácter de intimidad y buen vecinaje, se ven a cada paso casas pintadas de colores claros con unas fajas rojizas que marcan pisos y separaciones ¡y unos balcones!..., que son trocitos de jardín suspendido, cubiertos aquí y allá por cortinas de pintadas rayas que la menor brisa agita y dan al conjunto color y vida.

Ciertas calles de Cádiz, a las primeras horas del día, cuando ya han *sido regadas*, cuando los tenderos y almacenistas han expuesto sus telas de colores vistosos, sus cadenillas de oro, sus jarros y objetos de arte, hasta sus prosaicos pares de calzado, parecen *Vías* adornadas para la recepción de grandes personajes.

Hay que ir a Cádiz, hay que pasar allí unos días para visitar la ciudad minuciosamente, sus templos, sus bibliotecas, sus museos... con aquella estatua yacente portentosa hallada en Cartaya, más allá de Huelva, un hombre muerto, con unas barbas que infunden respeto; una *pieza* de tanta importancia como el *Moisés* de Miguel Angel de San Pedro *in vinculi*, de Roma; la escultura antigua, *más antigua* y más importante, limpia y bien conservada de Europa... Y de Cádiz hay que ir a Sevilla (ya iremos), hay que ir a Jerez, hay que recorrer aquel trozo de costa del Atlántico para quedar de una vez y para siempre convencidos de que no hay nada en el mundo más hermoso que las costas de España.



## CAPITULO VII

### OTRAS COSTAS

No lo son tanto las de enfrente, las del Rif, que hasta cierto punto también son costas españolas, pues constituyen nuestra frontera, la valla que nos separa de aquellos *perros circuncisos* (1) que están a la otra parte.

Una gente que no son los moros de la Mauritania ni los árabes de Damasco, que no tienen ni una gota de sangre de aquella raza fina que vegetando en la obscuridad hasta los tiempos de Mahoma, sale de su Arabia y cual río desbordado se extiende por Asia y Africa, haciendo prosélitos, ganando adeptos a la doctrina de Un Dios Unico, Potente y Misericordioso, fundando Estados, transformando Sociedades, civilizando, creando Escuelas, la de Bagdad en su tierra, la de Córdoba al ser dueños de casi toda España.

---

(1) *Y took by the throat the circumcised dog  
And smote him... this*

Yo cogí por el gaznate aquel perro circunciso  
y le di muerte... así. (*Se mata.*)

Ultima escena del «Otelo», de Shakespeare.

La mayor parte de los rifeños son, sencillamente, descendientes de los *Wandalus* que, por ser los más numerosos entre los bárbaros que vinieron a España, dieron su nombre a Andalucía... pero descendientes de la chusma bárbara, la plebe visigoda que, al ver derrotado a su rey don Rodrigo en los campos de batalla, no fué a ayudarle... sin que que-ramos decir que lo mereciese, pues él mismo, sucesor de Vitiza, a quien había hecho arrancar los ojos, era un bárbaro completo.

Algunos rifeños han conservado ciertos rasgos de sus ascendientes godos, el color de la barba o de los ojos, pero la mayoría de los de ahora son hijos o nietos de madre o de abuela esclava de raza negra. Son los descendientes de aquellos moros andaluces que al ser echados de España, por ser ellos pobres y muy numerosos, no pudieron emigrar muy lejos y allí fueron y allí se quedaron, sin rey ni roque, sin haberse fundido jamás con las razas de pura sangre árabe, sin haber aprendido a construir, viviendo en chozas, sin haber aprendido a navegar, recorriendo aquellas costas en primitivos cárabos que les sirven para salir a robar al marinero cristiano, incauto o náufrago; peleándose entre ellos como fieras por una vaca o por un chivo.

Ha sido una fatalidad para nosotros que nos haya tocado tenerlos por vecinos; de la tierra que ellos habitan vinieron siempre las invasiones, y no sólo la del 711, sino las anteriores, ¡han sido varias!

Cada vez que el Norte de Africa se ha sentido fuerte, plétórico de gente, ha pasado el mar para asolar nuestras tierras, embarcándose en aquellas

costas. Y de que vinieron y se apoderaron de lo nuestro, de que lo gozaron muchos años, son testimonio, en lo antiguo, Cartagena, Peñíscola, Mahón... En lo moderno, los testimonios se tocan.

Pero no prosigo, no he de ser yo quien os explique minuciosamente en este LIBRO DE LA PATRIA lo que debéis saber por vuestras Historias de España ; sólo de paso me parece oportuno deciros que sin los romanos, los hermanos mayores de nuestra familia mediterránea, los señores Amílcar, Asdrúbal y Aníbal, nos hacían esclavos o, por lo menos, colonos de su gran Cartago africaná.

Pero, lo repito, no quiero entrar en consideraciones históricas ; quiero sólo hablaros de las cosas bellas que son de España.

Tocando a las posesiones franco-argelinas, tenemos en Cabo de Agua las isletas Chafarinas, que no son gran cosa, pero que debemos conservar como eslabones de una gran cadena, y más hacia Poniente, La Laguna de Puerto Nuevo, o sea Mar Chica, que puede ser una rada de refugio, arsenal o puerto, y, a cuatro pasos de Mar Chica, está Melilla.

¡ Melilla ! de triste recuerdo para mí. En su Campo Santo tengo un hijo enterrado... Murió en aquella adusta tierra el mismo día que nuestros soldados izaban la gloriosa bandera española en la cumbre del Gurugú la primera vez, ¡ en 1909 !...

Si algún día visitáis aquel campo de tristeza, veréis una tumba, cuya losa lleva esculpida la palabra PAX... con un nombre debajo... Es el de mi pobre hijo...

Es decir, ¡ pobre no ! Murió en plena juventud,

orgullosa de las bombillas de oro que llevaba en el cuello de su uniforme, de las estrellitas de su bocamanga, era un muchacho fuerte y alegre... Murió por la Patria, la más bella de las muertes. Los pobres somos nosotros, los que le lloramos... ; pero no quiero entristecerlos ; sigamos adelante.

\* \* \*

Después de Melilla, siempre a Poniente, se hallan Alhucemas, el Peñón de la Gomera, con su faro, y Ceuta...

Todo ello, aunque Ceuta y Melilla sean españolas de verdad..., unido por muchos kilómetros de costa que son de quien los habita. Toda aquella región árida, seca, no tiene arbolado y se halla continuamente expuesta a furiosos temporales.

Cuando en ella el mal tiempo no viene de Levante, viene de Poniente. No se goza en sus aguas de quince días seguidos de tranquilidad marítima.

No hemos tenido suerte, lo repito, en el trozo de Africa que por allí nos ha tocado.

Afortunadamente, más allá del Estrecho, son de España las islas Canarias, ¡ un paraíso !

En vuestras *geografías* habréis visto dibujado su contorno y no dudo que sabéis cuántas son, cómo se llaman, cuál es la situación geográfica de cada una de ellas, cuánta gente las habita, los kilómetros cuadrados de su superficie, y lo que producen : miel, azúcar, buen tabaco, cochinilla que sirve para teñir de rojo, muchos plátanos, muchas cebollas, que van a tierras de gente triste para que endulcen algo sus monótonas comidas... Muchas cebollas y

muchos racimos de plátanos que producen muchos miles de duros...

Debéis también saber los nombres de las ciudades más importantes de Canarias y no os será desconocida su gran maravilla natural: ¡el Pico de Teide!, con, cerquita, el Pico de la Vieja y el volcán de Chahorra... un trozo de mundo de una belleza singular.

Todo lo de la Gran Canaria, de Tenerife, de la Gomera, de la Palma, de la isla de Hierro, de Fuerteventura, de Lanzarote, es ameno y productivo, todo ello poblado por hombres de bien, laboriosos, inteligentes y buenos españoles.

Se disputan algunas veces entre ellos por lo de la *Capitalidad*... ¡Dichosa Capitalidad! Como si tener en una ciudad más oficinas del gobierno que otra, y más empleados, y algo más de guarnición, fuese una riqueza.

Ellos deben creerlo así.

El clima de las Canarias es un clima ideal. En aquellas islas no hace nunca frío, ni gran calor, por donde, el *clima*, que es una cosa gratuita, resulta, para los habitantes de aquellas islas *Fortunadas*, un capital de gran rendimiento. Les produce, además de la salud propia, las buenas libras esterlinas que los ingleses gastan en ella huyendo de sus ciudades nebulosas e inhospitalarias para los delicados del pecho, de los bronquios...

Tanta gente rica acude a Canarias, de todas partes, principalmente en invierno, que lo de albergar enfermizos y familias que les acompañan se ha hecho una industria, y además de las numerosas *Pensiones* que hay en todas las poblaciones impor-

tantes, se han construído, sobre todo, en el Valle de la Orotava, hoteles suntuosos.

No quiero entrar en pormenores de cómo son Santa Cruz, ni Tenerife, ni las demás poblaciones de las islas ; básteos saber que en ellas hay de todo : bellas iglesias, palacios, hoteles, banqueros, teatros... que la vida en ellas es un encanto.

Delante de las islas Canarias, en el continente africano, tiene también España Santa Cruz de Mar Pequeña, una posesión que cuando éramos ricos en colonias, nadie sabía en dónde estaba situada, pero que ahora sabemos muy bien que se halla en las costas NO. de Marruecos a N. y S. del Cabo Juby con Bojador por Capital. Una colonia que se extiende desde cerca de Agadir hasta Cabo Blanco, tocando el Sahara francés ; una extensión de terreno más grande, en superficie, que toda España.

Poseemos, igualmente, en el propio continente africano, el territorio del Muni, nombre del gran río que lo cruza y desemboca delante de las islitas españolas de Elobey y Corisco.

No puede asegurarse cuál sea el porvenir de aquella posesión que alguien debió augurar próspera y de buen rendimiento, pues se dió su nombre, como título de nobleza, al diplomático que se encargó de legalizar su existencia. ¡ Hay por esos mundos un marqués del Muni !

Y en el golfo de Guinea mismo, más al Norte de Elobey y Corisco, es de España la hermosa isla de Fernando Poo, la perla del Atlántico, como dijo Stanley, con un territorio de mayor superficie, ella sola, que sus dos vecinas portuguesas Santo Tomé y Príncipes.

Fernando Poo está muy poblada y es tierra de gran provecho. Produce mucho café, que en millares de sacos sale de sus puertos y vale mucho dinero; produce también cacao, artículo de gran valor, aceite de palma, almendra, cola, caucho, maderas finísimas que en tozas, sin labrar, son solicitadas por el comercio de Europa.

En ella veréis, si se os ocurre ir, cosa muy fácil y nada cara, Santa Isabel, que es una linda ciudad; veréis Basilé, Río Benito, Bonapa y otras poblaciones que sostienen un buen comercio de importación y de exportación, y en Santa Isabel, una Catedral que construyó, ayudado por negritos, un sacerdote amigo mío, y en Basilé una iglesia del Carmen, que, sin ser dos maravillas, son dos templos importantes.

Fernando Poo tiene, naturalmente, un gobernador general y, desde hace pocos años, un obispo, «Don Armengol Coll y Armengol, por la Gracia de Dios y la Sede Apostólica, obispo de Thignica, vicario apostólico de Fernando Poo», como dicen sus edictos.

Hay en aquella isla, que es muy fértil, muy rica en montes y aguas, en sus alturas, un gran lago navegable y ameno, el lago Moka, y otro, el lago Mioko, y hasta tiene aguas termales para sus alifafes.

Es elemento de gran valía en todo el archipiélago una familia de religiosos fundada por el beato Claret, que resultan, para aquellas tierras, una bendición.

Unos hermanos que se llaman «Misioneros hijos del Sagrado Corazón de María», regentan escuelas

para indígenas y casas de salud. Enseñan y propagan nuestra fe, habiendo conseguido, en pocos años, que no haya en las islas, grandes o chicas, ni un rincón en donde la lengua española no sea entendida y hablada... con mayor o menor perfección.

Tienen aquellos buenos españoles y beneméritos religiosos, escuelas de niñas indígenas, que dirigen las Hermanas Religiosas de la Inmaculada Concepción. Su escuela del poblado de Batete es una cosa perfecta. En ella las Hermanas enseñan a aquellas negritas... ¡hasta a cantar con solfa!, y los negritos del padre Rubionet, después de leer y escribir en castellano, forman una banda de ocarinas (instrumentos de poco coste: cincuenta ocarinas, ciento cincuenta pesetas. Lo sé por quien las regaló)... y es de ver el afán con que aquellos arrapiezos en calzoncillos, soplan y menean sus deditos, que parecen de chocolate, para tocar la Marcha Real.

En resumen: que Fernando Poo es una hermosura y la colonia del mundo en donde los indígenas son tratados con mayor benignidad.

¡Ah! también tiene Fernando Poo un pequeño ferrocarril, que con el tiempo dará la vuelta a la isla.

Fué inaugurado el 17 de noviembre de 1913, día onomástico de S. M. la Reina Doña Victoria Eugenia, cuya vida guarde Dios muchos años.

SEGUNDA PARTE





## INTERMEZZO

Mis queridos niños : ¿os ha cansado el viaje? Es muy probable, ha sido muy largo, pero a pesar de lo que he abreviado, nuestra España es tan grande que me ha sido imposible decir más cosas en menos palabras.

Creo, sin embargo, haber acrecentado algo vuestro amor a nuestra Patria... Amor que, como todos los amores verdaderos, ha de ser algo egoísta. Así, por ejemplo : a vuestra madre, a vuestra novia, si la tenéis ; a vuestra esposa cuando la tengáis, a vuestra Patria, hay que profesarles siempre un amor exclusivo.

No os fiéis del que lo ama todo, del cosmopolita, del que no prefiere su Nación a las otras ; es un sér por el estilo del que no prefiere su madre, su novia, su mujer a todas las madres, novias o mujeres ; es un sér sin afectos sólidos ; a fuerza de amarlo todo, no ama nada.

Y, naturalmente, el exclusivismo amoroso ha de llevar siempre una pequeña dosis, no diré pre-

cisamente de desdén, pero sí de mansa ironía respecto a lo que no sea objeto de nuestra predilección.

Nada, pues, de entusiasmos irreflexivos por tales o cuales pueblos... Cuanto puedan hacer los hombres lo hemos hecho y hacemos los españoles, y en cuanto a los entusiasmos por quien actualmente tiene muchos buques de guerra o muchas fábricas de productos químicos, considerad que todo eso son cosas efímeras, cosas que crecen y decrecen, mientras que la bondad ingénita nuestra, lo grandioso de nuestra tierra, nuestro idealismo, la belleza de vuestras hermanas, de vuestras primas, de vuestras vecinas, la virtud y señorío de vuestras madres, es superior a todo.

¿Qué tenemos ciertos defectos?... ¿Quién no los tiene? Los nuestros son por exceso de buenas cualidades.

No denigréis nunca lo nuestro, ni en lo pasado ni en lo actual, y, sobre todo, no deis oído, por el amor de Dios os lo ruego, a ningún *Regenerador*. No leáis sus libros. Todos los regeneradores son unos señores que están enfermos de alguna entraña o del espíritu, todos ellos son unos descontentos de los otros, porque creen que los *otros* no les han tributado los honores y agasajos que sus méritos o sus personas merecían.

El que siempre se queja, el que en todo halla defectos, padece del estómago, del corazón o del hígado... o bien vegeta en una situación social modesta, quizá precaria. Es digno de compasión.

Al que goce de buena salud y se *gane la vida* honradamente, las cosas y las gentes le serán siempre gratas.

Hay, pues, que comer y beber cosas tónicas, hacer ejercicio; mis chicos juegan a la pelota, corren en bicicleta por esos vericuetos y en cuanto ven un charco o llegan a una playa ya están nadando, y para pasar el rato en casa los días desapacibles, a pesar de ser muy aficionados a la lectura, nunca leen libros de *Regeneradores*. Si conocéis alguno, decidle que va estáis regenerados desde que recibisteis las aguas del bautismo.

Si también tenéis como mis nietos la buena costumbre *de leer*, leed con preferencia nuestros poetas y prosistas antiguos, *los humoristas*; a veces dicen cosas algo picantes, pero ¡bah! no vivimos en un convento de clausura.

Si os interesan las novelas—, enseñan más de lo que muchos creen—, las *históricas* de nuestro Fernández y González son muy entretenidas, y en las de costumbres, Valera, Alarcón y Pereda, colmarán vuestro deseo de pasar ratos agradables. Si os gustan las novelas extranjeras, en lo histórico, leed a Walter Scot, y en lo del día ahí está Dickens. Mis chicos han leído todas las novelas que escribió. Si podéis leerlas en inglés, mejor; es lengua fácil de entender, *impresa*; hablada, ya es otra cosa. La correcta pronunciación inglesa es arduísima.

Si vivís en un medio de relativo bienestar, ayudad a vuestros padres, y si no sois ricos, trabajad, no estéis nunca ociosos, tratad de mejorar vuestra posición: si lo conseguís, sed generosos, caritativos y más caritativos que filántropos; pues el filántropo es muy a menudo primo hermano del cosmopolita.

En una de las novelas de Dickens, precisamen-

te, en *Bleak-house* me parece, hay una señora que por filantropía se desvive para que los salvajes de Barribola-Gha, allende los mares, aprendan a tornear madera y lean la Biblia, y no se ocupa de sus arrapiezos, que sucios, rotos, no llevan zapatos. Hay en la tal novela una escena en la que uno de los pitusos de aquella filantrópica señora ha metido la cabeza entre los barrotes de una reja y chillaba para que le saquen de tan incómoda postura, que es de lo mas gracioso.

Os recomiendo, sin embargo, sobre todo mientras seáis jovencitos, que no leáis más que libros *domésticos*, los que veáis en vuestras casas o bien en las de personas de toda confianza en punto a moralidad y buenas costumbres. Hay autores, en todas las lenguas, que mejor hubiesen hecho guardando para sí sus invenciones.

Y ahora, mis amiguitos desconocidos, como no quiero continuar mi sermón, termino este familiar coloquio participándoos que mis dos nietos menores se quedan en casa, quieren ser bachilleres, tienen que volver a sus estudios.

Lo que desde ahora iremos viendo lo veremos, el mayor de mis nietos, que ya es un hombrecillo, y yo, tomando notas, comprando libros, estampas, fotografías para poder deciros algo de lo que por *dentro de España* es de admirar o de alabar.

Empezaremos nuestra excursión por el NE., seguiremos toda Cataluña, iremos a Valencia, Aragón, Murcia, Andalucía, Extremadura, Galicia, Asturias, las dos Castillas y acabaremos en El Escorial.

De la Basconia, las Baleares, Canarias, Fer-

nando Poo y todo lo africano ya hemos hablado, poco, poquísimo, y no en los términos que tales regiones se merecen ; pero no hay manera de ser extenso en un libro que, por fuerza, ha de ser de pocas páginas.



## CAPITULO PRIMERO

# Bellezas del suelo español

## CATALUÑA



Empecemos por la región mediterránea más al Norte de España, empecemos por Cataluña.

Todo en aquella tierra respira salud y fuerza. Todo en Cataluña revela el afán de vivir dignamente, trabajando, labrando los campos, yendo y viniendo, acarreando cosas. No se vé en ella páramos ni yermos. De lo alto de un monte, por cuanto la vista alcance, no veréis en Cataluña sino caseríos, lugares, villas..., en donde vive una raza de hombres que creen deshonroso *no hacer nada*.

No hay un campo, por pobre que sea y mal situado que se halle, en donde el catalán a fuerza de sudor no haya conseguido hacer prosperar hierbas o árboles; no hay llanura que no esté sembrada, no hay ladera, por áspera que sea, en donde con ingenio y muchas horas de trabajo no haya conseguido el catalán hacer prosperar algo que produzca algo,

Y uniendo a la labor perseverante del campesino la de los que trabajan bajo techado, han llegado entre todos a la plenitud que representan tantas casas y tantas cosas producidas por sus manos.

El país, como naturaleza, tiene sitios de gran hermosura, la parte alta sobre todo, y aquí y allí, en el llano, se levantan montes que le dan variedad y grandeza. El Montsant en la parte de Tarragona, el Montseny y el Montserrat en la de Barcelona, son montañas de gran carácter.

En la costa tiene Cataluña algunos trozos de singular encanto, pero, en general, no es un país de *abanico*. No tiene grandes ríos navegables, ni cascadas asombrosas, ni volcanes en erupción, ni bosques vírgenes... Tampoco desde el punto de vista de lo labrado por los hombres tiene pirámides, ni parthenones.

Todo en ella está a la medida del hombre normal, bien constituido, inteligente y laborioso.

Fueron los catalanes en lo antiguo un pueblo que representó gran papel, y cuando la Reconquista y luego al formarse las nacionalidades ibéricas, fué una de las más importantes Repúblicas mediterráneas.

No República de nombre. Cataluña no quiso nunca apelativos y hasta en la época de su mayor pujanza no quiso nunca ser llamada más que por su nombre, que en realidad significa lo mismo que Castilla. (*Castelans*, hombres de castillos, y *Castellanos*, son dos palabras de igual sentido.)

A sus grandes Reyes lo de ser reyes les era personal, eran reyes de Aragón. En Cataluña no fueron nunca más que Condes de Barcelona... dando-

se el caso de que los catalanes mismos, por exceso de modestia o quizá por orgullo, llamen al palacio en donde tienen sus archivos nacionales, no Archivo del Condado de Barcelona, sino Archivo de la Corona de Aragón.

Tiene Cataluña, tocando al Pirineo, como cosas naturales bellas, las alturas de sus montes y de sus altos valles y al bajar de ellos veréis el lago de Bañolas, la región volcánica de Olot y el Ampurdán.

Vienen luego, ya en las regiones marítimas, el Montsant, el Montseny y el Montserrat, de que os acabo de hablar, que son dignos de ser vistos.

El Montserrat, sobre todo, es de una belleza y de una originalidad incomparables. Es un monte cuyas rocas en vez de estar puestas en capas más o menos paralelas al horizonte están de punta, y como sea que los siglos han disgregado las gredas, las arcillas, los cementos que las juntaban, ha quedado de ellas la parte más sólida afectando pirámides, conos, cresterías de formas raras y fantásticas.

Este célebre monte *aserrado* tiene como obra humana un gran monasterio de monjes benedictinos y buen número de ermitas. Es una maravilla todo ello, monte y santuario, una cosa digna de ser visitada... lo cual es muy hacedero, pues un ferrocarril de cremallera por el estilo del que sube al Righi, en Suiza, llega hasta la puerta de clausura de las hospederías del monasterio, que, entre paréntesis, son muy numerosas y cómodas. Es también merecedor de una visita por su remota antigüedad y belleza el monasterio de Ripoll, de lo primero cristiano que se labró en nuestra Península. Tiene un

claustro hermosísimo y una portada como no hay otra que le sea comparable, una especie de arco triunfal cristiano cuajado de esculturas simbólicas, una cosa estupenda... que, por fortuna, han respetado el tiempo y los hombres, o por lo macizo y sólido de su construcción o porque las turbas, al destruir el convento, prefirieron llevarse vigas o puertas, centenares de tejas, enseres caseros... y son también de ver en Cataluña, *Manresa* con su hermosa catedral, y la iglesia de la Cueva de San Ignacio. De aquellos lugares subió el santo a Montserrat para velar sus armas al pie de la Virgen.

No dejéis de ir a *Cardona*, patria de los ilustres Duques que llevaron su nombre, en donde veréis las montañas de sal, cuya explotación ha producido rocas fantásticas, y después de Cardona hay que ver algo lejos, cerca del mar, *Castellón de Ampurias*, con un magnífico templo gótico, y casi en el agua, la griega *Emporion*, que después de un entierro secular muestra ahora sus calles, sus portales y sus templos, arruinado todo, naturalmente, pero todo en su sitio, todo limpio de escorias, todo hablando por la disposición de sus piedras, diciendo cómo era la ciudad ibérica anterior a la focense, cómo los romanos modificaron aquello, cómo luego, en las primeras edades nacionales, todo aquello fué tratado... y en la misma región ampurdanesa hay que ver *La Bisbal*, *Palafrugell*, *Palamós* y *San Feliu de Guixols*, de gran tráfico comercial.

De Palamós y San Feliu salen cada día por mar millares y millares de grandes fardos llenos de tablas de corcho, millones y billones de taponés, ya elaborados, que van a todas partes y sirven para

tapar casi todas las botellas del mundo, especialmente las del impetuoso champaña; hay que ir a *Figueras*, con su gran castillo de San Fernando, la primera fortaleza seria de la región (Figueras, cuna de Monturiol, inventor del *Ictíneo*, el primer buque submarino. Navegó en Barcelona y Alicante en 1859-60-61 y 62); hay que subir hasta *Peralada* para admirar su castillo roquero y señorial y dedicar un recuerdo al gran cronista Ramón Muntaner, nacido en aquellas alturas, y visto el Ampurdán, que es una maravilla, bajar a *Gerona* en donde admiraréis la colegiata de San Félix y la famosa catedral, en donde podréis contemplar restos de las murallas detrás de las cuales aquella ciudad y su heroico general Alvarez de Castro se hicieron inmortales, resistiendo y atacando un mes después de otro a las tropas napoleónicas durante el feroz asedio de 1809; en donde el Amor a la Patria inspiró prodigios de heroísmo a todos los que defendían la integridad de la tierra española.

Gerona se halla rodeada de ríos, el Ter, el Oñar y el Galligans, de poco caudal, pero que refrescan el territorio, dando lozanía al arbolado del gran parque, orgullo y recreo de la ciudad, llamado *La Devesa*, y a pocos kilómetros de Gerona yendo hacia Poniente os hallaréis en la provincia de Barcelona.

\* \* \*

En ella, lo más importante como ciudad es la capital cuyas bellezas no me entretendré en encarecer una a una por lo muy visitada y conocida que

es Barcelona. Mi objeto es hacer resaltar de nuestra Patria las hermosuras casi ignoradas.

Básteos saber que Barcelona, ciudad antiquísima y modernísima, tiene todavía restos de templos a divinidades helénicas, trozos de murallas romanas, monasterios de los primeros siglos cristianos, San Pablo del Campo y San Pedro de las Puellas, palacios medioevales, iglesias góticas, la catedral, Santa María del Mar y el Pino, y que actualmente, hace unos años, se empezó a construir, y se trabaja en ella, una iglesia que si dentro de un par de siglos está acabada será una cosa portentosa. Lo ya construído es muy importante. Se llama el «Templo de la Sagrada Familia», y en su cripta se celebran ya hace tiempo los Divinos Oficios.

Todos sabéis que Barcelona es un gran puerto de mar, y el centro de la gran industria catalana... y naturalmente, como ciudad muy habitada, tiene muchas fondas, cafés, teatros (el del Liceo, sin rival como grandeza interior, como sala de espectáculos); muchas tiendas y muchos cines y muchos *bars* y muchos *dancings* y muchos cafés cantantes, quizá demasiados.

Tiene Universidad, Bibliotecas, Seminario... escuelas de todas clases, instituciones varias, entre las cuales, las de la cultura femenina son muy notables, no siéndolo menos las dedicadas al cultivo de la Música, en cuyo honor y para sus manifestaciones han erigido los catalanes un gran palacio, el «Palau de la Música Catalana».

Dentro de la provincia de Barcelona, no muy lejos de la capital, son notables Tarrasa, la antigua Egara, por su industria y sus antiquísimos tem-

plos ; Vich por sus monumentos, por su Museo de Antigüedades, Olot, Berga y la antigua Villafranca, rica en construcciones notables... y en vinos.

Tocando al mar hay que ver Sitges y Villanueva ; la primera, por su situación y limpieza, es una población por el estilo, como aseó, de las poblaciones mahonesas ; tiene un museo de hierros labrados como no hay otro, y Villanueva, que también vive de sus viñas y de sus fábricas de tejidos, tiene un edificio que honra a la población y, sobre todo, a quien, a sus expensas, lo hizo labrar y llenó de cosas notables, «La Biblioteca-Museo Balaguer».

No muy lejos está Vendrell (ciudad de Venus), otra población vinícola catalana, y cerca de Vendrell, en la carretera, se levanta fuerte, recio, el «Arco de Bará», un arco triunfal romano, y algo más al Sur, bajo unos pinos, no muy lejos de la playa, se conserva incólume la *Tumba de los Escipiones*, un monumento funerario romano, muy notable, que guarda las cenizas... probablemente del que fué dueño de aquellos lugares, pero que el pueblo ha llamado siempre la *Torre de los Escipiones*.

Inútil decir que con estos preludios romanos no está lejos la *Magna Tarraco*. Allí está, en efecto ; desde la tumba de los Escipiones, saliendo al camino, se la ve encima de su loma con los pies en el mar.

\* \* \*

No quiero tampoco, a propósito de la vieja *Tarraco*, remontarme a tiempos pretéritos ; os diré sencillamente que Tarragona es una de las bellezas indiscutibles de España.

En ella se inauguraron las grandes resistencias al invasor; cabe sus muros, que aún existen, lucharon y perecieron por la Patria Indíbil y Mandonio.

Luego, con el tiempo, aquello pasó a manos del romano, y cuando *Tarraco* fué de Roma los pobres indígenas que la habitaban fueron admitiendo poco a poco usos y costumbres de los conquistadores.

Las murallas antiguas de Tarragona son el encanto de arqueólogos, historiadores y sabios... Son visitadísimas, y detrás de aquellos muros *ciclópeos*, o sea en el interior de la ciudad, se halla la más hermosa catedral de Cataluña. Está en lo más alto de la colina sobre la cual se asienta la que fué *capital de la España Tarraconense* y es hoy una modesta capital de provincia, muy interesante y muy digna de ser visitada, por lo que dice, por lo que revela, por la amenidad de sus campos, por sus Museos y su puerto.

Tarragona también, defendiéndose de las tropas francesas que mandadas por el general Suchet la asediaban, dió grandes pruebas de entereza. Su guarnición y sus habitantes fueron heroicos; ¡hasta las mujeres! Entre ellas *la Rosa* (Rosa Venas de Llobera). Fueron Tarragona y Hostalrich las dos únicas plazas que no capitularon ante las fuerzas de Napoleón.

El general Contreras que mandaba la resistencia en Tarragona, dice en una comunicación al Ministro de la Guerra, fechada el 30 de junio de 1811, entre otras cosas que podréis leer en las historias detalladas de aquel glorioso sitio «...tratar de capitular

no era conforme a la defensa heroica que había hecho la plaza... tomé un partido propio del honor español, de mi espíritu y reputación personal, resolví perecer peleando antes que tratar de rendirme... Espero que V. E. tenga a bien mandar imprimir esta exposición por convenir así al honor nacional, a la inmortalidad de Tarragona».

La ciudad fué tomada por asalto y contra lo que prescriben las *cosas escritas* por Carnot, un militar francés, en su libro sobre la defensa de las plazas fuertes: «Si una plaza fuerte fuese tomada por asalto después de una resistencia vigorosa, el culpable no sería el que la sostuvo con peligro de su vida, sino el que abusó de su victoria. El primero cumple heroicamente sus deberes, el segundo deshonra su triunfo.» Pues a pesar de tan bellas palabras, que Suchet debía saberse de memoria, la plaza fué entrada a sangre y fuego. ¡La matanza y el pillaje duraron tres días!

A poca distancia de Tarragona está Constantino, hoy un pequeño lugar rural; fué una *Villa* fundada por los romanos y en ella se halla el primer monumento cristiano de España. Primero, como fecha; es un baptisterio de los primerísimos siglos. Está muy bien conservado y se ven en él interesantes mosaicos.

Algo más hacia el Montsant, pero todavía en la zona marítima, está Reus, emporio del comercio de productos del *Campo de Tarragona*: vino, aceite, almendras, avellanas... que son embarcados en el puerto de Tarragona y van... ¡a todas partes! Las avellanas, sobre todo, a los Estados Unidos de



Norteamérica y a Inglaterra, para que las señoras anglosajonas puedan hacer sus *pudings*.

La ciudad de Reus tiene una hermosa iglesia parroquial gótica, con un elevadísimo campanario... y dos o tres casas señoriales interesantes. Es patria de españoles de nuestros días que supieron distinguirse: el general Prim, el pintor Fortuny, el poeta Bartrina... la deliciosa danzarina del *Gran Opera* de París, Rosita Mauri.

Y tomando el tren, en breve espacio de tiempo llegaréis a la Espluga, en donde bajaréis para ir a visitar el célebre Monasterio de Poblet, el Escorial de la Cataluña antigua.

Bajo sus bóvedas quiso ser sepultado el gran Rey Don Jaime I y junto a él, en hermosas tumbas, reposaron sus hijos y sus consortes, con sus descendientes hasta Don Martín *el Humano*, último rey de la dinastía Catalano-aragonesa.

Hoy día los restos del *Conquistador* están en la catedral de Tarragona.

Poblet es un conjunto de edificios suntuosos, y de entre ellos quizá el más *fino*, el de mejor gusto, sea el palacio que Don Martín se hizo labrar y no llegó a ver terminado... Está todo en Poblet muy maltrecho, pero todavía existen un cenobio, un templo y un palacio interesantísimos.

No lejos de Poblet está *Santas Creus*, otro monasterio, con otro templo y otro palacio casi tan espléndidos como Poblet... y, sobre todo, mejor conservados. Allí no se empeñó la gente, a la dispersión de las Ordenes religiosas, en buscar *tesoros* (causa principal de lo arruinado de Poblet), allí se ha celebrado siempre misa. La iglesia, su claus-

tro, la sala capitular, son de lo mejor de sus épocas respectivas; allí también hay reyes sepultados y es de ver, y es cosa que enternece, contemplar al pie de la tumba de Don Pedro III, una joya del gótico florido, en el suelo, sin ningún ornamento, la lápida que cubre los despojos del gran almirante Roger de Lauria, de aquel que dijo que «ni los peces pasarían por el Mediterráneo si en el dorso no llevaban las cuatro barras de Aragón», que ya en vida del Rey había solicitado el honor de ser enterrado a los pies de su Señor y amigo.

Además de aquellas sepulturas hay en la gran nave de la iglesia notables sepulcros de los Moncada, de los Cervelló, los Pinós... de muchos magnates de la corte Catalano-aragonesa, y estando en Poblet o Santas Creus hay que ir a Lérida; no está lejos: en Cataluña las distancias entre poblaciones son cortas.



En Lérida, que tuvo una Universidad famosa, de la cual hoy, hasta el emplazamiento se ignora, por empeñarse los buscadores en encontrar un grandioso edificio todo de una pieza. La Universidad eran las casas de sus maestros, el claustro de la Catedral vieja, las salas de ciertos conventos, las traspapillas de ciertas iglesias... Es de admirar, en Lérida, en lo más alto de la ciudad, la portentosa catedral vieja, cuya vista conmueve, considerando lo que fué y lo que es: ¡un cuartel de infantería! Intacta en muchas partes, pero, por las necesidades del servicio, donde hubo candeleros

hay cartucheras, lo que eran sacristías son cocinas... Afortunadamente, nuestros ilustrados oficiales la tienen en perfecto estado de conservación. Inhabitado, aquel templo sería una ruina. Aquella catedral tan empinada, los señores del cabildo nunca tuvieron gran interés en gozarla. Subir y bajar de la población es una gran fatiga. Construyeron otra catedral en la parte baja de la ciudad, una catedral que es muy bella, que tiene en el coro unas tallas del escultor Bonifas, interesantísimas.

Son también muy notables en Lérida la portada y el patio del Hospital, el puente sobre el Segre, el «Campo de sports» y las huertas que circundan la ciudad.

Hay que ir a ver en la provincia de Lérida, por su gran belleza, los lagos artificiales, los vastísimos embalses que para captar aguas han sido recientemente construídos. Toda la luz y fuerza industrial de Barcelona y poblaciones del tránsito, es producida por aquellos embalses..., precursores de los que todavía se construirán, pues los ríos Segre, Balira, los dos Noguera y otros... que se deslizaban perezosos por las tierras y montes de la región alta leridana, no hacen más que empezar su faena, y con ingenio y perseverancia tendrán por fuerza que producir riqueza, pudiéndose ya desde ahora asegurar que la comarca leridana en general, sometida hasta hoy a las alternativas de mala cosecha, de buena cosecha, por la acertada distribución y explotación de sus aguas, será dentro de pocos años la región más rica de España.

Es también interesante *Bellpuig*, en cuya iglesia se ve la tumba de un Duque de Cardona que

fué Virrey de Nápoles ; una de las obras más perfectas del Renacimiento italiano ; y no muy lejos, un antiquísimo convento de Franciscanos.

Son notables *Cervera* con su Universidad, hoy Escuela de Padres Misionistas de Fernando Poo, y, sobre todo, *Balaguer*, con su famoso templo del Santo Cristo en la cumbre del cerro que es el fondo de la ciudad, y tocando al templo, las ruinas del palacio de los Condes Soberanos de Urgel.

De allí, por entre fantásticos paisajes, hay que subir a los campos sobre los cuales se destaca *La Seo de Urgell*, una ciudad episcopal muy antigua y característica. Su catedral es de los primeros siglos de la Reconquista. Fué empezada antes del año 1000, y su prelado siempre ha sido obispo de la Seo (sede) y Príncipe del «Valle de Andorra».

Luego, vistas las bellezas de las regiones pirenaicas, hay que bajar al litoral yendo a la ilustre ciudad de Tortosa en donde, como en la mayor parte de las poblaciones españolas, la más espléndida construcción es la casa del Señor.

La catedral de Tortosa, elevada sobre las ruinas de una mezquita, continuada casi hasta nuestros tiempos, ofrece modelos de todos los estilos ; es un museo de artes suntuarias, y es de gran riqueza en ella, la capilla de la Virgen de la Cinta.

Las casas señoriales, calles y paseos de Tortosa, tienen cierta grandeza, no son vulgares ; pero la hermosura sin par de aquella población es su río.

Del Ebro hay que ver los meandros por donde pasa antes de llegar a Tortosa y después recorrer su delta, con Amposta, San Carlos y el puerto de los Alfaques... y para tener una idea más comple-

ta de Cataluña, visitad sus termas, sus balnearios, Caldas de Bohí, cosa extraordinaria por la variedad de sus aguas calientes y frías, la Puda, Caldas de Montbuy, Caldetas, Vallfogona, la Esplugas, San Hilario, Santa Coloma de Farnés... y el frondosísimo Valle de Ribas, en donde nadie está enfermo, en donde se bebe de todo menos aguas medicinales.

## CAPITULO II

## VALENCIA

Las primeras poblaciones que se ven entrando en el territorio valenciano por la marina, después de Cullera, con su castillo y santuario de la Virgen, son Vinaroz y Benicarló, dos modestas alquerías de Peñíscola que, con el tiempo, se han hecho más importantes que la *fuerza* que les dió vida.

Peñíscola, sobre su peñasco rodeado por el mar, es un poblado y un Castillo antiquísimo. Fué residencia de focenses masiliotas, de africanos cartagineses, de romanos... y dentro de nuestras edades ha sido el primer objetivo bélico del Rey Don Jaime, que a los diez y siete años, alto, fornido, hermoso como un Alcides (la crónica alaba la belleza de sus rubias guedejas, sus hermosos ojos, su fuerza muscular, su destreza... ¡sus manos! ¡sus piernas!), exuberante de vida, acometió la empresa de tomarla a los moros.

Peñíscola ha sido nada menos que Sede Pontificia, tanto como Roma.

Encastillado en aquella soledad que parece un faro, sin más testigos que las olas y los vientos, aquel soberbio Papa Luna, Benedicto XIII, con la tiara puesta, proclamaba desde allí *urbi et orbi* que sólo él representaba a Jesucristo sobre la tierra... y hasta los noventa años que tenía cuando enfermó de muerte, reunía en Peñíscola su Sagrado Colegio, compuesto de dos cardenales, y les exigía juramento de que muerto él harían Papa al arcipreste de Teruel don Gil Sánchez Muñoz... que no llegó a serlo, en Roma, que lo fué entre ellos y recibió en compensación de su fallida tiara la mitra de Mallorca, de donde fué obispo y en donde murió y está sepultado.

Os aconsejo que leáis cosas sobre el Papa Luna, os darán mucha bravura. Fué un gran español, ¡fué un *hombre*! ¡un aragonés típico!

De Peñíscola, hay que ir a Castellón de la Plana, linda población, patria del famoso pintor Ribalta. Tiene una iglesia, la iglesia Mayor, que es muy notable, y corriendo, hay que ir a Murviedro, ¡la famosa Sagunto! La fiel ciudad que Roma no ayudó cual debiera cuando se defendía de los ataques del africano y de cuyas proezas son testigo mudo las ruinas de su *Castrum* y las que por doquier revelan lo que fué y lo que hizo aquel pueblo.

Las ruinas del Teatro de Sagunto son todavía admirables.

También Sagunto-Murviedro evoca proezas de tiempos modernos, es patria del gran guerrillero Romeu que con tanta inteligencia y brío combatía

a los soldados de Napoleón y que preso en una emboscada contestaba al emisario que el general Suchet le envió ofreciéndole un puesto honroso en el ejército del Emperador: «¡Decid a vuestro general que soy español, y de Sagunto!», a cuya contestación heroica el *ilustrado* jefe de los franceses replicó mandando ahorcar a su enemigo vencido, en Valencia... ¡por su arrogancia!

Hay que ver, internándose por la región llamada El Maestrazgo, una de las mayores bellezas de aquella tierra, la famosa Morella. Una ciudad sobre una pirámide rocosa con unas peñas cilíndricas, unos como colosales candeleros estupendos, y, en lo más alto, el castillo roquero.

Parece cosa imaginada para sorprender, resulta una población fantástica...

Don Blasco de Alagón, mayordomo mayor del Rey Don Jaime, le decía que aquello era «*la mejor terra e la pus bella del mon*», y el entusiasta señor no exageraba. Morella es una ciudad admirable y como a nosotros nos gustan, sin chimeneas industriales, sin tranvías, con graderías labradas en la roca viva por las calles, con casas ornadas de escudos heráldicos, y una iglesia Mayor que tiene una Puerta de las Vírgenes que es una hermosura. Fué durante la Guerra Civil, cuartel general del general Cabrera.

Es también muy interesante Segorbe, con sus murallas romanas, su catedral y sus hermosas pinturas, y no lo son menos Requena, el antiguo castillo de Buñol, el monasterio de Valldigna, la cartuja de Porta Celi, cerca de Bétera.

Hay que ver la *Cueva Santa* de Peñagolosa, en

el pueblo de Begís, patria de don Antonio Ponz, autor de un libro muy notable, que os aconsejo leáis, titulado: *Viaje de España — Cartas en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse que hay en ella*, un libro en que el buen señor Ponz, clásico hasta la exageración, llama *bárbaro* a todo lo gótico, y califica de *monstruoso* lo de Churriguera y sus secuaces.

Y visto lo más notable de la región oriental valenciana, hay que ir a la capital, a la hermosa Valencia, la de los floridos jardines... pasando antes por el Puig para visitar su monasterio y la ermita que conmemora *La Batalla*.

La famosa batalla ganada por Don Jaime en sus mocedades, la que le valió la posesión de la ciudad y las tierras moras, la batalla en que el joven monarca recibió un dardo en la sien derecha cuya cicatriz todavía se ve al contemplar su cuerpo momificado en la catedral de Tarragona; un dardo que se arrancó él mismo, y le inundó la cara de sangre, que él se secaba sonriendo...

Hay que pasar también por Ruzafa, donde se reunieron caudillos y tropas, ¡más de cincuenta mil hombres!—que para aquellos tiempos era mucha gente—, el lugar donde se firmó la capitulación (28 de septiembre de 1238) y de donde el joven vencedor fué a Valencia entrando en ella el 9 de octubre, triunfante de los moros y de la turba de parásitos que le seguían, de aquellos *cavallers*, que él trata en su *Crónica de mala gent, de poble sobrer* (de mala gente, que sobra) y que ni siquiera consultó al tratar con el Rey vencido.

De allí, de Ruzafa, salió su orden mandando

izar la bandera cristiana de las Cuatro barras sobre la torre de Ali-Bufet, que él saludó apeándose de su caballo y besando aquella tierra redimida por su valor y perseverancia... oyendo misa el día después de haber entrado en Valencia en la pequeña capilla del Santo Sepulcro, única que los moros habían respetado, y ocupándose en seguida, después de haber sido guerrero, de ser legislador, de organizar los lugares conquistados, promulgando sus *Ordenaciones* en las que, adelantándose a los reyes contemporáneos suyos, pone coto a las demasías de los señores feudales y otorga Fueros a su pueblo.

Y no continuó historiando porque, como ya os he dicho, la Historia debéis aprenderla por cuenta propia, leyendo con preferencia Crónicas, monografías, biografías y memorias. Cuando seáis bien sabios en estas materias, la Historia se irá haciendo ella misma en vuestras imaginaciones, la veréis como si la hubieseis vivido.

Ya en Valencia fuimos mi nieto y yo a visitar su principal monumento, la catedral, que desde lejos se anuncia por su torre, *el Micalet*, admirando en ella las preciosidades que contiene, entre los cuales el famoso cáliz de la Pasión, que habían poseído los monjes de San Juan de la Peña, y el púlpito en que predicó san Vicente Ferrer, recordando a mi compañero que de aquella catedral fué obispo el llamado en el mundo Alfonso de Borja, oriundo de la Torre de Canals, próxima a Játiva, en donde fué bautizado; que, por sus gestiones en favor de la paz religiosa y sus trabajos para obligar al antipapa Muñoz, el proclamado en Peñíscola por los dos cardenales de Benedicto XIII, a

que renunciara a sus pretensiones y, sobre todo, por la influencia preponderante de Alfonso V, Conde de Barcelona, Rey de Aragón y de Nápoles, fué elevado a la silla de San Pedro, con el nombre de Calixto III... ya muy anciano, a los setenta y tantos años, llevando consigo a Roma dos sobrinos, hijos de su hermana Isabel, Pedro Luis y Rodrigo.

El es el primer Borja célebre de aquella portentosa familia española, que, italianizado el apellido, dió al mundo el famoso Papa Alejandro VI y los no menos célebres hijos suyos César Borgia, Duque de Valentinois, y Lucrecia Borgia, su hermana, cantada por el Ariosto; una señora de gran virtud (a pesar de lo que de ella hayan dicho los *operistas*) y de una sin par belleza.

Una familia de la cual es el lucero san Francisco de Borgia que en el mundo había sido el Marqués de Lombay, primogénito de los Duques de Gandía, Virrey de Cataluña antes de los treinta años; grande amigo personal del Emperador Carlos V y de la Emperatriz, cuya dama de honor, Doña Leonor de Castro, fué su esposa; un gran espíritu que al envitidar renunció a los honores mundanos, entrando en la Compañía de Jesús, de la cual, muertos san Ignacio y su primer sucesor, es nombrado General, a pesar de sus protestas. Un hombre como sólo los produce nuestra Patria, un apuesto doncel, rico, noble, amigo del más grande soberano de su tiempo, que se hace religioso, lo abandona todo... y ya sacerdote hace un viaje a Yuste en donde se postra ante su antiguo Señor, que encuentra viejo, enfermó, triste, que le levanta

del suelo y le habla de cosas pasadas, siendo él, el Duque de Gandía de hacía treinta años, el humilde jesuíta que pronuncia el panegírico del Emperador, del grande amigo.

Hay que ver en Valencia la Lonja, con sus columnas estriadas y la Puerta que da al jardín ; hay que admirar la Plaza del Mercado, en uno de cuyos lados la Lonja está situada. Una de las más hermosas plazas del mundo y a la que sólo es comparable la plaza del *Hôtel de Ville* de Bruselas...

Hay que visitar, aunque no sea más que por reverencia, al gran español que siendo niño corrió por aquellos claustros, la Universidad, en cuyo patio central veréis su efigie rodeada de flores. ¡La estatua del inmortal Juan Luis Vives!, cuya ciencia y virtudes ilustraron las Universidades inglesas, francesas y belgas, en las cuales fué maestro... Hay que ver también el Museo, admirando singularmente las pinturas de Juan de Juanes, Ribalta, Ribera, llamado el Españolito, y si después de haberos deleitado viendo hermosuras tenéis en Valencia amigos que os inviten a una jira por la Albufera, aceptad, aceptad sin titubeos ; pasaréis unas horas deliciosas.

Ya fuera de Valencia hay que ir a Játiva, en donde veréis su gran castillo señorial, la Seo y el hermoso Hospital... y de Játiva os aconsejo que vayáis a la tan pintoresca Bocairente y a la helénica Denia, tan blanca, tan linda, tan notable en la Historia, con sus monumentos, con sus murallas romanas... y de Denia id a la industriosa Alcoy con sus ríos, el Barchel, el Serpis y el Molinar, que los alcoyanos aprovechan para sus industrias... ; y

como remate de vuestra excursión visitad Jijona, al pie de su arrogante castillo, en donde veréis gente atareada en moler almendra, en bruñir peroles, en dosificar cosas dulces para hacer turrón.

Otro día, tomando el tren—el trayecto es largo—para tener una idea de las bellezas de todo el reino de Valencia, llegaos hasta Alicante y Orihuela. Esta última en el confín valenciano, la última población de lengua catalana, que hasta el 2 de enero de 1704 había sido la lengua oficial de aquellas tierras, como lo prueba el acuerdo tomado por su cabildo diciendo en aquel día que desde aquella fecha las notas del Dietario sean escritas en lengua castellana, cesando de escribirlas en catalán, como lo habían sido hasta entonces.

Alicante, ya lo vimos por mar. Es ciudad muy hermosa, tiene su soberbia Casa Municipal, su colegiata suntuosa, su castillo, su santuario de la Santa Paz; Orihuela, su Palacio Episcopal, su iglesia de Santiago y su grande iglesia y convento de Santo Domingo, y si queréis acabar vuestra excursión de una manera plácida, id hasta el Cabo Cervera, pasando por las Salinas, y quedaos un par de días en aquel oasis.

## CAPITULO III

## ARAGÓN

Mis queridos compañeros de viaje, mis pacientes lectores: ¿Cómo estamos de sueño? ¿Me encontráis pesado?

Paciencia, un poquito de paciencia; pronto, en vez de hablar de cosas, hablaremos de hombres, de santos, de guerreros, de navegantes, de sabios, de artistas, de poetas; y lo que el hombre ha sido, ha pensado o hecho es siempre más interesante que las rocas, los golfos, los faros y las arquitecturas, por hermosas que éstas sean.

Paciencia, hemos empezado, y hemos de concluir. Hoy os hablaré de la región aragonesa, iremos a un castillo... Los hay en España en casi todas las regiones, roqueros unos, otros en poblaciones, o aislados en un llano; todos son Historia patria. Desde el de Pilatos, en Tarragona, y el de Julio César, en Trujillo, que nos hablan de tiempos antiquísimos, hasta el de Almansa, sobre una roca, casual en aquella dilatada llanura de la Mancha,

todos dicen algo que nos importa saber. Unos, son fuertes, atalayas; otros, palacios, moradas de magnates o de reyes: el de Segovia, el de Villagarcía, el de Autrón, en Vizcaya; el de Medina del Campo, el de Olite, en Navarra; el de los Duques de Feria, en Zafra; el de Monte Real, en Bayona de Galicia; el de Ponferrada, el de Coca, el de Villanueva de Cañedo, el de Calatrava, el de Monforte, el de Peralada, en la alta Cataluña; el de Bellver, en Palma de Mallorca; el castillo-monasterio de Piedra, en Alhama, y el castillo-monasterio de Monte-Aragón, cerca de Huesca, todos nos cuentan cosas de los tiempos que fueron. Son páginas que hemos de leer para enterarnos de lo que fuimos, de las vicisitudes por que pasaron nuestros antecesores, de las riquezas que nuestro suelo atesora; todos son interesantes, todos impresionan...; pero no hay ninguno que impresione tanto como el castillo de Loarre.

No hay quien resista a su encanto. Analizado por partes quizá tenga trozos parecidos a otros castillos españoles o extranjeros; pero en conjunto, impone, por su serenidad, su señorío.

No es una fortaleza ibérica primitiva, ni un *castrum* romano más o menos modificado, ni un castillo feudal por el estilo de los que bordean el Rin o el Loira, con torreones en punta, con altas flechas, con penachos. No corre a su pie el manso riachuelo que va a perderse en el gran río vecino, no tiene a su alrededor selvas umbrías, ni florestas embalsamadas... Todo en él es musculatura y huesos. Es un soberbio guerrero aragonés petrificado.

Soberbio por su emplazamiento en lo alto de

una peña unida a la sierra que le sirve de guardaespaldas, soberbio porque sin palabras dice: «aquí me pusieron para vigilar y defender esta tierra. Aquí estoy hace siglos viendo si en el llano, casi sin arbolado, se produce un movimiento, para atajar al que se acerque con intención aviesa, aquí preparo mi gente para lanzarla al combate y recobrar de los *infielos* lo que en días infaustos nos arrebataron».

De cómo sea el castillo de Loarre, alto o bajo, blanco o pardo, no quiero deciros una palabra.

Si os aficionáis a estudiar en detalle las bellezas de nuestra patria (será una noble afición), id a Loarre y luego—inútil hacerlo antes—leed los libros que apunto en la nota puesta al pie de esta página (1).

Sólo os diré que el tal castillo estuvo muchos años en gran abandono y que hoy, merced a ilustradas y patrióticas iniciativas, su recinto militar, su sala de la Reina, su cripta, su iglesia, sus torres,

- 
- (1) *Album Turolense*  
por Federico Andrés Tomás Teruel 1850
- Por mi pueblo, versos y prosas*  
por J. Lafuente Teruel 1890
- Los obispos de Teruel*, por el canónigo  
D. M. Eixarch. Teruel 1893
- Catálogo del Museo Provincial de Huesca,*  
Huesca 1905
- Guía artística y monumental de Huesca y su provincia,*  
por R. del Arco Huesca 1910
- El alto Aragón monumental y pintoresco,*  
por R. del Arco y Luciano Labastida Huesca 1913
- Los exploradores y el Pirineo de Jaca a Pamplona*  
por José Tello Pardo Zaragoza 1917
- El Castillo de Loarre,*  
por R. del Arco Madrid 1917



sus portales, se halla todo limpio de escorias, y casi habitable.

Con cien mil duros de tejas y artesonados, de puertas y ventanas vidriadas, con cien mil duros de muebles y tapices, con otros tantos para hacer correr por cámaras, cocinas y jardines las aguas de sus hoy secos aljibes..., aquello sería lo que fué, ¡una mansión digna de reyes!

Si algún día os sobran los miles de duros de que os hablo, tratad de que el *Estado*, a quien el castillo pertenece, os lo ceda o arriende para ir a pasar en él días de paz y ventura.

Si la cosa se realiza, os ruego me aviséis. Iré a daros la enhorabuena.

Se llega al castillo muy fácilmente tomando un auto en Huesca. Nosotros lo tomamos una fresca mañanita y a las diez llegábamos a Loarre-villa, comiendo un bocado, mientras el posadero albardaba unos borriquillos que debían ayudarnos a subir las rampas hasta el pie del castillo.

Si alguna vez hacéis esta excursión, al apearos y franquear el castillo, haced la señal de la cruz bendiciendo la memoria de los hombres de nuestra familia que labraron aquel portento.

Fuimos, vinimos, subimos, bajamos, y sentados en el mirador de la Reina, con medio Aragón a la vista, comimos lo que traía nuestra acémila, pasando casi toda la tarde por aquellos andurriales, viendo, entre otras cosas, la hospedería que al pie del castillo estaban construyendo, y terminada la visita volvimos a la posada, tomamos nuestro auto y fuimos a pernoctar a Jaca, de paso para San Juan de la Peña, imán de la tierra aragonesa.

En Jaca hay que ver su hermosa catedral, el Ayuntamiento con su torre del reloj, las murallas y la chimenea de una casa que *enseñan*, prueba de lo ricos que serían aquellos lugares, en tiempos de los moros, pues la empezaron a construir hacia el año mil y tantos, permitiéndose el lujo de emprender unas construcciones que los hijos de los fundadores continuaban. Que intenten hoy, con los adelantos del siglo, los de Jaca, Barbastro, Calatayud, Roda y Huesca, construir algo parecido... ¡Les resultará una capillita de las Animas!

La portada de la catedral y la que va al claustro son muy hermosas, románica la una, gótica la otra, ambas una perfección.

Las bóvedas del templo cobijan numerosas y ricas capillas, sepulcros, pinturas, esculturas... No hay actualmente en Jaca, ni en toda España, quien sea capaz de labrar algo parecido al retablo que en mil quinientos y tantos labró para aquel templo Alfonso Berruguete... ¡Aquella *Santísima Trinidad*!, ¡aquel *Padre Eterno*!, tan hermoso como el *Moisés* de Miguel Angel; ni un sepulcro como el del obispo don Pedro Baquer.

Dada una vuelta por la población, que es muy interesante, que siendo antiquísima parece nueva a causa del gran incendio que la destruyó casi por completo en septiembre de 1395, proseguimos hacia San Juan de la Peña pasando por el monasterio de *Santa Cruz de las Sorores* (las hermanas, cuyo nombre se ha convertido en Serós), también antiquísimo y también de época, en que, por las *Historias* que leéis en vuestras escuelas, quizá os parezca que nuestra España, invadida por los moros, ocupada en

gran parte por ellos, debía ser un campo de desolación y de miseria.

Santa Cruz de Serós es del año 1000—diez más o menos—y el monasterio de San Juan de la Peña de los mismos tiempos.

Son dos cosas análogas a Ripoll y San Juan de las Abadesas, en Cataluña.

San Juan de la Peña, el imán de Aragón, como acabamos de llamarle, es una maravilla. Hoy, lo antiguo, hay que admirarlo en San Juan, después de haber echado una mirada compasiva al Monasterio nuevo, construído en tiempos de decadencia, yendo en derechura a la antigua Sala del Concilio, en que Ramiro I convocó magnates y prelados (1050 ó 1060), penetrando en la iglesia, cuya bóveda es en gran parte la roca viva, admirando los arcos que sostienen la parte construída, la cripta con sus enterramientos, la antigua sacristía convertida en panteón real, donde fueron sepultados durante siglos Reyes de Aragón y de Navarra. Las urnas cinerarias, son 27, se hallan en tres pisos de 9 cada uno, pegados al peñasco. Hay que ir al claustro, cobijado por la protectora montaña... Allí el detalle, el conjunto, el aire que se respira, la luz que penetra, apagada casi, todo sorprende y conmueve. Hay que ir a San Juan de la Peña. Quien no haya visto aquello, no ha visto el alma de Aragón.

Entusiasmado, mi nieto no quería marcharse; pero teníamos que ver todavía muchas cosas y, recorridos los amenos alrededores del monasterio, volvimos a Jaca y de allí fuimos a Alquezar.

*Alquezar* es castillo y templo, una de las mayores bellezas de la región oscense que tantas riquezas atesora.

Se levanta sobre un promontorio tocando a la villa, pintoresca y la más *mora* de Aragón. Se sube a la iglesia-castillo por suave rampa embaldosada y se llega a la plaza frontera a las construcciones, limitadas por bancos de piedra que dominan el precipicio al pie de aquella abrupta mole.

La iglesia está en la parte más alta de la peña, y contra lo acostumbrado, en vez de tener su claustro a derecha, izquierda o detrás del ábside, lo tiene delante, de manera que para penetrar bajo sus bóvedas hay que pasar primero por el claustro..., que es un verdadero museo de cosas construídas para estar donde están.

Todo ello admirable... y para que al lado de lo suntuoso no falte lo humilde y risueño, detrás de una pared vecina hay un huerto. Un huerto que el señor cura nos hizo seguir planta por planta, diciéndonos que aquello había sido siempre una *basura* hasta que él había entrado en Alquezar y había hecho de aquel campo un huerto con legumbres y con muchos almendros. «Más de... (no recuerdo cuántos) todos plantados por mí, todos, como ven ustedes, en plena producción.»

Alabamos como merecía el almendral del señor cura, nos extasiamos contemplando, al pie del cerro acantilado, la mansa corriente del río Vero, celebramos la hermosura de las tierras labradas que desde allí se divisan, nos detuvimos ante el enverjado que recluía innumerables gallinas y gallos del señor cura, y, agradecidos a su fineza escribimos

en el álbum de Alquezar, que al despedirnos el sacristán nos presentaba, unas palabras elogiosas referentes al castillo, a la iglesia y a los gallos y gallinas del ágil y amable señor cura.

Quedamos tan amigos que, por cierto libreo que ofrecí enviarle, le escribí desde mi casa, me contestó dándome las gracias..., y ¡nada!, que no he conocido un señor cura más atento ni más instruído que el señor cura de Alquezar.

De Alquezar fuimos a Casbas.

Ya en otra ocasión habíamos visto todo aquello en compañía de unos amigos de Madrid, que formaban parte de un Congreso.

Unas reuniones, que si no enseñan a los que ya saben, son utilísimas para hacer que los indígenas tomen la buena costumbre de respetar lo que gente venida de fuera respeta.

De cuanto vimos siguiendo a los congresistas, la visita a Casbas fué, *cívicamente*, lo que más nos impresionó.

Llegados a la entrada de la población, que nos recibía con vítores, notamos que nos cerraba la calle principal una banda de seda, sostenida por lindas manos femeninas.

Se cambiaron los debidos acatamientos, y las autoridades y el pueblo, bajada la cinta, nos llevaron a todos calle arriba, entre dos hileras de niñas ricamente ataviadas. Cada una de ellas con una banderola cuajada de nombres, de fechas, de versos.

Tuvimos la curiosidad de apuntar algo de lo que las banderolas decían y notamos que entre todas eran un resumen de la historia antigua de Aragón, linda y pintorescamente representada.

Decía la primera banderola :

DON RAMIRO I

1035

*Esta divisa, señores  
esta pequeña bandera,  
es la del Rey Don Ramiro  
que más que rey fué una fiera.*

La de al lado :

DOÑA GISBERGA

1036

*De los condes de Bigorra  
nació en Francia, vino a España  
donde su esposo Ramiro  
batalla con grande saña.  
Cinco capullos de rosa  
de sus entrañas brotaron :  
un Obispo, un Rey, tres Monjes  
que en Santa Cruz se enterraron.*

Y aparejadas iban subiendo calle arriba aquellas  
graciosas musas de la Historia.

Al paso pudimos leer lo que decían otras ban-  
derolas. Una de ellas :

## DOÑA URRACA

1109

*Cuando casó con Alfonso  
era viuda Doña Urraca.  
Hay quien la defiende en todo,  
más no falta quien la ataca.  
Dicen que el Rey le pegó  
muy tremendas bofetadas.*

A mis nietos, y a mí también, nos hizo mucha gracia lo de las bofetadas. Yo traté, sin embargo, de disculpar a Don Alfonso, diciendo que aquella Doña Urraca era muy mala persona..., tanto que, como continuaba diciendo la banderola :

*Vivió con un tal Don Gómez  
y con Don Gonzalo después,  
pero Dios la castigó  
dejando inmóviles sus pies.*

No habiendo sido sólo su castigo lo de quedar baldada, sino que...

*Una muerte repentina  
a tal obrar le esperaba,  
que con razón está escrito  
que quien mal anda, mal acaba.*

Seguía a la banderola de Doña Urraca la de Don Ramiro *el Monje*, 1137, Abdicación, 1154, terminando la serie con la que llevaba una niña que para mayor pompa y majestad su madre había engalanado con un rico pañolón de Manila, y que representaba, según decía su letrado, a

## DOÑA PETRONILLA

1150

*Soy de la hermosa cadena  
de las Reinas de Aragón*

.....

*Reina antes de nacer  
esposa antes de hablar  
(fué desposada a los tres años)*

.....

*fuí prudente, fuí muy pura,  
vi muy lejos mis pendones,  
lazo fué mi hermosura  
que estrechó las dos regiones.  
Cataluña y Aragón  
desde mí juntas avanzan  
y de ambas el tesón  
grandes victorias alcanzan.*

No se podía desear mayor ingenuidad, mayor buen deseo de ser agradables a los forasteros; y hasta para llegar al colmo de la amabilidad, se repartían entre la multitud unos papelitos que llevaban impreso un

«Himno a los señores congresistas»

cuyo autor, tan ingenuo como la niña del pañolón de Manila, decía entre otras cosas :

*La antiquísima villa de Casbas,  
de historial más fulgente que el sol,  
está hoy de alegría repleta  
y engalana un gran fonevol.*

.....

Este fonevol también nos hizo mucha gracia,

No una *gracia* zumbona y algo irónica, sino la gracia de lo que encontramos graciosamente ingenuo.

Recibido el agasajo público, inútil decir que privadamente cada cual saludó y fué saludado por personas conocidas o que le eran presentadas.

Fuimos juntos al monasterio, objeto primordial de la excursión, y por ser nuestra visita una cosa tan solemne nada nos fué reservado. Vimos cuanto hay que ver de precioso y raro en aquella regia morada. Por encima de las mesas de los altares, por las barandas del coro y del púlpito, ostentaban su riqueza ejemplares hermosísimos de mantos, de velos, de vestidos de la Virgen. La gente de la Villa que con nosotros había entrado en la iglesia, abierta de par en par, nos decía que muchas de aquellas joyas no las habían visto jamás, que las *Señoras* (las monjas) no las enseñaban más que a las testas coronadas, agradeciendo nuestra visita a Casbas que les procuraba a ellos, nacidos allí, el placer de contemplar tantos tesoros. Nos fueron enseñados los relicarios, las joyas de la Virgen, y como remate a tanta gentileza fuimos invitados a comer, unos cuarenta o cincuenta forasteros, en el interior del convento.

La comida, que fué abundante y delicada, nos fué servida en una gran sala, que, por la reja velada que tenía a un lado, colegimos sería el locutorio, y cuando estábamos saboreando las ricas golosinas de los monjiles postres, se descubrió interiormente el velo de la reja y apareció en la penumbra la Reverendísima Señora Madre Abadesa con la comunidad a su vera,

Nos levantamos todos, saludando a aquellas santas mujeres que demostraban ser cumplidas damas, pues en nombre de todas ellas nos dijo su Superiora cuánto nos agradecían nuestra visita y cuánto deseaban que guardásemos de ella un buen recuerdo...

Si este libro llega a Casbas dirá a aquellas hermanas nuestras, dirá a la Reverendísima Señora Madre Superiora del convento fundado por una Condesa de Pallars, cuán grato recuerdo conservamos de su amabilidad y de los tesoros que en su casa admiramos.

Para ser del todo amable, a uno de los congresistas que le preguntaba si el báculo que empuñaba era antiguo, contestó la Reverendísima Señora, sonriendo: «—Véanlo ustedes... No puede salir de la clausura, pero puede ser contemplado.»

Y con gran complacencia lo pasó ante nosotros, sin dejar de tenerlo asido.

Era una verdadera joya, un báculo del Renacimiento, con esmaltes finísimos y piedras preciosas.

Se acabó la comida, nos despedimos reverentes de aquellas santas Vírgenes, se corrió el velo..., y nos quedamos entre aragoneses amables y buenos que hicieron lo indecible para agasajarnos.

\* \* \*

Y de Casbas fuimos a Huesca.

Lo más notable en ella, lo que hay que visitar con detención y recogimiento después de recorrido su recinto, que tuvo noventa torres, de las

cuales queda una, es su catedral, su Casa del Ayuntamiento y el que fué Palacio Real.

La Catedral, con el Palacio del Obispo a su lado, es uno de los costados de la Plaza, limitada en frente por el Palacio Municipal y lo que fué Casa de Reyes, convertida luego en Universidad, hoy Instituto, con un hermoso claustro-jardín y en el fondo del Paraninfo, detrás de las propias sillas en que se sienta el tribunal, una puertecita por la que se baja a la cava, que copió Casado para su pintura de la *Campana de Huesca*.

La Sede oscense es un hermoso templo en el que llama en seguida la atención el retablo del Altar mayor, que hay que ver de cerca, reposadamente. Es la obra maestra del gran artista Forment, que, complacido sin duda de lo que había labrado, lo firmó poniendo como sello su retrato en alto relieve, encuadrado por un hermoso medallón.

Aquel retablo y otro de pequeñas dimensiones en el Sagrario, valen el viaje a Huesca.

El Palacio Municipal es una cosa soberbia y el Museo que tiene al lado contiene tablas muy hermosas con un sin fin de armarios repletos de objetos antiguos muy interesantes.

Son también muy notables en Huesca: la famosa iglesia de San Pedro el Viejo, con un claustro (¡restaurado!) y una cripta en la cual son guardadas las cenizas, entre otras, del Rey Don Alfonso *el Batallador*; la iglesia de San Lorenzo y la de Santo Domingo, y en su suburbio, a no mucha distancia de sus murallas, la iglesia-monasterio de Salas, que tiene un pórtico muy notable y den-

tro del templo una imagen yacente de Nuestro Señor, que a mi nieto le impresionó en extremo.

No es una estatua yacente como se ven tantas, colocada sobre una tumba, o encerrada entre cristales...

El Nuestro Señor de Salas, de madera, con barba y cabellos, está entre sábanas, con una almohada, un colchón, una cubierta..., todo muy blanco, ricamente bordado, todo *marcado* con las iniciales de la Señora que se cuida de tener las cosas en buen orden.

A la cabecera de lo que por fuerza hemos de llamar su cama, tiene Nuestro Señor un acerico con muchos alfileres plantados..., y preguntando a la sacristana qué significaba aquel aparato, aquel colchón, aquellas sábanas, aquella almohada con una gran C y una S bordadas..., y aquellos alfileres, nos contestó muy seria... «—Verán ustedes, siempre hay por aquí algún gatico que podría meterse debajo de las sábanas; por eso las prendo con estos alfileres a la almohada... ¿Quieren ustedes llevarse un par? Son muy buenos para pinchar un panadizo, un granico cualquiera... ¡Curan en un santiamén, es cosa probada!»

Tomamos un par de alfileres, le dimos una propinita y quedó tan satisfecha.

¡Santa ingenuidad religiosa!... Santa ingenuidad parecida a la ingenuidad histórica de Casbas.

\* \* \*

Zaragoza, como todas las grandes poblaciones, no tiene nada inédito. Es ciudad que debéis vi-

sitar por las hermosuras que contiene y por ser la Sede de la Santísima Virgen del Pilar. Sus bellezas artísticas son conocidísimas. La Seo, El Pilar, la Aljafería, la casa de los Gigantes, palacio de los Luna, de los cuales el más ilustre fué aquel Benedicto XIII, de que os hablé al pasar por Peñíscola ; San Pablo, Santa Engracia, El Torrero... La Lonja..., la casa de la Infanta.

Las bellezas morales de Zaragoza son la grande entereza de sus habitantes, de la cual dieron pruebas en los tiempos modernos resistiendo en 1808-1809, a las tropas de Napoleón mandadas sucesivamente por cuatro mariscales, Lefebvre, Moncey, Mortier y Lannes, que por fin penetró en la ciudad tomando las calles y casas una a una, defensa que ha hecho inmortal el nombre del joven general don José Palafox, que defendía la plaza.

Supongo conocéis en detalle todos los episodios de aquella defensa heroica.

No habían sido menos heroicos los zaragozanos defendiendo sus Fueros cuando, asiéndose a ellos aquel bribón de Antonio Pérez, los agarró tan fuerte que los derribó..., siendo causa su caída de la muerte del Virrey Marqués de Almenara. También fué víctima expiatoria de los ardides de Antonio Pérez, el Justicia de Aragón, Juan de Lanuza, con la agravante de que Antonio Pérez pudo escapar, yendo a Francia, en cuya Corte, él, con sus chismes y habladurías, causó un gran mal a su Rey y a su Patria.

Antonio Pérez, por lo que dijo de viva voz a los señores franceses y lo que escribió en sus *Obras y Relaciones* que dedica al *Rey Chris-*

*tianissimo Henrico Quarto Su Señor*; don Juan Antonio Llorente, con sus *Anales de la Inquisición de España*, y aquel bendito Padre Las Casas con sus entusiasmos indiófilos, son los principales causantes del descrédito de la España moderna entre las personas vulgares, que, por desgracia, son mayoría en todas las naciones.



De Zaragoza, si os queda tiempo y humor, id a Borja, cuyo Señor, Pedro de Atarés, fundó allí en 1170 un convento del Cister que es estupendo, y a Tarazona, que tiene una magnífica catedral con un magnífico claustro, y a Veruela, con su monasterio del 1146, y a Calatayud y a Alhama, y al monasterio de Piedra, con su torre del homenaje, su recinto, su sala capitular... ¡sus cascadas!, ¡sus lagos!, y si queréis pasar días apacibles id a veranear a las cinco Villas... *Sos, Uncastillo, Sadava, Egea y Tauste*, la más importante de las cinco. En todas y en cada una seréis bien acogidos y gozaréis horas dichosas por lo hermoso del país y el buen trato de las gentes.

Mi nieto y yo, por Calatayud, Daroca y Calamocha, fuimos a Teruel, en donde paramos un par de días para ir a sitios que hay que ganar a pie, en caballerías o tartanas.

Tenía especial empeño en que mi nieto viera Albarracín y cierto lugarejo, yendo a Daroca, que en mis mocedades había yo visitado.

Albarracín, que conocéis de nombre, ha sonado mucho en la Historia. Fué villa fuerte, tuvo obis-

pos. Hoy es una bella ruina. Tiene todavía enhiestas sus murallas y torreones, enhiesta su catedral que es ahora modesta colegiata, enhiesto su Palacio Episcopal. Sus calles, sus casas, los barrancos que rodean la ciudad, los precipicios sobre los cuales se levanta, está todo como estaría en tiempos de los Reyes de Aragón. Su catedral de Santa María es muy hermosa y su sala capitular guarda unos tapices de gran mérito... (la Historia de Gedeón, me parece) y en un armario tienen aquellos señores canónigos colegiados una joya como no he visto ni creo pueda haber otra: una naveta de cristal de roca... ¡que vale un tesoro!... No ignoran su valor los señores canónigos, pues, según nos dijeron, cuentan con lo que, vendidos los tapices y la naveta, pudieran producir para hacerse con un capital que les diera renta suficiente para volver a tener obispo... Yo les dije sonriendo que un prelado, por bajo que fuese, no lo sería tanto como aquel prodigio de cristal y los ricos paños de que deberían desprenderse, previas, naturalmente, las debidas licencias.

El lugar que quería viese mi nieto es Burbajena, cerca de Daroca. Allí ocurrió en 1225 un hecho que, a ser otro su desenlace, podía haber alterado la Historia toda de nuestra nación.

Subía el Rey Don Jaime de su primera embestida a las tierras valencianas, disgustado y mohino, cuando se encontró con don Pedro de Ahonés que con 60 caballos, en vez de ir a ayudarle, iba a mero-dear por su cuenta.

Como debéis saber, Ahonés, durante la infancia de Don Jaime, fué una especie de tutor suyo y en

consecuencia miraba al real huérfano como a un niño... ; pero el niño reprende al hombre y le manda que vuelva atrás.

Don Pedro protesta, resiste, y Don Jaime le declara preso.

A todo esto se habían apeado en una Casa de los Templarios en donde había otros señores. Don Pedro, furioso por la repulsa del Rey, quiere desenvainar su espada, y aquel niño, de diez y siete años, fuerte, robusto, le sujeta las manos... Gritan ambos, don Pedro quiere tirar de su daga, Don Jaime le agarra por el puño fuertemente... Acuden caballeros del Ahonés y juntos con su señor escapan camino arriba.

Don Jaime monta a caballo seguido de los suyos persiguiendo a los fugitivos ; pero antes de que los alcance, Sancho Martínez de Luna hunde su lanza en el pecho de Ahonés. El Rey le ve vacilar y asirse al cuello de su corcel, llegando a tiempo para cogerle en brazos, diciéndole :

«—Don Pere Ahonés, en mal punt fos nat. E ell no'ns poch dir res sino que'ns sguardá en la cara... e cavalcantlo en una bestia... morí en la carrera ans que fos a Burbajena... e nos anamos a Daroca e llevam don Pere Ahonés en un tahut a Daroca e metemlo en Santa Maria de Daroca.»

¿Verdad que es una sublime tragedia? Rica en detalles, contundente, rápida... y, sobre todo, verdadera...

Leed todo el pasaje en la Crónica del Rey Don Jaime ; es de una sencillez homérica.

Daroca. Hay que ir a Daroca, en vista del Mon-



cayo y con el río Jiloca por sus campos. Es tierra muy interesante, y una población de las más típicas de España. En realidad no tiene más que una sola calle, que va de E. a O., la rambla de un gran torrente en seco, por la cual, sin embargo, los días de aguaceros fuertes baja mucha agua, y entre las aguas, piedras, de lo que es buen testigo una muela de molino que los daroqueses guardan en mitad de la calle, bajo un cobertizo que da sombra para que en verano se sienten en ella.

Como otras ciudades que nos gustan, como aquellas ciudades que tocan al Pirineo, como la hermosa Benasque, la de los prados floridos, tampoco tiene tranvías, ni altas chimeneas ni nada ruidoso o sucio; tiene, en cambio, sobre las dos lomas en cuyo seno se guarece, una serie de torres y unas murallas a medio caer o del todo derruidas que son un encanto. Una de aquellas torres, aislada, redonda, la torre de *la pólvora* me parece que la llaman, puesta sobre unas rocas carcomidas, ahuecadas... Copiada, reducida a dimensiones de pieza suntuaria, fundida en plata, cincelada, sería un centro de mesa hermosísimo.

Bajando de las torres y las murallas veréis en la ciudad, como cosas *fuertes*, sus portales. Uno, en perfecto estado; otro, algo maltrecho, y paseando por las afueras veréis *la Mina*, un túnel amplísimo y alto por donde corren las aguas que vienen o van al Jiloca. Es obra antigua, ejecutada por un tal Pierres, francés de nación, que anduvo por aquellos sitios y labró también los *Arcos* de Tuel, un acueducto.

*Después de ver el Jiloca  
y los Arcos de Teruel  
y la Mina de Daroca  
ya no queda más que ver...*

dice la copla.

Y circulando por el interior de Daroca os pararéis admirados frente a otras torres, que no son bélicas, que son de pompa y ornamento, todas ellas de ladrillo vistoso, con una entonación de carne cruda, bordadas de azulejos y de minuciosas cresterías.

Los zaragozanos tenían una por el estilo que era una hermosura, la *Torre nueva*, y la derribaron no hace muchos años porque estaba algo inclinada; en realidad, para complacer a unos vecinos a quienes molestaba su sombra. Veréis en Daroca su iglesia Mayor, digna de las más ilustres ciudades, y en ella su altar mayor con un retablo que es un portento, y al lado derecho de su gran nave la capilla del Santo Misterio.

Yendo a horas en que no se *celebre*, el sacristán os enseñará el Relicario de los Reyes Católicos con su hermosa cadena, labrada con el primer oro que vino de América, y dentro del relicario las Sagradas Formas—cuya historia debéis conocer, y si no la conocéis haced que os la cuenten, o leedla; es muy hermosa—; y después del relicario os enseñarán la celeberrima Custodia de Daroca (sin el viril), regalo del Rey Don Jaime.

Al salir de aquel soberbio templo pasaréis por una puerta lateral, gótica, con una galería del Renacimiento, encima, que son, puerta y galería, dos cosas admirables.

Y visto cuanto os aconsejo ver y muchas otras cosas que omito, o que he olvidado, podéis ir a Teruel.

Hállase Teruel sobre una loma, y a su pie, al llegar a la estación, levantando la vista, creeréis haber llegado a una grandísima ciudad... Y es que Teruel presenta al forastero, como dándole la bienvenida, lo mejor que tiene en calidad de caserío.

Se ven desde la orilla del Guadalaviar, luego Turia, que baña su pie, la mole de San Francisco, convento, seminario, iglesia, con otras construcciones en línea, que uno no sabe qué serán, y muchas casas, con muchos balcones, con muchas ventanas y muy hermosas galerías, y al extremo un paseo, el Ovalo, rematado el conjunto por cúpulas, cimborios y torres.

Con las notas de color que da el arbolado, Teruel, visto en pleno sol, es de un efecto decorativo grandioso; visto de noche, en una noche de luna, es fantástico.

Por dentro, dos de las cosas más bellas que tiene, son: la torre mudéjar que, pegada a la catedral sirve de campanario, y la que da paso a la cuesta de la Andaquilla, llamada de San Martín. Ambas son a cual más hermosa, y muy antiguas. Fueron labradas los primeros años de la Reconquista por dos maestros rivales, de los cuales uno, según cuentan, se mató porque su torre le había salido algo torcida.

En el Arrabal hay que ver los *Arcos*, el acueducto construido por aquel francés de Daroca, y, en el centro de la población, su plaza porticada con el *Torico* en medio.

El *Torico* es un toro de bronce muy chiquito, que sobre una columna-fuente da nombre a la Plaza, que también se llama del Mercado.

*Plaza como la de Teruel  
no la hay en toda España  
con su fuentecica en medio  
y arriba el toro de guardia*

dice el cantar.

Otra celebridad de Teruel, quizá la más sonada, son sus *Amantes*, cuya desventura ha sido puesta en verso y en música.

Conocéis, sin duda, la trágica historia de Marsilla y de Isabel de Segura, la que al ver muerto a sus pies a su amante, dice :

*Espérame dueño amado  
tanto de mi fe esperado  
.....  
También en la muerte dura  
acompañándote voy  
y sepan todos que soy  
doña Isabel de Segura.*

(Quédase muerta sobre Marsilla. *Los amantes de Teruel*, de Tirso de Molina.)

En el mismo drama, de Hartzenbusch, dice Isabel :

*...Muerto!  
Su desgraciado amor es quien le mata,  
Delirante le dije: te oborrezco...  
El creyó la sacrílega palabra  
Y expiró de dolor.*

.....

*El cielo que en la vida nos aparta  
nos unirá en la tumba*

*...Marsilla*

*un lugar a tu lado me señala*

*...Yo te adoraba,*

*tuya fui, tuya soy; en pos del tuyo  
mi enamorado espíritu se lanza.*

(Cae con los brazos tendidos hacia su amante.)

Son célebres las réplicas del final del tercer acto :

*...Merézcate respeto*

*ese lazo...*

*En presencia de Dios formado ha sido.*

Marsilla. *Con mi presencia queda destruído.*

\* \* \*

La catedral de Teruel es antiquísima, y desgraciadamente restaurada, tiene, a pesar de ello, bellezas de primer orden. Hay que subir por la escalerilla que va al campanario, llegando a un gran desván que cubre la bóveda *restaurada*, y allí ver y tocar las grandes vigas que antes de la restauración mostraban a los fieles su original colocación y la rica policromía que las adorna.

Mi nieto llenó muchas páginas de su álbum con dibujos de heráldica copiados en aquel desván.

Y basta de Teruel, que, lo repito, es una de las ciudades más bonitas de España, saludando antes de marcharnos, en la plaza de la catedral, la estatua de uno de sus hijos ilustres nacido en 1346, el gran amigo del Rey Don Martín *el Humano*, que, muy rico por su casa, fué un personaje importante de la Corte Catalano-aragonesa,

que fué embajador, que estuvo en Caspe cuando el Compromiso, y que, a los cincuenta y dos años, se hizo cartujo, dando todo lo suyo a los pobres, fundando *La Santa Limosna*; saludemos la estatua del gran español

### Francisco de Aranda

Y ya en tierras turolenses, antes de elejarnos de aquél hermo país, fuimos a visitar los numerosos santuarios que matizan sus campos y sus montes con flores labradas por manos humanas, con himnos de piedra escritos en caracteres indelebles por gente que no sabía quizá hacer versos, pero que sentía y expresaba la poesía de los lugares, dejando en ellos testimonio de su elevación de espíritu.

Casi todos los Santuarios Aragoneses son en honor de la Virgen María, y los más accesibles, el «De la Virgen de la Zarza», en Aliaga; el de «la Virgen del Olivar», en Estercuel; el de «la Virgen de Arcos», en Ariño; el de «la Virgen del Tremedal» (Ter), el de «la Virgen de la Agua», en Castellote; el de «la Virgen de la Peña», en Berge; el de «la Virgen del Cantal», en Oliete.

Tiene, además, Aragón, diversos Santuarios, que no visitamos, ni creo haya visitado nadie en su conjunto, pues son muchos y a grandes distancias unos de otros. Además de los que citamos, en tierra Turolesa, son de fácil visita el de la «Virgen del Pueyo», de Belchite; el de la «Virgen del Buensuceso» y el de la «Virgen de la Sierra», en Herrera, los tres en la provincia de Zaragoza.

Y de Teruel vamos a Alcañiz, la risueña, la

fresca, la lindísima, con su gran colegiata, con el Guadalupe a sus pies y el puente de Jarca y el delicioso paseo con sus setenta caños de agua pura y sus casas urbanas, que son de lo mejor de Aragón, y su plaza del Ayuntamiento, que es un Palacio del Renacimiento formando ángulo con los restos góticos de la antigua *Cort Catalana*, y su antiguo castillo, que era el noviciado de los caballeros de Calatrava, y una capilla ¡ay! restaurada por un émulo del que restauró la catedral de Teruel.

Alcañiz era la ciudad de recreo del Rey Don Jaime. Es todavía y lo será siempre, una hermosa residencia.

De Alcañiz os aconsejo que vayáis al monasterio de Rueda y al Desierto de Calanda, que es de lo más frondoso, y a la importante Caspe, la del famoso Compromiso del 1412, de donde salió la unidad de España...; y a Sijena, para ver su ilustre Monasterio con su fachada tan parecida a la de Vallbona de las Monjas, en Cataluña; y a Fraga, en donde en el año 1134 murió Don Alfonso el Batallador; y a Barbastro, tan interesante, patria de los hermanos Argensola; y a Tamarite, que tiene una soberbia Colegiata; y a Graus, al pie de una sierra, patria de Don Joaquín Costa, tan sabio y tan pesimista; y a Roda, para ver su Catedral; y a Ariza, con su Plaza de los Arcos; y a Tarazona, tan poéticamente situada en el último confin septentrional del país celtíbero, donde veréis su opulenta catedral, con un claustro originalísimo; y a Veruela, con su Monasterio y su claustro ¡otra maravilla! Y para descansar unos días podéis ir al famoso

balneario de Alhama, que hay que visitar aunque no sea más que para ver muy cerca el Monasterio de Piedra y sus cascadas, yendo de allí a Estella, cerca de Monzón, o a Paracuellos de Jiloca, en tierra de Calatayud, o a Segura, en la de Teruel...

Mi nieto y yo, pasando otra vez por Valencia, desde Aragón fuimos a Murcia.



## CAPITULO IV

### MURCIA

Mis risueños camaradas, mis queridos niños: ¿os ha gustado lo de Casbas? Fué una hermosa fiesta. No podía dejar de serlo, tomando parte en ella tantas muchachas bonitas. Las escogieron, sin duda, es muy probable, pero lo cierto es que la Reina Petronila era una hermosura, y Doña Gibergera, una monada... ; ¡y todas tan bien puestas, con faldas de brocado, corpiños de terciopelo, arracadas, collares de oro, cintas en el moño!... No pienso volver a contemplar cosa semejante. Pero no hablemos más de Aragón, estando en Murcia. Los que hayáis leído algo más que vuestros Epítomes de la Historia de España, recordaréis lo que el P. Mariana dice al hablar de la región murciana; dice «que está *planteada* de moreras, cidros y naranjos y toda suerte de *agruras* y representa un paraíso en la tierra».

Hoy día lo de las moreras ha venido a menos, en *agruras* tampoco es la región murciana la prin-

cipal productora de ellas; pero, de todos modos, están todavía *planteados* sus campos de toda suerte de árboles productivos y es todavía Murcia una región rica y bella, es todavía un paraíso.

Su belleza no es altiva y fiera como ciertos sitios de Basconia, del alto Aragón, o de la Cataluña montañosa; es una belleza de situación, de cultivo, de aguas, de plantas, de flores, de cielo, casi siempre sin nubes. Es una suave belleza.

Lo más hermoso de la región murciana son sus campos y en ellos las *cosas* que los hombres han labrado para cultivarlos y embellecerlos. Así, por ejemplo, tiene la tierra de Murcia una construcción hidráulica, *La Contraparada*, que es una cosa admirable, por sí misma y por los siglos de cultura que representa. *La Contraparada* es un dique, un recio muro de contención de aguas, un embalse del cual salen acequias que mueven molinos, que riegan campos, que esparcen riqueza y lozanía.

La gente sencilla, los simplistas, dicen que es *obra de moros...*, como si España, al extenderse por su suelo la gente venida de Africa, hubiese sido una nación deshabitada, como si al llegar los moros no hubiese habido aquí hombres que tenían ojos para ver, manos para obrar.

La majadería de atribuir todo lo insólito agrícola a los moros, es parecida a la de los que lo muy antiguo lo atribuyen *todo* a los romanos...; y en este todo, nuestra lengua hablada, que los simplistas pretenden ser derivada del latín, como si los habitantes de nuestra tierra, al llegar los romanos, hubiesen sido mudos, como si los solda-

dos de Roma hubiesen sido sordos, como si al llegar un general, un centurión, un decurión romano a un pueblo, grande o chico, no hubiese tenido necesidad de *entenderse* con los habitantes, como si al instalarse en un lugar *sus asistentes* no hubiesen tenido que ir a mercarle coles, gallos o pescados, como si las verduleras del país les hubiesen dicho *en latín* cuánto pedían por unas berzas.

No solamente las lenguas españolas no son *todo latín*, sino que el latín tomó muchas palabras y maneras de decir de la gente ibérica... Pero no es esta la ocasión de emprender cuestiones lingüísticas; sólo quiero decir que muchas cosas atribuidas a los moros no tienen nada de moro y que la agricultura de regadío es en España muy anterior a la llegada de aquella gente, que en gran parte venía de tierras de secano.

Lo que hicieron los moros al infiltrarse entre los habitantes de nuestra España, fué aprovecharse de lo que veían y adoptar medios de trabajo que ellos ignoraban... Siendo evidentísimo, para volver a nuestro asunto, que *La Contraparada* es anterior a los moros, a los bárbaros godos, y aun a los romanos; es obra ibérica, celta, celtíbera, lo que se quiera: española.

Otra cosa hidráulica que hay que ver en Murcia, ya casi en la región andaluza, tocando a tierras de Jaén, es *La Puerta*, admirable construcción, anterior como *La Contraparada*, a moros, godos y romanos, una gran muralla que cierra un pantano y tiene un arco (*la puerta*) por donde corre el Río Frío.

Es también hermosura campestre murciana *El*

*Yelmo*, con sus árboles milenarios; hay que ir a visitarlo; es una excursión fácil y amenísima. Como es muy fácil ir a *Mar Menor*, una laguna de 4 a 5 kilómetros de largo por 1/2 de ancho que es delicioso recorrer embarcado y pescando en ella el sabroso *mújol*, saltando a tierra al tener lleno el cesto, haciendo que los propios pescadores que os habían ayudado a pescar sean vuestros cocineros y os lo sirvan aderezado como sólo ellos saben hacerlo y como nos lo sirvieron a mi nieto, a mí y a unos amigos dueños de la barca en que íbamos.

Son bellezas campestres de Murcia, sus manantiales de aguas curativas, sus termas, sus Archena, Alhama, Fortuna, Caldas de Huellín, Mula, El Azaraque..., un surtido de aguas medicinales como no las tiene mejores ningún país..., consecuencia de que toda aquella riqueza acuática ha pasado por venas que contienen una gran variedad de minerales: azufre, litino, mercurio, sulfatos, etc., etc. Es región riquísima en minas y, naturalmente, en minerales que producen mucho dinero.

Murcia-ciudad es grande y hermosa: grande, en la medida de población que vive principalmente en sus campos; hermosa, en el género señorial-agrícola. No tiene grandes construcciones bélicas, ni palacios románicos, ni torres por las esquinas... Es toda la ciudad un conjunto armonioso que denota bienestar y elegancia. Su puente, su *Azud* (otra construcción antiquísima), su paseo, de donde parte el camino para Cartagena, con sus frondosas plantaciones, su huerta, hasta La Palma, son un conjunto magnífico.

Como bellezas urbanas Murcia tiene hermosos edificios y el más hermoso su catedral. Es antigua (del 1353-1462) y si parece nueva es a causa de que lo más vistoso de ella, o sea su fachada, es relativamente moderna y también porque en Murcia, en general, todo parece acabado de ayer. Allí, el aire, el sol, la lluvia, no ennegrecen, lavan...

La fachada de su catedral está en perfecta armonía con lo que la rodea, no es adusta, es graciosa...; todo en ella son molduras y volutas; todo lujoso, todo elegante.

Cuando el espantoso terremoto del año 1829 (21 de marzo), casi todas las partes del gran templo murciano crujieron y, sobre todo, su torre-campanario, altísima, de casi cien metros, que fué preciso modificar, dejando la construcción como hoy se halla.

En el interior de la catedral, que es *muy de época*, de tres naves y altas bóvedas, son de admirar el altar mayor, las capillas laterales, entre ellas la de la familia de los Vélez, con hermosas pinturas y esculturas, y al lado izquierdo del altar mayor, un sarcófago en que están guardadas las entrañas del gran rey Don Alfonso *el Sabio*.

Son muy interesantes en Murcia la iglesia antigua de Santa Catalina y la de San Juan, con unas esculturas de Francisco Zarcillo, y en San Miguel, el retablo que es todo de su mano. Y no es menos digna de ser visitada la capilla de Jesús, cerca de la iglesia de San Andrés, por los célebres *Pasos* de la procesión de Semana Santa, obra también de Zarcillo... ¡obra admirable! No es escultura hierática, helénica o pagana, es sen-

cillamente escultura popular en el sentido artístico, noble, de palabra.

Han nacido en la ciudad de Murcia hombres de gran mérito, uno de ellos el exquisito escultor de quien hablamos, cuyas *composiciones* y las figuras que las integran, son verdaderas obras maestras.

Es también murciano el delicioso Francisco Cascales, cuyas *Tablas poéticas* debe tener entre sus libros vuestro papá por poco aficionado a curiosidades literarias que sea. Libro típico de una época en que muchos *eruditos* escribían para no decir nada.

Otro hijo ilustre de Murcia es don Diego Clemencín, éste, de reputación muy merecida. También es murciano el *casacón* Floridablanca, el Ministro de Estado que por desidia, por cortedad de ingenio, nos hizo perder gran parte de lo que luego ha sido la Argelia francesa, un señorón que gozó de gran predicamento y que era una solemne nulidad.

En la guerra de Sucesión que terminó con el sitio y toma de Barcelona (1714), Murcia, a pesar de su abolengo catalano-aragonés, pues debéis saber que fué definitivamente incorporada a la España cristiana por Don Jaime *el Conquistador* que la pobló de catalanes y aragoneses, y de la cual dice en su crónica que no se acercaba nunca a ella sin rogar a la Virgen que le permitiese poner su nombre a la ciudad, y que ella (la Virgen) «pregant son char fill abrazats en l'altar ploram (lloramos) tan fort e tan de cor que per anadura (andando) una gran milla nons poguerem partir de aquell plo-

rar...», lágrimas que fueron eficaces, pues con su gran deseo y con sus hombres logró entrar en ella el 13 de febrero de 1265, cumpliendo enseguida su voto de dedicar Murcia a santa María Virgen.

Decía, pues, que a pesar de su aboengo, Murcia no estuvo con sus parientes. Fué realista del rey francés, resistiendo con armas al ejército del Archiduque de Austria que apoyaban los catalanes, porque él les prometía conservar sus libertades, y en el reino de Murcia, en los campos de Almansa, las tropas de Felipe V ganaron una batalla al Archiduque, cuyo éxito no hubiese sido definitivo sin lo que ocurrió después, sin la defección del austriaco que, al ser proclamado Emperador de Austria, dejó a sus partidarios en la estacada y a Barcelona que se defendiera sola contra los ejércitos del Rey Felipe.

En las guerras napoleónicas Murcia se portó con singular entereza, siendo víctima del ardiente patriotismo que a todos los murcianos animaba el general don Martín de la Carrera, muerto por soldados franceses en la calle de San Nicolás.

Recorriendo la ciudad de Murcia veréis sus hermosas plazas y sus paseos, el del puente de Castilla y el del Malecón, que tiene por un lado la subida al puente y Cárcel Real, una serie de edificios particulares muy vistosos, el Ayuntamiento y el Palacio Episcopal, con la soberbia muralla al S. que defiende todo aquello de las avenidas del río, una corriente de agua que parece mansa y que a veces ha causado estragos.



De Cartagena-puerto de mar ya os dije cuán hermoso y cuán importante era ; de Cartagena-ciudad son notables el espléndido muelle dominado por la Muralla de Mar y la iglesia antigua que hay que visitar subiendo al castillo, desde cuyas baterías se goza de un panorama espléndido.

En la calle Mayor hay que ver otra vez hermosas esculturas de Zarcillo, en Santa María de Gracia, y al salir de Cartagena, recorriendo el reino de Murcia, son dignas de detenida visita por lo interesantes, Lorca, Aguilas, Villena, Almanza, Yecla, Mula, Jumilla, Hellín, Totana, Caravaca..., y merece verse de paso Albacete, famosa por sus navajas, la única cosa repugnante de España, un producto industrial pobre y feo, que debe producir cuatro ochavos y que es una vergüenza.

Las personas sensatas y de buen gusto de Albacete—son numerosas, me consta—deberían indemnizar a los fabricantes de navajas, comanditándoles para que en vez de aquellos horrores fabricasen... ¡arados! prohibiendo el Exmo. Señor Alcalde de Albacete, prohibiéndolo terminantemente, que los corredores de aquella mercancía se metieran por los coches ofreciendo a los viajeros sus cinturas cuajadas de puñales.

## CAPITULO V

## ANDALUCIA

Un verano, huyendo del calor que en nuestro pueblo sentíamos, fuimos a tomar el fresco a Andalucía. En ningún sitio de España se goza de mayor frescura que en ciertos lugares de las estribaciones de Sierra Nevada y de la Serranía de Ronda.

Fuimos a pasar unos días a Granada, tomando asiento en el Hotel de «Los Siete Suelos», cuyo jardín, no muy grande, estrecho y terminado en ángulo, es terreno del propio cerro sobre el cual se levantan los palacios y las torres de la Alhambra.

Allí, en aquel jardín que durante los meses calurosos sirve de comedor a los veraneantes y que nosotros habíamos tomado como escritorio, quitando el mantel de la mesa en que nos habían servido las comidas, al llegar de nuestras excursiones vaciábamos mi nieto y yo nuestras innumerables faltriqueras llenas de curiosidades: un trocito de azulejo que mi nieto había recogido escarbando al pie de la Torre de los Picos y guardaba para sus

hermanos ; unas fotografías sacadas por él en sitios del Albaicín que nadie *había visto todavía...*, apuntes ; monografías ; libros que yo consultaba anotando lo que me convenía para este capítulo de las principales bellezas de la tierra andaluza.

Mi nieto estaba poniendo en tinta en sus cuadernos mis cuartillas en lápiz referente a la región murciana, y al acabar sus copias, me dijo : —Abuelito, eso de Murcia ya está listo, ¿ me das algo de Andalucía ?

Y le pasé la cuartilla que había empezado a escribir, la cual no decía más que...

«Mis queridos niños andaluces :

»Los que hasta aquí me habéis leído esperáis, sin duda, que os diga cosas bonitas referentes a vuestra tierra. Bien quisiera complaceros... ¿ pero qué decir sobre Sevilla?, ¿ qué decir de Málaga, de Jerez, de Córdoba, de Cádiz, de Granada? Bien quisiera comunicar mis entusiasmos por lo nuestro a los niños de otras regiones, pero las bellezas de Andalucía ¡son tan conocidas!» Y aquí terminaba lo poco que llevaba escrito.

Mi secretario se quedó perplejo. Aquello le sabía a casi nada.

—¿ Quieres que te ayude, abuelito? ¿ Quieres que yo diga en tu libro lo que a mí más me ha gustado en Andalucía ?

—Ya estás escribiendo—le contesté, alargándole unas cuartillas en blanco.

—No, abuelito, no necesito tanto papel. Aquí mismo, a continuación de las pocas líneas que has escrito, pondré yo mis impresiones.

—Vengan tus impresiones.

Y mi nieto, escribió :

«Lo que más me ha interesado en Andalucía ha sido el convento de la Rábida, en la provincia de Huelva.»

—¡ Hombre !—exclamé—. ¿ Qué me cuentas !

—Sí, abuelito. ¡ Aquel cerro ! ¡ el convento ! cuyas paredes actuales no me importa si son nuevas o antiguas. Tú y yo, asidos de la mano, llegando a su puerta, éramos Cristóbal Colón y su hijo preguntando por el Padre Guardián Fray Juan Pérez, al simpático Fray Antonio de Marchena... ¡ Aquella soledad ! ¡ aquellas blancas paredes !... No puedes imaginarte lo que nuestra ascensión a la Rábida me impresionó... Ya te lo dije allí mismo.

—Sí, sí, lo recuerdo.

—Y en cuanto a ciudades... ¿ quieres que ponga, para mí, cual es la ciudad más hermosa de Andalucía ?

—Pon, hijo, pon.

Y escribió : «La ciudad más hermosa de Andalucía es Ronda».

—¡ Hombre ! ¡ hombre ! ¿ Así, tan categórico ? Si ponemos eso ¿ qué dirán los sevillanos ? ¿ Qué dirán los granadinos ?

—Ya sé—replicaba mi hombre—. «Quién no ha visto Sevilla no ha visto maravilla», «Quién no ha visto Granada no ha visto nada»... ; pero eso son aleluyas, no son verdades.

—¡ Hombre !, ¡ hombre !, ¡ estás terrible !

En esto entraron dos muchachos, hijos de un antiguo amigo mío, propietario de un carmen vecino, que venían a buscar a mi nieto para ir juntos al

Generalife, y enterándoles de lo que se trataba, mi chico les pidió su parecer.

--Ronda es una ciudad muy bonita—dijo el mayor de los recién llegados—, pero no tiene...

—No le falta nada para ser una hermosura—le contestó mi nieto.

El otro dijo que para él, la más hermosa ciudad de Andalucía era Sevilla... Quizá Granada ...Quizá podría añadirse Baeza..., Andujar...

—¡ Ronda ! ¡ Ronda !—repetía mi chico riendo... y juntos se fueron hasta los Mártires para reunirse con otro compañero.

Pues, Señor, me dije al quedarme solo con mis albas cuartillas sobre la mesa... Escribiendo, como escribo, para gente joven, quizá estaría bien consignar el parecer de un muchacho... Tendré, sin embargo, que justificarlo un poco.

Lo de la Rábida se explica solo... El ir caminando ambos, subiendo aquella rampa, asidos de la mano, el convento con su puerta abierta arriba... Colón, su hijo de siete años... Fué una impresión tierna, retrospectiva... Lo de Ronda exige más amplia justificación. Justifiquemos.

La antiquísima ciudad que los romanos llamaron Arunda, que según parece es la antigua Munda, en cuyos campos triunfó Julio César, la Ronda española, se halla en una pequeña planicie sobre un cerro terminado en proa y cortado casi perpendicularmente como un colosal navío que navegase por las peñas. Aquel cerro está partido en dos de arriba abajo por una cortadura (*El tajo de Ronda*), por cuyo fondo corre el río Hondo, o sea el Guadalquivín.

La ciudad propiamente dicha, la que vieron y ocuparon los soldados de Roma, está en el extremo meridional de la no muy extensa planicie, y algo más arriba, a la otra parte del *tajo*—una anchísima barrancada—, se halla la ciudad nueva—data de los Reyes Católicos—, El Mercadillo, y algo más abajo como distancia y altitud, está San Francisco, un suburbio.

Todo ello, a una altura prodigiosa sobre el nivel del mar, lo cual da al conjunto una frescura deliciosa.

La separación entre la ciudad antigua y El Mercadillo, es una cosa soberbia. Sus rocas fantásticas, sus notas de vegetación, sus senderos, sus molinos plantados en los rellanos de las peñas y el río en el fondo, son un prodigio cuyo conjunto se destaca sobre montañas vecinas y un fondo de celajes que, por la mucha corriente de los vientos, siempre corren como locos de un pico a otro pico, cerniéndose a veces en luminosas manchas sobre la ciudad y los campos.

La ciudad nueva, El Mercadillo, adonde se llega viajando en tren, tiene como principal arteria su calle de Espinel (recuerdo del rondeño poeta y músico, inventor de la 5.<sup>a</sup> cuerda en las guitarras, de las décimas espinelas y autor del famoso *Marcos de Obregón*). Sus otras calles son como hay muchas, pero lo que El Mercadillo tiene y no se ve en ninguna parte es su paseo de La Merced, con muchos álamos, con muchos rosales que embalsaman el aire, con un balcón sobre un precipicio que no tiene igual en hermosura de vistas. Un horizonte de montañas que son el dosel de

Ronda, con unos picos de San Cristóbal en el fondo y unos risueños valles que por doquier hermosean la Sierra de Grazalema y el Cerro de San Cristóbal.

Tiene, además, El Mercadillo, como ornamento urbano, su Casa Consistorial, su convento de la Trinidad, su hermosa Plaza porticada del Puente Nuevo..., y el Puente Nuevo *en persona*.

Es decir, el Puente Nuevo lo tienen El Mercadillo y Ronda; es su lazo de unión. Un Puente con mayúscula, que no es *moro* como otro que ya había, ni *romano*, en parte, como el que más arriba del *tajo* se aguanta firme y se llama de las Curtidorias.

El *Puente Nuevo* de Ronda es una maravilla *nueva*, de verdad; lo construyó, en muy poco tiempo, del 1784 al 1788, don José Martín de Aldehuela, arquitecto malagueño. No es una construcción brutal y prosáica como la mayor parte de los puentes de hierro de las modernas vías férreas, es una cosa de gran belleza artística, sólida, espaciosa, y de gran majestad. Finca su base en el río, que salva, apoyando los dos estribos de su primer arco en las peñas laterales; se ensanchan las rocas y se ensancha el puente que sobre la primera arcada tiene otra más alta, y sobre esta segunda dos pequeños arcos laterales pegados a las rocas y un gran arco en el centro con un gran espacio abovedado, y grandes balcones o mirandas sobre el *tajo*... Con molinos embutidos en los rellanos de las rocas vecinas, y una orgía de senderos a la vera, de cascadas, de luz, de colores, de agua susurrante que son una apoteosis del ingenio humano y de las be-

llezas naturales de aquella divina región... ; pero llega el Puente Nuevo al nivel de la ciudad y el soberbio monumento se convierte en vía. El que ha sido fantástico en sus comienzos, grandioso en su crecimiento, se aviene a servir de prosaica carretera.

El barrio de San Francisco tiene anchas calles y una hermosa plaza plantada de álamos, una alameda ; y como edificios notables se ven en los tres núcleos de Ronda la iglesia de Santa María la Mayor, San Juan de Letrán, San Miguel, La Trinidad, La Merced, El Calvario, Nuestra Señora de Gracia..., y muchas casas señoriales.

Una casa hay en Ronda en la calle de San Pedro del Campillo, que no tiene nada de suntuoso, pero desde cuyo interior, por una escalera de trescientos y tantos peldaños, se baja al río, del cual, en casos apurados, los moros hacían subir por sus esclavos cristianos zaques de agua..., de donde la maldición gitana : «En Ronda te veas acarreado zaques».

Tiene Ronda, además de sus bellezas locales, huertos amenos por sus afueras, huertos en que se cría de todo, y, especialmente, los ricos *peros de Ronda*, y en sus cercanías maduran las manzanas de Cortes, las granadas tan finas de Jimera, las uvas de Algatocín y de Tolox, las naranjas de Gaucín... En el bosque, en la serranía, tiene hermosos bosques de pinos..., y mucha encina, y mucha bellota con la cual engordan muchas piaras de cerdos que por arte y magia de las mujeres de Cortes, de Setenil, de Alcalá del Valle, de las Villas Hermanas, de Ben-Aoján y de Montejarque, se

convierten en succulentos jamones, morcillas, embutidos riquísimos... ¡Delicia de gastrónomos!

En el monte bajo no se diga si habrá en el término de Ronda liebres, conejos, perdices, palomas torcaces..., aves y pajarillos de todo cantar y pluma..., y en todas partes, siempre, una naturaleza espléndida bañada en aires purísimos, lo cual hace que los rondeños sean muy sanos y las rondeñas muy sanas... y ¡muy hermosas!... No se ve una fea.

Total, que mi nieto tiene razón.

No hay nada superior a Ronda.

\* \* \*

Y por si, vistas las maravillas de Granada, de Sevilla y Córdoba, únicas en el mundo, os apetece aún, después de Ronda, ver todavía más cosas bellas andaluzas, id en auto, nada de trenes, a Baeza, entrando en la población por la Puerta del Populo. Y sin apearos veréis el *Palacio* y la *Casa del Ayuntamiento*, dos cosas notables; id a Antequera por sus hermosas vistas desde la ermita, junto al Castillo, por su *Capilla del Socorro*, en la ciudad; id a Andujar, muy típico; id a Ecija, por el *Palacio del Marqués de Peñafiel*, la mansión más elegante y más andaluza de la región; corred unas horas por bien cuidadas carreteras y llegáos a Arcos de la Frontera, sobre un cerro y el río al pie; id a Ubeda, por la *Casa de las Torres*; a Sanlúcar de Barrameda, por el *Castillo* y el Guadalquivir; a la *Cartuja*, de Jerez... Y para saciaros de ver cosas de piedra viva, id por Málaga a los *Chorros*, una

cosa por el estilo del *tajo de Ronda*; o por Almería, id a ver las *Cuevas*, ¡algo fantástico y único! Una población numerosa, sin casas, con las habitaciones metidas en grandes excavaciones y lo que pueden llamarse calles y plazas labrado todo a pico, a fuerza de quitar piedra.

Y si cansados de correr queréis descansar unos días *tomando aguas*, las Alhamas vieja y nueva de Granada os abren sus limpias y agradables cámaras; y si aquello no os conviene, id, por Guadix, a Graena; o por Córdoba, a Horcajo; o por San Fernando, a Paterna; o por Atarfe, a Sierra Elvira, lo más fresco, lo más ameno que pueda desearse.



## CAPITULO VI

### EXTREMADURA

Hablemos de Mérida. No es capital de provincia, pero lo es de Extremadura.

Cuando sometidos (relativamente) los cántabros, el Emperador Octavio Augusto dispuso que sus veteranos se establecieran y gozaran de las tierras que ocupaban, un gran personaje, yerno suyo, Marco Agripa, y un Publio Carisio que debía ser lo que ahora diríamos jefe de Estado Mayor o intendente, fundaron una Colonia a la cual dieron el nombre de *Emerita-Augusta* en honor del Emperador y de sus soldados retirados que a ella irían a residir (1).

Aquella Colonia fué emplazada donde es Mérida por su situación topográfica, porque desde allí era posible comunicarse con Salamanca por el camino que todavía se llama el *camino de la plata* (vía lata); con Córdoba, por Peñarroya, Castuera

---

(1) *Emeritus stipendia*: soldado que ha servido muchos años, veterano, jubilado, retirado.

y Medellín ; con Lisboa, por Setúbal y Evora ; con Toledo, por Benavente ; con Zaragoza, por Almadén y Montiel ; con Sevilla, por Carmona y Écija... ; y ya en el litoral, por las vías de la Tarraconense, las Massilienses y las Ligureses, llegar a Roma.

Aquella *Emerita*, por su importancia estratégica, fué pronto populosa, y en ella los romanos levantaron templos, cuarteles, teatros, circos y monumentos soberbios, embelleciendo lo que había sido modesta etapa militar...

Todo esto, naturalmente, es anterior al Cristianismo, y cuando la nueva religión se introdujo en España, Mérida, con Tarragona y Sevilla, fueron de las primeras ciudades que tuvieron obispo, y cuando en cuatrocientos y tantos llegaron los *Bárbaros del Norte* haciendo de las suyas, Eurico se apoderó de Mérida portándose como en Tarraco, como en todas partes, derribando altares romanos, monumentos que él no admiraba...

Pero el hombre acaba por hacerse señor de aquello que debelaba y al ser rey cesan los estragos, y los godos ya no atacan a las cosas, emplean su *furor teutónico* peleándose entre ellos, etcétera, etc., etc. Todos estos *etcéteras* los hallaréis explicados en la Historia...

Cae el Rey Rodrigo en los campos de Andalucía y, según parece, después de su derrota se refugia en Mérida... que es pronto de los moros, que la disfrutan hasta que el Rey Alfonso de León, entrando por tierras extremeñas, toma la plaza de Mérida en 1229. El mismo año en que el Rey Don Jaime *el Conquistador* tomaba Mallorca a los moros.

Dos siglos después, terminada la especie de guerra civil de *la Beltraneja*, las tropas de Doña Isabel, después de la batalla de la Albuera—1479—ocupan Mérida, que desde entonces no ha dejado de ser miembro importante de nuestra España actual.

De cuanto ha ocurrido en aquel país, que tan brevemente acabo de referiros, han quedado vestigios visibles y tangibles..., sobre todo de cosas romanas... Hay que verlas, leyendo antes, para saber lo que son, entre otros libros, *El Viaje de España*, de don Antonio Ponz, y la *España Sagrada*, del P. Flórez, que supongo tenéis en vuestra casa, dejando para más tarde la lectura de autores latinos y la de nuestros antiguos cronistas, historiadores, monografistas, viajeros; leyendo y estudiando, para ser un español cumplido, para conocer bien nuestra España, desde San Isidoro de Sevilla, Alfonso de Cartagena, Morales, Pedro de Medina, Bernabé Moreno de Vargas, Rodrigo Caro, Marineo Siculo, Ramón Muntaner, Bernardo Desclot, Don Jaime *el Conquistador*, Pedro IV de Aragón, Martín de Veciana, Pedro Carbonell, Florián de Ocampo, *el Beroso*, Alonso Venero, Zurita, Pedro de Alcocer, Pedro Ciruelo, Antonio Agustín, Pons de Icart, Antonio de Herrera, Santa Teresa, Cervantes y el P. Mariana..., hasta nuestros modernos Lafuente, Conde, Toreno, Menéndez y Pelayo... Leyendo el *Corpus insc. lat.*, de Hubner, los escritos del P. Fita, los hermosos trabajos del sabio arquitecto Lampérez, los del insigne Mérida..., y, como resumen de lo concerniente a la antigua *Emerita*, el interesante estudio de don Maxi-

miliano Macías, titulado *Mérida monumental y artística* (imp. Barcelona, 1913), sin olvidar la lectura de los que sin proponerse hacer Historia han escrito sobre ciertas regiones, como, por ejemplo, Don Pedro Antonio de Alarcón, cuya *Alpujarra* es una joya, o Don Angel Ganivet, cuya *Granada la bella* es una cosa amenísima y de gran interés.

De Mérida, dice don Antonio Ponz: «Mérida fué una de las ciudades más memorables y famosas que ha tenido España. Conserva Mérida las ruinas soberbias de dos acueductos, de teatro, de naumaquia, circo, arco de trofeo, fortaleza, medallas, bajosrelieves, estatuas, inscripciones, dos puentes, uno sobre el Guadiana y otro sobre el riachuelo de Albarregas. Todas estas cosas prueban la antigua grandeza y majestad de la Colonia Emeritense.»

El tomo 8.º de Ponz, que es el que trae la noticia de Mérida, viene adornado de varios grabados muy finos, uno de los cuales representa el Arco triunfal de Caparra, de que habla después de la descripción del Palacio y Jardín que junto al lugar de Abadía había hecho labrar el Duque de Alba... Jardín que Lope de Vega alaba y del cual dice que se hallaba

*«...donde comienza Extremadura  
al pie del monte que divide a España  
un hermoso jardín que en hermosura  
los pensiles hybleos acompaña.»*

Dice también el gran poeta que en aquel jardín

*«Hay quadros donde están labradas  
de murta mil figuras y unas fuentes  
de bronce firme en quien se ven pintadas  
las hazañas de Alcides diferentes...»*

y que en aquel lugar amenísimo

*«...están cifradas  
fábulas tan extrañas y excelentes,  
que es otro nuevo Ovidio transformado  
aquí poeta escrito, allí pintado.»*

añadiendo, no Lope de Vega, sino don Antonio Ponz, como conclusión, que aquellos jardines del Duque de Alba «son en el día una de las cosas más ignoradas que puedan darse...». Y con esta sentencia de un hombre que escribía y viajaba para alabar las bellezas de España, volvemos a nuestro tema de que no sólo las cosas y los hombres han *de valer*, sino que han de *hacerse valer*.

Por el número y las dimensiones de los edificios públicos de Mérida se deduce que fué ciudad muy populosa, y las excavaciones que se están ejecutando actualmente en ella han puesto a descubierto sitios *de sport* en que cabían treinta mil personas, lo cual hace suponer, *suponiendo* que no todos los emeritenses iban al teatro o al circo el mismo día, una población crecidísima. Hay que ir a verla, por lo antiguo que todavía se ve y por lo moderno...

Tiene Mérida una plaza, con arcos alrededor, que es muy hermosa; tiene la casa de los Corbos, muy interesante; la iglesia de Santa Eulalia y el Horno de Santa Eulalia, una capilla (del 1612) construída sobre ruinas romanas en el sitio mismo



en que, según la tradición, la Santa fué quemada viva, y sobre todo hay que ver aquel *Puente* sobre el Guadiana..., una hermosura de puente, de 64 arcos, construído por los romanos, reparado por los godos y meramente consolidado en tiempo de Felipe III... También son interesantes el puente sobre el riachuelo Albarregas, que fué parte de la vía romana que iba a Salamanca, el acueducto moderno, de 140 arcos ; y a cinco kilómetros de Mérida, el Lago de Proserpina, o la Charca de la Albuera (la Albufera), como dicen en tierras de Valencia.

Y de Mérida hay que ir a Medellín, donde en 1485 nació uno de los hombres más hombre de todos los siglos, el insigne Hernán Cortés, cuya historia deberíais aprender casi de memoria. Es mucho más interesante y *verdadera* que la de ciertos *Servius Tullius* y *Lucius Tarquinus* que hemos decorado en nuestros tiernos años... *Servius Tullius matre nobili, sed captiva, natus est*, etc., etc.

Para ver el sitio donde estuvo la casa de Hernán Cortés, fuimos mi nieto y yo adonde nos dijeron, y, reverentes, nos quitamos el sombrero, yendo luego a Medellín, que tiene una bonita iglesia, sobre la colina que le sirve de respaldo un importante castillo, y sobre el Guadiana un puente moderno muy largo, de ¡ medio kilómetro !— ; ¡ pero todo ello es nada ante la cuna del héroe ! Id a Medellín llevando en vuestra alforja el libro de Bernal Díaz del Castillo, a pesar de que esté escrito «con desaliño y poco adorno», como dice el aliñado y adornado don Antonio de Solís y Ribadeneira ; id a Medellín, invocad la grande alma de Cortés, ro-

gad a Dios que vuelvan a nacer en España hombres de su temple...

Y de Medellín id a Trujillo, un poco más al Norte (desde Cáceres, en auto, un par de horas), y en Trujillo, de donde salieron los Pizarro, saludad también con reverencia, cerca de la Plaza Mayor, la casa donde nació aquel Francisco Pizarro cuyas proezas no han sido igualadas... Y no sólo las suyas, sino las de la pléyade de extremeños que *imantados* el uno por el otro, siendo gente de tierra adentro, iban al mar, y ya en el mar, ¡a América!..., siguiéndose, haciendo todos ellos cosas que no volverán a hacerse ni han sido hechas en ningún lugar ni en ningún tiempo... ; pues todo aquello que nos cuentan los poetas de los Alcides, de los Ulises, de los Agamenones, es símbolo, es literatura.

Lo que hicieron nuestros conquistadores, extremeños y no extremeños, son prodigios de entereza, de virilidad, de inteligencia... Son ellos los *héroes más héroes* del mundo.

Leed para convenceros lo que hizo Vasco Núñez de Balboa, descubridor del mar Pacífico, del cual toma posesión, armado de punta en blanco, con un estandarte en la mano que llevaba pintada la Imagen de la Virgen y el Niño, entrando en el agua, besando las olas ; leed lo que hizo Hernando de Soto, también extremeño, de Barcarrota, que después de haber tomado parte en las campañas de Nicaragua, Castilla de Oro y el Perú, regresa a España y con su dinero, sin que nadie le ayudase, recluta 1,000 hombres de a pie y 250 de a caballo, el mayor ejército que hasta entonces se hubiese visto

en América, y vuelto al lugar de sus proezas conquista La Florida, y muere joven, a los cuarenta y dos años, el 21 de mayo de 1542.

Leed lo que hicieron Francisco Vázquez Coronado, conquistador de las siete ciudades de Cibola ; Diego Almagro, conquistador de Chile ; Belalcázar, cordobés, de Quito y Bogotá ; lo que hizo el gran Enciso, organizando la Colonia de Santa María de la Antigua a orillas del Darien... Y a las proezas de aquellos hombres de armas añadid las proezas *morales* de un Padre Andrés de Vara, ayudando, animando a la gente, siendo enfermero, médico y veterinario, cantando *Te Deum laudamus* cada vez que sus compañeros obtenían un éxito, plantando una cruz en lo más alto del monte a cuyo regazo descubren lo que fué llamado Golfo de San Miguel... Lo que hizo el Padre Hernando de Luque, lo que ayudó el Padre Francisco Marcos de Nica ; lo que hizo Pedro de Valdivia, extremeño, de Castuera ; enteraos de los altos hechos de Ponce de León (de León) ; de Diego de Almagro (de Ciudad Real) ; de don Francisco de Montejo, padre e hijo ; de Cabeza de Vaca, de Fernando de Alvarado...

Leed, vais a leerlo ahora mismo, leed lo que hizo en Méjico, cierta noche lluviosa, otro Alvarado llamado Don Pedro, un sevillano. Leed, es un episodio, una digresión ; leed, advirtiéndoos que lo que sigue está tomado del libro de un gran ciudadano de Norteamérica, del sabio y simpático señor Charles F. Lummis ; de consiguiente, no son las que vais a leer palabras de un español. Las ha escrito,

lo repito, las ha escrito, en inglés, un norteamericano.

### «EL SALTO DE ALVARADO

«Si alguna vez fuese el lector a Méjico—, y espero que pueda ir, pues esa antigua ciudad, que era ya vieja y populosa cuando nació Colón, está llena de romántico interés—, le mostrarán en la Rivera de San Cosme el sitio histórico que se designa todavía con el nombre de «El Salto de Alvarado». Es ahora una calle ancha y urbanizada, con su tranvía, sus hermosos edificios, animada con el vaivén de gente extraña y contenta, sin que pueda observarse en aquel sitio nada que recuerde los terrores de la noche más cruel que relata la historia de América : la llamada «Noche triste».

»El salto de Alvarado se cuenta entre las proezas más famosas de la historia, y el que lo dió fué una de las figuras más notables entre los exploradores del Nuevo Mundo. En la primera gran conquista se condujo gallardamente, y con el relato de las hazañas que realizó entonces y después, podría componerse una novela fascinadora. Alto, guapo, de rubios cabellos y encendida tez, joven, vehemente y generoso, valiente soldado y agradable compañero, era Alvarado el amigo predilecto así de los españoles como de los indios. Aún cuando por algún motivo no era bien quisto de Hernán Cortés, constituía su brazo derecho, y durante la conquista de Méjico estuvo generalmente en los puestos de mayor peligro. Habíase educado en un colegio : escribía con letra grande y clara, lo cual no era muy

común en aquella época, y su firma era muy legible. No era un gran caudillo como Cortés, pues su valor daba a veces al traste con su prudencia; pero, como oficial, en el campo de batalla, mostrábase tan intrépido y denodado como el que más.

»Era el capitán Don Pedro de Alvarado natural de Sevilla, y fué al Nuevo Mundo en el vigor de la edad, no tardando en señalarse en Cuba por su bizarría. En 1518 acompañó a Grijalba en el viaje en que descubrió Méjico, y a su regreso a Cuba fué portador de los pocos tesoros que ambos habían recogido. Al año siguiente, cuando Cortés embarcó para ir a conquistar aquella nueva y maravillosa tierra, Alvarado le acompañó como teniente. Tomó una parte importantísima en todos los brillantes hechos de aquella romántica aventura. En el momento crítico en que fué necesario apoderarse del traidor Moctezuma, fueron eficaces la actividad y cooperación de Alvarado. Mientras el cacique estuvo en rehenes, Alvarado tuvo ocasión de tratarle, y su franqueza le captó las simpatías del guerrero indio. Quedó al mando de la pequeña guarnición de Méjico cuando Cortés marchó en su audaz, pero feliz expedición contra Narváez, y desempeñó muy bien aquel delicado cargo. Antes del regreso de Cortés, notáronse los síntomas de un levantamiento de los indios con la famosa danza de guerra. Alvarado se hallaba solo, y tuvo que hacer frente a la crisis bajo su propia responsabilidad. Pero estuvo a la altura de las circunstancias. Comprendía muy bien el sangriento designio de la ominosa danza, como lo conocen cuantos han peleado con los indios, y cuál era el mejor modo de afajarlo. En su infortu-

nada tentativa de apoderarse de los exorcistas que excitaban al populacho a asesinar a los extranjeros, Alvarado quedó mal herido. No obstante, tomó parte en la desesperada resistencia a los asaltos de los indios, en que fueron heridos casi todos los españoles. En aquella terrible lucha para defender su fortaleza de adobe, así como en las audaces salidas para rechazar las sitiadoras hordas salvajes, se destacaba siempre la figura del rubio teniente. Cuando Cortés, que había ya regresado con sus refuerzos, vió que la situación en la capital era insostenible y que su única salvación era intentar la retirada de la ciudad lacustre a tierra firme, el puesto de honor le tocó a Alvarado. Había mil doscientos españoles y dos mil aliados tlaxcaltecas, y esta fuerza se dividió en tres mandos. Dirigía la vanguardia Juan Velázquez; la segunda división iba a las órdenes de Cortés, y la tercera, que debía sostener toda la furia de la persecución, la mandaba Alvarado.

»Reinaba la mayor quietud cuando salieron, gateando, los españoles de su refugio para escapar por el malecón.

»Era una noche lluviosa e intensamente oscura, y con los cascos de los caballos y las ruedas de su pequeño cañón cubiertos de trapos para no hacer ruido, los españoles avanzaban lo más cautelosamente posible por la angosta lengua de tierra que unía la ciudad del lago con el continente.

»Este terraplenado viaducto estaba cortado por tres anchos canales, y para cruzarlos llevaban los soldados un puente portátil. Mas, a pesar de su cautela, no tardaron los indios en darse cuenta de

su salida. Apenas habían abandonado el cuartel y emprendieron la marcha por el viaducto, cuando los toques del monstruoso tambor de guerra, el «tla-pan Huehuetl», desde la cumbre de la pirámide de los sacrificios, rompieron el silencio de la noche sonando a sus oídos como el toque de agonía de sus esperanzas. Todavía infunde terror este feroz rugido del gigantesco timbal colocado sobre un trípode, que se usa aún y puede oírse a quince millas de distancia ; pero para los españoles anunciaba su perdición. Vieron encenderse varias hogueras en el Teocali, y correr en su persecución numerosos enjambres de indígenas.

»Corriendo tan aprisa como se lo permitían sus heridas y su impedimenta, llegaron los españoles salvos al primer canal. Echaron sobre él su puente y empezaron a desfilarse por éste. Entonces los indios se agruparon en sus canoas a cada lado del viaducto, y los atacaron con su característica ferocidad. Los soldados, rodeados por las turbas, luchaban mientras seguían avanzando. Pero, al cruzar la artillería el puente, éste se vino abajo, precipitando al agua cañón, hombres y caballos, que no se levantaron más. Entonces empezaron los inenarrables horrores de la noche triste. No había retirada posible para los españoles, quienes se veían atacados por todos lados. Los que venían detrás empujaban a los de delante, que no podían detenerse ni siquiera ante el canal de agua negruzca. En el borde estaban apiñados hombres y caballos en la más densa obscuridad, y todavía venían empujando los de detrás, hasta que, por último, el canal quedó atestado de cadáveres, y los supervivientes tenían

que pasar por encima de aquel hacinamiento de sus muertos. Velázquez, que mandaba la vanguardia, fué herido, y españoles y tlaxcaltecas caían como mieses segadas por la hoz. El segundo canal, lo mismo que ambos lados del viaducto, estaba bloqueado por canoas, llenas de guerreros salvajes, y allí se produjo otra sangrienta pelea, que duró hasta que aquel boquete quedó también atestado con los heridos, teniendo los fugitivos que pasar por un puente de cadáveres para llegar al otro borde del viaducto. Alvarado, luchando a retaguardia para contener a los indios que les atacaban por el terraplén, fué el último en cruzar, y antes de que pudiera seguir a sus camaradas, la corriente, barriendo subitamente la macabra obstrucción, dejó otra vez despejado el canal. Debajo de Alvarado cayó muerto su fiel caballo; él también estaba mal herido; sus compañeros se habían alejado y el despiadado enemigo lo rodeaba por todas partes. No podemos menos de recordar al héroe romano...

*«aquel héroe tan valiente  
que defendió audaz el puente,  
y a quien dedica la historia  
una página de gloria».*

»La situación de Alvarado era tan desesperada como la de Horacio Cocles, y con el mismo varonil denuedo supo colocarse a su altura. Con una rápida ojeada, comprendió que lanzarse al agua sería una muerte segura. Entonces, mediante un supremo esfuerzo de su vigorosa musculatura, apoyóse en la lanza y saltó! La distancia era de diez



y ocho pies (1). Hay memoria de otros saltos bastante más largos. Nuestro propio Wáshington, cuando en su juventud se dedicaba a juegos atléticos, saltó una vez más de veinte pies tomando carrera. Pero considerando las circunstancias, la obscuridad, sus heridas y el peso de su armadura, el prodigioso salto de Alvarado no ha sido quizás sobrepujado por otro alguno.

»Pero Alvarado saltó, y el héroe de esa proeza subió tambaleándose por la margen opuesta, hasta ir a reunirse con sus compatriotas.

»A partir de aquel momento, los que quedaban siguieron luchando por el viaducto hasta llegar a tierra firme. Los indios abandonaron por fin la persecución, y los españoles, exhaustos, pudieron respirar y contar los que se habían salvado. Muy pocos habían quedado con vida. Nada tiene de extraño, según dice la leyenda, que su valiente general, acostumbrado como estaba a reprimir estoicamente sus sentimientos, se sentase bajo el ciprés que se enseña todavía con el nombre de «el árbol de la noche triste», y derramase lágrimas viriles al contemplar los lastimosos restos de su valeroso ejército. De los mil doscientos españoles que antes tenía, ochocientos sesenta perecieron, y de los supervivientes no había uno solo que no estuviese herido. También habían muerto dos mil indios tlaxcaltecas aliados suyos. A no ser porque los indígenas trataban menos de matar que de aprisionar a los españoles para darles una muerte más horrible con la cuchilla de sacrificar, ni uno solo

---

(1) Cinco metros y medio.—(N. del T.)

se hubiera salvado. Aún así, los supervivientes vieron más tarde a unos sesenta de sus camaradas desuartizados sobre el altar del gran Teocali.

»Perdióse toda la artillería, como también todo el tesoro. Ni un gramo de pólvora quedó en condición de poder utilizarse, y sus armaduras quedaron tan abolladas y rotas, que no parecían las mismas. Si los indios les hubiesen perseguido entonces, los hombres, exhaustos, hubieran sido fáciles víctimas. Pero después de aquella terrible pelea, también descansaban los indígenas, lo cual permitió que pudiesen escapar los españoles. Dirigiéronse al pueblo amigo de Tlaxcala, dando un rodeo para escapar de sus enemigos; pero fueron atacados en todos los pueblos intermedios. La lucha más desesperada tuvo efecto en las llanuras de Otumba. Rodeados y acosados por los naturales, los españoles se consideraban ya perdidos. Afortunadamente Cortés reconoció a uno de los exorcistas por su rico ropaje, y en una última y desesperada carga, ayudado por Alvarado y otros pocos oficiales, derribó al sujeto de quien los supersticiosos indios hacen depender el éxito de la guerra. Muerto el mago, sus aterrorizados secuaces cejaron, y de nuevo los españoles se vieron libres de las garras de la muerte.

»En el sitio de Méjico, que fué el más sangriento asedio que registra la historia de América, Alvarado fué quizá la figura más prominente después de Cortés. Este gran general era el cerebro de aquella notable campaña, y un cerebro de gran valía. No hay nada en la historia que pueda compararse con su empresa de hacer contruir trece berganti-

nes en Tlaxcala y transportarlos a hombros de sus soldados a más de cincuenta millas tierra adentro y por encima de las montañas para botarlos en el lago de Méjico a fin de que ayudasen a poner el sitio. Lo que más se le parece es el gran hecho de Balboa transportando dos bergantines a través del istmo. Las hazañas del gran cartaginés Aníbal en el sitio de Tarento, y las del «gran capitán» español, Gonzalo de Córdoba, en la misma plaza, no son comparables en modo alguno con aquellas.

»En los setenta y tres días que duró el sitio, era Cortés la cabeza y Alvarado su brazo derecho. El bizarro teniente mandaba la fuerza que atacó por el mismo viaducto por donde se retiraron en la Noche Triste. En una de las batallas le mataron a Cortés el caballo que montaba, y los indios se llevaban arrastrando al conquistador, cuando uno de sus pajes se abalanzó sobre ellos y le salvó la vida. En el asalto final y en la desesperada lucha dentro de la ciudad, Cortés iba al frente de una mitad de los soldados españoles y Alvarado mandaba la otra mitad, y este fué el que dirigió la toma por asalto del gran Teocali.»

¿Verdad que es espléndido? Leed el libro de F. Lummis; es interesantísimo y está muy bien traducido al castellano por un gran españolista catalán que reside en Nueva York hace muchos años. Lleva, además, un hermoso prólogo del profesor don Rafael Altamira, catedrático de la Universidad de Madrid (1).

Leed el libro de Lummis y cuanto os venga a

---

(1) Los exploradores españoles del siglo xvi.—Vindicación de la acción colonizadora española en América, traducido por Arturo Cuyás, con un prólogo de Rafael Altamira, Barcelona—Araluce, editor—1916.

la mano de autores americanos, del Norte, del Sur o de Centroamérica... Ellos han de ser los que glorifiquen definitivamente a nuestros hombres, a nuestra raza... A los del Norte se les ha soltado el resuello que les teníamos metido en el cuerpo, y ellos han de ser, ellos en persona, los primeros que se rían de las proezas de sus Devey y de sus Simpson; ellos los primeros que se avergüencen de aquel *cheque* que quisieron pagarnos para que constara que lo tomado había sido pagado; ellos los primeros (lo han empezado a hacer ya por la pluma de Taft) los primeros que proclaman su admiración por lo cultural que teníamos en Filipinas (y en Cuba): ¡Magistrados, Obispos, Catedráticos, Escuelas, Museos, Observatorios astronómicos, Bibliotecas, Seminarios, Iglesias, Cabildos, Sociedades científicas, Teatros!; por lo que habíamos hecho de nuestros *colonos*: doctores, oficiales de nuestro ejército, sacerdotes de nuestra religión, jueces de nuestros tribunales; y en cuanto a los que hablan en castellano, nuestros hermanos del Centro y Sud de América, ya han entrado en la confesión amistosa de que todo aquello de la tiranía de nuestros adelantados, de nuestros Gobernadores, todo aquel cuento de las tinieblas, del predominio de los frailes, fueron paparruchas para justificar desagradecimientos...; y los más ilustrados entre los americanos de habla española, los más señores, se enorgullecen hace tiempo de ser descendientes de nuestros Valdivia, de nuestros Ponce, de nuestros Alvarado, de nuestros Soto, etc., etc.

Y volviendo a nuestro asunto de las cosas bellas de Extremadura, después de Mérida, id a Cáceres, a Plasencia, a Badajoz, a Cória, poblaciones muy dignas de ser visitadas.

En Cáceres veréis sus grandes palacios antiguos. *El del Sol*, que fué de los descendientes de Moctezuma, *la Iglesia de San Mateo, Santa María la Mayor y San Santiago*, con las cornisas habitadas por *cigüeñas vivas*; en Badajoz, veréis su *Catedral* con aquel San Juan tan majo en su fachada, el *Palacio del Obispo, La Concepción*, su fuerte de *San Cristóbal*, las filigranas que en los alrededores de la ciudad ha bordado el Guadiana, y sobre sus aguas el *Puente de las Palmas*; en Plasencia admiraréis su *Catedral*, no acabada, sus *tres fuentes, el Arco de la Salud, el Palacio del Marqués de Mirabel* con aquel su hermoso patio, el del *Marqués de Paniagua*, hoy Colegio; y en Coria, que está sobre una alturita junto al río Alagón, en un delicioso llano, veréis un puente por debajo del cual, habiendo cambiado el curso del río, no pasa agua, lo que ha sido causa de que los bobos digan..., aquello del *bobo de Coria!* ,

Y si con lo poquísimo que acabo de contaros sobre Extremadura y los extremeños os vienen ganas de saber más cosas, de ellos y de ellas..., leed *El Miajón de los Castúos*, un reflejo del sentir de aquellas gentes, una colección de composiciones poéticas escritas por un Luis Chamizo a quien no trato de *Señor* ni de *Don* porque todo me sabe a poco para ensalzar su nombre. Es el digno émulo de Gabriel y Galán. Su libro está escrito en el castellano dialectal de Extremadura, donde, como dice el au-

tor en persona, sus hijos pronuncian las *haches*, *jotas*, conjugan los verbos castellanos de otra manera que nosotros

*«Y sus dirá tamién como palramos  
los hijos d'estas tierras,  
porqu'icimos asina: —Jierro, fumo  
y la jacha y el jigo y la jiguera.»*

Leed a Luis Chamizo, que supongo natural y vecino de Guareña, en la provincia de Badajoz, aquel pueblo donde cayó una *pedra del cielo* tan grande; leed su libro. En él habla el autor de varias cosas, todas ellas muy santas y muy buenas..., de novios, de fiestas, de viñas, de campos, de padres, de hijos..., todo deliciosamente hablado. Tan delicioso, que no puedo decidirme a terminar este capítulo sobre Extremadura sin copiaros un fragmento de la composición titulada *El Noviajo*... Será un hermoso final.

*«Cariños mu jondos son dambos cariños;  
querencias mu jondas son dambas querencias.*

*Cuando con la jacha  
descuajo en la jesa,  
las ramas se runden,  
la jacha se mella,  
y yo, que soy juerte,  
me queo sin fuerzas...*

*Cuando yo la vide  
po la ves primera,  
prencipió la cosa de nuestro noviajo  
con nuestros quereles y nuestras querencias.*

*Yo sé qu'el cariño d'ella no se runde,  
ni el mío se mella,  
que semos más duros que los arcornoques  
y más que los jierros de las jerramientas.*

*¡ Que fuerza más grande llevamos por drento!  
¡ qué fuerza, qué fuerza!*

*Cuando con el burro salgo mu templano  
camino e la jesa,  
siempre me la encuentro  
barriendo la puerta;  
y siempre me ice: —¡ Anda con Dios, hombre!—  
y siempre la igo: —¡ Quéate con Dios, Petra!—  
y le doy al burro pa qu'ande más listo,  
y ella barre, barre, mucho más depriesa...*

*Y si, ya mu lejos,  
guervo la caeza,  
me mira y se rie  
con esa risina que tanto m'alegra...*

*¡ Qué trabajaora!  
¡ Qué guapa y qué guena!  
¡ Si páece mintira  
que tanto me quiera! »*

## CAPITULO VII

## GALICIA

Mis queridos niños, ya estamos otra vez en Galicia. Ahora la veremos por dentro, ahora os convenceréis de lo que ya os he dicho, de que no hay ningún país más hermoso que el nuestro, de que la variedad de sus aspectos es infinita, de que no sólo son variadas las cosas bellas españolas, sino su medio, su ambiente.

Recorriendo nuestra patria veréis que unas regiones se embellecen con sus campos y ríos; otras con sus montes y costas. En Galicia todo es hermoso: campos, cursos de agua, montes, costas, golfos, senos, islas, rías; todo de singular belleza, y por ser Galicia una región privilegiada, hasta disfruta de un clima benigno y tiene un *hablar* especial.

Quien no haya habitado aquel *Finisterrae* quizá se imagine que por estar al Norte es una región fría. Error, error que podréis comprobar yendo a pasar allí unos días de invierno. Os aseguro que



no sentiréis en ninguna parte la rudeza atmosférica que se siente en muchos lugares más al Sur, y es que las costas gallegas son bañadas por aguas marítimas, relativamente tibias, tibieza que produce evaporaciones, lluvias, a veces más frecuentes de lo que un costeño del Mediterráneo apeteciera; pero ¡no importa!... Allí, la lluvia no es helada, no penetra, es una pequeña molestia preferible a la que produce el frío seco de otras regiones... con la ventaja *social* que trae la lluvia, de que las gentes, por no pillarla, se están más horas en casa, estudian, meditan, trabajan, rinden mayor culto al hogar, no hacen como los correnderos del Sur que para ir a tomar el sol o el fresco no paran en sus casas.

Ya en las primeras páginas de este libro decíamos cuán bella es Galicia, vista en verano, de la parte de afuera; hoy hablaremos de sus hermosos campos, de sus montes interiores, de sus villas y ciudades, y por reverencia al *Santo*, empezaremos por la ciudad de Santiago, que sobre una suave eminencia, al pie de hermosos prados rodeados de montes, ostenta desde lejos la riqueza de sus cúpulas, de sus torres, de sus campanarios y que si es una hermosa ciudad vista por fuera, no es menos hermosa en sus plazas y en sus calles.

De Santiago de Compostela, inútil decir que lo primero que hay que ir a saludar es su celeberrima basílica, siempre tan visitada por gente de toda nación y de toda categoría... Reyes, magnates, altas damas, indomables guerreros... millares y millares de humildes peregrinos venidos de luengas tierras, y en tan gran número, durante los siglos

medios, que para auxiliar a los que llegaban extenuados fué preciso levantar un grande y soberbio Hospital, «pues muchos forasteros perecen por los suelos de la iglesia», dice la cédula de su fundación (3 de mayo 1489).

De todas partes del mundo cristiano acudía gente a Santiago para orar al pie del sepulcro del Apóstol y los peregrinos españoles, si eran gallegos, decían según canta el romance de Don Gai-feros :

*gracias meu Senior Sant Yago  
a vosos pies me tés xá  
se queres tornarmi a vida  
poderme senior tornar  
u sino morrey cuntento  
n'esta santa catedral.»*

Hay que ver en detalle aquella santa catedral pasando en ella no solamente horas, sino días, para admirar sus bellezas y aspirar su ambiente, subiéndolo con reverencia por aquellas gradas que conducen a la Puerta de la Gloria «una de las glorias más puras del arte cristiano» (1), penetrando en el templo y orando ante aquellos altares que han oído oraciones formuladas en todas las lenguas de Europa... recorriendo luego el claustro, viendo cosas, rememorando gestas pasadas, hasta sentir el calor interno que infunden la fe y el patriotismo, pues todo aquello es sublimidad, ¡es Patria!

Y cuando hayáis comulgado en Santiago, cuando os sintáis impregnados de su espíritu, podréis recorrer la población que es no solamente la

---

(1) George Edmund Street:  
*Gothic Architecture in Spain*

ciudad del santo, sino una hermosa ciudad antigua y moderna, quizá la más *ciudad* de España, por su alto clero, por sus autoridades militares, sus magistrados, sus catedráticos, pudiendo asegurarse que en ella no hay gente ordinaria.

Vista la catedral, hay que ver Santa María la Real de Sar, el Seminario, San Martín Pinario, cerca de la basílica; San Francisco, el Hospital Real con una capilla y un claustro, el claustro sobre todo ¡admirable!, y visitar además, el Colegio de Fonseca, hoy Escuela de Medicina, la Universidad, sus numerosas iglesias... y cuando sepáis de memoria todo aquello hay que salir de la ciudad al campo, o por mejor decir a los campos, llegando hasta Erazo, para ver una de las cosas naturales más bellas que sea posible imaginar, un río que en vez de correr por los suelos cae de lo alto de unas rocas produciendo ruidos, cambiantes de luz, murmullos y colores que embelesan...

Son también muy notables en los campos gallegos sus *Pedras d' embade*, unas rocas oscilantes que, según parece, eran muchas y que por temor de catástrofes han sido en gran parte derribadas. No hay un trozo en Galicia desde el Miño hasta Asturias, que no tenga su especial encanto.

Estando en Santiago es de rigor ir a Padrón, donde la tradición asegura que arribó el Apóstol; Padrón, la *Iria Flavia* de los romanos, que fué gran ciudad y es hoy humilde caserío en un sitio de singular belleza en donde sobre una eminencia veréis el convento del Carmen (moderno, del 1733) y las construcciones a su pie, que son el pueblo... festoneado el conjunto por las aguas del Sar y del

Ulla que serpentean por entre verdes prados y ramosos árboles...

Y de Padrón hay que ir a San Martín de Noya sobre la ría de su nombre, entre la isleta Quiebra y el puerto de Son en el cual desemboca el Tambre, recorriendo la ría de Arosa, yendo a Carril, a Villajuán, en donde veréis una muy hermosa iglesia románica (de aquellas que tanto gustaban a nuestro amigo el Padre Navarro), pasando por fin unos días, cuantos más mejor, en la más hermosa ciudad de Galicia, ¡en Pontevedra!

La veréis en unos campos cuyo fondo visual es el mar, con randas de espuma y guirnaldas de verdura que el río Lerez teje a su alrededor, y dentro de la ciudad admiraréis su espléndida iglesia de Santa María la Grande con su majestuosa escalinata como zócalo y su gran torre al lado.

Y de Pontevedra y sus alrededores, que son de lo más hermoso que pueda imaginarse, hay que ir a Sotomayor para admirar un soberbio castillo señorial, recorriendo todo aquello por anchas y bien cuidadas carreteras, de las cuales la principal va de la Coruña y Santiago, a Vigo.

Es región, la región gallega, por decirlo de paso, en donde harán fortuna los autos, de los cuales corren muchos de un lugar a otro, públicos, o sea *ómnibus*, y privados, o sea pertenecientes a señores que de la ciudad van a sus quintas.

En auto, o como mejor os parezca, hay que ir a visitar la Coruña.

Ya doblado el Cabo Toriñana, navegando a bordo de nuestro barquichuelo, vimos de paso la antigua *Brigantia*, el *Portus Magnus Artabrorum*,

y recordaréis que celebramos su hermosa situación en el seno llamado «Las Mariñas», un trozo de mar interior que comunica con las rías de Betanzos, de Puentedeume, del Ferrol... desaguando en él los ríos Mero, Mende, Heume, Mandes, Jubia...

Ya vimos también que la ciudad, son dos ciudades, la Coruña propiamente dicha, y la o las Pescaderías, con un hermoso caserío y unos jardines, y una alameda soberbia. La parte vieja de la Coruña veréis que tiene todavía grandes lienzos de cintura amurallada y que comunica con las Pescaderías por los pasos de Los Aires, Real y San Miguel.

Hay que ver en la parte antigua un gran edificio que me parece sirve de Diputación o cosa así... de ¡*Iusticia!*, y luego la Iglesia Mayor, de un gótico florido, visitando también, si la ocasión se os presenta, ciertas casas particulares de mucho mérito y distinción.

Pero siendo allí como en todas partes lo más grandioso el mar y sus orillas, hay que ir para gozar completamente del ambiente marítimo coruñés y contemplar un panorama espléndido, al Faro (hov moderno) elevado en los lugares que fueron la famosa *Specula* de los romanos, un promontorio donde estuvo la torre de señales antigua, la torre llamada de Hércules, en cuyas piedras, un romano, o más propiamente dicho, un español romanizado, dejó esculpido su nombre «*Caius. S. Lubus. Lusitanus*», o sea Cayetano López, portugués, y lo dedicó a Augusto, celebrando sus victorias.

Si habéis leído historia antigua recordaréis que guiados por las flameantes teas de aquella torre, lle-

garon a su pie las naves de Julio César después de haber triunfado de los pobres bayoneses, que como buenos españoles habían resistido a la invasión romana.

También, sin recurrir a historias antiguas *escritas*, quizá recordéis haber oído hablar de cierta batalla librada en campos vecinos de la Torre de Hércules por ingleses y franceses en época reciente (enero del 1809), y que los ingleses, se batían, como acostumbra, por su patria lejos de su patria (para no causar desolaciones a lo suyo) siguiendo la máxima fundamental de su política, tan claramente formulada por Thomas Morus en su *Utopía* (1).

También quizá estéis enterados de que en aquella batalla pereció el general inglés Sir J. More, cuyo monumento funerario está en el Jardín de San Carlos; pero, repito una vez más que no quiero disertar sobre hechos históricos y que lo poco *histórico* que os digo es para excitar en vosotros el deseo de estudiar, de saber cosas ciertas acaecidas en nuestra patria, puesto que mi objeto es haceros admirar lo nuestro para que os sintáis orgullosos de ser españoles.

De la Coruña hay que ir a Vigo, de que ya os hablé, y a Bayona que, con la Coruña y Pontevedra, fueron las tres ciudades marítimas más importantes de Galicia en los siglos medios, y de entre ellas Bayona, hasta el siglo XVI, «el lugar más importante que el Rey tenía en aquellas tierras»...

Hay que ver Orense, en un ameno territorio regado por el Miño, el Sil, el Avia, el Amaya, el

---

(1) Véase mi libro sobre Thomas Morus, *Utopía*. Tip. *Aveng.* B. 1912.

Lima y otros cursos de agua de menor importancia... pudiendo, si las circunstancias se prestan a ello, pasar unos días de veraneo en Carvalliño, en Mondariz, en Patavia, en Cortegada, en Rabiño, en Mende, en Santiago de las Caldas, en las Caldas de Burgas cuyas aguas brotan casi en ebullición... sitios amenos, ricos en *aguas*, que corren o surgen por los deliciosos parajes de Monterrey, de Puenteveara, de Quiroga, de Val de Orras, Ribera de Avia... todos ellos cuajados de huertas tan hermosas como las de Murcia o de Orihucla, en campos que crían de todo, plantas y animales, siendo famosa la uva de Limia y famosos sus cabritos, así como también los jamones de Caldelas, todo lo cual, acompañado de excelentes vinos del Miño, da por resultado opíparas meriendas.

Hay que ver por aquellos campos gallegos los monasterios de Benedictinos, de Celanova y Riba del Sil, y como santuarios, el de la Virgen del Milagro, El Corpiño, San Pegerto, y como cosa santa, dentro de la catedral de Orense, «El Santo Cristo», una imagen muy antigua (del 1340) de la cual todos los gallegos son muy devotos... y, naturalmente, viendo el Santo Cristo admiraréis la catedral que lo cobija, una de las mejores de España, gótica, de tres naves, con un hermoso altar mayor y gran número de tallas, de hierros artísticos, de pinturas, de relicarios. La ciudad os gustará mucho; su puente sobre el Miño es de lo más pintoresco.

Orense es patria del primer poeta español autor de tragedias, del racionero de su catedral, Vasco Díaz Tanco de Fregenal, que en su *Jardín del*

*Alma* (Valladolid. 1552) dice que ha compuesto la tragedia *Saúl*, la titulada *Absalón* y otras... También nació en Orense, y en ella veréis su estatua, el gran polígrafo Fray Benito Feijóo, cuyos *tomos* están de fijo en vuestras casas.

Hay que ir, para ver todo lo hermoso que tiene Galicia, y si no todo, una gran parte, a Tuy, el obispado más tranquilo de toda la cristiandad, en donde veréis sobre una pequeña altura una catedral que por fuera parece una fortaleza, pero que por dentro es hermosísima, con una portada muy original y bella, y unos altares y un claustro que dejen admirados.

Y de Tuy, que como población es muy pintoresca, hay que subir hasta la Guardia, en el Miño, e ir otro día a Monforte de Lemos, a Mondoñedo, a Betanzos, a la importante plaza del Ferrol, a Lugo, cuya catedral es una joya, un monumento que reposa, que eleva el espíritu, que desvanece temores, que hace esperar la gloria.

Y con lo que acabo de deciros y lo que os dije cuando recorríamos las costas gallegas a bordo de nuestro barcucho *La Paloma*, me parece habré avivado, en los que no seáis gallegos, el deseo de contemplar las hermosuras que solamente he mencionado, dando al mismo tiempo la enhorabuena a mis queridos lectores nacidos en Galicia por haber tenido la suerte de nacer, dentro de la hermosa España, en una de sus más hermosas regiones.



## CAPITULO VIII

### ASTURIAS

«Arrollada por el alfanje sarraceno, toda una nación fugitiva replegábase hacia los montes de Asturias en la segunda década del siglo VIII...», dice el insigne menorquín don José María Cuadrado en su magistral descripción de la región asturiana.

De aquel repliegue, de lo que aquella reunión de españoles hizo para recobrar los perdidos bienes, o sea de *La Reconquista*, iniciada por Pelayo en Covadonga, de quien él era, de sus ascendientes, de sus descendientes, es de lo que principalmente hablan las Historias que, sin duda, habréis leído.

Y para que el sentimiento de Patria crezca en vuestros pechos, hay que ir a visitar aquellos desfiladeros de singular hermosura, que partiendo de Cangas de Onís, son cortados por un peñasco, en cuyo seno y a cierta altura veréis sobre una cascada *La cueva*, donde *refugiados cual halcones en*

*su nido* (1), Pelayo y los que a él se juntaron conciertan bélicas empresas.

Hay que ir a ver aquella *Cueva*, que ya en el siglo VIII se llamaba de Santa María por la imagen de la Virgen que en ella se veneraba; hay que ir a verla, y algo más abajo, en el valle, junto a Soto, hay que ver el *Campo de la Jura*, o sea el sitio en que Pelayo fué proclamado Rey.

Hay que ir a Covadonga, de donde salieron los primeros patriotas que vencieron moros en campo raso, hay que ver Cangas de Onís, Corte de Pelayo; y Abamia, lugar en donde fué sepultado.

Son sitios venerables por lo que recuerdan, y además, hermosos por naturaleza, cubiertos de copudos árboles, regados por numerosos cursos de cristalinas aguas.

Hay que ver en Covadonga el antiquísimo santuario de la Virgen, que un incendio de las maderas que lo forraban modificó en lo externo, pero que en lo esencial está como lo vieron Pelayo y sus compañeros; hay que ver embutidos en la roca, los epitafios de Don Pelayo y de Don Alfonso I... admirando, más con la imaginación que con los ojos, pues no llegó a terminarse, el comienzo del majestuoso monumento que en tiempos de Carlos III se quiso erigir en aquellas soledades para conmemorar la Reconquista.

Son lugares aquellos de no difícil acceso, y en días apacibles, concurridos, alegres, y a veces hasta ruidosos, si los romeros son gente joven.

Vista la Santa Cueva, contemplada la majestuosa peña que le sirve de bóveda y de dosel, hay

---

(1) J. M. Cuadrado.

que ir a Oviedo para ver y admirar la *Santa Cámara*, una construcción original y sorprendente, que es como el *piso segundo* de la pequeña iglesia de San Miguel, una de las dos que hacia los años de ochocientos y tantos hicieron labrar los primeros reyes junto a la basílica primitiva, situada donde está hoy la catedral... Una de las más hermosas de España, con una torre, que, por lo alta y bien trabajada, es el orgullo de los asturianos...

Hay que admirar el interior de la catedral de Oviedo y entre sus dependencias sagradas, la capilla en donde son guardados los restos de muchos reyes, deteniéndose principalmente en la *Cámara Santa* para contemplar aquella *Arca* que nadie ha osado abrir y, según la tradición, contiene reliquias portentosas traídas de Toledo los primeros años de la invasión, por el arzobispo Urbano.

Hay que ver y venerar *Las cruces milagrosas* que están junto al Arca, por su hermosura artística y por lo que representan. Una, la regaló Alfonso *el Casto*, en 808; otra, la más rica como pedrería, la mandó labrar Alfonso III cien años después. Son alhajas que dignifican a una nación; hay que verlas y enterarse de su historia.

Si un día vais a París, en un Museo instalado en lo que fué abadía de Cluny, veréis objetos parecidos, que los niños franceses son llevados a visitar para que tomen lecciones de patriotismo. Son alhajas que guardadas en Museos y, sobre todo, en los templos, para los cuales fueron labradas, como las dos cruces nuestras de Oviedo, conmueven y fortifican, siendo imposible que el ser más indiferente, como no sea un verdadero estúpido, no

sienta a su vista acrecer su amor a la tierra en que ha nacido.

También son dignos de una visita lo que fué Palacio Real, San Tirso y San Julián, extramuros, como asimismo Nuestra Señora de Naranco, obra de Ramiro I, sucesor de Alfonso *el Casto*, esta última una notabilísima iglesia con una gran cripta, o sea la primitiva construcción, y la de encima, tan bien conservadas ambas, como si fuesen acabadas de ahora.

Después de la invasión africana y desde el rey Don Pelayo hasta Don Ordoño II, llamado Rey de León (muerto en 923), fué Oviedo corte de varios monarcas que se titularon reyes de Gijón, Asturias y Oviedo y Don Alfonso II *el Casto*, estableció allí en 804 su *Orden de los Godos*, lo cual dió, ya desde entonces a la ciudad, un aire de *Señorío*, que por su cabildo y su Universidad ha conservado siempre.

Cerca de Oviedo está Gijón que hay que visitar en detalle, por lo importante de la ciudad y por sus campos, de cuyo conjunto, que es un verdadero jardín, se tiene una vista perfecta subiendo al pico de La Bandera.

Gijón que se halla en la embocadura del Piles, tiene una iglesia principal muy antigua, y muchos edificios notables, antiguos, que serían en mayor número sin la *barrabasada* de una célebre Condesa, señora de la población, que en el siglo XIV, hallándose sitiada, no quiso rendirse, pegando fuego a Gijón por sus cuatro costados... escapando ella por entre llamas y escombros y embarcándose para la Rochela en busca de su marido.

Leed toda su historia en detalle. Es una cosa épica y aquella señora condesa una *guerrera* como no ha habido otra.

Tiene también Gijón, sobre todos sus méritos históricos, el de haber sido patria en nuestros tiempos de uno de los españoles más ilustres, de aquel heroico don Gaspar Melchor de Jovellanos, cuya huella os enseñé en el castillo de Bellver, en Mallorca. En Gijón nació (5 de enero de 1744) y en Vega murió (27 noviembre 1811), y digo de Jovellanos que fué un héroe español, porque no sólo son heroicos los que a veces se enardecen, hieren y hasta se hacen matar por causas a veces indignas de cruentos sacrificios. También era gijonés el famoso Ceán Bermúdez, que si os dedicáis a estudios histórico-artísticos, consultaréis a cada punto, y os proporcionará fuertes rabetas, por lo que a veces dice, por lo que no dice, por sus afirmaciones, por sus contradicciones.

Es igualmente de Gijón el pintor Carreño, celeberrimo en tiempos de Carlos II, y todavía digno de estima.

Visto Gijón hay que ir a Avilés, cuyo territorio, ya desde la Sierra del Peral, es de lo más riente de Asturias, por sus Valles de Illas, de Quiloño, de San Martín de Laspra, y su red de corrientes de agua que son los ríos Raíces, Tejera, Llaranes, Tresona, tributarios de la ría de Avilés, encanto de unos campos que crían de todo, hierbas y frutas..., siendo superiores por lo finas y perfumadas sus incomparables fresas.

La ciudad, con Miranda y Mollareda, sus dos parroquias, y la iglesia de Santo Tomás en su su-

burbio, es una ciudad muy linda ; os gustará pasar en ella unos días. Es población de mucho atractivo, por su belleza, la benignidad de su clima y la afabilidad de los habitantes. Su *Puente de piedra*, sus iglesias, su Casa Municipal, son muy notables.

Y no muy lejos de Avilés está Pravia, situada sobre una colina, en el centro de un valle que es de los más hermosos entre los hermosos valles asturianos. Por él corre el Nalón, un río navegable que lleva al mar los minerales de Langreo, los productos de los talleres de Trubia. No harías mal en visitar y pasar una temporada en las parroquias de Cañedo, Peñaullán, Agones... todas amenas, superiores a ciertos lugares suizos muy renombrados, donde hay españoles que tienen el mal gusto de ir a veranear gastando su dinero en tierras extrañas y no tan hermosas como las nuestras.

## CAPITULO IX

## LEÓN

Se acabaron las pompas del Cantábrico, las olas cubriendo sus playas con encajes de agua rota, las maravillas de sus puestas de sol entre nubarrones, allá en el marítimo horizonte... Hemos entrado en la región de lo solemne. Una vez más nuestra España cambia de aspecto, una vez más, corriendo por nuestras tierras, después de lo riente vemos lo severo... Llegamos a León, hemos atravesado los campos, tan campos, que la circundan; ya estamos en la que fué *Legio septima gemina, pia, felix*, de los romanos.

«De todas las épocas, de todas las dominaciones y vicisitudes que por ella pasaron, quedan en León espléndidos vestigios y venerables testimonios. Sus murallas, destrozadas por Almanzor y cien veces reparadas, retienen la cuadrada forma de campamento romano que en el primer siglo de nuestra era asentaron los legionarios del Imperio a las puertas de la indócil Asturias para mante-



nerla en paz y obediencia... La renovada iglesia de San Marcelo y las ruinas de San Claudio, recuerdan la sangre de los mártires que regaron aquel suelo, y más tarde el impío furor de los arrianos que degollaron al santo abad Vicente; la catedral, no olvidada en su actual magnificencia de su primitivo sér, perpetuó reconocida la memoria de Ordoño II, que cedió para construirla su palacio, antiguas termas de los idólatras, así como el humilde templo de San Salvador *de palas de rey*, atestigua la piedad y amor paternal de Ramiro II y las virtudes de su hija Gloria, prudente tutora de un rey niño... San Isidoro publica el apogeo de grandeza a que llegó León después que juntando sus manos Fernando I y Sancha juntóse su reino con el condado de Castilla... la incomparable basílica ojival, empezada por el obispo Manrique al entrar el siglo XIII, el riquísimo templo y casa de San Marcos, digna mansión de la más antigua de las Ordenes militares y maravilla plateresca del siglo XVI, los edificios civiles, los suntuosos palacios, hijos póstumos todos ellos de la gloriosa pujanza de León, desde que pasó de corte a simple cabeza de provincia»... (1).

Tal la veréis ahora, modesta capital de unos 15,000 a 20,000 habitantes; de los cuales, la mayor parte, no parecen acordarse de la pasada grandeza de la ciudad en que han nacido. Si se acordaran, si todos los leoneses fuesen entusiastas de las bellezas que les rodean, darían mayor importancia a lo que tienen, harían por medio de libros, de estampas, de un bien entendido reclamo, que

(1) J. M. Cuadrado.

nadie viniese a España sin el deseo de conocer aquella maravilla que es la catedral de Santa María de Regla, harían que en España mismo se organizaran excursiones para ir a contemplarla...

Un templo, no tan grande como la catedral de Sevilla, ni tan severo como la catedral de Tarra-gona, ni tan variado como las catedrales de Toledo o de Burgos, pero como belleza absoluta, ¡única! Es nuestra catedral más hermosa, es la *Pulchra Leonina* :

---

«Sevilla en grandeza,  
Toledo en riqueza,  
Compostela en fortaleza,  
Esta en sutileza...»

dicen los leoneses. Es el primitivo gótico en toda su frescura y elegancia, una construcción más completa que las dos célebres catedrales francesas, de Reims y de Amiens, a las cuales se parece, con más cosas, con aquella torre del Reloj, de unos 70 metros de elevación, que es un prodigio, con su fachada principal que es un hermoso poema petrificado.

Y si el exterior de la catedral leonesa es un encanto, no son menos hermosos los detalles de su interior iluminados por soberbios ventanales de coloridos vidrios.

Recorred aquel templo y os sorprenderá la elevación de sus bóvedas, os admirarán sus ventanales, su coro majestuoso con su sillería y sus dos tronos, uno para el prelado, otro para el Rey que es canónigo de aquel cabildo; el tráscoro con sus labores de alabastro, el altar mayor, las verjas, los

relicarios, la custodia, las esculturas del altar de San Alvito, las pinturas del altar de San Pelayo, la capilla del Carmen, la del Salvador, las de la Concepción y de la Asunción, la capilla plateresca de Santiago... y sobre todo, el estupendo mausoleo de Ordoño II cerca del altar mayor, con la imagen de un rey *muerto*, que parece vivir muriendo, la tumba del obispo Arnaldo, la portada del Cardo... y en el claustro, gótico y renacimiento, los capiteles, las bóvedas, los soberbios y bien conservados frescos.

Todo ello, nada más que en el claustro, constituye un riquísimo museo, siendo cada una de las pilastras que sostienen los arcos un verdadero objeto de arte por su estructura, su emplazamiento, sus ricos y variados capiteles representando combates, episodios grotescos, hombres, fieras, santos, preladados, reyes; por las capillas de sus lados, la de San Andrés cerca de la puerta que comunica con la iglesia, la de San Nicolás delante de la puerta de la Canónica que da a la calle, la sala capitular con aquella escalera en la cual apuró sus primores el Renacimiento, que, por sí sola, es una joya como no se ha labrado otra más rica.

«La catedral de León es un tipo tan perfecto, una aspiración tan sublime y espontánea, un homenaje tan expresivo de amor y adoración al supremo Poder y a la Belleza suma, que siempre joven, siempre hermosa, carece de edad y en vez de recibir los sombríos y melancólicos reflejos de lo pasado, iluminase de lleno con los resplandores del sol que nunca muere en la noche de los tiempos» (José María Cuadrado).

Cuando entendáis bien el inglés—tenéis que aprenderlo; nadie puede pretender ahora, ni ha pretendido nunca el título de hombre bien educado, si además de su lengua propia no entiende otras, y en España, en nuestros días, los jóvenes españoles conviene que sepáis además del español, al menos, el inglés y el francés, y si es posible el latín—cuando entendáis bien el inglés os recomiendo, para enteraros a fondo de las grandezas de nuestros templos góticos, que leáis el libro publicado en lengua inglesa por G. E. Street, que ya cité, titulado *Gotic Architecture in Spain* (Londres, J. Murray, 1865). Es el estudio más completo, más razonado y exacto de cuanto gótico tenemos en España. Leed también, y también en inglés (siempre han sido muy aficionados los ingleses a lo nuestro), otro libro mucho más reciente que lleva por título *Cathedral Cities of Spain*, por W. W. Collins, R. I. (Londres, W. Heniemen, 1909), éste, no tan completo; pero con hermosas estampas en colores. Y si queréis enteraros especialmente de las hermosuras de León, leed el libro de Lobera que se titula *Grandezas de León* (1596). Es muy raro.

Al salir de la catedral, dando la vuelta a la ciudad, veréis sus monumentos más antiguos, las murallas y los *cubos* (torreones); entrando de paso en San Lorenzo, una muy interesante iglesia; visitando el convento de las Descalzas, no menos digno de una visita, y por la plazuela del Liceo, llegaréis a San Isidoro, una basílica de severo aspecto, una mole del año 1000, con un panteón que encierra la historia de diez generaciones, un augusto lugar de enterramientos como no lo tuvieron más

solemne Poblet, en Cataluña, ni San Juan de la Peña, en Aragón; ni lo tiene Oviedo, ni lo es la capilla de los Reyes en Toledo, ni El Escorial, con su pudridero; un lugar ex profeso para guardar restos mortales de reyes y príncipes, cuya majestad sorprende y emociona.

San Isidoro, en la forma en que lo vemos, es fundación del rey Fernando I y la reina Sancha, que lo dedicaron (en 1063) a San Isidoro de Sevilla. Contempladlo con detención y en su conjunto, y en su sacristía, en las dependencias del templo, veréis los hermosos relicarios que aun guardan un cofre de marfil, una hermosa urna, que fué del santo, el cáliz de ágata en que celebró.

Y visto el templo, visto su panteón real, ayudados por lecturas, enteraos de quiénes fueron en vida los personajes que aquello labraron, que allí reposan, levantando vuestro espíritu al considerar cuán grandes fueron aquellos héroes que después de la catástrofe del 711 y de la invasión de nuestras tierras que fué su consecuencia, por su fe, por su constancia, arrebataron del poder islamita aquellos trozos de patria, constituyendo nuevos Estados que con el transcurso del tiempo, unidos políticamente a otros, han formado la España nueva, nuestra actual Patria española.

Y de San Isidoro, por la calle de Renueva, ya en el suburbio, id a San Marcos, que veréis cerca del Bernasga, un río que lame su base y ameniza sus campos, y os debo hacer notar que el San Marcos actual, como edad, comparado con las murallas, con los cubos, con la catedral, con San Isidoro, es ¡un mozuelo!

Aquello primitivamente fué un hospicio para albergar a los numerosos peregrinos que iban a o venían de Compostela (1170), pero el edificio que ahora vemos fué mandado construir por Don Fernando el Católico (en 1514)... Hoy, después de haber sido en la antigüedad casa de asilo, y luego convento, me parece que debe ser, en parte, del ramo de guerra... Su fachada, algo maltrecha, es suntuosa, y la portada de la iglesia y la entrada especial del convento son de una elegancia admirable. Hay que visitar San Marcos de León en su parte artística, suntuaria, viendo su templo, su hermoso claustro, su notable biblioteca, en la cual trabajó el famoso Arias Montano, religioso de aquella santa casa; hay que ver su museo, muy interesante... y como remate, antes de salir, haced que os enseñen el inhabitable aposento en que estuvo recluído Quevedo, el autor de aquel famoso soneto que empieza por

*Faltar pudo a su patria el grande Osuna  
 Pero no a su defensa sus hazañas,  
 Diéronle muerte y cárcel las Españas  
 De quien él hizo esclava la fortuna.*

... ..

Mi nieto y yo al salir de San Marcos, a pesar de lo que nos habían entusiasmado sus bellezas, nos sentimos entristecidos pensando en el pobre Don Francisco, tan alegre, tan zumbón, que habían tenido allí tan tristemente recluído... por nada, por unos versos satíricos que luego resultó que no eran suyos y para desvanecer nuestra tristeza íbamos comentando lo bueno que habíamos visto,

Mi chico, que lo ve todo y que conmigo había vivido en Bruselas, me hizo notar entre los ornamentos escultóricos de San Marcos, la imagen de un niño desnudo mucho más hermosa que la del celebérrimo *Manneken-pis* belga, que todos los viajeros van a visitar.

Efecto de lo que tantas veces he repetido, efecto del reclamo que de lo suyo hacen los extranjeros y de la exagerada modestia nuestra que no alabamos lo bueno, lo admirable que tenemos.

Es también muy notable en la ciudad de León el palacio de los Guzmanes, una casa soberbia del 1500, mandada construir por un Quiñones y Guzmán, obispo de Calahorra, un palacio que demuestra la riqueza y el buen gusto de la gente principal, de los magnates españoles del siglo XVI, un palacio con una portada y una serie de aberturas majestuosas, y una galería de arcos en su remate y una gárgolas y unas rejas y un patio interior de gran elegancia, con unas tribunas o miradores, en una esquina, de un gusto exquisito. También hay que ver la Casa Municipal leonesa, de buena arquitectura y aspecto de grandeza.

Y de León hay que ir a Grajal de Campos, un modesto lugar, en donde veréis un hermoso castillo antiguo, ceñido de torreones con almenas, y un bonito santuario con una airosa galería en un ángulo; y de allí debéis ir a Astorga.

La *magnífica*, como la llamó Plinio, la que fué insigne sede de sacerdotes cristianos en los primeros siglos. Son de admirar en ella su Casa Ayuntamiento y su catedral (del siglo XIII) con un hermoso altar mayor (de 1433) y un claustro muy no-

table, admirando el palacio de los marqueses de Astorga, y en las afueras lo que queda del castillo, yendo después al Vierzo (o Bierzo), un país rodeado de imponentes sierras, una región copiosa y variada, rica en aguas y frutos, pintoresca, poblada de monasterios y de castillos que por sí sola merece una detenida estancia. Os respondo de que no os pesará pasar días y más días excursionando de Villafranca del Vierzo a Cacabelos, a Congosto, por San Miguel de Dueñas; al pequeño lugar de Cubillos, a la bonita villa de Arganza; a la importante Ponferrada, a Espinareda, a Carracelo; y es bien seguro que no cesaréis de ver, recorriendo El Vierzo, bellezas naturales, tocándose; santuarios, castillos, unos cerca de otros... Una región que es un encanto y que nadie visita por lo de siempre, porque nadie la alaba.

En manos de gente emprendedora, El Vierzo, con buenos caminos y buenas habitaciones y buenos sanatorios y lujosos hoteles; por su amenidad, sus bellezas naturales y artísticas, sería uno de los países más visitados de Europa.

## SALAMANCA

Ya veis, amiguitos míos, que vamos andando. Pronto llegaremos al Escorial, y como si fuésemos embarcados, allí daremos fondo. Hoy hemos entrado en la famosa ciudad del Tormes. «Quien quiera saber, vaya a Salamanca» dice un proverbio; pero

no sólo para saber, sino para ver y admirar, tenéis que ir a la que fué ilustre ciudad universitaria. De los tiempos en que toda Salamanca era la Universidad, quedan grandes testigos: la Universidad misma, que si bien como institución no es ya la rival afortunada de Bolonia, de Oxford, de Lovaina y de París, es todavía un centro docente importantísimo. Es preciso visitarla aunque no sea más que para rememorar tiempos y hombres.

Aquella estatua de Fray Luis de León, que veréis delante de su fachada, os dará pie para remontaros a cosas pretéritas: el número de cátedras o de *lectorías* que la Universidad tenía, lo mucho que a su lustre contribuyó aquel don Pedro de Luna (el de Peñíscola, ya volvemos a dar con él), que siendo legado del Papa de Aviñón, visitó Salamanca en 1330 y al ser Papa, él en persona, con el nombre de Benedicto XIII, la dotó de bienes y reglamentos.

Su escudo nobiliario sobre una de las puertas de la Universidad, es la firma de aquel aragonés puesta sobre el venerable edificio, cuya fachada, intacta, es una verdadera página heráldica. Está cual la vieron Antonio Agustín, *el Brocense*, Melchor Cano, Salmerón, Covarrubias, Arias Montano, San Juan de Sahagún, Cisneros, San Juan de la Cruz... y miles de hombres sabios. Ya os enteraréis, si no lo estáis todavía, de quiénes fueron los señores, cuyos nombres traen los medallones del Paraninfo de la Universidad; es indispensable que lo sepáis.

Para amar cumplidamente a la Patria, es preciso conocer la vida y hechos de sus hijos preclaros

y los nombres que allí se recuerdan son los de unos españoles que han enaltecido a España.

Ya en la Universidad, hay que ver su biblioteca, pero no como se ve *un cuadro*, sino pasando horas en ella, volviendo un día después de otro para leer, aunque no sea más que catálogos, y *entonarse*, poniéndose en disposición de hacerse cargo de lo que todo aquello significa.

No solamente, como mansión de estudio, es preciso ver la Universidad y sus dependencias, sino el colegio viejo de San Bartolomé, el colegio del arzobispo, el de Calatrava, el colegio de Estudios Menores y luego el seminario Carvajal, fundado en 1659 para instruir en él niños pobres; llegando, si la cosa os interesa, a ver por vuestros ojos, o a encontrar por medio de documentos, vestigios de los cuarenta y tantos colegios que Salamanca tuvo.

Luego de rendido homenaje a las escuelas, hay que ver las demás cosas notables que Salamanca atesora, su plaza Mayor, cuadrada, con casas de tres cuerpos sobre un pórtico de 88 arcos. Es una de las plazas públicas más hermosas de Europa, y de la plaza Mayor, id a las dos catedrales, la del siglo XVI, la nueva, magnífica, suntuosa, elegante, y la vieja, que tuvieron el buen gusto de no derribar, o porque les gustaba o porque era muy dura, muy fuerte; tiene muros de gran espesor. En ella se admira la famosa cúpula del *Gallo*, las pinturas del altar mayor y al lado unos sepulcros reales; y no salgáis de la catedral vieja sin ver su claustro venerable. ¡Es de 1178!

Visitando iglesias no dejéis de entrar en San Marcos, en Santa María, en Santo Tomás de los Ca-

balleros, en San Adrián, todas muy interesantes; la de San Nicolás, extramuros, es antiquísima.

Inútil decir si en Salamanca habría conventos... Algunos que todavía subsisten, son muy hermosos: el de Jesuitas, seminario y colegio de irlandeses, el de Dominicos, el de Agustinas recoletas, cuya iglesia greco-romana, que es sin duda la más elegante y *bien acabada* de España, parece un salón de palacio real.

Hay que visitar el convento de Carmelitas, obra del gran Herrera, considerado como un Escorial en pequeño; una avenida del Tormes lo destruyó y se empezó a reedificar en 1628. Luego de estas obras, resultó una perfección.

El convento de Santa Ursula, de 1813, con su iglesia, de una sola nave, es precioso; el de Jerónimos, cerca de la puerta de Santo Tomás, es de lo mejor de su época (de 1520-50), y ya en casas de devoción id a la ermita de la Cruz, en el campo de San Francisco. En ella son guardados *los pasos* de la procesión de Semana Santa... unas composiciones esculturales por el estilo de las de Francisco Zarcillo que vimos en Murcia.

Salamanca es una ciudad muy sana y el Tormes que riega su territorio le da gran riqueza. Su campiña es muy fértil y en ella se cría toda suerte de ganado: porcino, cabrío y hasta reses bravas para la lidia. Cuando yo era chico, salían de Salamanca no solamente toros, sino toreros. Hubo un Salamanquino, espada, que hacía primores.

Las carnes de los bueyes, de los borregos, de los cerdos del Tormes, son célebres por lo jugosas y tiernas, así como la leche de sus vacas y cabras;

de suerte, que en Salamanca se come muy bien, y que la ciudad, como vivienda, es muy hermosa, ilustre por su pasado, agradable por su presente.

Además de los innumerables sabios que vivieron en ella, son hijos de Salamanca, entre otros personajes notables, el Rey Don Alfonso XI de Castilla (13 de agosto de 1311) y más hacia nosotros la famosa Latina, aquella Beatriz de Galindo que enseñó el latín a la Reina Doña Isabel I.

Me parece que hoy día no estarían de más unas cuantas Beatrices Galindo que fueran a enseñar latín por esos institutos. ¿Verdad, amigos? Sospecho que el latín que sabéis debe ser el que saben mis nietos. Casi nada.

También nació en Salamanca don José Churriguera, escultor y arquitecto de gran mérito, a pesar de que tratan de negárselo ciertos *clásicos* cortos de vista. ¡Como si lo que está bien no fuera bello, como si una hermosa portada de Churriguera dejase de ser bella por no ser clásica, como si no hubiese por esos mundos unas cosas *clásicas* del tiempo de Churriguera, que son verdaderas herejías artísticas!...

ZAMORA, TORO, BENAVENTE, PA-  
LENCIA, DUEÑAS, VALLADOLID,  
SIMANCAS, MEDINA DEL CAMPO.

Zamora...

*De un cabo la cerca el Duero,  
del otro peña tajada,  
del otro veintiséis cubos,  
del otro la barbacana.*

dice el cantar, y la entrada en Zamora por el puente sobre el Duero es de gran efecto. El puente en sí es un monumento, y ya dentro de la ciudad llama en seguida la atención un gran edificio, cuya fachada, a no ser por la grande y maciza torre románica que tiene al lado y por su torre del reloj, diríais que pertenece a un palacio señorial.

Tiene una gran portada con dos columnas corintias a cada lado, sosteniendo un arco greco-romano, y por remate un ático triangular. No parece iglesia española, si no más bien una construcción italiana del Renacimiento. No lo parece al pronto, pero al hallaros delante de esta puerta, la puerta del Obispo, sentiréis que aquello es español y muy español.

Es una catedral empezada en 1151 y terminada en 1172. ¡Veintiún años! prueba evidente de que Zamora tenía en el siglo XII muchos recursos en gente y en moneda.

Hay que ver en la catedral zamorana sus capillas, su claustro, del estilo de la portada principal, greco-romano, y las joyas de su *tesoro*, entre ellas,

una custodia gótica que es una maravilla, quizá la más  *fina*, la más artística y suntuosa de las custodias españolas. Es de 1598.

Son notables en Zamora sus numerosas parroquias, ¡tiene 23! y entre ellas la de San Pedro, muy célebre, sobre todo, por los cuerpos de San Ildefonso y de San Hilario, que guarda; la de Santa María, por su torre; la de la Magdalena, que fué de los Templarios, por su fachada romántica; la de San Isidoro, cerca de la catedral; la de San Juan, de tres naves, parece una catedral; la de San Vicente, de lujosa ornamentación; San Bartolomé, San Antolín y San Esteban, muy antiguas ambas y cubiertas de envigados; la de San Andrés, del Renacimiento; San Cipriano, Santo Tomé, del año 1000; la de San Salvador o de la Vid; San Santiago, bizantina, muy hermosa y bien conservada.

Hay que ver también en Zamora—las veréis sin buscarlas—, sus murallas famosas. Dando un paseo hasta el bosque de Valorio y por sus calles, veréis el palacio de Doña Urraca (en ruinas), el de Villagodio, muy vistoso, el llamado de los Momos y el del Obispo, con sus vastos salones y sus hermosas vistas sobre el río y las afueras.

Y de Zamora hay que ir a Benavente, por el célebre castillo de la Mota, y a Toro, que con su puente de 22 arcos sobre el Duero, las cúpulas y torres de sus templos, causa una hermosa impresión.

Entre las torres de Toro es notable la del Reloj, que con su arco a ras del suelo se parece, de lejos, a aquellas torres de Teruel... y entre sus edificios señoriales son dignos de una visita el Palacio del

Obispo de Zamora, el del Marqués de Alcañices y el del Marqués de Santa Cruz.

Lo más importante de Toro, como monumento, es Santa María la Mayor, magnífica, pintoresca en extremo. Vista desde la Glorieta sorprende y embelesa. Sorprende porque no es de esperar hallarse en aquella ciudad con un edificio tan suntuoso. Es también importante en Toro la casa del Ayuntamiento, y al igual de Zamora también es Toro rica en parroquias. Tiene quince o veinte, y no *viven* todas. En el año 1344, con motivo de un convenio entre dominicos y franciscanos para repartirse la predicación, suenan además de las que subsisten, San Andrés del Ballón, San Andrés de Pedro Berona, Santiago el Viejo, Santiago de Tajamontes, San Juan Evangelista, San Esteban, San Lázaro, Santa Cruz, San Miguel, San Román, San Martín, San Cipriano, San Antonio, San Nicolás, San Bartolomé, San Pedro sobre el río, San Vicente y Santo Tomás... Debían tocarse, y corresponder una parroquia por familia.

Tuvo además Toro muchos conventos; pero gran parte de aquellas luces se apagaron, quedando de ellas sin embargo si no la lámpara, el lampadario, que en muchos sitios es de gran valor moral y artístico.

De Toro hay que ir a Palencia.

Palencia debió tener en tiempo antiguo una numerosa población, como demuestran los restos de vías y de edificios que subsisten y los que cubren tierras arables. El río Carrión fué la arteria central de Palencia y a una y otra de sus orillas vivían palentinos. En aquellas feraces llanuras regadas

por el Duero, el Pisuerga, el Esla y el Carrión se luchó contra el romano invasor... Id a Numancia; sus restos, hoy limpios de escorias, demuestran lo que aquellos españoles hicieron en defensa de la Patria, leed lo que en nuestros días se ha escrito sobre Numancia y sus heroicos habitantes...

Leed historias detalladas de Palencia, os templarán el alma; recorred aquella *Tierra de Campos*, ved sus castillos, o lo que de algunos queda; id a Belmonte, a Castromocho, al castillo de Antillo en el que la reina Berenguela hizo proclamar Rey al que fué Don Fernando *el Santo*... Viendo todo aquello, enterados del porqué de lo que veis y de las altas proezas que allí se realizaron, os sentiréis por fuerza patriotas, en el sentido que hoy damos a esta palabra, os sentiréis españoles de toda España... y para afirmar más vuestro patriotismo, no dejéis de pasar por Dueñas.

Allí, ya de noche, llegaba el 9 de octubre del año 1469, un apuesto galán que era Don Fernando de Aragón, a desposarse secretamente con la que fué su esposa, Doña Isabel. Allí en 1470 fué madre por primera vez la reina Católica, allí su esposo estuvo a las puertas de la muerte por *unas fiebres*, allí, algunos años después, en 1506, viudo de Doña Isabel, contraía nuevas nupcias con Germana de Foix esperando tener de ella sucesión para romper con su yerno el Archiduque y los Grandes de Castilla..., si Dios le daba un hijo que viviese. Lo tuvo, pero murió en la cuna.

Es Dueñas lo más importante del palentino, y asentada casi en la confluencia del Pisuerga y del Carrión vive opulenta del producto de su cam-

piña, rica en feraces huertas... Son notables en sus alrededores las *Cuevas*, una cosa por el estilo (como utilidad, no como naturaleza) de las Cuevas de Almería.

Sobre el cerro que cobija Dueñas, fué famoso su castillo, y en el interior de la población es notable Santa María, del siglo XIII. En el suburbio, San Isidro, de lo más antiguo, del siglo X.

Os quedará todavía por ver en el reino de León su ciudad más importante: ¡Valladolid! que no voy a describir por lo muy célebre, lo muy conocida. No quiero, sin embargo, dejar de recomendaros que la visitéis. En ella son de admirar cosas magníficas: su Campo Grande, sus palacios y templos, su catedral, la soberbia iglesia de San Pablo, Santa María la Antigua, San Gregorio, San Martín, La Magdalena, Las Angustias, San Lorenzo, Portaceli... ¡La Cruz!, un antiguo colegio (del 1490) en donde podréis visitar su espléndida Biblioteca y su Museo con pinturas muy notables, procedentes casi todas de extinguidas casas de religiosos.

Y de Valladolid, en un soplo, estaréis en Simancas, nuestro célebre «Archivo general del Reino», fundado por Carlos V en 1543, organizado más tarde por Felipe II, que modificó el edificio y ordenó el arreglo de las riquezas diplomáticas que a él llegaban de todos los ámbitos de España.

Y de paso os diré, sin querer ofender a nadie, que nuestros amigos los franceses en 1810 se llevaron de Simancas a París, 212 carros de documentos... Bien es verdad que en 1814 devolvieron

algo... ¡después de haber escogido! ¡ Hay allí tantos legajos!

En las 56 salas de Simancas con sus millares de estantes, se conservan millones de papeles importantísimos. Son voces de la Patria, ecos lejanos que repiten grandes cosas.

De Simancas pasad a Medina del Campo, en donde veréis el antiquísimo castillo que la Reina Isabel hizo restaurar en 1479, que fué su casa mortuoria, que fué residencia durante mucho tiempo de su hija Doña Juana, la infeliz esposa de aquel antipático Archiduque, Felipe *el Hermoso*, que no era hermoso; parecía un bobo... En Burgos murió, de la enfermedad que los italianos de entonces llamaban *il mazzuco*, una especie de frenesí de que estuvieron atacados muchos hombres, que daba vértigos y convulsiones, que hacía decir y realizar cosas extraordinarias, en bien y en mal; una inquietud de espíritu, de pesimismo a rachas, o de locura vocinglera; que es visible en todos los disputadores del Renacimiento, que es evidentísimo en el alocado Caballero de Hutten, en Fray Martín Lutero, en Desiderio Erasmo, en los dos Escalígero, en nuestro Miguel Servet, en el terrible Enrique VIII de Inglaterra, en el atrabiliario Juan Calvino, en los Papas Alejandro VI, Julio II, León X y Clemente VII; una desazón que provenía de persistentes excitaciones nerviosas causadas por el estado general de rebelión y los desórdenes que eran su consecuencia; una peste que los franceses, durante y después de la guerra de los Cien Años, llamaron enfermedad o danza de Saint Guy, un contagio que causó estragos en

toda Europa, de la cual, repito, murió nuestro Archiduque y más tarde Doña Juana, su esposa, que no era loca, repetidas pruebas dió de no serlo... Estaba, sencillamente, como ahora diríamos ; muy neurasténica !

## CAPITULO X

## CASTILLA LA VIEJA

Una de las bellezas naturales indiscutibles de Castilla la Vieja, que algunos creen una región seca, son sus aguas... por las aguas en sí y por la amenidad de los sitios donde manan.

Las de Arlanza, Corconte, Fuensanta de Gayangos y Miranda, en tierra de Burgos, se hallan todas en sitios de paz y recreo.

Las de Alcedo, Caldas de Besaya, Hornayo, la Hermida, Liéganes, Ontaneda, Puente Viesgo, y Solares, en Santander, son todas un encanto, sin contar el encanto mayor, que allí como en todas partes son las aguas del mar y que en las playas de la Magdalena o del Sardinero refrescarán vuestros cuerpos, agudizarán vuestros espíritus. Id al Cantábrico y, para los que sintáis flojedad o cansancio, sus emanaciones salobres serán gran remedio.

De *Santander*, ya cuando corríamos con mis tres nietos por las costas y fronteras, dijimos que era un puerto espléndido; si queréis conocer San-

tander a fondo, no en su parte arqueológica o artística—no se mete en semejantes dibujos—, sino en su *vida*, leed todos los libros de Pereda. El, don José María de Pereda, un señor que fabricaba y vendía perfumerías, es todo Santander, como Burgos es el Cid y Santa Teresa es Avila; leed la novela *Sotileza*, de Pereda, y sabréis de pescadores, de mareantes santanderinos, cuanto hay que saber; leed la historia de los púdicos amores de *Sotileza* y conoceréis, como si los hubieseis visto, al Pae Apolinar, Muergo, Cleto... toda aquella gente tan buena, tan simpática, y, por añadidura, sabréis de Santander lo que no traen los libros, sabréis cómo son las almas santanderinas. Leed las *Escenas Montañesas*, leed *Peñas arriba* de Pereda y conoceréis gente *de tierra adentro*, leed su *Sabor de la Tierra*, y, sobre el placer de solazaros con la lectura de cosas interesantes, habréis adquirido el conocimiento de unas gentes y de unos paisajes que son verdaderas bellezas españolas.

Santander, como población, es muy pintoresca. Se halla rodeada de colinas y tiene a su pie la bahía, la ría, en la cual desemboca el río de Cubas, frente al puerto. Tiene Santander en su parte alta, los *callealteros* (los de *Sotileza*, los del barrio de San Pedro, los pescadores), y por su Rúa mayor se baja a la Plaza Nueva que os dará idea de lo más moderno de la ciudad... Lo *modernísimo* son sus arrabales marítimos... hacia la Magdalena, con sus palacios de veraneo y sus hoteles.

Los edificios públicos más bellos de Santander son su catedral, su convento de San Francisco, el

de Santa Clara, el de Santa Cruz del Monte Calvario, el Hospital y la Casa de la Compañía.

La catedral es muy antigua en lo principal, y moderna, en parte, en lo accesorio. Son sus joyas más veneradas dos reliquias por las cuales los santanderinos sienten gran devoción... las sagradas cabezas de San Emeterio y de San Celedonio.

En sus alrededores tiene Santander hermosas quintas, campos productivos de toda suerte de cosas buenas... ya mencionadas en documentos antiguos... cuando la población era llamada *Santi-Andieri* o *Santi-Emeterii*... una ciudad que Méndez Silva, en su *Población general de España* dice haber sido derruida y vuelta a poblar por Alfonso VIII, junto con Castro Urdiales, Guetaria, Motrico, Laredo, San Vicente de la Barquera y Aguilar de Campo...

Pero todo esto son *historias* del señor Silva, de un interés muy relativo; volvamos a las cosas bellas y para verlas, en abundancia, vayamos a Burgos.

Acabamos de decir que Burgos es el Cid y quizá no sea del todo cierto; Burgos es su catedral... Es Burgos como ciudad una gran aglomeración situada junto al Arlanzón que la separa de su suburbio y con el cual comunica por dos o tres puentes. Se levanta en el declive de la cordillera que desde las inmediaciones de Quintanapalla y Rioseras llega hasta allí, y la rodean antiguas murallas. Tiene una hermosa plaza porticada, la plaza Mayor con, en su centro, la estatua de Carlos III, y por uno de sus puentes se llega al paseo del Espolón con hermosas plantaciones y unas estatuas

de *Reyes* que sin ser obras maestras ennoblecen el sitio, le dan señorío. Las regaló Carlos III, que traía de Nápoles el gusto por las cosas aparatosas.

Hay que ver allí mismo el *Arco* o *Puerta de Santa María*, una grande arquitectura del Renacimiento, en honor de Carlos V, con torres almenadas laterales y con las estatuas de Nuño Rasura, del Cid, de Lain Calvo, de Diego de Porcelos, de Fernán González, en unos nichos encima del arco: la de Carlos V en lo alto y de una especie de galería... el conjunto rematado por una imagen de la Virgen María. Patriotismo, monarquismo y devoción; una puerta simbólica cerca de la cual pasa el Arlanzón, *rio muy respetable, de dos pies de profundidad, al menos, lo que es mucho para un rio español.*

Las palabras que dejo subrayadas son traducción de las que hablando del Arlanzón puso Teófilo Gautier en su *Voyage en Espagne*, libro cuya lectura os recomiendo si queréis haceros cargo de ciertas bellezas nuestras, libro que algunos españoles, que no saben el francés, tratan con desdén y hasta con indignación, porque, según ellos, es una burla...

Si vosotros, mis queridos lectores, entendéis bien la lengua francesa, leed el libro de que os hablo: es todo él un himno, una oda continuada en honor de España. No ha escrito ningún español páginas tan bellas como las que Gautier dedica, entre otras, a la catedral de Burgos.

Bien es verdad que el hombre, que cuando vino a España era muy joven, gozaba de excelente salud, y era un bromista: una especie de don Juan Vale-

ra—dice que probablemente Castilla la Vieja se llama así por el gran número de viejas que hay en ella... «et quelles vieilles ! les sorcières de Macbeth »traversant la bruyère de Dunsinane pour aller préparer leur infernale cuisine, sont des charmantes »jeunes filles en comparaison : les abominables mégères des caprices de Goya, que j'avais pris jusqu'à présent pour des cauchemars et des chimères monstrueuses ne sont que des portraits d'une »exactitude effrayante ; la plupart de ces vieilles »ont de la barbe comme du fromage moisi, et des »moustaches comme des grenadiers ; et puis, c'est »leur acoutrement qu'il faut voir ! on prendrait »un morceau d'étoffe, et l'on travaillerait pendant »dix ans à le salir, à le râper, à le trouer, à le rapiécer, à lui faire perdre sa couleur primitive, que »l'on n'arriverait pas à cette sublimité du haillon ! »Ces agréments sont rehaussés par une mine haugarde et farouche, bien différente de la tenue humble et piteuse des pauvres gens de France».

No traduzco las líneas que anteceden para no dar un disgusto a los que no entienden bien el francés. ¡ Ahí es nada ! ¡ decir que las viejas castellanas son feas !

A los que *entienden*, inútil decirles que la broma de Gautier, es *una broma* y nada más. También dice en su libro que en cierta posada le dieron una tortilla *con plumas* y que el vino sabía a cuero ; que en Toledo, visitando no sé que cosa, salió de allí con su pantalón, que era blanco, negro de pulgas... A esto se reducen todas sus denigraciones. En cambio, no hay quien haya descrito con mayor entusiasmo las bellezas de las cosas y de las

personas españolas. De nuestros literatos, artistas, oradores... ¡y toreros! hace grandes elogios y de las mujeres dice: «las de Sevilla, justifican su reputación de belleza; se parecen unas a otras como sucede en los tipos de razas puras; sus ojos rasgados, de largas pestañas, producen unos efectos de blanco y negro desconocido en Francia. Los ojos de las mujeres del Norte son apagados y sin vida, el sol no ha dejado en ellos sus reflejos...», y no solamente todo lo de España le agradaba, monumentos y personas, sino hasta ciertos nombres femeninos, que repite extasiado, recordando las Balbinas, Casildas, Hilarias y Lolas, que ha oído nombrar...

Y como prueba terminante de lo entusiasmado que se va de España, leed las últimas líneas de su libro, que voy a traducir haciéndoos observar que el hombre ha paseado por España, en diligencia, en carro, en galera, a pie y en mula, desde Irún hasta Cádiz, de Sevilla a Barcelona, y que allí se embarca para Francia. Al llegar a Port Vendres, dice...

«Estábamos en Francia... ¿Tendré que confesarlo? Al poner el pie en mi patria sentí lágrimas en mis ojos, y no de gozo, sino *de regret* (de añoranza, de pesar). Las torres bermejas, las cimas plateadas de la Sierra Nevada, los laureles-rosa del Generalife, las dulces miradas, los labios de clavel encendido, los pies menudos, las pequeñas manos, todo ello se agolpaba con tal viveza en mi espíritu que me pareció que esta Francia, en la cual, sin embargo, iba a encontrar a mi madre, era para mí un destierro... Cesaba el encanto.»

Lo repito, si queréis leer una descripción entusiasta de la catedral de Burgos, de la casa del Cordón, de la cartuja de Miraflores, de las Huelgas, leed el libro de T. Gautier. Yo no quiero traducirlo ni copiarlo.

Nuestros autores antiguos quizá sepan más cosas sobre los monumentos que describen, pero exceptuando a Ponz, que a veces se calienta, son fríos como losas. Los modernos ingleses, George Street, John Allyn Garde, y recientemente W. Collins, quizá sean más *prácticos*, más científicos, sobre todo G. Street, pero ninguno de ellos escribe de nuestras cosas con el calor, con el color, con el entusiasmo de Gautier.

Después de haberos extasiado en Burgos id a Soria, y de Soria a Numancia, que, desde 1905, ha renacido a la luz del sol cual otra Pompeya, cual otra Herculano; id a Numancia y ante sus ruinas admirad el patriotismo de aquellos españoles que tan heroicamente resistieron al invasor romano, el cual, con grandes pérdidas en hombres y en prestigio, no podía dominarles. ¡Sucumbieron por fin, sucumbieron heroicamente, ante el número, ante la fuerza!

Y desde Burgos id a Soria y a Logroño, muy interesantes ambas. Soria, en la falda de dos cerros, en un hermoso valle por el cual pasa el Duero, es la heredera de Numancia. En ella veréis uno de los palacios señoriales más hermosos de España, el palacio de los Condes de Gomara, no concluido y muy importante, con una soberbia torre en su esquina y una elegante galería bajo el alero del tejado, Es obra del Renacimiento,

En Logroño son de admirar su hermosa Colegiata y su antiquísimo puente sobre el Ebro; y de allí a la Rioja, entre Soria, Alava y Burgos... una comarca de las más amenas... En la Rioja hay de todo, en gran cantidad y en excelencia. Si España tuviera cinco o seis Riojas sería el país más rico del mundo. Su territorio se extiende desde los montes de Oca hasta la villa de Agreda y en él no hay nada inculto... Produce frutas, vinos, cereales, ganados... y por ser la Rioja rica en todo, hasta lo es... ¡en pescado! que le dan en abundancia el Ebro, el Neila, el Tirón, el Oja, el Iregua y otros cursos de agua... Los huertos riojanos producen hasta naranjas ¡y limones!, no como curiosidades: en gran abundancia. Naranjas no inferiores a las de Mallorca, Valencia, Murcia y Andalucía. Sus viñas no se diga si son productivas, y como fruta, Logroño es el gran mercado de ella, al cual acuden los *conserveros* para proveerse y fabricar sus confituras, sus potes de conservas.

En sus campos, además de sus riquezas agrícolas las hay artísticas; baste citar su célebre monasterio de Benedictinos, llamado de San Román de la Cogulla... : el Escorial de la Rioja, y por aquellos valles hay el de Cameros, de donde salen los cameranos, que son los comerciantes, los calculistas más listos de España. No hay un riojano tonto,

## SEGOVIA

Uno de mis hijos, el que murió por la Patria y duerme su sueño eterno en aquel desolado Camposanto de Melilla, era artillero, y en Segovia pasó sus años de aprendizaje y a Segovia fuí yo con él dos veces. Una, cuando su entrada en la Academia para dejarle instalado en casa de una buena mujer, viuda con un chico de pocos años; y otra, cuando al concluir sus estudios nos fuimos juntos, yo de paisano y él con su espadín al cinto!

¡Feliz día! Felices horas las que pasamos juntos yendo a casa, feliz llegada a los brazos de su madre... luego...

Había ido yo a Segovia ambas veces con un objeto determinado y me sobraron horas para contemplar las bellezas segovianas:—su alcázar, su catedral, su acueducto—, para ir en compañía de mi cadete y de otros compañeros suyos a la Fuenciscla. Ibamos, guiados por unos amigos segovianos, y como a tales, devotísimos de la antigua efigie de Nuestra Señora, que allí se venera, que, según cuentan, fué hallada en las bóvedas de San Gil, donde la habían escondido cuando la primera invasión de los moros, y que antiguamente estuvo sobre el portal mayor de la Catedral vieja.

Dice la tradición que desde el sitio que hoy ocupa su ermita, que se llamaba Peñas Graperas, podía verse a lo lejos la Imagen, y que una inocente hija de judíos, condenada por los suyos a ser precipitada desde lo alto de las Peñas, exclamó al ser empujada: «¡Virgen de los cristianos, valedme!», y que por un querer de la Virgen, aquella infeliz

llegó al suelo sin daño. Se llamaba Ester, se hizo bautizar, y tomó el nombre de María del Salto.

El templo de la Fuenciscla, bajo un cerro a cuyo pie corre el Eresma, es un santuario construido en 1613 para perpetuar aquel milagro, y junto a la construcción hay una hospedería, tocando a la peña que, por sus hendeduras, deja escapar hilos de agua. Cubre el santuario una hermosa cúpula y tiene al lado una elegante torre; delante, un altísimo ciprés. En conjunto; una cosa muy bella...

Y estando en la Fuenciscla, mi hijo y yo, sin los amigos segovianos, fuimos, no muy lejos, al convento de los Carmelitas descalzos, para ver la *Urna* que guarda los restos del dulcísimo San Juan de la Cruz, de aquel sublime amigo de la sublime Santa Teresa, del poeta de la *Noche oscura*:

*En una noche oscura  
Con ansias en amores inflamada  
¡Oh dichosa ventura!  
Salí sin ser notada  
Estando ya mi casa sosegada.,*

el autor de aquel místico diálogo entre el Alma y Cristo, su esposo, que todos debéis saber de memoria.

*¿Adónde te escondiste  
amado y me dejaste con gemido?  
Como ciervo huíste  
habiéndome herido  
salí tras ti clamando y eras ido.  
Pastores los que fuerdes  
allá por las majadas al otero,  
si por ventura vierdes  
aquel que yo más quiero,  
decidle que adolezco, peno y muero.*

La iglesia en que se halla la *Santa Urna* es muy elegante, y cerca, sobre una peña, se ve la ermita adonde el santo subía a orar con el ciprés delante, plantado por su mano.

Algo más arriba, yendo hacia Zamarramala, hay que ir a ver la *Vera Cruz*, una iglesia bizantina erigida por los Templarios, imitación del Santo Sepulcro de Jerusalén.

Fué dedicada, como consta en una inscripción: *idus aprilis MCCXLVI*. Es muy interesante.

Pero con ser muy bellas la Fuenciscla, la *Urna* de San Juan de la Cruz y la iglesia de la *Vera Cruz*, no son ellas las únicas hermosuras de Segovia; hay que pasear por la ciudad y ver su famoso acueducto, que, con las murallas de Tarragona, son las dos obras romanas *todavía vivas*, más importantes de España. Están como sus constructores las dejaron, lo cual prueba la perfección con que los romanos del tiempo de Augusto fabricaban y el no interrumpido respeto de los españoles por las cosas grandes y bellas.

Visto el acueducto, el *Puente*, como en Segovia le llaman, el cual no tiene reconditeces, está en mitad de la calle, hay que ver el Alcázar; y después del Alcázar, la Catedral.

Yendo y viniendo de uno de estos monumentos al otro, pasaréis por la plaza del Azoquejo, por encima de la cual corre el puente, y al final de la calle de «Juan Bravo», veréis la original casa de los *Picos* y en la plaza de San Martín la propia casa de Juan Bravo, con el palacio del marqués de Lozoya, no muy lejos.

No voy a describiros la Catedral, ni el Alcá-

zar, ni el puente, ni los palacios segovianos; repito otra vez que apunto solamente los nombres de las cosas bellas de nuestra tierra.

Id a verlas y sin explicaciones quedaréis convencidos, sobre todo cuando hayáis viajado por el extranjero, de que no hay nada comparable a lo nuestro.

Desde Segovia hay que ir a San Ildefonso. La Granja es una posesión real muy rica y bella, con un palacio y unos jardines muy hermosos; pero no más que otros palacios y otros jardines de Francia, de Italia, de Austria, de Inglaterra..., y como lo que yo alabo principalmente en este libro es lo único, lo que no se ve más que en España, no insisto en ponderar las bellezas de aquel real sitio.

Antes de abandonar la región segoviana, id también a visitar, por el puente de la Casa de Moneda, a la orilla del Eresma, el convento del Parral, una cosa soberbia, situada en unos campos muy amenos, y volviendo a Segovia, cruzando otro puente, id a pasar todo un día a San Cebrián para visitar la iglesia de Santa Cruz, una hermosura, el lugar donde estuvo el gran Santo Domingo de Guzmán, donde con los primeros discípulos que ganó puso su primera casa dominicana; id a ver también el castillo de Turégano, y el de Cuéllar y el de Cauca, o Còca, un palacio fortaleza, en la confluencia del Voltoya y el Eresma, en el pueblo de su nombre. Un palacio rodeado de pinares, un grupo de los cuales, llamado *de los viejos*, es de una belleza *natural* sorprendente.

Si os sobra tiempo y conocéis algún artillero, haced que os enseñen el interior de la Academia,

digna de ser visitada, y en una de sus salas veréis unos cuadros con los nombres de los artilleros muertos por la Patria. Leedlos todos y saludad reverentes.

## AVILA

Puede sentarse como axioma que el español no entusiasta de Santa Teresa de Jesús, es... o un ignorante o un mal español.

Ser ignorante no es un crimen ; pero haber leído *Las Moradas*, *Las Cartas*, haber leído la *Vida* de Teresa de Sánchez de Cepeda y Ahumada, y no entusiasmarse con lo que escribió, con lo que fué aquella mujer, es imperdonable.

Para ver los lugares que ella vió, para recorrer los sitios por donde ella anduvo, para respirar el aire que ella respiró, hay que ir a Avila.

Lo demás, torres, murallas, iglesias, palacios, historias antiguas o modernas, es cuestión de libros, de erudición, de aficiones artísticas.

Hay que ir a Avila y pasar allí unos días pensando siempre en la santa.

Ella es Avila.

Llevad para los intervalos de vuestras excursiones su *Vida*, para ojearla. Sentiréis tanta admiración que, sin notarlo, os entrará cierta amargura de no haber vivido en su tiempo, para verla en persona, para oirla, para ser amigo suyo o de una de las santas personas que la trataban... entre ellas, de aquel padre carmelita que ha sido san Juan

de la Cruz, con el cual tan a menudo la monja dialogaba de palabra o por escrito.

Si estáis enterados de cosas de fuera España, quizá hayáis leído la *Vida* de una santa francesa llamada en el mundo Jeanne Françoise Fremyot, que fué esposa del barón de Chantal, madre de familia, y que al enviudar, se hizo religiosa. Es la fundadora de la «Visitación».

Veréis por lo que dicen de ella que fué admiradora ferviente y gran amiga en Jesucristo de otro sér escogido, *François de Sales*, obispo de Ginebra, que la Iglesia venera bajo la advocación de san Francisco de Sales.

Entre este santo y santa Chantal, entre nuestro san Juan de la Cruz y nuestra santa Teresa, notaréis que hay grandes similitudes, pero nos parece que los nuestros son más divinos, porque son más humanos.

Santa Teresa y san Juan eran de gran familia, bien educados y de maneras perfectas, pero como a buenos españoles, se sentían más *pueblo*, eran más sencillos, más afables, más amigos *individuales* del pobre.

Madame de Chantal y el obispo de Ginebra, son siempre, ella, *la grande dame*, él, *le gentilhomme*. No quiero quitarles méritos. La Iglesia se los ha reconocido en tan alto grado que los ha canonizado; pero, lo repito, santa Teresa y san Juan, nos parecen más santos... ¡Quizá por la sencilla razón de que eran españoles!

Recordad de la lectura de las Cartas de santa Teresa, los mil pormenores humanos que contienen, el tono en que están escritas, la modestia verdadera,

la humildad con que la santa habla de su persona. En una carta a su hermano Lorenzo, después de su usual, «Jesús sea con vuestra merced», y de hablarle de cien cosas distintas, *siendo*, cuando le escribía, *días de Pascuas*, le recuerda que le había prometido enviarle un villancico suyo, y se lo reclama, porque *los que cantan aquí ni tienen pies ni cabeza*, añadiendo, que ella, hizo una vez unos villancicos que *no recuerdo si eran así*:

*¡Oh hermosura que cedéis  
a todas las hermosuras!  
Sin herir, dolor hacéis  
y sin dolor deshacéis  
el amor de las criaturas.*

Cita unos versos más, y dice:

«No me acuerdo lo otro. ¡Qué seso de fundadora! Pues yo le digo que estaba con harto, cuando dije esto. Dios se lo perdone que me hace gastar tiempo y pienso le ha de enternecer esta copla y hacerle devoción; y esto no lo diga a nadie. Doña Yomar y yo andábamos juntas en este tiempo. Déla mis encomiendas.»

No se puede concebir mayor sencillez, mayor modestia y buen humor... Y pasajes como éste... ¡se tocan!, incluyendo entre unas y otras sencilleces verdaderas sublimidades.

La hoy santa Chantal, era gran admiradora de nuestra santa, cuyas obras leía, cuya doctrina aprendía de labios de la Madre Ana de Jesús, enviada por santa Teresa a Francia, bajo la protección del cardenal de Berulle, que fundó en Dijón,

lugar de residencia de Madame de Chantal, el tercer monasterio del Carmelo.

Acompañaron a la Madre Ana de Jesús, la Madre Isabel de los Angeles y la Madre Beatriz de la Concepción, a las cuales se juntó una religiosa francesa, la Madre *María de la Trinité*, las tres de *haute naissance et de plus haute vertu*, dice el vicario general de la diócesis de Orleans, *l'Abbé Bougaud*, historiador de la santa francesa, el cual, como buen francés, no olvida lo de la *haute naissance*, mientras que nuestros historiadores con decir de santa Teresa que era hija de buena familia, ya lo han dicho todo, en lo tocante al señoría... Pero voy notando que se me escurre la pluma sin hablaros de las bellezas *materiales* de Avila.

Voy a corregir mi distracción. Lo hermoso de Avila es mucho y sólido; en primer lugar su recinto, con aquellas admirables puertas del Alcázar y de San Vicente, y las murallas, que son únicas en España como construcciones bélicas de la Edad Media, con sus ochenta y ocho torres tan firmes hoy como al día siguiente de ser terminadas, y entrando en la ciudad, sin notarlo casi, os encontraréis en el Mercado Chico, con la Casa Municipal a un lado.

Frente a la puerta del Alcázar, está el *forum* de Avila, su plaza del Mercado Grande, y en el fondo de la plaza la iglesia de San Pedro, y por la calle de San Segundo, que no está lejos, iréis a la Catedral, viendo de paso el palacio de Polentinos, con su soberbio portal y su patio; la Academia y el palacio de los Condes de Superunda.

La Catedral, exteriormente, es muy severa, con

su gran torre al lado de la puerta principal, y ésta, muy hermosa con su galería de santos sobre el arco de entrada. Una de sus puertas laterales es también de muy buen gusto.

Hay que ver detenidamente el interior del templo y en él las preciosidades que contiene: tumbas, altares, un púlpito de hierro forjado y repujado, que es una preciosidad. Con el pie que lo sustenta semeja una copa de grandes dimensiones.

La gran nave de la catedral con sus altas bóvedas, el coro y, sobre todo, el trascoro, son cosa admirable, y el altarico de santa Lucía al lado del púlpito de hierro, una verdadera joya.

Es también de admirar en Avila la basílica de San Vicente, tan grandiosa, con aquel Sepulcro de los Mártires, que es un portentoso... Y..., para terminar, os deseo que salgáis de Avila con la impresión que recibisteis al llegar.

Ved el convento e iglesia que llevan el nombre de Santa Teresa de Jesús, recorred lo que os permitan ver y cerrando los ojos encomendad vuestra alma a la gran santa española!...





Como bellezas de detalle son amenísimos los vergeles de Aranjuez que el Tajo fecunda, las riberas del Henares con Sigüenza y su hermosa Catedral, Guadalajara y su castillo, Alcalá y sus monumentos.

Como ciudades pintorescas no hay en Castilla la Nueva otras que aventajen a Cuenca con el Júcar y el Cabriel a sus pies, y a Toledo con el Tajo bajo sus puentes.

Madrid tiene también su grandeza. Se la dan el ser la capital de España, el tener un Palacio Real como no hay otro y un Museo de Pinturas superior a todo encomio... Tiene también Madrid gran número de palacios *oficiales*, residencias particulares suntuosas, jardines públicos y paseos muy bellos... Una gran ciudad, que prospera y se embellece... siendo ya hoy día una de las más hermosas capitales de Europa.

No quiero entrar en consideraciones sobre si Felipe II estuvo o no acertado haciendo de Madrid, que era en su tiempo un villorrio, la capital de España; sobre si más hubiese valido que se estableciera en una ciudad marítima: Lisboa, Sevilla, Santander, Barcelona, Vigo... Se dejó seducir por la Geometría. Le pareció que aquello era el centro geométrico de su estado, no viendo que todas las capitales de grandes estados son poblaciones costeras con un gran río o el mar lamiendo sus murallas.

Del Madrid actual, que muchos de vosotros conocéis, o por haber ido, o por relatos de parientes y amigos, no diré gran cosa, menos que de Teruel

o de Ronda. Lo grande se impone. Además, es inútil repetir cosas muy sabidas.

Conste, sin embargo, y lo digo para los niños que no hayan estado nunca en la Corte, que Madrid es una ciudad moderna tan importante como muchas otras extranjeras... y cuando para seguir vuestros estudios, o acompañando un pariente lleguéis a la Puerta del Sol, cuando, al ser mayores de edad, vayáis a Madrid como diputados por vuestro distrito, cuando al ser señores casados hagáis vuestro viaje de boda, pasaréis en Madrid días y más días, sin notarlo; es ciudad de grandes atractivos.

Que la estancia en nuestra capital os sea propicia... Y visto Madrid, os aconsejo que vayáis a Toledo, la capital vieja, la de la catedral suntuosa, la del Alcázar, subiendo cuya escalera el gran Carlos V dijo que sólo allí se sentía Emperador.

Sobre la belleza de situación de Toledo no caben discusiones, se impone; es Toledo una de las ciudades más pintorescas del mundo y para serlo tanto como Constantinopla o Lisboa no le falta más que el mar a sus pies...; pero tiene el Tajo, que si allí no lleva grandes naves sobre sus ondas como al desembocar en el Océano, le da frescura, ameniza sus campos, es la cinta de plata que la engalana.

De Toledo monumental, tampoco os diré gran cosa. Toda ella es un Museo de arte: gótico, árabe, mozárabe, judaico, plateresco, greco-romano, un museo sin puertas ni salas, que son sus plazas, que son sus calles, sus puentes, sus puertas, sus edificios.

Estoy seguro de que los conocéis, si no *de vista* por referencias, por dibujos, por grabados o fotografías; id a Toledo, es un deber de ciudadanía contemplar lo más importante de la nación en que hemos tenido la suerte de haber nacido... Y de Toledo, en donde pasaréis algunos días, ya os estoy viendo de vuelta a Madrid para ir a Guadalajara, a Sigüenza, a Cuenca.

### CUENCA, GUADALAJARA Y SIGÜENZA

Después de haber visto Toledo haréis la gran excursión a Cuenca, que pocos hacen; peor para ellos, pues la *Ciudad encantada* es una hermosura.

Veréis que Cuenca, cerca de Valdecabra, en la cima de un monte, está en la planicie de unas aglomeraciones de rocas que semejan columnas, arcos, templos, una cosa admirable; y de Cuenca iréis, no muy lejos, a visitar sus Cuevas: la de la Judía, entre Valera de Abajo y Buenache; la de Pedro Cotillas, cerca de Palomera... pasando por Cañete, patria del famoso don Alvaro de Luna, sentada sobre un monte a 1,000 metros de altitud, en cuyas breñas nace el Júcar.

*Aquel es el río Júcar, que al contrario  
del Tajo nace y en la misma sierra  
y por torcida senda y curso vario  
de Castilla y Valencia se destierra.*

ha dicho de él nuestro Balbuena al describir en su *Bernardo del Carpio* las bellezas de España.

Dentro de la ciudad, a la cual habréis entrado por el hermoso puente de San Pablo, veréis su catedral con aquella magnífica portada del claustro y su sacristía famosa... y saliendo de ella recorred las márgenes del Júcar que, al pie de Cuenca, recibe el Huescar y el río Moscas. Luego, visto todo lo conqués, volved a Madrid para ver cosas madrileñas, y en los intervalos de vuestras visitas a museos, palacios y bibliotecas, llegaos hasta Alcalá de Henares, por ejemplo, que no está lejos, o a Aranjuez, a Guadalajara, la del palacio mudéjar del Infantado, o a Sigüenza, cerca del río, la pequeña población del gran templo. Una catedral que para sí quisieran muchas grandes poblaciones; que para sí quisiera Madrid; una catedral del siglo XII, en cuya capilla de San Juan y Santa Catalina veréis los admirables enterramientos de los Arce. En una capilla que había sido panteón de los prelados, que fué cedida el siglo XIV a la familia de la Cerda, y que pasó a los Arce, una de las tumbas, dice:

*Aquí yacen sepultados don Fernando de Arce  
y doña Catalina de Sosa, su mujer.*

*Mandó hacer estos sepulcros don Fernando de Arce  
obispo de Canarias, su hijo.*

*Murió el año 1504 a 14 de enero. Murió ella año 1505  
a 28 de febrero.*

Una preciosidad, llamando sobre todo la atención el sepulcro de don Martín de Arce, con sus ropas y arreos de guerrero, tendido en el suelo, agonizando y leyéndose él mismo las preces de agonizantes.

Como cosa riquísima y única guardan en Si-güenza, entre otras alhajas, un tablero de ajedrez esmaltado, obra celeberrima de orfebrería catalana que todos los chamarileros de Europa conocen y han cortejado inútilmente.

Y de vuelta a Madrid llegó ya el día de la visita solemne; no podéis dejar de ir a *El Escorial*.

### EL ESCORIAL

Se ha dicho de El Escorial que era la octava maravilla del mundo. Me lo acaban de repetir mis nietos con los cuales discuto ciertos puntos de lo que voy escribiendo. A ciertos extranjeros no les acaba de gustar, porque no saben verlo. Ven El Escorial, grandioso, espléndido, cuajado de riquezas, y recuerdan a Felipe II que no les es simpático por lo muy español que fué, porque la grandiosidad de su ánimo y hasta sus conocimientos en arquitectura, en artes bellas en general, no están al alcance de ciertas gentes. El recuerdo de aquel gran rey les perturba y lo de que El Escorial sea sombrío, triste, es una solemne majadería. Todo en él es luz y grandeza. No hay palacio en el mundo con más ventanas; y todas con vistas a campos de gran hermosura. Los patios interiores son tan numerosos y vastos que no hay en todo el edificio ni una sola habitación sin luz natural.

—¿Conque, la octava maravilla?—le digo yo al chiquitín de mis nietos que acaba de darme la gran

noticia—. ¿Y no sabrías decirme cuáles son las otras siete?

—¿Las siete qué, abuelito?

—Pues, hombre — le contesto—. Si El Escorial es la octava maravilla, habrá una séptima, y una sexta, y...

—Yo las sé—ha interrumpido el mayor—. Las siete maravillas del mundo son : ¡*Las pirámides de Egipto!* las, las...—Compases de espera...

—Los—ha dicho otro—¡*Los muros de Babilonia!*

—¡Bravo!, ya tenemos dos maravillas—digo yo—. Sigán ustedes. Muy bien. Venga la tercera maravilla.

—¡*El Coloso de Rhodas!*—ha gritado el pinturero, uno de mis nietos que todo lo sabe—... y... *el templo de... el templo de...*

—*De Diana en Efeso*—ha añadido el mayor.

Otro gran silencio... miradas al techo, a las paredes... pero del templo de Diana no salíamos...

—Pues señor, no tenemos más que cuatro maravillas. Faltan tres... habrá buenas albricias para quien las halle.

Y no las han hallado... El pinturero se levanta para ir a consultar una Enciclopedia.

—¡No vale, no vale!—gritan los otros dos...

Y estamos todavía en el templo de Diana en Efeso.

Probad de salir de él... ; probadlo vosotros, mis amados lectorcitos ausentes.

Mientras tanto quedamos en que las maravillas del mundo son siete, más El Escorial, ocho.



TERCERA PARTE



## CAPITULO PRIMERO

### SANTAS Y SANTOS

Mis queridos niños, mis amables lectores : gracias por vuestra constancia en seguirme, gracias por vuestro propósito de leer un capítulo más de este LIBRO DE LA PATRIA. Ya en él os he descrito algunas, no todas, las bellezas naturales españolas y en las páginas que preceden os he dicho cuántos tesoros guardan nuestras aldeas, villas y ciudades...

Pues bien, en ellas nacieron unos seres escogidos cuyas vidas conviene que leáis. Ya no hablaremos de ríos, de montes, de costas, de islas... se acabaron las correrías. Desde mi casa, teniendo a mi vera a mis nietos, que os representan, os hablaré de *Bellezas Españolas* que no son bizantinas, góticas, mozárabes ni platerescas, empezando por nuestras santas y santos, unos españoles que mientras vivieron en la tierra fueron buenos muchachos, como sois vosotros, y que al ser canonizados guían nuestros pasos desde el cielo con el ejemplo de sus actos y de sus virtudes.



Después de los santos, hablaremos de sabios, de artistas, de señoras instruídas, de heroínas, de pintoras, de actrices y de concertistas.

Leed un santoral español, no hay lectura mas interesante, y en él hallaréis que unos santos, al morir para el mundo, eran niños y niñas de menos edad que vosotros ; que otros vivieron entre los hombres hasta llegar a centenarios, que unos fueron varones de gran sabiduría, doctores, escritores de mérito, y otros sencillos de espíritu que no sabían leer ; veréis que unos perecieron mártires de la fe y que otros fueron ejemplo de tan altas virtudes que la Iglesia les ha elevado a la dignidad suprema de elegidos, de protectores, de santos, y que si bien en calidad de tales, tan santos son Isidro Labrador y su esposa María de la Cabeza, que no sabían escribir sus nombres, como el sabio san Isidoro, arzobispo, y santa Teresa de Jesús, maravillosa escritora ; como sea que en nuestra pequeñez mundana, hasta en santidad establecemos categorías, resulta que para mucha gente unos santos son solamente *venerables* y otros venerables y admirables. No hagáis distinciones, leed sus vidas considerando que unos y otros son españoles que vivieron y murieron santamente, no distingáis entre nobles o plebeyos , ignorantes o sabios, adolescentes o ancianos.

Leeréis en los santorales que al extenderse por nuestra Patria la religión que todos profesamos, los primeros en morir por ella, en ser mártires de su fe, se llamaban : uno, Arcadio, natural de Osuna ; otro Cayo, de Málaga, muerto por Jesús en el año 52 ; hallaréis un san Lupo y una santa Amelia,

cordobeses, que perezcan mártires el año 70; una virgencita llamada Agatoclia, de Mequinenza (Aragón), que muere el 17 septiembre del 94; una santa Basilisa, y una santa Anastasia, de Játiva, (Valencia), una santa Benita, viuda y mártir, de Tarragona; unos san Macario, san Justo, san Rufino y san Teófilo, de Sevilla... Y ya entrados en el segundo y tercer siglo leeréis los nombres de un san Teófilo y compañeros mártires, gallegos; de un san Félix y un san Régulo, hermanos, que eran de Calatayud (Aragón); de un san Julián, de Orduña; de un san Severo, obispo de Barcelona, a quien sus verdugos clavaron cinco enormes clavos en el cráneo (6 septiembre de 215), de un san Narciso, obispo de Gerona, asesinado mientras celebraba (271); y del siglo cuarto, uno de los más fecundos en mártires, citan los libros de santos, un san Sócrates y un san Dionisio, naturales de Sigüenza, que fueron martirizados el 300... como asimismo san Melacio, de la Coruña; un san Zoilo, de Córdoba; un san Sandalio, de la misma ciudad; santos Rufino, Rufiniano, Estrato, Artemidoro y Severo, andaluces, degollado uno, ahorcado otro, abrasados en una hoguera los otros dos.

Del año 300 son también san Facundo y san Primitivo, cuyas carnes fueron desgarradas con garfios de hierro, sobre cuyas heridas sus verdugos vertieron metal candente... les sacaron los ojos, les colgaron con los pies en alto, y todavía con vida, los desollaron.

Parece imposible que haya habido gente tan cruel, pero no puede dudarse de lo que los marti-

relojos traen. Todo ha sido comprobado, declarado, visto por testigos.

Hallaréis un san Vicente, mártir, de Huesca, es del 303, como asimismo santa Leocadia, de Toledo, que fué apaleada hasta dejarla casi sin vida. Encerrada luego en una mazmorra, rogó al Señor que le enviase la muerte. Murió el 9 de diciembre del 303. San Justo y san Abundio, de Baeza, mueren abrazados dentro de un horno en 306.

San Flaviano, de Sevilla, un español romano, debía ser un varón respetable, tenía asiento en el Senado, va a Roma y allí, por sus ideas cristianas, es condenado a trabajos públicos, como un esclavo, pereciendo mártir, poco antes de su esposa y de sus hijos que sufren igualmente el martirio.

Habla también el *Libro de los Santos Españoles* de san Crispulo y san Restituto, andaluces; san Valero, obispo de Zaragoza; santas Juliana y Sempronina, vírgenes y mártires, de Barcelona, y los niños Justo y Pastor, unos hermanitos, de siete y de nueve años, naturales de cerca de Alcalá de Henares, que también son martirizados; unas santa Centola, de Toledo, y santa Elena, su amiga, vizcaína, decapitadas, 13 agosto 303; un san Pablo Orosio, confesor, de Tarragona, del 366; san Fabricio y san Filiberto, de Toledo, degollados el 308; san Sandalio, de Córdoba, martirizado el año 300, junto con otros que no se nombran; un san Fausto y sus compañeros, mártires, que con sus hermanos Jenaro y Marcial, hijos del glorioso san Marcelo, de León, son despedazados, arrojados a las llamas.

Veréis que mueren por Jesús un san Vicente, y unas niñas de Talavera, santas Sabina y Cristeta,

cuya firmeza admira, cuyo suplicio horroriza. Sus verdugos ponen sus tiernas cabecitas sobre un pilón y con piedras se las machacan. Mueren el 27 de octubre del 304.

Hallaréis unos san Castorio, san Claudio, san Nicóstrato, san Sinforiano y san Simplicio, vizcaínos, que trabajando de escultores en Andalucía, van a Roma, probablemente para perfeccionarse en su arte, y allí, a uno de ellos, a Simplicio, se le ocurre labrar una cruz, por cuyo delito, agravado sin duda por sus declaraciones, al ser interrogados, son condenados los cinco a perecer ahogados en el Tíber, en 301; santa Lucrecia, virgen y mártir, de Mende, es una hermosa doncella, que unos bribones, enamorados de ella, furiosos por su desdén delatan al prefecto romano. Muere decapitada en 23 de noviembre del 310.

De los siglos v, vi y vii, hallaréis el relato de las virtudes y muerte de un san Delfín, obispo de Pamplona; un san Eustaquio y un san Victor, andaluces; un san Poncio, de Murcia; un san Millán de la Cogulla, de Verdejo (Rioja), abad. Este vivió muchísimo; murió de cien años, en 560; un san Venancio, andaluz, y unos años después, en 568, un san Saturio, de Soria.

En la séptima centuria hallaréis un astro de gran magnitud, *san Isidoro*, natural de Cartagena, arzobispo de Sevilla, sucesor en aquella iglesia de otro santo, hermano suyo, san Leandro. Ambos, y otro hermano llamado Fulgencio, que también es santo, una hermana llamada Florentina, igualmente santa, y otra hermana llamada Teodora, eran de ilustre familia. Esta Teodora casó con el Rey Leovigildo, fué

madre de dos reyes, de Recaredo y de san Hermenegildo, a quien su padre había dado la Andalucía. ¡Caso asombroso y quizá único! Cuatro hermanos y un sobrino santos... Os recomiendo que leáis detenidamente la vida de tal sobrino para seguir, paso a paso, sus luchas de palabra y hechos con el Rey, su padre, y con su hermano Recaredo. Por sus creencias respectivas, llegan a pelearse en campo raso, a librarse batallas... Hermenegildo es vencido y como militar pasa por lo que hoy diríamos un Consejo de guerra, un Tribunal, que según la tradición se reunía en la sala baja del Pretorio de Augusto, en Tarragona, y le condena a muerte.

La sala baja en cuestión, todavía existe y se halla en el propio estado en que estaría hace mil trescientos años... sin nada más que sus recios muros y su bóveda. Es una de las dependencias de aquel palacio romano que sirve hace mucho tiempo de cárcel pública.

Según el *Año Cristiano*, san Hermenegildo murió de un hachazo en la cabeza, dentro de un calabozo, en Sevilla. Su historia, la de Recaredo, su hermano, la del Rey Leovigildo, padre de ambos, entrelazadas, serían la más alta tragedia que pueda imaginarse.

Se han escrito episodios de ella para ser leídos o representados en colegios, pero son cosa de poca importancia desde el punto de vista histórico-artístico.

También, consecuencia de la *Causa* de san Hermenegildo, sale en el *Santoral* un san Ascanio, de Tarragona, que actuó en el proceso... probable-

mente su defensor. San Isidoro de Sevilla murió el 636.

Son del mismo siglo san Ildefonso, arzobispo de Toledo, muerto en 669; san Braulio, obispo de Zaragoza (660), y san Fructuoso, obispo fundador, en los montes del Vierzo, del monasterio que llamó «San Pedro de los montes» (666); santa Columba, hija del rey moro de Nájera... otro caso rarísimo, una princesa mahometana que muere por su fe en Jesucristo. Su propio padre la degüella.

Del 750 hallaréis un san Ubalderedo, toledano, obispo de Zaragoza, y unos santos Nicolás y compañeros, mártires, con la particularidad de que san Nicolás era también hijo de moros. Se llamaba Alí-Mahomed, y murió en la hoguera en 745.

Del ochocientos hay muchos santos: san Perfecto, de Córdoba, mártir, en 800; santa Adulfa y san Juan, hermanos, hijos de padre moro y madre cristiana, degollados por mandato de Abderramán II (824); santas Numilia y Alodia, hermanas, de Huesca, degolladas el 851; san Heleterio, asturiano, obispo, del 836; santos Pedro, Sabiniano, Vistremundo, Albencia y Jeremías, de Córdoba, que mueren martirizados por Abderramán (845); san Gumersindo, toledano, mártir (852); san Rodrigo, de Cabra (858); san Sancho, de Córdoba (855); santos Emiliano y Jeremías, hermanos, de Córdoba (852), y del mismo año san Rogelio y Servio Deo, que eran de Panapanda (Granada), y santa Pomposa, cordobesa, decapitada el 19 de noviembre del año 853.

Del siglo x, san Genadio, obispo de Astorga, mártir el 917; san Pelayo, un niño, de Tuy, sobrino del obispo, que cautivo en Córdoba, con su tío, éste;

para obtener su libertad, deja en rehenes en poder de Abderramán III y que Abderramán, por si el tío volvía o no volvía, por si faltaba o no a su palabra, hace matar.

El pobrecillo e inocente niño es descuartizado, arrojando al río, los verdugos que le mataron, los trozos de su cadáver (925).

Después del año 1000 continúa la serie de santos, muchos de ellos, martirizados, otros canonizados por sus virtudes, por sus milagros.

Entre ellos leeréis en el *Santoral* los nombres de san Orduño, de León, muerto en 1065; de san Sisebuto, de Burgos, abad, del 1086; de santo Domingo de la Calzada, navarro, benedictino en Valvanera, del 1109; de san Isidro labrador, de Madrid y santa María de la Cabeza, su esposa; de san Juan de Ortega, de Ortuño (Burgos), y un san Odón, de la casa condal de Barcelona, y un san Pedro, obispo de Osuna, que no es español de nacimiento, pero que vino muy joven a España, de Bourgees su patria..., del gran santo Domingo de Guzmán, nacido en el lugar de Caleruega (obispado de Osma). Fundador de la Orden dominicana, gran orador, propagó la oración del Rosario, y murió relativamente joven, a los cincuenta y un años, en 1221.

Hallaréis también, en la nómina de los santos españoles, otro santo notable, San Ramón Nonato, catalán, confesor de reyes, *de reyes y papas* como dice su *Gozo*, fundador de la Orden de la Merced para la redención de cautivos, con san Pedro Nolasco, nacido en Francia, y san Raimundo de Peñafort, catalán.

Hallaréis de aquellos años un san Julián, burgalés, y un san Milano, de Tarragona, y un san Froilán, de León, obispo de Lugo, y un santo Domingo de Solís, riojano, y un san Bernardo, catalán, obispo de Vich (1253), y un san Pedro Pascual, valenciano, y una santa María de Cervelló, catalana, llegando a la gran figura de san Fernando, Fernando III, rey, conquistador de Sevilla, gran guerrero y humilde cristiano.

El es quién introdujo la costumbre de lavar los pies a los pobres el Jueves Santo... Y un san Elmo o Santelmo, patrón de navegantes.

Del mismo siglo hallaréis un santo, san Vicente Ferrer, dominico valenciano, que con toda reverencia sea dicho, resulta un santo *político*, político en el sentido noble de la palabra. A él es debida, en gran parte, la Unidad política de España, pues al morir, sin sucesión, Don Martín *el Humano* (1410), Rey de Aragón y Cataluña, convocado en Caspe un Parlamento para elegirle sucesor, san Vicente, que era uno de los parlamentarios, *por sus palabras y razones*, como dice la crónica, hace que sea proclamado Rey Don Fernando, el de Antequera, cuyo nieto, Fernando V, casándose con Isabel de Castilla, ratifica y consolida la Unidad española.

Sin la intervención de san Vicente, en Caspe, y sin el bote de lanza, que dejó muerto en el camino de Daroca a don Pedro de Ahonés, la Historia de España pudo haber sido muy diferente de lo que es.

Dicen las *Vidas* de san Vicente, se han escrito varias, que era de una elocuencia irresistible. Pertenecía a una Orden de predicadores y era un predicador asombroso, patético a veces, familiar cuando

convenía. Había sido gran amigo de don Pedro de Luna, el Papa Benedicto XIII, de quien os hablé al pasar por Peñíscola, y en su compañía había ido a Italia en donde, como orador, obtuvo grandes éxitos. También predicó en Francia, en Alemania y en Inglaterra, y sobre ser gran orador, debía ser políglota, pues no es probable que predicase a la gente sencilla italiana, francesa, inglesa y alemana en su lengua nativa, que era el catalán, y menos en latín.

Sus panegiristas cuentan los muchos milagros que opera en vida. Algunos son graciosísimos, por lo ingenuos: el del asno que no cesa de rebuznar mientras el santo echa sermones en una plaza pública, es muy gracioso. Parece que aquel asno era el *Diablo*... y san Vicente le dice tales cosas que lo reduce al silencio...

Hallándose el santo ya muy viejo y cansado, en Nantes, Francia, decide volver a España, pero no logra llegar a su tierra. Un miércoles, antes del Domingo de Ramos del 1418, muere en Nantes a los setenta y cinco años.

También es de aquel siglo san Juan de Sahagún, leonés, confesor, muerto en 1478... y llegamos al siglo en que descubierta América y encendida en el centro de Europa la hoguera protestante, los espíritus españoles se enardecen en defensa de la fe, los sabios escriben, los entusiastas van, vienen, luchan, crecen en altos sentimientos.

Hallaréis del 1500 (muere el 1550) un san Juan de Dios, que, si bien nacido en Portugal, vive y muere en Granada, en donde recoge por las calles tullidos pobres que lleva a cuestas a su casa, pidién-

do limosna para mantenerlos, cuidando sus personas, llegando a reunir tantos, que su domicilio se convierte en hospicio; fundando la más sublime de las instituciones de caridad... que perdura en nuestros tiempos después de haberse extendido por toda Europa, siendo los «Hermanos de San Juan de Dios» los que en todas partes albergan y cuidan dementes, lisiados, idiotas, los que no abandonan al pobre, al enfermo, por repugnante que físicamente sea.

Y de san Juan de Dios, que era un hombre sin letras, pasaréis a un sabio, a santo Tomás de Villanueva, de Fuenllana (Toledo), y a santa Teresa de Jesús, la maravilla de su tiempo y de todos los tiempos, el astro más reluciente del orbe cristiano. Sabia sin pedantería, graciosa en sus maneras, en sus palabras y escritos, como ya os dije al pasar por Avila.

Leed también la *Vida* de san Francisco Javier, nacido en el castillo de sus padres, en Javier, que vimos al recorrer Navarra. A los veinte años estudiaba en París y a los veinticinco se graduaba en Artes. En aquella ciudad conoce a su paisano Ignacio de Loyola, se hacen grandes amigos, y el de Javier es uno de los primeros jesuitas. Entusiasta, joven, enérgico, rico por su casa, noble, reclamado por los suyos, lo abandona todo para dedicarse en cuerpo y alma a la propagación de la fe. Va a las Indias, predica, lucha... Muere joven, a los cuarenta y seis años, cuando iba a China a propagar la luz del Evangelio.

Leeréis igualmente la *Vida* de san Francisco de Borja, hijo de los duques de Gandía; aquel mar-

qués de Lombay, amigo del emperador Carlos V, de quien ya os he hablado, murió a los sesenta y dos años, en 1572, y en 1556 hallaréis relatada la muerte de otro gran santo, del glorioso san Ignacio de Loyola.

No hago más que apuntar su nombre. Hay que leer su *Vida*, un poema maravilloso desde que nace en Guipúzcoa el año 1491, hasta que muere, a los sesenta y cinco años de edad, en Roma.

San Ignacio de Loyola, por su energía, sus altas miras, su santidad, es uno de los españoles que más honran a la Patria.

Lo que hizo él fundando la Compañía de Jesús, defensora de la fe, de la civilización, de lo espiritual que hay en el hombre, es portentoso. Son él y sus compañeros tan grandes héroes como los héroes españoles que fueron a América.

Del siglo XVII trae el *Año Cristiano* (el día 27 de agosto) un san José de Calasanz, nacido en Peralta de la Sal (Aragón), que después de haber estudiado en Lérida, es ordenado sacerdote por el obispo de Jaca, don Gaspar Juan de la Figuera, y que caritativo en extremo empieza desde muy joven a instruir a los niños pobres. Su delicia eran los hospitales, las cabañas de los pobres y con la aprobación del Papa Clemente VIII, funda las Escuelas Pías, que se han extendido por todo el mundo. A pesar de llevar una vida trabajosa, vive cerca de cien años, y muere el año 1648.

Y con el nombre glorioso de este santo, tan amigo de los pobres, termino esta brevísima apuntación de santas y santos españoles... ejemplo todos ellos.

de caridad y de humanismo, pues no hay ninguno que, sin dejar de aspirar al cielo, haya dejado de ser un solo instante de su vida un perfecto hijo de su tierra, un hombre modesto y sencillo, un verdadero español.



## CAPITULO II

### MUJERES CÉLEBRES

Concluído el capítulo de nuestros santos y santas, voy a citar los nombres de algunas de nuestras célebres mujeres. Las hemos tenido y tenemos de mucho mérito ; pero como ya no tengo espacio más que para nombrarlas, vosotros buscaréis las *Vidas* de las que por su fama han merecido ser biografiadas, y si no las *Vidas*, lo que de ellas traen papeles sueltos y libros. Es muy conveniente que os forméis un concepto exacto de lo que han sido, han pensado y hecho ciertas mujeres españolas, pues hay gente necia de fuera de España que se imagina que nuestras mujeres no saben más que rezar, bailar el *bolero* o darse aire con un *abanico*.

Pondré a la cabecera de mi lista, formando pareja aparte, a doña Isabel I y a santa Teresa ; y luego, por el conjunto de sus méritos y por ser la primera de su nombre, a la sin igual Doña Berenguela, reina de León y de Castilla, hija de Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona y de doña Dulce

de Provenza, nacida en Barcelona en 1108, esposa de Alfonso VII, rey de León... muy sabia y muy valiente. ¡Vais a ver!

Ausente su marido, que estaba sitiando la ciudad mora de Cazorla, defiende ella en persona Toledo, que los moros creyeron poder tomar fácilmente, y después de muchos días de combate, rodeada de soldados, se presenta en las murallas afeando a los sitiadores su conducta, diciéndoles que no es propio de valientes ensañarse con una mujer, que si quieren pelear vayan a Cazorla, en donde su esposo les aguarda... y los moros, galantes y bravos, levantan el sitio.

Poco tiempo después, los toledanos alcanzan una gran victoria sobre los moros, y Munio, gobernador de Toledo, vuelve a la ciudad con los restos de los dos reyes moros que había vencido. Doña Berenguela, envueltos en ricos paños, puestos en cofres espléndidos, los envía con frases de afecto a las mujeres de aquellos pobres vencidos.

La fama de Doña Berenguela, de su valor, de su belleza, se extendió por toda Europa. Murió el 3 de febrero del 1149. Su nombre de Berenguela, femenino de Berenguer, se hizo tan de moda en Castilla, que muchas madres lo dieron a sus hijas, como asimismo el de Yolanda, (también catalán), que se convirtió en Violante.

Otra Berenguela famosa, la que el Padre Flores llama *la Grande*... «yo, dice el Padre, he llegado a vacilar en el renombre que la daría, y sólo el dictado de *Grande* me ha parecido que le convenía...» Era la hija primogénita de Don Alfonso VIII, de Castilla, y de Doña Leonor de Inglaterra, herma-

na de Doña Blanca de Castilla, fué la segunda esposa de Don Alfonso IX de León, madre de Don Fernando *el Santo*.

Otra Berenguela, también famosa, la madre de Alfonso *el Sabio*. Otras : la amiga de Don Jaime I, *el Conquistador*, y la madre de Alfonso *el Sabio*, que se llamaba igualmente Berenguela.

Al par de las Berenguelas, fueron mujeres superiores de nuestra raza las Blancas... doña Blanca de Navarra, doña Blanca, hija de Don Pedro I *el Cruel*... y de estas Berenguelas y Blancas muy antiguas, notables, no precisamente por haber sido esposas, hijas o madres de reyes, sino por sus méritos personales, pasamos a las Marías... Son numerosas, las hay de grandes familias y de familias modestas. Unas son religiosas, otras princesas, unas sabias, otras artistas ; las sabias :

Doña María Nieto o la sabia aragonesa ; doña María de Zayas, escribió : *Novelas amorosas y ejemplares*, Madrid, 1634. Lope de Vega dice de ella en su *Laurel de Apolo* :

*Tejed ricas coronas y trofeos  
a la inmortal doña María de Zayas,  
que sin pasar a Lesbos ni a las playas  
del vasto mar Egeo, etc., etc.*

Sor María de Jesús de Agreda, autora de la *Mística Ciudad de Dios, Milagros de la Omnipotencia*, etc., etc., un título interminable... libro que fué causa de grandes disputas entre religiosos ; causó una revolución... por nada, por ganas de pelearse, por rivalidades entre franciscanos y dominicos... Hay que leer sus cartas al Rey Don Felipe IV.



Otra monja también muy célebre y también llamada María : Sor *María Salinas*, de Tamarite de la Litera. Escribió su *Vida*, que es un modelo de bien decir y pensar (Zaragoza, 1660).

Las Marías heroicas : Doña *María la Grande*, Doña *María Pacheco*, esposa de don Juan de Padilla, jefe de *los Comuneros*, de los que no querían extranjerizarse, de los que tenían al Rey Don Carlos, por lo que entonces era, un flamenco, que ni hablar sabía el castellano. Vencido Padilla en Villalar, muerto sobre el cadalso, antes de morir escribe una carta a su mujer que ésta toma como un ruego de que le vengara.

Doña *María* se pone al frente de los toledanos.

*...No el fuerte aliento,  
Nos falte amigos, cuando más lo exigen  
La Patria y el honor. Ultimos restos  
Del partido infeliz que defendiera  
La libertad del castellano pueblo  
En el último trance, digna muestra  
De constancia y valor hacer debemos.  
Así lo pide la expirante Patria,  
Así los nobles héroes que cayeron  
En Villalar; mi malogrado esposo  
Así lo pide con terrible acento  
Desde el atroz cadalso...*

La heroica viuda lucha con ellos en los campos de batalla, es vencida a su vez, huye a Portugal y muere en Oporto. Dos familiares suyos hacen grabar sobre su sepulcro una inscripción que empieza así :

*María... de alta casa derivada,  
De su esposo Padilla vengadora,  
Honor de su sexo, yace aquí enterrada.*

Otra María célebre en su tiempo, pero no como guerrera, sino como artista; Doña María Valdés Leal, excelente pintora, hija de Juan Méndez Leal. Sobresalía en los retratos. Se metió monja y murió en 1630. Ceán Bermúdez la incluyó en su Diccionario de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España.

Otra: Doña María Isidra de Guzmán y de la Cerda, la Doctora de Alcalá, que a los diez y siete años recibió el grado de maestra y de doctora. Murió en 1803.

Y entre las que no se llaman Berenguela, ni Blanca, ni María, conviene os enteréis de quiénes fueron doña Mencia de Mendoza, marquesa del Cenete, en cuya sociedad, en su castillo de Breda, nuestro adorable Juan Luis Vives, escribió su *Bucolica Virgilii interpretatio* y su *Censura Aristotelis operibus...* la gran señora y gran erudita de quien Juan Luis habla con encomio en su *Dialogistica Exercitatio linguæ latinæ*, que sin duda habréis leído en la escuela o en el instituto. Son unos diálogos traducidos por don Cristóbal Coret que no sé si ahora se leen. Cuando yo era chico, los decorábamos en nuestra aula de latín. Actualmente debéis leer cosas más sabias.

También debierais enteraros de las andanzas de una doña Leonor Alvarado, hija de don Pedro Alvarado, ¡el del famoso salto!, como asimismo de lo mucho que sabía doña Oliva Sabuco de Nantes, gran escritora, amena, copiosa, original, eruditísima, elegante, en latín y en castellano, «honor de España», como dice hablando de ella Nicolás Antonio.

Su primera obra impresa es de Madrid, 1587,

lleva por título *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre, no conocida ni alcanzada de los grandes filósofos antiguos*». Conviene conocer igualmente las proezas científicas de una niña nacida en Barcelona en 1594, que sus padres, por sus negocios, llevan consigo a Francia y que ¡a los doce años! defiende puntos de filosofía en Lyon, que a los diez y siete sostiene polémicas públicas en el Colegio de Jesuitas de aquella ciudad, que al ser moza ¡habla catorce lenguas! ¡Se llamaba Juana Morell!... Murió religiosa dominica en el convento de Santa Práxedes de Aviñón.

Es preciso también que sepáis que si no como a inventoras de sistemas filosóficos, como a muy eruditas, como a *humanistas*, pocas mujeres en el mundo han aventajado a nuestra Beatriz Galindo, la *Latina*, nacida en Salamanca, en 1475, autora de *Comentarios a Aristóteles*, de *Notas sabias sobre los antiguos*, de *Poesías latinas*... Su fama era tanta, que la Reina Doña Isabel quiso recibir lecciones de ella, y se hicieron tan amigas discípula y maestra, que, ésta, patrocinada por la Reina hace un gran casamiento, y al enviudar, funda en la Corte un Hospital, «La Latina», nombre que lleva todavía en recuerdo suyo un distrito de Madrid.

Nadie ha sobrepujado tampoco a Francisca Lebrija, hija del célebre Elio Antonio Lebrija, o Nebrija, el Nebricense, catedrático de la Universidad de Alcalá, el cual, en enfermedad o ausencia, encargaba a su hija la explicación de textos a sus discípulos.

Ya quisiéramos ver hoy, con los progresos del feminismo, a una muchacha sentada en la silla doc-

toral de una Universidad, dando lección a nuestros estudiantes.

Leed los libros especiales de mujeres célebres. Encontraréis celebridades femeninas españolas... ¡a docenas! y en todas las especialidades... desde las muy sabias como doña Oliva Sabuco de Nantes, doña Beatriz Galindo, y las niñas Francisca Nebrija y Juana Morell, cuyos nombres repito para que se queden bien grabados en vuestras memorias, hasta las que no sabían latín, pero sabían luchar con las armas en la mano en defensa de la Patria... la célebre Agustina del sitio de Zaragoza, que era catalana, nacida en el barrio de Santa María, en Barcelona; la no menos heroica Rosa Venas de Lloberas, que tanto se distinguió en el sitio de Tarragona.

Y pasando de lo grave a lo gracioso, a lo delectable, a lo que nos embelesa y cautiva, pondré unos cuantos nombres de mujeres célebres por el hechizo que su voz, su mirar, toda su persona, ejercían en el público.

Escribiré cuatro líneas sobre grandes artistas... *de teatro*, sobre las que recitan, las que cantan. Hemos tenido y tenemos en España grandes actrices. Las teníamos ya en las épocas cartaginesa y romana; pero las muy antiguas dejaron poco rastro. Las que son de tiempo en que ya salían papeles con artículos *teatrales*, las que nuestros padres o nuestros abuelos han aplaudido, se llamaban: *La Caramba*, doña María Antonieta Fernández, que fué el ídolo del público madrileño a fines del siglo XVIII.

Doña Rita Luna, de origen aragonés, nacida en Málaga en 1770, que en 1790 entró a formar parte

de la compañía de *La Tirana* y trabajó pronto como primera dama, con gran éxito.

*La Tirana*, doña María del Rosario Fernández, parece que hacía las *reinas* como nadie.

«...Con su presencia majestad inspira  
y en ella el cielo acreditó su influjo  
más cabal, más heroico, y en él se mira  
cuanto a triunfar del ánimo conspira...»

dicen los versos de una composición poética que le fué dedicada.

*La Velasco*, doña Concepción, andaluza, de principios del siglo XIX, que se estrenó en el teatro de Reus, en la provincia de Tarragona, en 1795 y se hizo famosa, saliendo a las tablas en el del Príncipe, de Madrid, en 1807.

Y ya entrado el siglo XIX, han sido actrices de tanto mérito como las mejores de los teatros extranjeros, en la especialidad lírica, María Felicia García, *la Malibrán* (apellido de su primer marido), hija del famoso tenor español don Manuel García. Fué el encanto de los principales teatros de Europa y de América, la *prima donna* sin rival. La pobrecilla murió de un accidente... Y en la especialidad dramática ha sido famosa en nuestros días doña Teodora Lamadrid, que sobre tener mucho talento era muy hermosa, como lo atestigua el retrato que hizo de ella en 1852 don Federico Madrazo... Fué contemporánea suya doña Matilde Díez, excelente en el drama, inimitable en la comedia... En el *Don Tomás*, de Narciso Serra, estaba graciosísima, y en la Doña Isabel, de *Isabel la Católica*, no había quien la igualara,

De artistas vivas—vivan muchos años—no quiero hablar. Conste, sin embargo, que las tenemos de gran mérito y en todos los géneros.

Tampoco quiero nombrar a poetisas, a escritoras vivas... Terminaremos, pues, este capítulo sobre «Mujeres célebres españolas» tributando nuestros elogios a *Fernán Caballero* (era un seudónimo), que debéis saber cómo se llamaba, pues no dudo de que sus novelas, si no todas, algunas, están en vuestra casa ; diciendo también cuán excelente poetisa fué doña Catalina Coronado, cuán sabia era doña Concepción Arenal, cuán grande en pura poesía fué doña Rosalía de Castro y cuán admirable doña Emilia Pardo Bazán, la más amena y variada escritora de los tiempos modernos.



### CAPITULO III

## ESPAÑOLES CÉLEBRES

Mis queridos niños : ya llegamos a puerto, pronto nos despediremos. Después de este capítulo os echaré un sermoncito patriótico, os daré unos cuantos consejos para viajar con fruto por España y fuera de ella... ¡y hasta la vista! Me parece que no he de tardar en conocer personalmente a alguno de vosotros.

Empiezo mi coloquio :

«Nada iguala, dice don Manuel Josef Quintana en el prólogo de su libro *Vidas de Españoles Célebres*, nada iguala el placer que se experimenta leyendo cuando niño las vidas de Cornelio Nepote y las de Plutarco cuando joven»... lamentándose de que los españoles no hayamos tenido un Plutarco.

Lo que lamentaba el gran español Quintana hace cien años es todavía lamentable. Está por hacer el libro que Quintana empezó y no llegó a terminar,

pues sus dos tomos, publicados con un gran intervalo, no completan lo que el mismo se proponía.

Si existiera un Plutarco completo con tomar de él datos y juicios podríais saber nombres y cosas que por fuerza tendréis que aprender, leyendo, indagando.

Yo me proponía poner en este libro un extenso artículo sobre españoles célebres, pero voy notando que me hago interminable. Tendré que abreviar. Es imposible escribir en pocas líneas lo mucho que se podría decir. Dejaré, pues, mi Plutarco sin acabar y hasta sin comenzar, pues sólo señalaré a vuestra atención unos cuantos nombres para que no dudéis de que nuestra Patria española es tan rica y bella en tierras y monumentos como abundante en hombres que la dignifican.

No tomaré la cosa de muy lejos, no pondré como a español célebre a aquel *rayo de la guerra*...

*«gran padre de la patria, honor de España,  
Pío, felice, triunfador Trajano  
ante quien muda se postró la tierra»*

ni a aquellos Elio Adriano, Teodosio divino, Silio peregrino, cuyas cunas de marfil y oro ródaron por Andalucía, pues no me parece muy legítima la gloria que a los españoles post-romanos corresponda por hechos y talentos de ciertos ciudadanos romanos nacidos en el suelo español.

Los españoles que os conviene conocer son los que reconquistaron poco a poco nuestra tierra después de su pérdida por flojedad de los godos, siendo, de consiguiente, las virtudes de los hombres de la *Reconquista* las que tenéis que admirar, siguiendo

do sus huellas, hasta llegar a los Reyes Católicos.

Desde el día de la toma de Granada, los que habíamos sido diversos pueblos fuimos una nación. De los Reyes Católicos arranca la España que más ha de interesarnos.

Leed, sin embargo, para tener una idea general de hechos anteriores a la *Unidad*, leed crónicas y *Vidas*, leed lo que dejó escrito don Rodrigo Ximénez, arzobispo de Toledo en 1247, su *Tratado de cosas de España*, leed la Crónica del Rey Don Jaime I, la de Don Pedro IV de Aragón, la de Bernardo Desclot, la de Ayala, y siglos después lo que ya como verdadera historia con sus antecedentes y consecuencias han escrito don Jerónimo Zurita, el padre Mariana y luego los historiadores modernos españoles o extranjeros.

No voy, naturalmente, a daros un curso de Historia de España, ni siquiera a dictaros reglas para aprenderla. Es cosa de vuestros profesores y sobre todo será cosa que habréis de resolver vosotros mismos, si vuestras añiciones os llevan a ello.

No hay mejor maestro que el afán de aprender... y se aprende, yendo de un libro a otro. Todos ellos se enzarzan, se completan...

Leyendo un libro de cocina, podréis, si el deseo de saber os agujijonea, concebir la idea de saber cómo son las cosas de que el libro trata, y entrando en el detalle de guisos, de salsas, de manjares, de bebidas, estudiaréis botánica, zoología, física, química y si a mano viene hasta el ¡«Arte de criar conejos»! Es cuestión de gusto para el estudio, es cuestión de *enzarzarse*.

Sin *enzarzarnos* voy a escribir el nombre de

algunos españoles célebres cuyos altos hechos os conviene conocer, y para empezar... ¡ *a tout seigneur tout honneur!* pondremos el nombre de Don Pelayo, muerto en 737; y luego el de Nuño Núñez Rasura, muerto en 862; y el de Laín Calvo, muerto en 870. Y habiendo empezado por los guerreros pondremos el nombre del Cid, muerto en 1099; y luego el de Don Pedro *el Católico*, muerto en el campo de batalla, en Muret, el día 13 de septiembre de 1213; el de su hijo Don Jaime I, muerto a los sesenta y nueve años, en 1276; y el de Pedro *el Grande*, muerto en 1285; y el de su gran almirante Roger de Lauria, muerto el día 17 de enero de 1305; y el de Guzmán *el Bueno*, muerto en 1309; y después de estas grandes figuras españolas bélicas señalaremos a los próceres que anduvieron por esos pueblos de Oriente conquistando reputación y tierras para sus soberanos; a los Berenguer de Entenza, a los Roger de Flor, a los Muntaner, a los Rocafort, a los Ximénez de Arenós... Os recomiendo la lectura del libro de Moncada *Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos...* Leedlo; sabréis lo que hicieron aquellos héroes. Vuestros epitomes escolares apenas hablan de ellos. Leed lo que trabajaron en prestigio de la Patria aquellos españoles; es lectura altamente patriótica.

Y después de los portentos de aquellos argonautas, de aquellos guerreros, por la sucesión de los tiempos, estudiad las relaciones de *vicisitudes americanas*. Leed las *Vidas* de los españoles que pasaron el gran mar, entusiasmaos con lo que hicieron, y os sentiréis noblemente orgullosos de ser compatriotas de los Pizarro, de Hernán Cortés, de Pe-

dro de Valdivia, de Cristóbal de Olid, de Juan Ponce de León, de Vasco Núñez de Balboa, de Pedro Alvarado, de Hernando de Soto, de Francisco de Garay, de Alvaro Núñez Cabeza de Vaca, de Antonio de Mendoza, de Francisco Vázquez Coronado, de Hernando de Alarcón, del obispo Zumárraga, fundador de escuelas para los indígenas, que en 1524 no sabían *lo que eran letras* y que en 1543 leen libros en castellano impresos en Méjico mismo, habiendo sido este gran obispo Zumárraga el primero que en 1536 lleva una imprenta al Nuevo Mundo, haciendo el buen Zumárraga que los *indios* que se habían hecho cristianos y servían en las iglesias aprendieran a cantar *con solfa*, a cuyo fin hace imprimir música.

Que nos vengan luego los extranjeros y hasta algunos majaderos españoles con lo de la *sed de oro* y la crueldad.

Añadiremos a este párrafo sobre los que anduvieron por América, los nombres de los que fueron más lejos, el de Sebastián Elcano, de Guetaria, muerto en 1526 en el mar, y el de su paisano, el gran Legazpi, de quien ya os hablé al pasar por su pueblo.

Y mientras aquellos titanes hacían proezas lejos de España, andaban a cintarazos, negociaban diplomáticamente, eran alta representación de su Patria, por esas Flandes y esas Italias, don Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, muerto en 1515; don Hugo de Moncada, don Juan de Urbina, don Antonio de Leiva, don Diego García de Paredes, el Sansón de Trujillo; don Pedro Navarro, don Luis de Requesens, el Duque de Alba,

don Alvaro de Bazán... Y luego, al no ser ya tan vastas las empresas, teníamos igualmente hombres de valía, don Antonio de Oquendo, muerto en 1640, Barceló, de Palma de Mallorca, muerto en 1797, Basecourt, de Pamplona, muerto peleando en la Habana, en 1762; Liniers, muerto en América, en 1810... los cuales empalman con los grandes españoles que la invasión napoleónica suscitara... Los Palafox, Senen de Contreras, Castaños, Alvarez de Castro, Espoz y Mina; y en el mar los Alava, los Escaño, los Gravina, los Churruca, llegando por fin a los guerreros de nuestros días, a los Espartero, Zumalacárregui, León, Córdoba, Cabrera... y a los que quizá vuestros papás han conocido personalmente y tratado, los Narváez, Prim, O'Donell..., terminando esta, por fuerza reducida nómina de hombres de guerra, con los nombres de algunos militares sabios: don Onofre Mata, teniente coronel de artillería; don Fernando Alvarez de Sotomayor, general; don Salvador Díaz Ordoñez, también artillero, muerto en Africa, y don Eduardo Verdes Montenegro, inventores de sistemas de artillería; don Ricardo Aranaz, general de división, inventor de la *trilita*; don Leandro Cubillo, general, especialista en la fabricación de aceros; el general Ibáñez, una autoridad en geodesia; don Francisco de Paula Pavía y Pavía, general de marina, autor de una *Historia general de la Marina Española*, de mucho mérito, y el general Córdoba, de quien hay que leer las memorias.

Al leer los nombres de tantos militares, honor de España, estoy seguro de que se os han acudido los de otros dos, celebérrimos: don Luis Daoiz y

don Pedro Velarde, muertos gloriosamente en Madrid, el 2 de mayo de 1808...

Honrad su memoria y a sus nombres añadid otro nombre que probablemente ignoráis, el de otro oficial de Artillería, don Eduardo Temprado, de Teruel, que muere al pie de su cañón en Castellfollit (Cataluña), durante la última guerra civil.

Y después de los hombres de armas pasemos a los de letras, pasemos de los guerreros a los sabios. Tampoco nos remontaremos a los Sénecas y Quintilianos, romanos nacidos en tierras españolas. Os diré solamente que podéis y debéis estar orgullosos de un san Isidoro, de Sevilla; de un Raimundo Lulio, de Mallorca; de un Arnaldo de Villanueva; de un san Ramón de Peñafort, de un Don Alfonso *el Sabio*, de un Tostado, de un Arias Montano, de los dos valencianos Ausias March y Juan Luis Vives, de Fray Luis de León y Fray Luis de Granada, de Francisco Sánchez de las Brozas, de Antonio de Nebrija, de Melchor Cano, de Juan de Avila y José de Sigüenza, de Nicolás Antonio y Antonio Agustín, de Ambrosio Morales.

Lo que fueron, lo que hicieron nuestros sabios no lo han dicho casi nunca ellos mismos por la modestia innata del español. Somos si se quiere orgullosos, pero sin pizca de vanidad. Raramente un español ha creído que lo que a él le ha ocurrido, lo que ha sentido o pensado pueda interesar a nadie, y de ahí el silencio sobre los actos personales de los españoles, de ahí nuestra carencia de *Memorias*, de ahí la dificultad de *biografiar*, llegando la reserva de la mayor parte de nuestros hombres célebres, hasta el punto de ocultar muchos de ellos la fecha,

el lugar de su nacimiento, de no hablar de quiénes fueron sus padres o parientes, de ahí el no tener un Plutarco como quería escribirlo y no lo escribió, don Manuel Josef Quintana (1).

Nuestras letras tan ricas en altas ciencias, en mística, en poesía lírica o dramática, tan abundante en prosa amena o didáctica, es pobrísima en *Vidas*, en *Recuerdos*, en *Memorias*.

De algunos de los sabios que acabo de citar, de Arias Montano, por ejemplo, sabemos que era sevillano, docto en lenguas orientales, que dirigió la redacción y estampación de la Biblia Políglota, llamada por los sabios extranjeros *El Milagro*, que entre los sabios del Concilio de Trento fué considerado, él, personalmente, como un *Tesoro de sabiduría*. Que murió en 1598, lo sabemos por lo que han dicho los otros, especialmente los historiadores belgas al hablar de su famoso impresor Plantín, en cuya casa vivió nuestro sabio; no por lo que él de sí propio dijera.

Otro sabio que honra a España, anterior a Arias Montano, don Rodrigo Ximénez, arzobispo de Toledo, nuestro primer historiador. Escribió: *Tratado de las Cosas de España*.—*Historia de los Romanos*.—*Historia de los Arabes*.—*Historia de los Ostrogodos*.—*Hunos, Vándalos, Suevos, Alanos y Silingos* (que tradujo del latín al catalán, en 1266, en tiempo de Don Jaime I, Pedro de Perpiñán).

Otro sabio notable: don Gil Carrillo de Albornóz, cardenal, fundador de la Universidad de Bolonia, para españoles, que todavía existe, murió en 23 de agosto de 1367... y otro sabio más moderno,

(1) Leed «La Ciencia Española,» por D. M. Menéndez y Pelayo.

Melchor Cano, obispo de Canarias, dominico, gran teólogo... un cascarrabias, feroz enemigo de otro dominico célebre, el cardenal Carranza, que anduvo por esos mundos con su proceso a cuestas durante diez y siete años, muriendo en Roma, cerca del Papa, que le tenía por buen católico, contra el parecer de Melchor Cano que le acusaba de *dudoso*.

Respetad también la memoria de un no precisamente sabio, pero sí gran hombre de letras: Nicolás Antonio, *Ordinis S. Jacobi equite patriarcha Ecclesiae canonico, etc., etc...*

Por su *Biblioteca Hispana* sabemos de los españoles sabios, desde tiempos remotos hasta sus días, (muerto en 1648).

Y después de estos hombres sabios a base de lenguas antiguas, citemos al prodigio de su tiempo y de todos los tiempos, en lengua moderna al *Mónstruo de la naturaleza*, al Fénix de los ingenios, al insigne Fr. Lope de Vega Carpio que, por sí solo, es un mundo, murió en 1635, y a don Pedro Calderón de la Barca, y a Tirso de Molina, y a Alarcón y a Jerónimo Gracián, muerto en 1614, y a don Bernardo de Balbuena, obispo de Puerto Rico, autor del *Bernardo*, y al gran Cervantes, cuya gloria ha eclipsado la de todos sus contemporáneos, cuyo *Don Quijote* es el libro más ameno que se ha escrito; citando también al jurista D. Antonio Cavarrubias y Leyva, muerto en 1602, y al cronista don Josef Pellicer, muerto en 1679, y al sabio médico don Andrés Laguna (médico de Carlos V), segoviano, cuyas traducciones del griego y del latín, cuyos libros originales sobre anatomía y sobre botánica tenían gran autoridad en su tiempo, (falleció en 1560); y del si-

glo siguiente, a otro médico de gran saber, don Jerónimo Gómez de Huerta, médico de Felipe IV, que fué llamado el Plinio español por su libro: *Problemas filosóficos*, muerto en 1643. Y si de los sabios y eruditos pasamos a los puramente artistas de la palabra, a los poetas, ¿quién aventaja en ninguna literatura extranjera a nuestro Juan de Mena y a nuestro marqués de Santillana, y a nuestro Jorge Manrique, el poeta antiguo más moderno, el que escribió aquellas Coplas a la muerte de su padre que no hay persona de buen gusto que no recuerde

*Nuestras vidas son los ríos  
que van a dar en la mar  
que es el morir.*

*Este mundo es el camino  
para el otro, q' e es morada  
sin pesar.*

*Estos reyes poderosos  
que vemos por escritura  
ya pasadas.*

*Así los trata la muerte  
como a los pobres pastores  
de ganados.*

Y en el siglo XVI ¿quién es superior a nuestro Garcilaso de la Vega y a nuestro Hurtado de Mendoza que a más de versificador fué gran prosista? *Su Historia de la guerra contra los moriscos de Granada* y su novela picaresca *El Lazarillo de Tormes*, son dos monumentos.

¿Y qué decir que no sea pálido del poeta Fray Luis de León, muerto en 1591, cuyas poesías fueron publicadas después de su muerte por otro gran poeta, por el famoso don Francisco de Quevedo, de quien os hablé al pasar por León y visitar San Marcos, el Fray Luis imitador muchas veces del sosegado Horacio romano, que él, español, supera en sus imitaciones?

Suyos son aquellos versos tan sabidos

*Que descansada vida  
la del que huye el mundanal ruido  
y sigue la escondida  
senda por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido*

y aquellos no menos famosos

*Cuando contemplo el cielo  
de innumerables luces adornado,  
y miro hacia el suelo  
de noche rodeado,  
en sueño y olvido sepultado;...*

¿Y cómo no citar a Vicente Espinel cuyo nombre, como recordaréis, es el de una calle de Ronda, su patria, y a los dos Argensola, y a don Luis de Góngora, un cordobés (1561-1627) en quien los cortos de vista no ven más que al padre del gongorismo, sin entusiasmarse con sus composiciones claras, diáfanas, hermosas?

Suya es aquella canción sublime

*Levanta España tu famosa diestra.*

## Suyos aquellos romances cortos

*Frescos airecillos  
que a la primavera  
desejéis guirnaldas,  
y esparcéis violetas.*

*Hermano Marica  
mañana que es fiesta  
no irás tú a l'amiga  
ni iré yo a la escuela.*

Y también a don Juan de Jáuregui y a don Juan de Arguijo, el de los perfectos sonetos.

*Mira con cuanta priesa se desvía  
de nosotros el sol al mar vecino,  
y aprovecha, Fernando, en tu camino  
la luz pequeña de este breve día.*

*Antes que en tenebrosa noche fría  
pierdas la senda, y de buscarlo el tino,  
y aventurado en manos del Destino  
vagues errando por incierta vía.*

*Hágante ajenos casos enseñado,  
y el miserable fin de tantos pueda  
con fuerte ejemplo apereibir tu olvido.*

*Larga carrera, plazo limitado,  
tienes, veloz el tiempo corre, y queda  
sólo el dolor de haberlo mal perdido.*

Y a don Fernando de Herrera, el Divino, sevillano, cuya Canción a Don Juan de Austria habréis leído en la escuela, cuya Canción a la Batalla de Lepanto empieza por aquellos versos que ningún español bien educado ignora :

*Cantemos al Señor que en la llanura  
venció del ancho mar el Trace fiero:  
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,  
salud y gloria nuestra.*

cuya Canción a la pérdida del Rey Don Sebastián empieza por :

*Voz de dolor y canto de gemido  
y espíritu de miedo, envuelto en ira,  
hagan principio acerbo a la memoria  
de aquel día fatal aborrecido.*

Después de estos herinosos versos ceso, por ahora, en mi prosa encomiástica, diciéndoos solamente, para concluir, que a los poetas y prosistas del siglo de oro siguieron otros escritores eximios en el siglo XVIII, uno de ellos Fray Benito Feijóo, muerto en 1764, y casi en nuestros días Jovellanos, Samaniego, Iriarte, Meléndez Valdés, Cienfuegos, Quintana, Lista, Gallego, el Duque de Frías, Martínez de la Rosa, Duque de Rivas, Hartzenbusch, Espronceda, Zorrilla, Bécquer, Larra; y de hoy mismo (hace poco han muerto), el delicioso Campoamor y el prodigioso don Marcelino Menéndez y Pelayo, honor él solo de todo un pueblo ¡el escritor cumbre!; pareciéndome justo añadir a la lista de poetas en lengua castellana el nombre del español-catalán Mosén Jacinto Verdager, que en su lengua ha dejado un poema, *La Atlántida*, y otro poema, *Canigó*, que son sin disputa los dos más importantes poemas del siglo XIX en España.

Y habiendo citado artistas de la palabra, quiero también recordaros que España es patria de grandes arquitectos, como Herrera, de grandes artifi-

ces en metales, en vidrios, en joyas y en bordados; de los grandes escultores Berruguete, Zarcillo, Montañés, Cano, Pedro de Mena, autor del céleberrimo San Francisco de Asis de la Catedral de Toledo; Bonifas, autor de los tallados de la Catedral nueva de Lérida, Forment de quien ya os hablé al pasar por Huesca y admirar su portentoso retablo del altar mayor de la Catedral. Y en nuestros días ha nacido y muerto en España el malogrado Julio Antonio que tanto prometía, que tanto, a pesar de sus pocos años, había ya realizado... Sabed también que en España ha nacido el más gran pintor del mundo (como a saber pintar): don Diego Velázquez de Silva, y el genial Murillo, y Pantoja, y Coello y Leal, y Zurbarán, y Juan de Juanes, Ribera, Vergós, Dalmau, Borrásá, y ya en nuestros tiempos el colosal don Francisco Goya, y en nuestros días Rosales, Fortuny...; dejándoos la libertad de apreciar como vuestro buen gusto os aconseje a los grandes artistas del pincel que viven y con los cuales hablamos.

En música hemos tenido un Victoria, que por sí solo vale lo que cien otros músicos... superior al gran Palestrina, que con ser genial *era italiano*, es decir, sabía vivir, quería agradar a magnates y prelados, hacía concesiones, mientras que nuestro Victoria es todo de una pieza, es el sublime servidor de la Diosa Música; no se ha escrito nada superior a lo suyo, y, además de Victoria, hemos tenido al inmortal Cabezón y al gran Salinas, el ciego de Burgos, a quien Fray Luis de León dice:

*¡Oh!, suene de continuo  
Salinas, vuestro son en mis oídos,  
Por quien el bien divino  
Despiertan los sentidos  
Quedando a lo demás adormecidos ;...*

de quien Ambrosio Morales dijo que era *el hechicero, el dominador* de cuantos le oían ; y a los demasiado modestos monjes-músicos de Montserrat (Cataluña). Leed lo escrito sobre nuestra música por el insigne Pedrell. Por él os enteraréis de quien fué Antonio de Cabezón, quien fué el autor del primer tratado de órgano publicado en el mundo (1565-7) ; leed también la antología de organistas clásicos españoles del P. Villalba, maestro, hoy, de la Capilla de El Escorial. Las lecturas que os recomiendo os darán clara idea del gran mérito de nuestros músicos en los tiempos antiguos.

Bien es verdad que luego, en los tiempos modernos, los españoles, seducidos por los Farinelli y otros ruseñores de igual *farina* que nos trajeron nuestros semi napolitanos reyes, habíamos abandonado el único y legítimo manantial de la buena música : la canción popular y campesina ; pero ya volvemos a la sagrada fuente, ya nuestro Felipe Pedrell es escuchado, y mientras los de casa estudian han corrido por el mundo siendo aplaudidos en todas partes, nuestro Sarasate (de Pamplona) tañendo su violín, nuestro Albéniz (de Camprodón), nuestro Malats (de Barcelona), nuestro malogrado Enrique Granados (de Lérida), pulsando las teclas de sus pianos. Son los concertistas españoles los que mayores agasajos han recibido y reciben por Europa y América, dejando ellos por doquier muy bien sentado el dulce nombre de la Madre España.



## CAPITULO IV

### CONCLUSIÓN

(Casi todo traducido del prólogo que puse a mi libro *Orient* (en catalán) publicado en Barcelona año 1905.—(Tip. de Fidel Giró.)

Y ahora, mis queridos niños y niñas de Fernando Poo, de Canarias, de Andalucía, de Murcia o Extremadura ; del antiguo reino de León o de Navarra, astures o vascos, aragoneses, valencianos, catalanes, mallorquines o castellanos, sólo me resta aconsejaros que, sea cual sea vuestra región, consideréis sus glorias como un *sumando* cuya suma total es la gloria de la nación española, que apreciaréis debidamente estudiando no sólo la Historia general de España, sino las historias de los pueblos que la han constituido, y, ya enterados, entonces será conveniente veáis con vuestros ojos las hermosuras de nuestra **Patria**... visitando lugares célebres, viajando, haciendo amistad con españoles de otras regiones y llevando siempre al emprender vuestras **excursiones** un **bagaje** que no ocupa lugar, pero que es indispensable para hacerse

cargo de las cosas : Amar, Saber ; siendo evidente que el que no ame a su patria o no se conozca, perderá el tiempo tratando de conocer a los demás.

Quien no sepa el valor ético, artístico, histórico de lo que siempre ha visto en su tierra, es inútil que vea tierras nuevas. Todo le parecerá igual, nada hallará que le interese, y volverá a su casa con la impresión de buenas comidas, de malas comidas, de fondas baratas, de hoteles caros, de trenes rápidos, de trenes calmosos, de mucho calor en tal parte, de mucho frío en tal otra... total, impresiones de maleta sensible.

Es también preciso, para viajar con fruto, dejarse llevar por la gente o la influencia de las cosas, entregarse, por ejemplo, al llegar a una ciudad desconocida, entregarse, relativamente, al criado o dependiente de la casa adonde penséis ir, dándole el *talón* de vuestro equipaje, sin discutir, siguiendo sus pasos, distribuyendo propinas entre cuantos hagan o parezca que quieren hacer algo en vuestro obsequio ; no siguiendo los consejos del detestable Baedeker, a quien tanto preocupan las propinas y los mendigos. «No deis nada a los mendigos, dice a cada punto en su librote, no deis más propinas que las que yo señalo», como si no fuese mejor, hasta por egoísmo, ahorrarse contrariedades, dando céntimos, cigarros o pesetas a los que de una manera u otra nos ayuden.

Ya en vuestra posada, lujosa o modesta, después de las abluciones de ritual, podéis echaros a la calle para ver cosas, advirtiéndooos que éstas serán más o menos elocuentes, según sea vuestra preparación.

¿Quién duda, por ejemplo, de que para el marinero estulto, para el viajero que no sabe adónde le llevan, las llanuras de la Dacia, los montes de la Tesalia, las aguas del Bósforo, el Oriente en general, o bien las altitudes de los Andes, las Pampas, el Cabo de Hornos, serán sencillamente, sierras altísimas, llanuras interminables, ríos, promontorios, brazos de mar?

Pero el que sabe que *aquello* lo dominaron hombres de su familia, el recuerdo de sus proezas le enternecerá, haciéndole imposible no sentirse dominado por un sentimiento de veneración, si viaja por Oriente hacia *frare Roger*, como dice el cronista Muntaner, que con sus navarros, aragoneses y catalanes, hizo por Europa y Asia lo que no volverán a hacer hijos de ninguna madre... Quien ha estudiado y recuerda, se siente por fuerza dignificado de tener, entre sus ascendientes, además de un Pelayo, de un Pedro *el Católico*, de un Jaime *el Conquistador*, de un Pedro *el Grande*, de un Alfonso *el Magnánimo*, que sintetizan maravillosas efervescencias de vida, a los sublimes españoles descubridores y pobladores de continentes que son para los españoles, sea cual sea la región en que han nacido, tan tierra de los abuelos de los unos como de los otros, aceptando a veces todos nosotros hasta sin tener derecho a ello, la parte de gloria que nos toca por energías que un día nos fueron ajenas.

Y si un extranjero os dice, hablando de cosas españolas: «vuestros antepasados acometieron empresas que parecen hechos legendarios, vuestro Don Jaime fué un gran hombre, vuestro Cisneros un héroe, vuestra santa Teresa una gran san-

ta, vuestro Luis de León un gran poeta», no contestéis diciendo que ni Don Jaime, ni Cisneros, ni santa Teresa, ni Fray Luis eran de vuestra región, teniendo por fuerza que aceptar la fraternidad nacional que tantos años de vida común han injertado en todos los árboles que, juntos, son la floresta española, admitiendo como a tan españoles al beato Raimundo Lulio, de Mallorca, como a san Isidoro, de Sevilla, al valenciano Ausias March, como al gallego Jorge Manrique, fundiéndonos todos en sentimientos comunes que nos obligan a celebrar la gloria de un Cid, junto con la de un Roger de Lauria, almirante catalán, debelador de turcos, griegos y genoveses, por Oriente, y la de un Alvaro de Bazán, nacido en Granada, debelador de franceses en las costas de Galicia, de gente inglesa en las costas de Africa; uno de los de Lepanto, vencedor en Túnez del poderoso Barbarroja, designado para mandar aquella escuadra que llamaron *la Invencible*, antes de que combatiera, y que podía haberlo sido si Dios hubiese conservado la vida del héroe que hallándose en Lisboa en plena organización de aquella complicada empresa, murió de muerte casi repentina.

El español que sabe vidas de hombres, sean de la región que sean, ha de tenerse por honrado, sobre todo viajando fuera de España, de ser compatriota del colosal Cisneros, un monje franciscano a quien por fuerza hicieron aceptar la púrpura cardenalicia, que regentando los negocios de un gran pueblo, gobernándolo con sabiduría no superada, siendo el primer personaje de la Corte, iba descalzo, no llevaba camisa, dormía sobre una estera,

hacía ayunos y cumplía rigurosamente las prescripciones de su Orden. Un hombre prodigioso que disponiendo del tesoro público, hacía estampar a sus expensas la primera Biblia políglota conocida en Europa, piedra fundamental de todo el movimiento científico, filosófico, teológico, emancipador, del Renacimiento, ya iniciado; fundador de la Universidad de Alcalá de Henares, cristiano que socorría personalmente a los pobres, guerrero que dirigía personalmente empresas militares y tomaba a Orán, el último hombre de Estado de fuste peninsular, del fuste de los Fernando V y Pedro IV de Aragón, un hombre que no cabía en España y fué a morir a Roma, ignorado, humilde *fraticello* de San Francisco, tipo de héroe cuya vida y proezas sería empresa patriótica estampar en millares de ejemplares y luego regalarlos en España y fuera de España para que sus actos y sus altísimas virtudes fuesen conocidas por los humildes, para que levantaran su espíritu; por los orgullosos, para que se hiciesen modestos y humanos.

¿Quién, una vez *enterado*, no ha de sentirse orgulloso de ser hijo de la nación que tuvo un Hernando de Soto, extremeño, un hombre generoso, moderado, humanitario, modelo de legisladores espontáneos, de guerreros, que, deseando enriquecer a su Patria española con nuevos Estados, penetra en tierras, nunca hasta entonces holladas por europeos, y se encuentra con multitudes que se oponen a sus empresas, hostigándole, negándole lugar y alimentos; y él y sus compañeros yendo por bosques y llanos, viviendo *cuatro años* de hierbas, de aliñafias, sin bagajes, descalzos, casi desnudos para

conservar la poquísima indumentaria que les quedaba para utilizarla al ser dueños de algo ; ingeniándose, haciéndose querer por la gente que ocupaba lo que luego han sido Panamá, Bolivia, Guatemala, Nicaragua, tomando poco a poco ascendiente sobre los naturales y por buenos tratos, ardidés de guerra y negociaciones acaban por conquistar unos territorios que son naciones?...

¿Quién, no siendo un necio, podrá dejar de sentirse virilmente satisfecho de ser compatriota de don Alonso de Ercilla, paje de los infantes de España, joven distinguido, *licenciado*, y digo lo de licenciado, porque está de moda, entre los denigradores, afirmar que todos los españoles que iban a América eran gente tosca ; que viviendo en Francia, en Italia, que hallándose en Londres, en compañía de personas reales, al tener noticia de la insurrección de los araucanos y de que el gobierno español enviaba para someterlos a don Jerónimo de Alderete, de quien era conocido, solicitó acompañarle saliendo con él para América, en donde se portó como un valiente soldado, como un perfecto español, y un gran poeta... pues entre combates escribió su *Araucana*?

*¡Oh ciega gente del temor guiada!  
¿A do volveis los temerosos pechos?  
Que la fama en mil años alcanzada  
Aquí perece.*

Don Alonso de Ercilla, que tuvo la gran satisfacción de grabar en el tronco de un árbol :

*Aquí llegó, donde otro no ha llegado,  
Don Alonso de Ercilla...*

Ercilla, un hidalgo nacido en Madrid, que los *jóvenes madrileños* de todos los tiempos debieran recordar para imitarlo.

¿A quién puede doler ser compatriota de aquel Vasco Nuño de Balboa, de quien ya hablamos al pasar por Extremadura, que a través de espesas turbas de indígenas, escalando montañas, aun hasta hoy día inaccesibles para quien las afronta sin ir seguido de prácticos, de acompañantes, de guías, llegó a ver desde su cúspide las lucientes olas de un mar sin límites, descendiendo de las alturas para tocar aquel mar con sus manos, entrando en sus aguas, besando sus olas, tomando posesión del Pacífico en nombre del rey de España... personificación de su patria, personificación de su raza, personificación de lo que era él, de la tierra en donde había nacido y en la que reposaban sus mayores?...

¿Quién, recordando a los españoles portentosos, no se siente dignificado de contar entre sus héroes a un Cortés, extremeño, que también era un gentil-hombre, un graduado de Universidad, cuya conquista de Méjico no tiene igual en la historia de ningún pueblo, que fundó ciudades y dió vida a una gran nación, y a un Francisco Pizarro, paisano suyo, un varón hercúleo que, asociado con amigos adinerados, emprende los descubrimientos de la América del Sur, y desautorizado por el gobernador del Istmo dice a sus compañeros, trazando en el suelo una raya con la contera de su espada, aquellas sublimes palabras: «quien quiera peligros, salve esta raya y quédese conmigo». Y los que no la pasaron dejáronle con solo trece fieles compañe-

ros. Los catorce héroes se encaminaron hacia regiones desconocidas, sin centenares de negros que les siguieran con cajas de provisiones como a los exploradores de nuestros días, sin *esclavos* que llevarsen a cuestras cestas de *champagne*, siempre de la misma marca, como me dijo a mí en persona el propio Stanley, en Marsella, al felicitarle, de vuelta de su viaje buscando a Livingstone, por su buena salud, que él atribuía a no haber probado el agua en ningún lugar del Africa. *I never drank any water in my journeys! Only champagne, this of the same mark*; sin maquinitas heladoras, ni camas desmontables, sin bañeras de aluminio y alfombras, como llevaba un pariente mío, gran funcionario en el Congo belga; sin mapas, sin guías, hollando, durante meses, tierras jamás holladas... acometiendo, más tarde, la conquista del Perú, fundando Callao, Lima (1535)...

Es positivo que los exploradores modernos sólo han sido superiores a los exploradores ibéricos, en crueldad, en mala sangre.

No es calumniar a nadie recordar que los americanos del Norte; en vez de asimilarse al indígena, educándolo, elevándole hasta él, como con candor infantil han hecho españoles y portugueses, convirtiendo a brasileños, mejicanos y tagalos en doctores, en oficiales del ejército, en magistrados, en sacerdotes cristianos; ellos, siguiendo procedimientos más *científicos*, más *prácticos*, han casi exterminado las razas autóctonas, previéndose el día en que no quedará en todo Norteamérica ni un solo *indio* descendiente de los poseedores del país antes de la para ellos funesta llegada de aquel primer

barco de nombre idílico *May flower* (flor de mayo) cargado de gente inglesa.

Ni es decir mal de los ingleses recordar que después del Tratado que en 1835 hicieron con el Gobierno español (tratado de Martínez de la Rosa), en virtud del derecho de visita sobre nuestros barcos, que el tratado les concedía, cuando encontraban uno cargado de negros, si la tripulación resistía, la suprimían llevándose tranquilamente la negrada a la Jamaica, lo cual era una economía y una filantropía; ni tampoco es calumniarlos recordar su diabólica invención de echar esticnina a la bazofia que daban a los hambrientos de la Oceanía, ni su manera expeditiva de suprimir indios cuando la gran insurrección, amarrándolos a las bocas de los cañones, ni lo es mentar que en tiempos modernísimos han ordenado fríamente el exterminio de los matabeles, ni es calumniar a otros exploradores apuntar ligeramente cuáles eran las maneras de *amusement* de los oficiales de Jameson y de Stanley, entregando jovencitas indígenas a los caníbales para que se las comiesen, asistiendo ellos a la *función*, de la cual *sacaban fotografías*. Como tampoco es levantar falso testimonio repetir, en parte, lo que en la información hecha en 1898 por la revista alemana *Neue Deutsche Rundschau*, sobre la mejor manera de tratar a los negros, contestaron ciertos colonizadores de las naciones más civilizadas.

El Mayor Augusto Bokhart, del ejército activo del Congo, dijo, entre otras cosas muy edificantes: *on a eu tort de supprimer l'esclavage. L'affranchissement a eu lieu trop tôt et inutilement.*



Gustavo Fricht, dice : «estaba reservado a Stanley inaugurar las marchas sangrientas a través de Africa».

Carlos Peters, émulo de Stanley en la expedición que hicieron ambos por Africa, en busca de Emin Pachá, escribe : «Hay que salir victoriosos, y la victoria no se obtiene sin inspirar terror.»

El comandante Morgan : «para educar al negro, son necesarios tiempo y garrotazos».

Y no hace mucho tiempo, el alemán von Trotha, un general del ejército regular del Imperio, un escogido por S. M. el Kaiser Guillermo en persona, un ultra civilizado, tuvo que ser castigado, desde Berlín, a causa del bando (2 de octubre de 1904), que publicó a raíz de su lucha con los naturales de la colonia alemana de Herreros, en el que ordenaba a sus oficiales que fusilasen hombres, mujeres y niños, aunque no llevaran armas, ordenándoles también que hicieran lo mismo con todos los prisioneros.

Ni es calumniar a nuestros vecinos franceses, *si polis, si bien élevés*, recordarles las matanzas de aquellos centenares de argelinos que refugiados en unas cuevas murieron todos asfixiados por el humo de unas fogatas encendidas por sus perseguidores, ni decirles *poliment* cuatro palabritas sobre las aberraciones que ellos mismos confiesan y tendrán que castigar sus tribunales, cometidas por unos militares suyos que se divertían introduciendo cartuchos de dinamita en cierta parte del cuerpo de sus esclavos para verlos volar hechos pedazos (*affaire Toqué*)... Total : que en todas partes y en todos tiempos se han cometido por ciertos individuos ver-

daderas abominaciones de las cuales es injusto acusar a quienes se avergüencen de ellas.

Pero, no insisto; quiero acabar este libro en paz y gracia de Dios, a cuyo fin recomiendo a mis amados lectores que sean buenos y laboriosos, haciéndoles notar que si los españoles hemos sido y somos todavía un gran pueblo, si tenemos riquezas perennes, cielo espléndido, país variado, cosas de comer y beber exquisitas, sabios y santos, mujeres hermosas, madres de familia ejemplares, lo esencial es trabajar, ser fuertes, hacernos sabios, sin dejar nunca de ser magnánimos, sin dejar jamás de tener fe en España, de amarla, de preferirla, de elogiarla.

Y... adiós, amiguitos míos. No podéis creer lo que me duele dejaros; pero por hoy se acabaron nuestros coloquios. Otro día os hablaré de conducta y buena crianza, lo cual es también patriótico; pienso publicar un librito en lengua castellana traducido de otro que escribí hace bastantes años en mi lengua nativa y que anda en manos de millares de niños catalanes, y si éste mi libro os ha gustado, escribidme; no dejaré de contestaros.

Si os intimida escribir a un señor que publica libros, escribid a mis nietos. No os he dicho todavía cómo se llaman. Tengo tres: el mayor se llama Enrique, el segundo Armando y el más chiquitín, Ramón; escribidles; ellos o yo os contestaremos...

...Adiós, otra vez; y al besar a mis tres nietos que tengo cerca y me felicitan contentos de ver

que hemos concluído nuestro libro, los beso como besaría a tres de vosotros..., diciendo a todos, presentes y ausentes :

¡*Sursum corda!* Levantad los corazones. Alabado sea Dios y ¡Viva España!

FIN

*Terminado en mi casita de la playa de Sitges,  
a 5 de Mayo de 1921.*

# INDICE

	<u>Páginas</u>
<i>Prefacio.</i> . . . . .	III
PRIMERA PARTE	
<i>Dedicatoria.</i> . . . . .	XIX
Capítulo primero. <i>Situación geográfica</i> . . . . .	1
Capítulo II. <i>Costas del Norte.</i> . . . . .	10
Capítulo III. <i>Pirineos españoles</i> <i>Sus bellezas..., con un gran paréntesis culinario-patriótico.</i> . . . . .	19
Capítulo IV. <i>Mediterráneo</i> . . . . .	41
Capítulo V. <i>Las Baleares</i> . . . . .	47
<i>Mallorca.</i> . . . . .	53
<i>De Palma a Cabrera</i> . . . . .	57
<i>De Soller a Palma</i> . . . . .	83
<i>Menorca.</i> . . . . .	88
<i>Ibiza.</i> . . . . .	93
Capítulo VI. <i>Sigue la costa hasta la raya de Portugal</i> . . . . .	101
Capítulo VII. <i>Otras costas</i> . . . . .	109
SEGUNDA PARTE	
<i>Intermezzo.</i> . . . . .	119
Capítulo primero. <i>Bellezas del suelo español</i>	
<i>Cataluña.</i> . . . . .	125
Capítulo II. <i>Valencia.</i> . . . . .	139

Capítulo III.	
<i>Aragón</i> . . . . .	147
Capítulo IV.	
<i>Murcia</i> . . . . .	176
Capítulo V.	
<i>Andalucía</i> . . . . .	183
Capítulo VI.	
<i>Extremadura</i> . . . . .	193
Capítulo VII.	
<i>Galicia</i> . . . . .	213
Capítulo VIII.	
<i>Asturias</i> . . . . .	224
Capítulo IX.	
<i>León</i> . . . . .	229
<i>Salamanca</i> . . . . .	237
<i>Zamora, Toro, Benavente, Palencia, Dueñas,</i> <i>Valladolid, Simancas, Medina del Campo.</i> . . . .	242
Capítulo X.	
<i>Castilla la Vieja</i> . . . . .	249
<i>Segovia</i> . . . . .	257
<i>Avila</i> . . . . .	261
Capítulo XI.	
<i>Castilla la Nueva</i> . . . . .	267
<i>Cuenca, Guadalajara y Sigüenza.</i> . . . .	270
<i>El Escorial</i> . . . . .	272

### TERCERA PARTE

Capítulo primero.	
<i>Santas y santos</i> . . . . .	277
Capítulo II.	
<i>Mujeres célebres</i> . . . . .	291
Capítulo III.	
<i>Españoles célebres</i> . . . . .	301
Capítulo IV.	
<i>Conclusión</i> . . . . .	317

CATÁLOGO



Biblioteca Poesía  
Las mejores poesías líricas de los  
mejores poetas  
LXI

EXTRACTO DEL  
**CATALOGO**

DE LA  
**EDITORIAL CERVANTES**

RAMBLA CATALUÑA, 72 - BARCELONA

*Obras de Pierre Loti*

*De la Academia Francesa*

	<u>Ptas.</u>
FANTASMA DE ORIENTE . . . . .	2,—
JERUSALEN . . . . .	3,50
HACIA ISPAHAN . . . . .	4,—
GALILEA . . . . .	4,—
SUPREMAS VISIONES DE ORIEN- TE (1921) . . . . .	4,—
EL DESIERTO . . . . .	5,—
LA INDIA . . . . .	6,—
EN EL MOGHREB . . . . .	4,—

EN PREPARACIÓN :

PEKIN, y varios títulos más.

# *Biblioteca Poética*

## *Las mejores poesías líricas de los mejores poetas*

Exito sin precedentes en la moderna  
producción editorial española

### TOMOS PUBLICADOS

I. Heine	XXIII. Nazariantz
II. Leopardi	XXIV. Ibarbourou
III. Shelley	XXV. D'Annunzio
IV. Shakespeare	XXVI. Gomes Leal
V. Víctor Hugo	XXVII. Petöfi
VI. Wordsworth	XXVIII. Querol
VII. Pascoaes	XXIX. Quental
VIII. Verlaine	XXX. Hölderlin
IX. Musset	XXXI. O. Kayyám
X. Novalis	XXXII. Ausias March
XI. Carducci	XXXIII. F. Luis de León
XII. Dante	XXXIV. Nietzsche
XIII. Tennyson	XXXV. Paul Fort
XIV. Balmont	XXXVI. Andrés Chénier
XV. Horacio	XXXVII. Samain
XVI. Goethe	XXXVIII. Albert
XVII. Carrasquilla	XXXIX. Agustini
XVIII. Maragall	XL. E. de Castro
XIX. Lard Byron	XLI. Alcover
XX. Mörike	XLII. Lamartine
XXI. Rubén Darfo	XLIII. Alfonsina Storni
XXII. Camôes	XLIV. Guerra Junqueiro

En preparación : Gabriela Mistral

Precio de cada tomito : Ptas. 1,50

Esta Colección, única en todos los idiomas, se vende encuadrada elegantemente en tomos que reúnen cuatro números o poetas, al precio de  
Ptas. 6 cada tomo

SEGUIRÁN LOS MEJORES POETAS MUNDIALES

## *Obras de Fernando Maristany*

LAS CIEN MEJORES POESIAS (LIRICAS) DE LAS LENGUAS FRANCESA, INGLESA, PORTUGUESA, ALEMANA, ITALIANA Y ESPAÑOLA.

Cada uno de estos seis tomos a Ptas. . . 2'50

	<u>Ptas.</u>
LA DICHA Y EL DOLOR. Poesías originales. . . . .	1,—
EN EL AZUL... Poesías originales. . .	2'—
ANTOLOGIA GENERAL DE POETAS LIRICOS FRANCESES. . . . .	4'50
FLORILEGIO. Con las mejores poesías (líricas) griegas, latinas, italianas, portuguesas, francesas, inglesas y alemanas. . .	10,—

---

ANTOLOGIA DE POETAS ORIENTALES, por Carmela Eulate Sanjurjo. . .	3,50
TABARE, por Juan Zorrilla Sanmartín. . .	3,—
CANTIGAS DE AMOR, por Carmela Eulate Sanjurjo. . . . .	2,50
REGRESO AL PARAISO, por Teixeira de Pascoaes. . . . .	3,50

# Selección de Novelas Breves

	Ptas.
FANTASMA DE ORIENTE, por Pierre Loti. . . . .	2,—
LOS EMIGRANTES, por E. Sienkiewicz.	1,50
LA CAMPESINA DISFRAZADA, por A. S. Pushkin. . . . .	1,—
EL PATRIARCA, por Laza H. Lazarevich.	2,—
LA MUERTE DE JESUS, por Eça de Queiroz. . . . .	1,—
PETTER NORD, por Selma Lagerlöf. .	1,—
GENEROSIDAD DE CORAZON, por Selma Lagerlöf . . . . .	1,—
ROSA MISTICA, por J. Pin y Soler. . .	1,—
FAUSTO, por Ivan Sergueich Turgueniev.	1,—
ASIA, por Ivan Sergueich Turgueniev. .	1,—
UNA NOCHE TERRIBLE, por A. P. Chejov. . . . .	1,50
LA INCASABLE, por V. Díez de Tejada.	1,50
DOS FAMILIAS, por María Edgeworth.	1,—
LA EVASION, por Benito Lynch. . . .	1,—
EN LA NOCHE, por Horacio Quiroga. .	1,—
MOGENS, por Jens Peter Jacobsen. . .	1,—
EL CAMINO AZUL, por F. Mirabent Vilaplana . . . . .	2,—
LA CONVERSION, por Alfonso Maseras.	1,—
EL ABISMO, por Carlos Dickens. . . .	2,—
EL NIÑO QUE ENLOQUECIO DE AMOR, por Eduardo Barrios. . . . .	1,50
EL AHIJADO, por León Tolstoy. . . .	1,—
DEFORMARSE ES VIVIR, por Vicente A. Salaverri. . . . .	1,—

	<u>Ptas.</u>
EL LOCO, por A. P. Chejov. . . . .	1,50
EL COMPRADOR DE HACIENDAS, por Monteiro Lobato. . . . .	1,50
COLONIAJE ROMANTICO, por Angélica Palma. . . . .	1,—

Esta Serie ha sido encuadernada en tres o cuatro títulos por tomos, preciosamente encuadernados.

Precio de cada tomo pesetas 5

## *Biblioteca de autores o temas hispano-americanos*

### *Obras de José Enrique Rodó*

	<u>Ptas.</u>
MOTIVOS DE PROTEO (4. <sup>a</sup> edición). . . . .	6,—
EL CAMINO DE PAROS (2. <sup>a</sup> edición). . . . .	4,—
EL MIRADOR DE PROSPERO, (2. <sup>a</sup> edición). . . . .	6,—
HOMBRES DE AMERICA . . . . .	4,—
ARIEL Y LIBERALISMO Y JACOBINISMO . . . . .	3,50
EL QUE VENDRA. . . . .	5,—

---

FLORILEGIO DE PROSISTAS URUGUAYOS, por Vicente A. Salaverri. . . . .	3,—
CUENTOS DEL RIO DE LA PLATA, por Vicente A. Salaverri. . . . .	3,50

	<u>Ptas.</u>
EL CARNAVAL DE LILI, por Eduardo Carrasquilla-Mallarino. . . . .	2,—
LA NUEVA LITERATURA, por Aníbal Latino. . . . .	2,50
MI CAMPAÑA HISPANO-AMERICANA, por Manuel Ugarte. . . . .	2,50
EL LIBRO DE LA ACTITUD SECRETA DE LA SOLEDAD (Biblia Profana) por Leonardo Pena. . . . .	4,—
LOS MEJORES CUENTOS VENEZOLANOS, prólogo, selección y notas de Valentín de Pedro. . . . .	4,—
EN AMERICA MERIDIONAL, por Alfonso Maseras. . . . .	3,—
LOS MITOS DE LA AMERICA PRECOLOMBINA, LA PATRIA DE COLON Y OTROS ESTUDIOS DE HISTORIA HISPANO-AMERICANA, por Adolfo Bonilla San Martín. Catedrático de la Universidad Central . . . . .	6,—
LA FLOR DEL PAGO, por Benjamín Fernández y Medina. . . . .	3,50

*El Teatro del Uruguayo*  
*Florencio Sánchez*

Tomo I. M'HIJO EL DOTOR. — LOS MUERTOS. — NUESTROS HIJOS. . . . .	2,—
Tomo II. LOS DERECHOS DE LA SALUD. — EN FAMILIA. — MONEDA FALSA. . . . .	2,—
Tomo III. BARRANCA ABAJO. — LA GRINGA.—EL DESALOJO. . . . .	2,—

# *Biblioteca de Actualidades Políticas*

	Ptas.
LA VICTORIA EN MARCHA, por Lloyd George. (2. <sup>a</sup> edición). . . . .	2,50
NUESTRO PORVENIR, por Von Bernhardi. (Agotada). . . . .	3,—
LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES (Su defensa mútua), por O. F. Maclagan. .	2,50
GRECIA ANTE LA GUERRA EUROPEA, por Eleftherios Venizelos. . . .	3,—
IBERISMO Y GERMANISMO: ESPAÑA ANTE EL CONFLICTO EUROPEO, por E. González-Blanco. . . . .	3,—
EL DEBER DE AMERICA ANTE LA NUEVA EUROPA, por Teodoro Roosevelt. . . . .	3,—
AMERICA POR LA LIBERTAD, por el Presidente Wilson. (Agotada). . . . .	1,25
EUROPA EN ESCOMBROS, por el Dr. Guillermo Muehlon . . . . .	2,50
LA PAZ MUNDIAL, por W. Wilson. . . . .	3,—
DIJE SIENDO EMPERADOR..., por Gillermo II. . . . .	1,—
HISTORIA DE LA REVOLUCION RUSA, por León Trotzky . . . . .	3,—
LA REVOLUCION Y EL ESTADO, por Lenin. . . . .	3,—
EL BOLCHIVIQUISMO ANTE LA GUERRA Y LA PAZ DEL MUNDO, por Trotzky. . . . .	3,—
LA NUEVA RUSIA: Finanzas, organización industrial y militar, por E. Luboff. . . . .	2,50

	<u>Ptas.</u>
LA TRAGICA REALIDAD (MARRUECOS 1921), por C. Maturana Vargas. .	3,—
AL MARGEN DEL DESASTRE. MELILLA (Mayo-Agosto 1921) (Agotada). .	2,—
LA INEVITABLE GUERRA ENTRE EL JAPON Y AMERICA DEL NORTE, por F. Wencker. . . . .	2,—
LA REPUBLICA COOPERATIVA, por Ernesto Poisson. . . . .	4,—
EL FASCISMO. Ideario de Benito Mussolini, por Vicente Clavel. . . . .	3,50

## *Otras obras literarias*

	<u>Ptas.</u>
EL MARAVILLOSO VIAJE DE NILS HOLGERSSON A TRAVES DE SUECIA, por Selma Lagerlöf. . . . .	8,—
ESPARTACO, por Rafael Giovagnoli. .	5,—
CESAR NAPOLEON GAILLARD A LA CONQUISTA DE AMERICA, por Juan Farmer. . . . .	4,—
TRES INGLESES EN ALEMANIA, por Jerome K. Jerome. . . . .	3,50
CRONICAS Y DIALOGOS, por Jacinto Benavente. . . . .	1,50
EL TUNEL, por Bernardo Kellermann. .	5,—
FLOR DE CARNE, por Luis de Val. (2. <sup>a</sup> edición). . . . .	3,50
ARTE Y REALIDAD, por Rafael Altamira. . . . .	3,50
LA LUCHA, por M. Vinnichenko. . .	1,50
INGRID BERG, por Selma Lagerlöf. . .	2,50

	<u>Ptas.</u>
LOS DRAMATURGOS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS, por An- drés González-Blanco . . . . .	4,—
COSTA Y EL PROBLEMA DE LA EDU- CACION NACIONAL, por Edmundo González-Blanco. . . . .	3,—
EL CARRETERO DE LA MUERTE, por Selma Lagerlöf. . . . .	2,50
EL MUNDO A TRAVES DE DOS SI- GLOS (1721-1921), por Sebastian Go- mila. . . . .	4,—
HUMUS, por Raul Brandao. . . . .	3,50
LA LEYENDA DE GOSTA BERLING, por Selma Lagerlöf. . . . .	7,—
HISTORIETAS COMICAS DEL TI- ROL, por Carlos Schönherr. . . . .	2,50
EL 14 DE DICIEMBRE, por Dmitri Me- rejkowsky . . . . .	6,50
AVES SIN NIDO, por Luis de Val. . . . .	3,50
TRES LEYENDAS SOBRE EL CRU- CIFICO, por Julio Zeyer. . . . .	2,—
TRATADO DE LA PERFECTA NOVIA por José Sánchez Rojas. . . . .	1,50
AVATAR, por Teófilo Gautier . . . . .	2,50
LA BELGICA QUE YO VI, por José Su- birá. . . . .	2,50
A TRAVES DE GALICIA, por Daniel Martínez Ferrando. . . . .	3,—
EL OCASO DEL HOMBRE, por Bernar- do Morales San Martín, De la R. A. Es- pañola. . . . .	4,—
TIERRA LEVANTINA (2 tomos) por B. Morales San Martín (novela premiada por el Círculo de Bellas Artes de Valencia).	8,—

	<u>Ptas.</u>
EL ENIGMA DE LO IMPOSIBLE, por B. Morales San Martín. . . . .	4,—
LIBRO DE LA PATRIA, por J. Pin y Soler. . . . .	6,—

## *Biblioteca Serie Apas- sionata*

	<u>Ptas.</u>
LA PRINCESA DE CLEVES, por Ma- dame de Lafayette. . . . .	1,60
ADOLFO, por Benjamín Constant. . . . .	1,25
EPISTOLARIO AMOROSO DE ABE- LARDO Y ELOISA. . . . .	1,25
JACOBO ORTIS, por Ugo Foscolo. . . . .	1,50
ARTE DE AMAR, por Ovidio. . . . .	1,25
HERMAN Y DOROTEA, por Wolfgang von Goethe. . . . .	1,50

## *Biblioteca Infantil*

El mejor libro para la infancia, el más delicado y  
artístico editado hasta ahora en España, es

### ANIMALES AMIGOS

POR LOPES VIEIRA, FERNANDO MARISTANY Y RIBERA-ROVIRA  
Ilustraciones de Raul Lino y Arturo Ballester

(2.ª edición) Precio : Ptas. 6

### AMIGOS DEL NENE

Este artístico libro se vende a Ptas. 4

# PARA MI NENE

Precioso álbum con magníficas ilustraciones, encuadernación corriente y en forma acordeonada y plegable

Ptas. 5

# EN EL REINO DEL NIÑO

Libro que llama la atención por la riqueza y buen gusto con que ha sido presentado

Ptas. 5

# LOS DOCE NEGRITOS

Este libro es muy solicitado por el público infantil por su poderoso atractivo

Ptas. 4

# EL ARTE DEL DIBUJO

48 láminas sueltas, con dibujos para la enseñanza progresiva de dicha asignatura

Ptas. 4'50

## *Selección de Cuentos para Niños*

	<u>Ptas.</u>
EL AVE DE FUEGO Y LA SIRENA, por Bozena Nemcova. . . . .	1,—
LA RANA PRINCESA, por Carlos J. Erben. . . . .	1,—

# *Biblioteca Médica*

## RESUMEN DE TÉCNICA OPERATORIA

por los PROFESORES DE LA FACULTAD DE MEDICINA  
DE PARÍS

TRADUCTORES

DRES. D. RAFAEL JULIÁ y D. JOSÉ SUEIRAS

Prólogo del Dr. D. José María Bartrina

CATEDRÁTICO DE QUIRÚRGICA DE LA FACULTAD DE  
MEDICINA DE BARCELONA

Obra interesantísima y completa, dividida en los  
siete tomos siguientes:

- I.—Lenormant: «Cabeza y cuello» con 247 figuras.
- II.—Schwartz: «Tórax y miembro superior», con 199 figuras.
- III.—Guibé: «Abdomen», con 242 figuras.
- IV.—Duval: «Aparato urinario y aparato genital del hombre», con 234 figuras.
- V.—Labey: «Miembro inferior», con 241 figuras.
- VI.—Proust: «Aparato genital de la mujer», con 288 figuras.
- VII.—Veau: «Práctica corriente y cirugía de urgencia», con 331 figuras.

Precio de cada tomo: Ptas. 12

	<u>Ptas.</u>
GUIA PRACTICA DE LOS REGIMENES ALIMENTICIOS, por el Dr. Calicó	3,50
SEMIOLOGIA DE LA SIFILIS DEL APARATO RESPIRATORIO, por el Dr. J. Calicó. . . . .	6,—
LOS BAÑOS DE SOL, por el Dr. Hermínio Castells. . . . .	1,—
PRIMEROS AUXILIOS A LOS INTOXICADOS, por el Dr. Navarro-Sala. .	1,—
DE LA DESINFECCION Y DE LOS DESINFECTANTES, por el Dr. Rafael Almirall. . . . .	1,—
LA HIGIENE DE LA VOZ Y DEL CANTANTE, por el Dr. J. Calicó. . . .	2,—
MANUAL DE LA ENFERMERA, por Mercedes Safont. Prólogo del Dr. Calicó.	1,—
TRATAMIENTO DE URGENCIA DE LOS ACCIDENTES DEL DEPORTE, por el Dr. Lorenzo G. Tornel. . . .	2,—

En preparación, varios títulos de gran interés

## *Biblioteca Técnica*

LECCIONES DE ELECTROTECNIA, por Ricardo Caro Anchía	Tomo I	20,—
	Tomo II	23,—
TINTAS Y BETUNES, por J. J. Halemann.	En tela.	6,50

# *Prisma*

*REVISTA INTERNACIONAL DE POESIA*

Director : RAFAEL LOZANO

Esta revista cuenta con la más valiosa colaboración entre los poetas y críticos del mundo.

Número suelto : Ptas. 1.

## *Biblioteca Musical Villar*

	<u>Ptas.</u>
BEETHOVEN, por Jean Chantavoine. . .	5,—
WAGNER, por Henri Lichtenberger. . .	5,—
LISZT, por Jean Chantavoine. . . . .	5,—
CESAR FRANCK, por Vincent d'Indy. . . . .	5,—
MOZART, por Henri de Curzon. . . . .	5,—
MUSSORGSKY, por M. D. Calvocoressi. . . . .	5,—
VICTORIA, por Felipe Pedrell. . . . .	5,—
EXIMENO, por Felipe Pedrell. . . . .	5,—
LAS FORMAS PIANISTICAS, por Felipe Pedrell . . . . .	5,—
EL ARTE Y EL GESTO, por Jean d'Udine . . . . .	7,50
GABRIEL FAURE Y SU OBRA, por Luis Vuillemin. . . . .	3,—
CLAUDIO DEBUSSY Y SU OBRA, por Daniel Chenneviere . . . . .	2,50
PABLO DUKAS, por Gustavo Samazeuilh . . . . .	2,50
VINCENT D'INDY, por Louis Borgex. . . . .	3,—
ROGER-DUCASSE, por Laurent Ceillier. . . . .	3,—

	<u>Ptas.</u>
MAURICIO RAVEL Y SU OBRA, por Roland Manuel . . . . .	3,—
CHOPIN, por La Mara (tela). . . . .	4,—
MOZART, por La Mara (tela). . . . .	4,—
SCHUMANN, por La Mara (tela). . . . .	4,—
WAGNER, por La Mara (tela). . . . .	4,—

---

## OBRAS EN PRENSA Y EN PREPARACION

- MANUALES DE HISTORIA LITERARIA :  
LA LITERATURA CASTELLANA, por Ma-  
nuel de Montoliu.
- LAS BRUJAS (Novela), por Daniel Martínez Fe-  
rrando.
- ADORACION. CANTICOS DE AMOR, por  
Leonardo Coimbra.
- LEYENDAS DE CRISTO, por Selma Lagerlöf.

# El problema del Cáncer

por el

**Dr. William Seaman Bainbridge**

Catedrático de Patología Quirúrgica

de la

Polyclinic Medical School and Hospital,  
de Nueva York

Traducción de la edición inglesa, co-  
rregida y refundida por el autor para  
la presente edición, por los doctores  
José Calicó y Lorenzo García-Tornel.



# OBRAS DE J. PIN Y SOLER

EN CATALÁN

POR ORDEN CRONOLÓGICO

1887. *La familia dels Garrigas*, novela. . . . . 1 vol.  
1888. *Jaume* . . . . . 1  
1889. *Ntobe* . . . . . 1  
1890. *Sogra y nora*, comedia en 3 actos.  
1891. *La Viudeta*, comedia en 3 actos.  
1891. *La Sirena*, drama en 5 actos.  
1892. *La tia Tecleta*, comedia en 3 actos.  
1892. *Poruga*, comedia en 1 acto.  
1892. *Regles morals* (Ética popular) . . . . . 1 vol.  
1896. *Lo miracle del Tallat*, leyenda. . . . . 1 fas.  
1899. *Problemes d'escachs*, con ilustraciones. . . 1 vol.  
1903. *Varia I* . . . . . 1  
1904. *Sonets*, con ilustraciones de J. Triadó . . . 1  
1905. *Varia II* . . . . . 1  
1906. *Varia III.—Orient* . . . . . 1  
1915. *Discurs Presidencial dels Jochs Florals* . . 1 fas.  
1917. *La Baronesa*, comedia en 3 actos.  
1918. *Castellflorit*, comedia en 3 actos.  
1919. *Ariana abandonada*, comedia en 1 acto.  
1919. *Bibiana*, comedia en un acto.  
1920. *Paràsits*, comedia en 3 actos.  
1921. *Afinitats*, comedia en 3 actos.  
1921. *L'Enveja*, drama en 3 actos.  
1922. *La pau separada*, drama en 4 actos.  
1923. *Alicia*, novela; y el presente libro.

---

LOS PEDIDOS A ESTA EDITORIAL

# BIBLIOTECA DE HUMANISTAS

TRADUCCIONES DE LIBROS CELEBÉRRIMOS  
CON BIOGRAFÍAS, NOTAS Y COMENTARIOS  
POR

J. PIN Y SOLER

## HAN SIDO YA PUBLICADOS:

DESIDERIO ERASMO

- |       |   |     |
|-------|---|-----|
| 1910. | <i>Etlogi de la Follta</i> . . . . .                | I   |
| 1911. | <i>Col'loquis</i> , 1. <sup>a</sup> serie . . . . . | II  |
| 1912. | <i>Col'loquis</i> , 2. <sup>a</sup> serie . . . . . | III |
| 1912. | <i>Llibre de Civilitat pueril</i> . . . . .         | IV  |

THOMAS MORUS

- |       |                         |   |
|-------|-------------------------|---|
| 1912. | <i>Utopia</i> . . . . . | V |
|-------|-------------------------|---|

JUAN LUIS VIVES

- |       |                           |    |
|-------|---------------------------|----|
| 1915. | <i>Diàlechs</i> . . . . . | VI |
|-------|---------------------------|----|

OBISPO R. DE BURY

- |       |                              |     |
|-------|------------------------------|-----|
| 1916. | <i>Philobiblon</i> . . . . . | VII |
|-------|------------------------------|-----|

ARZOBISPO A. AGUSTÍN

- |       |  |      |
|-------|--|------|
| 1917. | <i>Diàlechs de les Armes</i> . . . . . | VIII |
|-------|--|------|

NICOLÁS MACHIAVELLI

- |       |                                    |    |
|-------|------------------------------------|----|
| 1920. | <i>Lo Princep</i> . . . . .        | IX |
| 1920. | <i>Comedies y Poemes</i> . . . . . | X  |

## EN PREPARACIÓN:

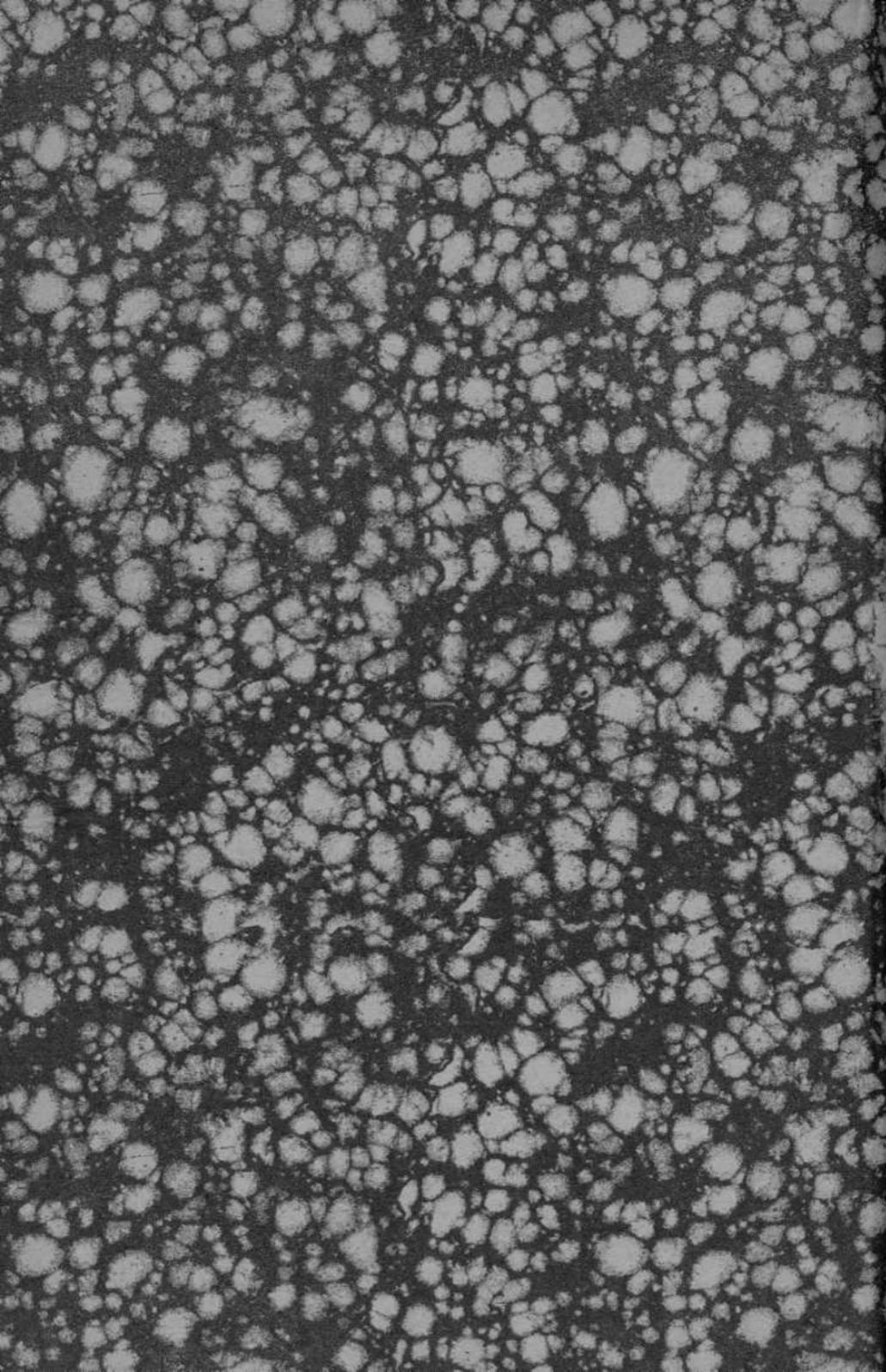
FRANCISCO SÁNCHEZ (EL BROICENSE)

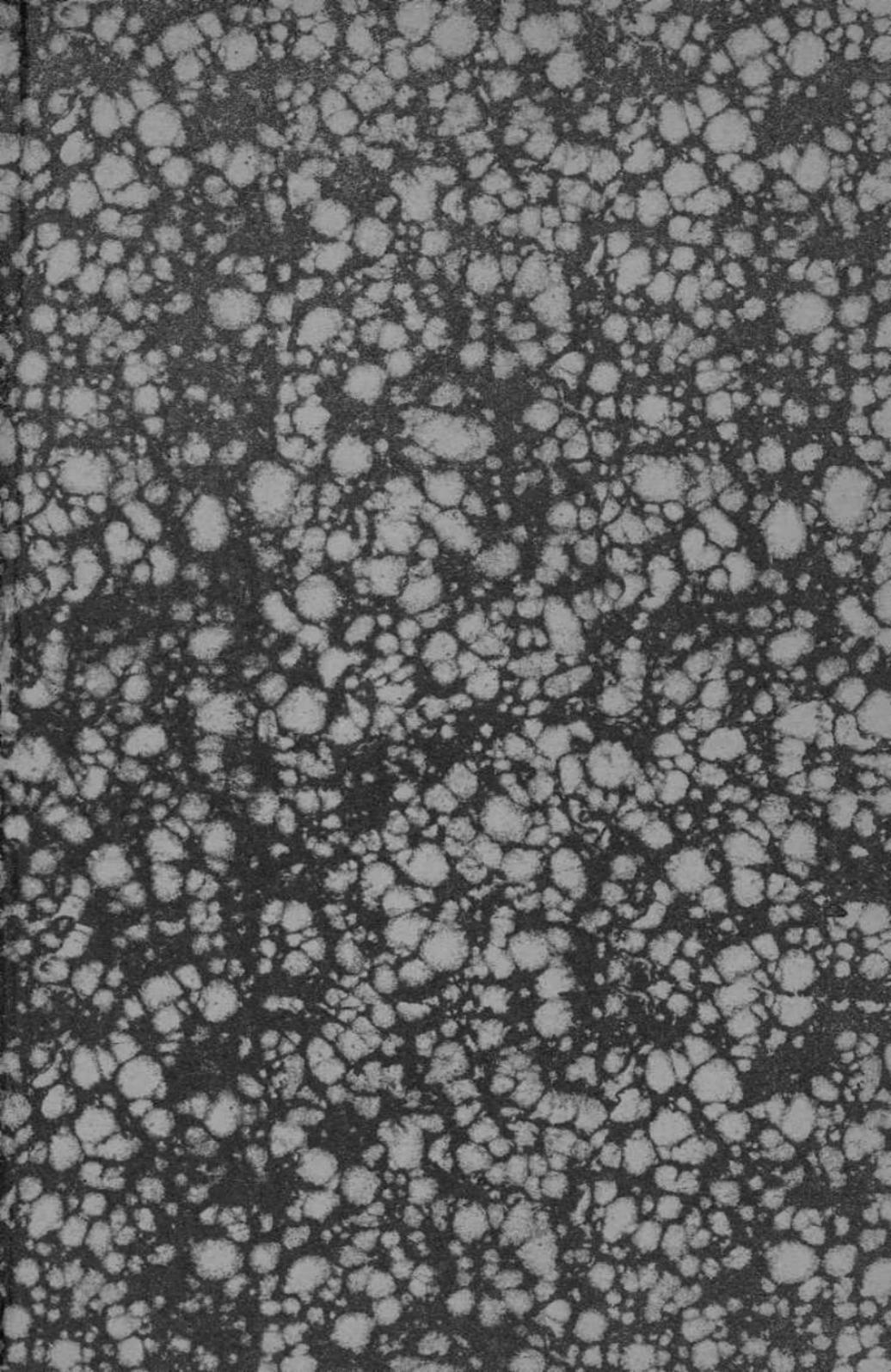
*Minerva, seu de causis linguæ Latinæ comentarius* (fragmentos), que formará el vol. XI.

---

LOS PEDIDOS A ESTA EDITORIAL









SOLER

LIBRO DELLA PATRIA

D-2  
18626